

# Republicanos españoles prisioneros de guerra en Inglaterra

Las memorias de José Ferri

ÀNGEL BENEITO  
RICHARD CLEMINSON



REPUBLICANOS ESPAÑOLES PRISIONEROS  
DE GUERRA EN INGLATERRA  
LAS MEMORIAS DE JOSÉ FERRI



Republicanos españoles  
prisioneros de guerra en Inglaterra  
Las memorias de José Ferri

ÀNGEL BENEITO LLORIS  
RICHARD CLEMINSON

**BENEITO LLORIS, Àngel**

Republicanos españoles prisioneros de guerra en Inglaterra : las memorias de José Ferri / Àngel Beneito Lloris, Richard Cleminson.— Alcoi : Ajuntament d'Alcoi, Arxiu Municipal, 2019

240 p. : il. ; 22 cm. —(Biblioteca Alcoiana d'Humanitats ; 10)

D.L. A 483-2019

ISBN: 978-84-16186-26-6

1. Prisioneros de guerra españoles-Inglaterra 2. Ferri, José-Biografías I. Cleminson, Richard II. Ajuntament d'Alcoi

343.261-054.65(=1.460:420)

929-054.65(1.460:420)

© de la edición: Ajuntament d'Alcoi (Arxiu Municipal)

© de los textos: los autores

Ilustraciones de portada y contraportada: Antoni Miró

A JOSEP FERRI 2019/ Regne Unit (Acrílic/paper, 56x34,5)

PRESONERS A KIRKHAM 2019/ Regne Unit (Acrílic/paper, 34,5x56)

Diseño y maquetación: Esperança Martínez (Character\_es)

Imprime: Quinta Impresión

DL A 483-2019

ISBN 978-84-16186-26-6

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. LAS MEMORIAS DE FERRI	11
2. LA INSÓLITA AVENTURA DE JOSÉ FERRI “ESPARTACO”	23
Los orígenes	25
Espartaco	26
La llegada de la guerra	30
La huida de Espartaco	32
En Francia	38
Trabajando para la Organización Todt	39
De regreso al continente	41
En manos de los aliados	43
De Southampton a Kirkham: por los campos de internamiento británicos	44
Rumbo a Colchester	45
El Campo de Kirkham y el fin de la Segunda Guerra Mundial	46
El suicidio de Agustín Soler	48
Hall o’ the Hill o el campo de Adlington, Chorley	48
“La gran fiesta” de Chorley	50
¿Rumbo a Francia?	51
El desenlace final	52
Su exilio en Venezuela	53
3. REFUGIADOS DE TERCERA: CRÓNICAS DEL EXILIO	57
Primera parte: De Escila a Caribdis	63
Segunda parte: En las garras de los hunos modernos	89
Tercera parte: De los unos seis, de los otros media docena	123
Cuarta parte: ¡Rule Britannia!	139
Quinta parte: El nudo gordiano	175
Sexta parte: El desenlace final	201
BIBLIOGRAFÍA	213
ÍNDICE ALFABÉTICO	217
APÉNDICE FOTOGRÁFICO	225



## INTRODUCCIÓN

La Guerra Civil en Alcoi<sup>1</sup> (Alicante), una ciudad industrial y obrera con grandes diferencias sociales, se vivió con gran intensidad y se manifestó con toda su crudeza —lo veremos más adelante—. Por ello, cuando finalizó el conflicto, una dura represión cayó sobre los vencidos: algunos alcoyanos se exiliaron en Orán, otros pasaron a Francia, otros dieron con sus huesos en la cárcel, mientras que otros lo pagaron con la vida. Durante los largos años de “paz” que impuso la férrea dictadura de Franco, en la ciudad no se editó ninguna investigación que pudiera esclarecer esa parte dolorosa de nuestra historia reciente. Meses antes de morir el dictador y con el posterior restablecimiento de la democracia, comenzaron a publicarse algunos libros de historia local relacionados con la Guerra Civil. Tres de ellos, Ramos, Berenguer y Coloma,<sup>2</sup> mencionan, muy de pasada, un singular episodio citado en las actas municipales de la época: en 1938, en plena guerra, el Ayuntamiento envió a un consejero municipal —el equivalente a concejal en aquellas fechas—, al cenetista José Ferri Verdú (a) Espartaco a comprar alimentos a Francia. Pero no regresó, pues se quedó en ese país, según se dijo, con el dinero de la comanda, por lo que fue tildado de ladrón y de traidor por sus correligionarios, sin que hasta la fecha se supiera qué había sido de él.

Hace unos años llegó a mis manos un escrito titulado “Refugiados de tercera. Crónicas del exilio” que estaba firmado en París, a 24 de diciembre de 1947, por José Ferri —supuestamente, el cenetista evadido—. Era un grueso volumen de 246 folios<sup>3</sup> formato DIN A4 unido a gusanillo, con las fotocopias del texto que su autor había mecanografiado a tamaño cuartilla y numerado a mano en el ángulo superior derecho. Según aseguró la persona que me lo entregó, lo había traído a Alcoi un familiar suyo procedente de Argentina —dijo—, allá por 1980. No sabía más.

---

<sup>1</sup> Para el topónimo Alcoy/Alcoi, se ha utilizado la denominación oficial en valenciano excepto en las memorias de Ferri.

<sup>2</sup> Ramos, 1974: 69; Berenguer, 1977: 338-339; Coloma, 1980: 358-359.

<sup>3</sup> En la presente publicación el número de páginas ha cambiado.

Cuando leí la obra, escrita a modo de diario, encerraba una sorpresa. Y es en ello donde radica buena parte de su interés. Por un lado, ponía algo de luz a ese oscuro suceso de la historia de Alcoi mencionado anteriormente, como era esclarecer qué había sido de Ferri cuando desapareció de la escena alcoyana; aunque sus memorias, hay que decirlo, las inicia cuando ingresa en un campo de internamiento francés finalizada la contienda española, pero no aluden para nada el oscuro suceso que protagonizó su autor, ni porqué no regresó a su país, ni lo que hizo hasta entonces en Francia. Por el contrario, había otra parte del relato que, por novedosa, era un deleite, si los hechos descritos eran ciertos y no ficción. Y esa sí que tenía trascendencia, pues nos daba a conocer, de primera mano, el singular cautiverio que sufrieron en tierra inglesa dos centenares de republicanos españoles, uno de ellos José Ferri.

Su narrador, además de describir, como hacen tantas memorias de exiliados, los campos de internamiento por los que pasó y las infraestructuras militares que levantó a lo largo de la guerra mundial mientras trabajaba forzado como mano de obra esclava, nos relata, con profusión de detalles, las peripecias y sinsabores que sufrió ese reducido grupo de republicanos españoles cuando en septiembre de 1944 fueron apresados en Francia por las fuerzas aliadas y seguidamente deportados a Inglaterra. Allí fueron internados en los mismos campos de prisioneros que los alemanes, sus enemigos, y su cautiverio se prolongó hasta mayo de 1946, justo un año después de que hubiera capitulado Alemania —recordar que en mayo del año anterior la guerra había acabado en Europa y los españoles internados en los campos de exterminio nazis ya estaban en libertad—. Fue entonces cuando esos antifascistas republicanos consiguieron, después de múltiples peripecias, entre ellas algún suicidio y repetidas huelgas de hambre, que el Gobierno británico los pusiera en libertad gracias a la presión que ejercieron tanto la prensa inglesa, como los *trade unions*, el Partido Laborista y personalidades de renombre relacionadas con España, como los escritores George Orwell, Gerald Brenan o Marie Louise Berneri.<sup>4</sup> Hecho que situaba a Ferri, y a ese puñado de españoles, entre los últimos exiliados republicanos que fueron liberados tiempo después de finalizada la contienda mundial.

Pero había un inconveniente. Leído el mecanografiado de Ferri solamente cabía tomarlo como un ejercicio literario sin valor testimonial, hasta que pudiera confirmarse la veracidad de los hechos y la autenticidad de su autoría, ya que no había ningún dato que permitiera asegurar que el autor

---

<sup>4</sup> Ferri, 1945b; 1946.

del texto fuera el mismo concejal que durante la Guerra Civil había pasado a Francia y no otro José Ferri o la fantasía literaria de un impostor.

Tiempo después, un texto de siete cuartillas encontrado en la Marx Memorial House Library, titulado “Apuntes para la Historia”<sup>5</sup> y firmado por José Ferri en Inglaterra el 9 de agosto de 1945, certificaba la autoría de las memorias. Primero, porque denunciaba el trato que estaban sufriendo en esas fechas 121 republicanos españoles confinados en Hall o’ the Hill, hecho que “Refugiados de tercera. Crónicas del exilio” mencionará profusamente tiempo después; y segundo, porque la firma que había en la última cuartilla de esos documentos hallados en Londres coincidía, plenamente, con la signatura que Ferri había estampado en su diario.

A partir de ahí, los hechos fueron tomando forma. José Ferri, el autor del mecanografiado, era, sin lugar a dudas, José Ferri Verdú, el mismo consejero que la historiografía alcoyana tildaba de desertor por haberse exiliado en Francia en plena Guerra Civil. Cabía emprender la investigación. En Alcoi aún vivían dos hijos suyos, José<sup>6</sup> y Francisco Ferri Pérez. Ellos me aseguraron que su padre nunca regresó a Alcoi. Que rehízo su vida en Venezuela, donde se casó.<sup>7</sup>

A su vez, nuevas investigaciones relacionadas con el exilio republicano en Gran Bretaña, como la realizada por Monferrer,<sup>8</sup> y más concretamente las referidas a un reducido grupo de 226 republicanos que fueron deportados al Reino Unido e internados en diferentes campos en calidad de prisioneros, como las llevadas a término por Mínguez y por Cleminson,<sup>9</sup> daban mayor validez a las memorias que Ferri describía en primera persona, pues era uno de ellos.

Ahora bien, para sacar a la luz el diario que Ferri había escrito durante los años que estuvo prisionero, especialmente por su valor testimonial relacionado con ese hecho mencionado, muy poco conocido, se hacía imprescindible contextualizar su relato para que el lector pudiera conocer los hechos con mayor profundidad y propiedad. Por un lado, había que desentrañar un

---

<sup>5</sup> “Apuntes para la Historia” Los 121 españoles Republicanos confinados en el “Hall o’ the Hill Camp. A los camaradas: “The Volunteer for Liberty”, 7 pp. Marx Memorial Library. International Memorial Archive, Box 28/E/29a.

<sup>6</sup> José falleció el 22 de enero de 2016.

<sup>7</sup> En 2016, Juana Clementina Ferri, una hija suya residente en Venezuela, me entregó otra copia de “Refugiados de tercera. Crónicas del exilio”, idéntica a la anterior.

<sup>8</sup> Monferrer, 2007.

<sup>9</sup> Mínguez, 2007; Cleminson, 2009.

buen número de interrogantes: dónde nació Ferri —tema que, a raíz de informaciones contradictorias, había que esclarecer—, en qué trabajó, cuál era su inclinación ideológica y su formación política, las amistades que frecuentaba, los cargos políticos que ocupó en Alcoi durante la Guerra Civil, por qué se desplazó a Francia en plena guerra y, finalizada la contienda mundial, a dónde se exilió cuando fue liberado por los ingleses. Es decir, había que dar a conocer la parte más personal y humana de la trama, como son los rasgos biográficos de quien había escrito el relato. A su vez, también se hacía necesario contextualizar y verificar el hecho clave del diario, el más peculiar y desconocido: por qué su autor, junto a otros republicanos españoles, fue deportado a Inglaterra, así como el entramado político que prolongó durante meses su reclusión en aquel país y la posterior reacción de una parte de la sociedad y de la prensa que influyó para que fueran liberados, hechos que conocía muy bien Richard Cleminson.<sup>10</sup> Llegado a este punto, si se quería dar a conocer esta historia en una dimensión más amplia, solamente cabía aunar esfuerzos, es decir unir y conjugar las investigaciones que ambos autores estábamos realizando tanto en España como en Inglaterra. Y eso hicimos.

Por último, queremos agradecer la información que nos han facilitado los familiares de José Ferri, tanto los españoles como los venezolanos, y la aportada por Inès Castro (hija de Atanasio Castro), por Dolores Pérez Barrera (nieta de Cándido Barrera), por Dorothy Winard, en la localización de algunos documentos y fotos, y la que nos han proporcionado los testimonios ingleses y los familiares de los españoles exiliados en Inglaterra. También queremos agradecer a F-X. Blay sus observaciones y a Antoni Miró las ilustraciones de las cubiertas. A todos ellos, gracias.

À. Beneito – R. Cleminson  
Alcoi (España) – Leeds (Reino Unido)

---

<sup>10</sup> Loc. cit.

# **1. LAS MEMORIAS DE FERRI**



En Alcoi, ciudad situada al norte de Alicante, la guerra se vivió con intensidad. Muchos alcoyanos estuvieron en el frente, reclutados por leva o voluntarios, y vivieron las batallas más relevantes: el frente de Córdoba —en Espejo y Cerro Muriano—, la defensa de Madrid, Brunete, Belchite, Teruel, frente de Aragón, batalla del Ebro, etc. Finalizado el conflicto, más de 50 vecinos fueron fusilados por los vencedores tras un juicio sumarísimo; otros miles fueron encarcelados: en el campo de concentración de Albufera (Alicante), en la cárcel del Sueco o La Abastecedora de Alcoi, en el Reformatorio de Adultos o en los castillos de San Fernando y Santa Bárbara de Alicante, en Portacoeli (Valencia) o en otros centros penitenciarios repartidos por toda España; otros cumplieron pena en brigadas de trabajo realizando trabajos forzosos; mientras que otros tuvieron que exiliarse en Argelia, México, Chile, Argentina, Colombia, la Unión Soviética o en Francia, entre otros destinos, sufriendo suertes diferentes: recordar que 24 naturales o vecinos de Alcoi estuvieron o murieron en Mauthausen-Gusen o en Hartheim.<sup>11</sup>

Pues bien, en Alcoi, como se ha dicho, las investigaciones históricas relacionadas con la Guerra Civil fueron prácticamente inexistentes hasta que, con la muerte del dictador en 1975, llegó la transición democrática. Y casi lo mismo ocurrió con las memorias que dejaron escritas un puñado de alcoyanos que, desde ópticas, sensibilidades, conocimientos e ideologías diferentes vivieron en primera persona el conflicto bélico o el exilio. Hoy en día su número es ciertamente interesante y su lectura nos permite conocer múltiples matices y hechos históricos que son difíciles de encontrar en las fuentes primarias de la metodología histórica.

El poeta y prosista alcoyano Juan Gil-Albert (Alcoi 1904-Valencia 1994), comprometido intelectualmente con la República,<sup>12</sup> narró sus vivencias

<sup>11</sup> Beneito, Moreno & Santonja, 2017.

<sup>12</sup> Colaboró activamente en la edición de la revista *Hora de España*, fue secretario de la sección de Literatura de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura de Valencia (AIDCV) y participó en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en Valencia en julio de 1937. Durante la retirada pasó a Francia y posteriormente marchó a México, Brasil y Argentina.

durante la guerra, así como su marcha obligada al exilio.<sup>13</sup> Enrique Barberá Tomás (a) Carrasca (Alcoi 1908-Alicante 1942), un cenetista que fue fusilado, dejó escrito un sentido diario carcelario en el que describe su cautiverio cuando fue apresado al finalizar la guerra.<sup>14</sup> También el compositor Carlos Palacio García (Alcoi 1911-París 1997), que durante la guerra perteneció a la Alianza de Intelectuales Antifascistas, fue violinista en la Orquesta Proletaria, compuso algunas de las partituras más importantes de la guerra como *Las compañías de Acero* o el *Himno a las Brigadas Internacionales* y colaboró en la edición del libro *Canciones de Lucha*, cuando finalizó escribió un meritorio relato memorialístico del conflicto.<sup>15</sup> Un militar de carrera sin significación política, el alcoyano Salvador Jordá (Alcoi 1917-1973), describió sin sectarismo los hechos humanos y militares que vivió en primera persona durante la guerra: en Alcoi, en Córdoba, en Teruel o en otros destinos por los que pasó, en el bando republicano primero y posteriormente en el nacional, cuando fue hecho prisionero y puesto en libertad.<sup>16</sup>

Otros alcoyanos también dejaron escritas sus vivencias de la guerra, pero formando parte de un contexto biográfico mucho más general y amplio. Es el caso del comunista alcoyano Álvaro Seguí Izarra (Alcoi 1912-1993) que, entre 1971 y 1979, escribió un largo relato —más de 700 páginas— donde pormenoriza su trayectoria vital y política, en el que anota su participación en la guerra de España, en la defensa de Espejo y su posterior destino en una unidad de carros de combate.<sup>17</sup> Y lo mismo hizo Mario Brotons (Alcoi 1922-1995) que, aparte de narrar su intervención como miliciano en Cerro Muriano (Córdoba), analiza ampliamente diferentes episodios de la historia de España, del movimiento obrero en Alcoi y de su evolución política, desde los postulados anarquistas de su juventud hasta su militancia socialista durante la Transición.<sup>18</sup>

---

<sup>13</sup> Gil-Albert, 1974.

<sup>14</sup> Barberá, 2003.

<sup>15</sup> Palacio, 1984.

<sup>16</sup> Jordá, 2010.

<sup>17</sup> Beneito, 2010.

<sup>18</sup> Brotons, 1995.

Otros autores, como Virgilio Botella Pastor<sup>19</sup> (Alcoi 1906-Asturias 1996) y Ricardo Baldó García<sup>20</sup> (Alcoi 1911-2000) –el primero, exiliado en México, y el segundo en Orán–, describieron a través de relatos y novelas sus vivencias de guerra y exilio. Y nos consta que junto a todo esto apuntado, aún permanecen inéditos algunos manuscritos que dan a conocer matices y perspectivas enriquecedoras de ese período histórico.<sup>21</sup>

Todo ello hace que la tradición memorialística y autobiográfica alcoyana, de raigambre historiográfica relacionada con la guerra y el exilio, sea larga. Muchas de estas obras apuntadas suelen centrar el relato en los dos acontecimientos más significativos que vivieron sus protagonistas durante la guerra. Uno en Alcoi, cuando los trabajadores asaltaron el cuartel de Infantería Vizcaya 12, con sede en esa ciudad, por temor a que sus mandos se sumaran al alzamiento; razones tenían, ya que el Regimiento, nada más conocer la aso-

<sup>19</sup> Era hijo de Juan Botella Asensi, ministro de Justicia durante la República. Durante la guerra ejerció diferentes misiones diplomáticas (fue secretario de la delegación española en la Asamblea de la Sociedad de Naciones en Ginebra y en 1938 fue destinado al consulado de Tánger). Refugiado en Francia, consiguió llegar a México a través del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE). Escribió una saga de novelas, algunas con trazos autobiográficos, relacionadas con la guerra y su exilio republicano en París y en México, entre las que cabe citar: *Así cayeron los dados*, París, Imp. des Gondoles, 1959; *Encrucijadas*, París, Imp. des Gondoles, 1962; *Tal vez mañana*, París, Imp. des Gondoles, 1965; *Tiempo de sombras*, Barcelona, Argos-Vergara, 1978; *El camino de la victoria*, Barcelona, Argos-Vergara, 1979; *Todas las horas hieren*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1986; *La gran ilusión*, Barcelona, Anthropos, 1988; *Entre memorias. Las finanzas del Gobierno Republicano español en el exilio*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2002.

<sup>20</sup> Afiliado a la CNT, en 1939 se exilió en Argelia. Es autor de varios libros sobre el exilio en el Norte de África: *Un cuento escrito en la arena*, Alcoy, Imp. La Victoria, 1970, describe, de forma novelada y en tercera persona, su viaje a bordo del African Trader, el buque que lo sacó de Alicante, su llegada a Orán y su estancia en el campo Morand; *Del negro al amarillo. Relatos del exilio*, Alcoy, Imp. La Victoria, 1972, refiere su estancia en una compañía disciplinaria en los campos Hadjerat y Morand (Argelia) y comenta la historia del exiliado Salvador García Muñoz (l'Orxa 1868-Orán 1944), médico socialista vecino de Alcoi que fue diputado a Cortes en 1936; *Exiliados españoles en el Sahara. 1939-1943: (un punto negro en la historia)*, Alcoy, Imp. La Victoria, 1977, son narraciones noveladas autobiográficas de tres amigos alcoyanos, uno de ellos el autor, que pasaron por los campos Morand y Suzzoni y estuvieron en el regimiento de trabajadores de Bou Arfa.

<sup>21</sup> Apuntamos “*Delirios introspectivos y cábalas para uno que nació en 1922*” que, firmado por Aventino —pseudónimo de Mario Brotons Jordá—, describe superficialmente el ambiente social del Alcoi de preguerra; el manuscrito que escribió Álvaro Lloret Lloret, un maestro natural de la Vila Joiosa (Alicante) afincado en Alcoi, que relata sus vivencias de guerra y la vida en el frente; o el cuaderno, duro y patético, que redactó mientras estaba en la cárcel Enrique Vañó Nicomedes, un dirigente anarcosindicalista de palabra fácil y pluma ágil, cualidades que pagó con la vida pues fue fusilado sin tener delitos de sangre.

nada del general Franco, acogió a un grupo de falangistas alcoyanos y cerró sus puertas en espera de acontecimientos. Y el otro en los frentes, como el de Teruel o Córdoba, con la participación de los milicianos alcoyanos en la defensa de Cerro Muriano y Espejo, donde dejaron la vida algunos de ellos. Hechos que relatan en primera persona varios de los autores apuntados, así como el exilio, generalmente africano y americano.

Sin embargo, el texto que presenta José Ferri Verdú en sus memorias — otro alcoyano, este de adopción, como veremos, pues natural de Ontinyent (Valencia) se trasladó de niño a Alcoi— es ciertamente novedoso, ya que es el único que narra, *in extenso*, su cautiverio por diferentes países y territorios de Europa, que se prolongó, incluso, finalizada la II Guerra Mundial. Ferri no hace literatura, solo cuenta, casi en presente, a modo de diario que inicia el 25 de julio de 1940 en el campo de Gurs (Francia) y termina el 2 de mayo de 1946 —casi seis años más tarde— cuando ingresa en el hospital parisino de San Luis,<sup>22</sup> todos los campos de trabajo y de prisioneros por los que pasó, tanto franceses, como alemanes, americanos o ingleses, así como su localización y si estaban cerca de un municipio u otro. Pero también los trabajos que realizó durante su estancia en cada uno de ellos y los hechos que le ocurrieron. El trato que recibió de los franceses, de los alemanes, de los aliados estadounidenses y de los británicos. Y su permanencia como prisionero en Inglaterra, así como el nombre de algunos de sus compañeros de infortunio, republicanos españoles que como él fueron deportados a ese país, y la tremenda incomprensión con que fueron tratados por el Gobierno británico.

Relato que muestra, sin tapujos, los diferentes estados de ánimo —dolor, desesperanza, pesimismo, resignación, ironía, tristeza, optimismo...— por los que atravesó Ferri mientras fue escribiendo esas memorias, que se iban prolongando años y años sin conseguir atisbar la libertad.

La obra de Ferri, “Refugiados de tercera. Crónicas del exilio”, marcadamente testimonial, queda estructurada en seis partes a modo de capítulos que incluyen una serie de entradas secuenciadas cronológicamente:

*De Escila a Caribdis.* 19 entradas (25 de julio de 1940 al 6 de septiembre de 1941)

*En las garras de los hunos modernos.* 34 entradas (10 de septiembre de 1941 y el 31 de agosto de 1944)

<sup>22</sup> En sus memorias cifra su ingreso en el Hospital Saint-Louis el día arriba mencionado, si bien su alta en el mencionado establecimiento hospitalario queda registrada el día 5 de mayo. Archives de l'Assistance Publique-Hôpitaux de Paris, SAINTLOUIS 1Q2/338.

*De los unos seis, de los otros media docena.* 13 entradas (1 de septiembre al 5 de octubre de 1944)

*¡¡¡Rule Britannia!!!* 25 entradas (7 de octubre de 1944 al 20 de julio de 1945)

*El nudo gordiano.* 17 entradas (27 de julio de 1945 al 5 de enero de 1946)

*El desenlace final.* 10 entradas (17 de enero al 2 de mayo de 1946)

En total consta de 118 entradas,<sup>23</sup> algunas de ellas repletas de información ciertamente interesante, pues los tres últimos apartados: *¡Rule Britannia!*, *El nudo gordiano* y *El desenlace final* —casi la mitad del relato— los destina a describir el lance, a veces doloroso a veces delirante, que vivieron esos republicanos durante su cautiverio en Inglaterra, que se prolongó meses después de finalizado el conflicto mundial porque el Gobierno británico no sabía qué hacer con ellos.

Por otra parte, el diario de José Ferri abría algún interrogante. Uno de ellos era saber cuándo lo escribió. Ferri comenta, eso dice, que fue redactando sus memorias mientras estuvo encuadrado en una Compañía de Trabajadores Extranjeros (CTE) y posteriormente a lo largo de su cautiverio. Esto narra cuando estaba trabajando en Astugue (entre Lourdes y Bagnères de Bigorre): “escribo estas notas sentado ante una botella de excelente cerveza” [13 de abril (1941)].<sup>24</sup> Y más adelante, ya trabajando para los alemanes, afirma que tiene las notas “escondidas en un departamento disimulado en una de las dos maletas” [3 de octubre (1944)]. Pero su autor las firma en París, año y medio después de finalizada su reclusión. Pensamos por ello que sí pudo bosquejar su diario durante su largo confinamiento, que se prolongó más allá de finalizada la II Guerra Mundial, pues tantas fechas, tantos campos de trabajo, tantas ciudades y lugares y tantos hechos y nombres de personas son difíciles de memorizar para secuenciarlos posteriormente sin incurrir en contradicciones. Pero solo en parte. Por lo que tiempo después, acabada su epopeya, pudo aderezarlo con sus recuerdos, pasarlo a máquina y datar el mecanografiado.

Pues bien, durante ese segundo proceso pudo añadir comentarios, juicios de valor, opiniones y términos que “visten” e ilustran el relato. A la vista de

<sup>23</sup> En cada una de ellas Ferri anota el día, el mes y el lugar desde donde escribe, pero omite el año pues solamente lo incluye en la primera entrada del año que inicia. Para situar al lector cronológicamente, hemos creído conveniente anotar en todas las entradas el año en que transcurre la acción.

<sup>24</sup> En adelante, entre corchetes la fecha de entrada en su diario “Refugiados de tercera: crónicas del exilio”.

algunas proposiciones y vocablos que envuelven la narración, eso parece, pues resulta difícil de entender que las hubiera escrito mientras estaba cautivo, por comprometedoras si el manuscrito hubiera sido descubierto: “(...) nosotros que antes procurábamos trabajar lo menos posible, sin perder ocasión de sabotear, con mayor razón la aprovechamos ahora para no hacer más trabajo que el encaminado a embrollarlo todo a más y mejor” [31 de julio (1944)].

Cuando analizamos el texto, la palabra “Refugiados”, que repite en múltiples ocasiones, más de cien, la encabeza siempre en mayúscula, con el fin de darle énfasis y dignidad al calificativo que quiere ponderar. Además, Ferri atribuye a los “Refugiados” ciertas cualidades como su “prodigiosa vitalidad”, su “genio industrioso”, su “moral”, su “esfuerzo”, su “brava resistencia” etc. A la vez que los conceprúa, con orgullo, de “rojos españoles”, “solidarios” y “antifascistas”.

También es cierto que, de vez en cuando, algunas frases dejan entrever cierto paternalismo, especialmente durante su reclusión en Inglaterra, al ser Ferri el que vela por el bienestar de sus compañeros. Ejemplo de ello son algunos enunciados como estos: “Aunque mis principales esfuerzos han consistido en conseguir que los españoles seamos eximidos del trabajo forzado, solamente he logrado mi empeño a medias” [6 de marzo (1945)]; “naturalmente yo empleo toda mi ‘autoridad’ en salvaguardarles [a los refugiados] de todo mal tropiezo (...) viviendo, por ese lado, todos contentos y satisfechos” [6 de marzo (1945)]; “más que por mí desearía ese cambio a causa de mis compañeros a quienes tengo cariño como niños grandes que son” [27 de febrero (1944)].

En el relato, Ferri también suele atribuirse ciertas dotes de líder: “estos [los compañeros] me aprobaron por unanimidad” [6 de marzo (1945)]; o “la incalculable cantidad de trabajo que pesa sobre mí” [13 de agosto (1945)]. Protagonismo y liderazgo que sabemos compartió con un reducido grupo de internos, como Salvador Rerpina, Pedro Cuadrado, Francisco Trigo o Eduardo Castro —se hablará de ellos más adelante—, pues en diferentes ocasiones fueron los portavoces de los confinados delante de las autoridades inglesas y de las entidades civiles que les ayudaron.

Otra particularidad es que Ferri, que de niño recibió muy poca formación, durante su adolescencia frecuentó el Ateneo Sindicalista Libertario y se aficionó a la lectura, que aprovechó con fruición. Y, según parece, también a la escritura. Él mismo nos comenta que al principio de su encierro escribió un jocoso relato: “forzando a las musas con osadía sin límites, (...) un ‘Juanito Tenorio’, en broma, que unos Refugiados de buena voluntad se esfuerzan en hacer representable” [15 de agosto (1940)]. Y también hay que recordar que,

aparte de hilvanar este largo diario, durante su estancia en suelo inglés mantuvo correspondencia con la escritora anarquista Marie Louise Berneri, firmó un largo artículo titulado “Apuntes para la Historia”, dirigido a la publicación *The Volunteer for Liberty*, y envió una carta a la Cruz Roja Internacional de Ginebra denunciando la situación de los internos. Y posteriormente, finalizado su cautiverio, ya en suelo francés, escribió un puñado de artículos que fueron publicados, se verá, en la revista *España Libre*.

En el diario sus habilidades literarias quedan reflejadas en algún que otro párrafo, bucólica y retóricamente construido, a la vez que de tanto en tanto desparrama por el texto cultos vocablos o poco utilizados, alegorías poéticas y nombres de personajes célebres con el propósito, tal vez, de darle al relato un punto de erudición. Muestra de ello son los términos: “matachines”, “ergástula”, “gaya”, “poternas”, “logreros”, “ludibrio”, “inverecundia”, “estragnar”, “turbonada”, “trusa”, “charrasca”, “tahali” o “remoquete”, entre otros; las frases “alma galvanizada”, “báratro dantesco”, “escarpaduras que horadan el cielo”, “paso tardó”, “policromía de las alquimias”; o las alusiones que hace a personajes de ficción, célebres o históricos, como los corsarios “Duguay-Trouin y Surcouf”; a “Falstaff”, tal vez en referencia a Shakespeare, a Verdi o a Salieri; al jurista y gastrónomo francés “Brillat-Savarin”; o a “Sísifo”, el hijo de Eolo, entre otros.

También cabe prestar atención a los juicios de valor que emite durante su cautiverio en Inglaterra, relacionados con la política que los británicos mantuvieron con los refugiados españoles, algunos de ellos acordes con sus principios libertarios. A los análisis que de vez en cuando hace de la política española y mundial o del papel que estaban jugando la Unión Soviética, Estados Unidos o Gran Bretaña. Al futuro de Europa, si ganan los nazis, y a las intenciones de los americanos, que “no han entrado en guerra por generosidad (...) [sino] con el fin de encontrarse, después de la batalla final, en situación de dictar al mundo su voluntad, tanto en lo político como en lo económico y social” [9 de diciembre (1941)]. A la marcha de la guerra y al futuro, a veces premonitorio, que se cierne cuando acabe esta, cuando escribe a mediados de 1941: “¿Qué ocurrirá después de la guerra, cuando frente al bloque que forma la U.R.S.S, con ejércitos de partidarios en el seno mismo de las naciones capitalistas, estas formen también su bloque con objeto de defenderse?” [24 de junio (1941)]. Opiniones, algunas de ellas, que pudo verter *a posteriori*, poco después de acabado el conflicto, con el inicio de la Guerra Fría y el enfrentamiento económico, político, social y militar entre los bloques Occidental y del Este.

Lo cierto es que el relato de Ferri es un recorrido, mes a mes, año a año, desde que se inicia la guerra mundial hasta un año después de finalizada esta, por los diferentes lugares, campos de concentración y de trabajo por los que pasó realizando tareas inhumanas en régimen de semiesclavitud, al servicio de empresas contratadas por la Organización Todt (OT), sociedad pública de ingeniería nazi que se encargaba de construir infraestructuras civiles y militares con mano de obra esclava, pues aunque cobraban una ínfima remuneración económica, estaban obligados a trabajar y privados de libertad. Tal como les ocurrió a miles y miles de personas, de diferentes países y procedencias, que se vieron atrapadas, como Ferri, en la vorágine de la guerra y sometidas por el enemigo, el que fuera. Por suerte, lo pudo contar. Otros, menos afortunados, murieron en los campos de exterminio. Estuvo en Gurs, Astugue, Larán, Bagnères de Bigorre, Vielle-Aure, Clairfont, Rochefort, La Rochelle, Saint-Malo, en la isla de Jersey, donde trabajó en diferentes campos, entre ellos el de Udet y Schupke, en el campo Eugen, ya de regreso a suelo francés, en Ferques, en Chamouilley, en un campo de trabajo cercano a Revigny, en Compiègne, en el campo de concentración del Hipódromo, este cercano a Londres, a donde llegaron procedentes de Cherbourg, en los campos 181, 183, 186, en Kirkham y en Hall o' the Hill. En ellos levantó empalizadas, abrió fosas, construyó carreteras de montaña en duras condiciones climáticas, desbrozó maleza de los montes, levantó gruesos muros de cemento en las frías costas de Jersey, barrenó las entrañas de la tierra, empujó vagonetas repletas de rocas, trabajó de estibador y construyó largas pistas que eran utilizadas como aeródromos.

Y describe las vicisitudes, aún en suelo francés, por las que pasaron junto a él un par de cientos de republicanos españoles que fueron apresados, maltratados, muertos de hambre y expoliados de sus pocas pertenencias por los americanos, a los que ellos creían sus libertadores. Y su larga estancia (o pesadilla) en Inglaterra, cuando fueron deportados a ese país y encarcelados por suponerles colaboracionistas de los nazis. Y su reclusión en los mismos campos de prisioneros que sus enemigos, mientras veían pasar por encima de sus cabezas las bombas volantes que lanzaban los alemanes. Y su lucha para que los británicos los pusieran en libertad, que se prolongó incluso tiempo después de haberse acabado la guerra mundial: las repetidas huelgas de hambre que tuvieron que afrontar, las cartas que escribieron a la Cruz Roja Internacional, a la prensa y a otras organizaciones en las que denunciaban la actitud del Gobierno británico y la presión a que los estaba sometiendo, que dio como

resultado que uno de ellos se suicidara, entre otras muchas peripecias. Pero también la ayuda solidaria que recibieron de personas, de entidades y de organizaciones para que, por fin, se les permitiera regresar a Francia o pudieran quedarse en Inglaterra como hombres libres.

Todo una aventura que, para Ferri, aún no había tocado a su fin. Tiempo después de finalizado el conflicto mundial, cuando por fin fue puesto en libertad, no pudo regresar a su país, España, no pudo abrazar a María, su compañera, y a sus dos hijos, José y Francisco, sin peligro de volver a ser encarcelado. Tuvo que exiliarse, rehacer su vida en otro continente, en otro país, Venezuela, y formar otra familia. Nunca más volvió a España, pero supo infundirle a su nueva parentela, a su esposa, Juana Anastasia, y a sus hijos, Juana Clementina, Antonio Pericles y Floreana del Carmen, que había otra cepa y estaba en Alcoi.



## **2. LA INSÓLITA AVENTURA DE JOSÉ FERRI “ESPARTACO”**



José Ferri, más conocido por Espartaco, era concejal del Consejo municipal cuando a primeros de 1938, en plena Guerra Civil, pasó a Francia con el propósito de cobrar el importe de una remesa de almendra que el consistorio había exportado a aquel país. Ya en Francia no pudo, no quiso o no se atrevió a regresar a España, pues los nacionales, que habían llegado a Tortosa (Tarragona), habían cortado las comunicaciones entre Cataluña y Valencia y la guerra parecía perdida. Su permanencia en Francia le trajo múltiples problemas que se prolongaron más allá de finalizada la II Guerra Mundial. Por una parte, en su ciudad, al ver que no regresaba a España, fue tildado de ladrón, declarado desertor y expulsado de la CNT, por lo que su honor y prestigio quedaron más que mancillados. Mientras que por otra, su exilio en suelo francés le salió muy caro, ya que entre 1939 y 1946 tuvo que soportar un doloroso y prolongado cautiverio, se ha dicho, hasta que fue liberado un año después de finalizada la II Guerra Mundial.

### Los orígenes

Perdidas a causa de la Guerra Civil algunas partidas de nacimiento inscritas en el Registro Civil de Ontinyent (municipio cercano a Alcoi, situado al sur de la provincia de Valencia), finalizada esta, Isidro López Boix, delegado del Ministerio de Justicia, reconstruía el 8 de febrero de 1947 algunas de ellas, entre la que figuraba la de José María Ferri Verdú,<sup>25</sup> la cual certificaba que había nacido en esa localidad el día 15 de diciembre de 1902<sup>26</sup> y que sus padres eran Antonio Ferri y Patrocinio Verdú.<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Registro Civil de Ontinyent. Nacimientos, tomo 17, n.º 499, pág. 125.

<sup>26</sup> Años después, en 1923, cuando tuvo lugar el alistamiento de los mozos nacidos en 1902, la fecha de su nacimiento diferirá en un día: según el listado de los mozos que en 1923 elaboró el Juzgado Municipal de Ontinyent, José Ferri había nacido, como se ha dicho, el 15 de diciembre de 1902, mientras que el listado que aportó la iglesia de San Carlos, refiere que tuvo lugar un día después, el 16 de ese mes. Arxiu Municipal d'Ontinyent (AMO), Quintas. Expediente general, 1923.

<sup>27</sup> La mencionada partida incluye una nota del Registro Civil Central de Madrid, que remitió el Cuerpo Consular de Caracas el 6 de junio de 2000, la cual certifica el óbito de José María Ferri Verdú, hijo de Antonio y Patrocinio, que tuvo lugar en Caracas el día 5 de abril de 1966. Ver también Registro Civil Central, defunción inscrita en el Tomo 49, pág. 159.

Un Resumen de Matrícula de la iglesia de San Carlos de Ontinyent elaborado en 1902, semanas antes de que naciera José María Ferri, nos aporta más información sobre su familia.<sup>28</sup> Sus padres, Antonio y Patrocinio, ambos de Ontinyent, de 40 y 34 años de edad respectivamente, tenían un hijo de nombre Antonio, que había nacido en 1899, y residían desde hacía cuatro años en el número 15 de la calle Jardines de esa localidad.

Posteriormente sabremos que los apellidos completos de sus progenitores eran Antonio Ferri Martínez y Patrocinio Verdú González<sup>29</sup> y que el 16 de enero de 1901, un año antes de que Patrocinio alumbrara a José María, el matrimonio había tenido un segundo hijo que, llamado también José, había fallecido el 5 de agosto de ese mismo año.<sup>30</sup>

### Espartaco

Para una familia trabajadora cualquier jornal, por escaso que fuera, se hacía necesario para el sostén de la casa. Es por ello que la infancia de José Ferri no fue fácil, y más cuando alguna desgracia tuvo que ocurrir en el seno familiar para que con solo seis años se mudara a vivir a Alcoi, donde fue acogido por un pariente. En esa ciudad industrial pudo asistir poco tiempo a la escuela, pues pronto entró a trabajar de pastor. En la calle Barbacana, donde vivía, conoció al que sería su gran amigo, o hermano, como solían llamarse, Ramón Llopis Agulló (Alcoi, 1894-Avellaneda, Argentina, 1961),<sup>31</sup> siete años mayor que él, con el cual compartió juegos callejeros<sup>32</sup> que fraguaron una profunda amistad, reforzada posteriormente por sus ideales libertarios.

A los 12 años entró a trabajar de aprendiz en una fábrica textil y allí, con el tiempo, aprendió el oficio de tejer. E ingresó, de la mano de su amigo Ramón, en el Ateneo Libertario de esa ciudad, donde entró en contacto con la literatura clásica, pero también con autores de libros y folletos sociales y libertarios. Allí

---

<sup>28</sup> AMO, Copia Resumen matrícula iglesia de San Carlos, año 1902.

<sup>29</sup> Arxiu Municipal d'Alcoi (AMA), sign. 2969, Oficio quintas n.º 43 (8 de enero de 1923).

<sup>30</sup> *Ibid.*, Oficio quintas n.º 45 (7 de enero de 1922). Respecto a la duplicidad de identidades las coincidencias se siguieron produciendo también en Alcoi, ya que el 12 de febrero de 1905 nació en esa ciudad Francisco José Ferri Verdú si bien los padres de la criatura eran Rafael Ferri Oltra, un leñador de 32 años de edad, y Rita Verdú Cortés, de 29 años, ambos naturales de Cocentaina (Alicante). Iglesia parroquial de San Mauro de Alcoi, Libro de bautizos: 1904-1906, fol. 130v.

<sup>31</sup> Era hijo de José Llopis Ferrando, papelero de profesión, y de Milagro Agulló Prats, ambos naturales de Cocentaina. AMA, Padrón, 1904, sign. 2023.

<sup>32</sup> Ramón vivía en la calle Sant Agustí n.º 29, muy próxima al domicilio de Ferri.

aprendió a conversar con sus compañeros, la mayoría sindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y a hacer suyas las reivindicaciones laborales, la lucha obrera y la utopía libertaria. El ambiente era propicio para ello. En aquellas fechas Alcoi era una ciudad donde las diferencias sociales estaban muy acentuadas, ya que el proceso de industrialización, desarrollado a lo largo del siglo XIX, se había cebado especialmente sobre los más desfavorecidos. Donde una masa proletaria trabajaba en las fábricas haciendo largas y agotadoras jornadas laborales a cambio de mínimos salarios de explotación, que permitían, a duras penas, pagar el alquiler de la casa y llevarse a la boca unos pocos comestibles. Donde hacía algo más de treinta años, en 1873, una huelga general revolucionaria promovida por la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), conocida como Revolución del Petróleo, había acabado con la toma de la ciudad por los amotinados, con la quema de fábricas y con la muerte de quince personas, una de ellas Agustín Albors, su alcalde, del Partido Republicano Federal. Y si el movimiento libertario-sindicalista se había saldado con una dura represión gubernamental, donde fueron encarcelados cientos de trabajadores, estos, pasados los años, aún soñaban con poder hacer realidad la revolución social tanto tiempo esperada. Y José Ferri era uno de ellos.

En Alcoi, cuando escaseaba el trabajo, algunos trabajadores emprendían el camino de una emigración temporal y marchaban a Sabadell (Barcelona) o a Francia. En esas circunstancias, José Ferri marchó a Vienne,<sup>33</sup> municipio francés del departamento de Isère, en la región Ródano-Alpes. La ciudad tenía un gran paralelismo con Alcoi, al haber desarrollado un fuerte proceso de industrialización que la había convertido en una ciudad obrera, con cantidad de industria textil, y ahora, pasada la I Guerra Mundial, era punto de llegada de un buen número de inmigrantes de diferentes nacionalidades.<sup>34</sup> Allí estuvo cerca de un año hasta que tuvo que regresar a Alcoi por haber sido llamado a filas en el reemplazo de 1923 (de hecho, ya lo habían alistado en el reemplazo anterior, pues fue confundido con su hermano homónimo fallecido al poco de nacer también en Ontinyent).

Sorteado el 28 de febrero de 1923 y tallado días más tarde,<sup>35</sup> daba inútil temporal para el servicio militar, por tener el defecto 197 de la Clase 4ª del

---

<sup>33</sup> En épocas de crisis había tejedores alcoyanos que solían desplazarse a Vienne en busca de trabajo; también cuando finalizó la Guerra Civil fue destino de algunos exiliados (Beneito, Moreno & Santonja, 2017: 393; 396; 495).

<sup>34</sup> Letonnelier, 1928: 697.

<sup>35</sup> AMA, sign. 2242.

cuadro (falta de armonía entre el peso y el perímetro torácico con relación a la talla), por lo que quedaba excluido temporal para servicio en el Ejército.<sup>36</sup>

Por aquellas fechas el joven Ferri, que seguía viviendo en la calle Barbacana n.º 10, en casa de José Ferri González, el familiar antes mencionado, también tejedor como él, se fue labrando un nombre en los ambientes libertarios y en la CNT, sindicato anarquista mayoritario en Alcoi, donde todos lo conocían con el apelativo de Espartaco, a semejanza del esclavo tracio que se sublevó contra la República de Roma. También frecuentaba la Sociedad Naturista y Cultural y el Grupo de Estudios Libertarios, puntos de reunión de muchos cenetistas, y una tertulia de cierto nivel intelectual<sup>37</sup> como la que tenía lugar en casa del fotógrafo Carlos Palacio.<sup>38</sup> Según menciona Juan Diógenes del Serpis<sup>39</sup> allí se reunía, generalmente los lunes, con el escritor Rafael Mengual Soriano,<sup>40</sup> con el poeta Pascual Pla y Beltrán,<sup>41</sup> con el periodista José Alcina Navarrete,<sup>42</sup> con los compositores y concertistas de piano los hermanos Rafael y Gregorio Casasempere<sup>43</sup> y con los anarquistas Juan Bau-

<sup>36</sup> AMA, sign. 2243. Tallaba 1'618 mm y un perímetro torácico de 78 cm.

<sup>37</sup> Beneito, 2010: 27-28.

<sup>38</sup> Era padre del compositor Carlos Palacio García, nombrado anteriormente, que cuando finalizó la contienda se exilió en Francia y escribió una colección de veintitrés canciones para piano titulada *España en mi corazón*, que fue editada en la URSS en 1970.

<sup>39</sup> Juan Diógenes del Serpis, 1984: 20.

<sup>40</sup> Rafael Mengual Soriano (Alcoi, 1908-2002), escritor y peluquero. Antes de la guerra pertenecía a la Agrupación Cultural –asociación de carácter progresista que organizaba tertulias y conferencias relacionadas con el arte, la poesía y la literatura– y colaboró con las publicaciones socialistas *Proa al Sol* y *Orientación Social*. En 1936 publicó su primer ensayo, *El azar y la vida*. En guerra perteneció a la CNT y marchó voluntario al frente. Finalizado el conflicto residió en Barcelona y en 1951 pasó a trabajar a Francia. Dejó escritos una veintena de libros, parte de ellos de temática social.

<sup>41</sup> Pascual José Pla y Beltrán (Ibi, Alicante, 1908-Caracas, Venezuela, 1961), poeta. De joven vivió en Alcoi. En 1928 publicó su primera obra, *La cruz de los crisantemos*. Con la llegada de la II República se afilió al PCE y formó parte de la *Unión de Escritores y Artistas Proletarios*. Cuando finalizó la guerra fue condenado a muerte, pena que le fue conmutada. En 1955 salió de España y residió en Santo Domingo y en Venezuela.

<sup>42</sup> José Alcina Navarrete (Valencia-El Puig, Valencia, 1940). Fue director del semanario *La Voz de Alcoi* y de la revista cultural *La Voz Alcoyana*. También colaboró con *La Gaceta de Levante*, *Humanidad* y *El Mozo de Estoques*, todas editadas en Alcoi. Cuando finalizó la guerra fue fusilado el 13 de octubre de 1940.

<sup>43</sup> Rafael Casasempere Juan (Alcoi, 1909-1997). Concertista de piano. Fue director de la banda *Nueva del Iris* y director la *Orquesta Sinfónica Alcoyana*. Gregorio Casasempere Juan (Alcoi, 1913-1988). Estudió piano y violonchelo. Fue director de la *Coral Polifónica Alcoyana* y de la *Orquesta Sinfónica Alcoyana*.

tista,<sup>44</sup> conocido como “Ateo”, con Navarro, que utilizaba el pseudónimo de “Libre” y con “Crepúsculo”, para hablar de política, de música, de literatura, de arte, de poesía o de espiritismo. Tertulia variopinta que a buen seguro le abrió la mente al joven Espartaco.

Liberado del servicio militar,<sup>45</sup> en 1926 Ferri decidió regresar a Francia y más cuando hacía tiempo que la CNT estaba ilegalizada por la dictadura militar de Primo de Rivera, sus centros sindicales clausurados y sus líderes en la clandestinidad. Volvió a Vienne, como habían hecho algunos alcoyanos y un buen número de libertarios procedentes de centros textiles catalanes que huían como él del control que imponía la dictadura primorriverista. Al saber Ramón Llopis, que había huido a París, que Ferri había regresado a Vienne decidió reunirse con él. Allí pasaron varios años trabajando, a la vez que recogían fondos para los presos sociales españoles, pero también confraternizando y activando políticamente con otros anarquistas, tal vez pertenecientes a la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia (FGALEF) o de los Cuadros Sindicales, muy activos en aquella época.<sup>46</sup>

Y allí conoció a la que sería su compañera, María Pérez Castillo, una adolescente natural de Barcelona, de oficio canillera que vivía con su madre y su hermana, con la que tendrá su primer hijo, José Ferri Pérez, que nació en Vienne el 25 de enero de 1927.

Con la dimisión de Primo de Rivera y las medidas de gracia dictadas en enero de 1930 por el Gobierno de Berenguer, muchos exiliados decidieron retornar a España. Poco después Ferri regresaba a Alcoi con su familia, según testimonios, expulsado<sup>47</sup> de Francia a causa de la actividad política que Espartaco mantenía con grupos anarquistas, que por aquellas fechas eran vigilados de cerca por la policía gala.<sup>48</sup>

En Alcoi el matrimonio se instaló en la calle San Roque n.º 13, donde el 21 de marzo de 1934 nacería su segundo hijo que lo inscribió en el Registro Civil

---

<sup>44</sup> Juan Bautista Reig Abad, natural de Cocentaina, donde nació en 1899, es el autor del libro *Por aquella guerra maldita* que escribió bajo el pseudónimo citado anteriormente de Juan Diógenes del Serpis. Álvaro Seguí, en sus memorias, lo cita como Juan Bautista Corbí.

<sup>45</sup> No sabemos si pasó las siguientes revisiones reglamentarias ante la Comisión mixta municipal o en el consulado de España en Francia.

<sup>46</sup> Garner, 2008.

<sup>47</sup> Entrevista José Ferri Pérez, 20-IV-2015.

<sup>48</sup> González, 2002: 498-499.

con el nombre de Espartaco,<sup>49</sup> el sobrenombre de su padre. Con ellos también llegó la madre de María, su compañera: Agustina Castillo Domínguez, viuda, nacida en 1872 en Cuevas (Murcia)<sup>50</sup> y canillera de oficio, como su hija. Y poco después también se afincaban en Alcoi sus cuñados: Paca Aznar, hermanastra de María por parte de madre, y su marido Domingo Guardiola.

Durante los primeros meses de estancia, y con tal de salir adelante mientras encontraba un oficio más remunerado, Ferri se empleó repartiendo prensa por la calle a la vez que frecuentaba con asiduidad el Centro de Estudios Sociales,<sup>51</sup> feudo de los libertarios alcoyanos, donde mantendrá animadas charlas que dejaban traslucir sus dotes oratorias. Ahora, los nuevos aires de libertad le permitieron organizar charlas, conferencias y reanudar la actividad sindical en fábricas y talleres. De hecho, la CNT, que en Alcoi era el sindicato mayoritario con miles de afiliados, estaba desplegando una gran actividad.<sup>52</sup> Y Ferri mantenía buenas relaciones con sus líderes más significados, tanto “trentistas” como “faístas” como José Aparisi, Enrique Vañó, Cándido Morales, Vicente Montava o Ángel Ferrer, entre otros, hecho que le permitió colaborar activamente en tareas sindicales.

### La llegada de la guerra

Con el advenimiento del golpe militar de julio de 1936 los acontecimientos se precipitaron en la ciudad. Los mandos del Regimiento de Infantería Vizcaya 12 con base en Alcoi se acuartelaron en espera de sumarse al alzamiento, apoyados por un grupo de civiles, requetés y falangistas, que se pusieron a las órdenes de los militares sublevados. Con el fin de evitar que la plaza cayera en poder de los militares, los sindicatos y los partidos políticos de izquierda convocaron a sus afiliados para que formaran milicias populares armadas y sitiaran el cuartel, a la vez que organizaban una huelga general que durante días paralizó la ciudad. Por fin, la noche del 3 de agosto, los milicianos consi-

<sup>49</sup> AMA, Padrón, 1936, sign. 2034; Rectificación padrón, 1940, sign. 2039. En este segundo padrón, finalizada la guerra, Espartaco ya no figurará como tal, sino con el nombre de Francisco.

<sup>50</sup> Suponemos que se refiere a Cuevas del Reylo, una pedanía perteneciente al municipio de Fuente Álamo de Murcia.

<sup>51</sup> Inaugurado en agosto de 1930, según Amorós & Amorós (2005: 53) tenía una bien nutrida biblioteca, estaba suscrito a diferentes publicaciones de carácter libertario, impartía clases nocturnas de ciencia, filosofía, gramática, aritmética, geografía... y organizaba charlas y conferencias con el fin de fortalecer el espíritu de la clase obrera.

<sup>52</sup> Amorós & Amorós, 2005: 53-56.

guieron entrar en el recinto militar y los mandos sediciosos fueron recluidos en el Reformatorio de Adultos de Alicante, donde serían juzgados meses más tarde. No sabemos si José Ferri participó en el sitio y toma del cuartel, aunque la hipótesis no parece descabellada ya que, meses más tarde, en diciembre, cuando un tribunal popular juzgó a los sublevados, José Ferri, Espartaco, compareció como testigo.<sup>53</sup>

El 6 de agosto, tres días después de que los trabajadores tomaran el cuartel, en Alcoi se formó una columna mixta compuesta por 410 soldados del Regimiento Vizcaya 12 y 525 milicianos,<sup>54</sup> la mayoría anarquistas, sindicalistas de la Unión General de Trabajadores (UGT), socialistas y comunistas que, con la intención de defender la República, partieron a reforzar el frente de Córdoba, José Ferri Verdú uno de ellos. Allí permanecieron desplegados a lo largo del frente, en Castro del Río, en Espejo y en Cerro Muriano, con el fin de impedir el avance de los militares sublevados hasta que, rotas sus líneas y después de sufrir una dura derrota, los milicianos supervivientes regresaron a Alcoi a finales de septiembre.

Con la asonada militar perpetrada por los militares en julio de 1936, el país había entrado en guerra, pero Alcoi, además, en revolución. En la ciudad, con la sublevación cuartelaria sofocada y la columna de milicianos en Córdoba, empezó el proceso de colectivización de las empresas locales, que regentadas ahora por los sindicatos de trabajadores pasaron de una economía capitalista a otra de corte socialista. Los sindicalistas también expropiaron inmuebles y chalés de particulares, de entidades y de asociaciones de derecha, que fueron utilizados para emplazar en ellos las sedes de los sindicatos y los acuartelamientos de las milicias populares.<sup>55</sup> Mientras que milicias armadas, controladas por un Comité Revolucionario de Defensa, se hacían cargo del control de la ciudad y de la seguridad ciudadana. Por aquella fecha, la revolución social también hizo mella en la política municipal. El consistorio, emanado legalmente de las urnas con anterioridad al golpe, formado íntegramente por miembros de Izquierda Radical Socialista, de Izquierda Republicana y del Partido Socialista, dimitió en pleno, con su alcalde Evaristo Botella a la cabeza, a favor de un Consejo Econó-

---

<sup>53</sup> *El Luchador*, 28-XII-1936.

<sup>54</sup> Tanto Berenguer (1977: 260) como Ramos (1974: 214) dan las mismas cifras, mientras que Moreno (2008: 333) amplía su número a 1.221 hombres.

<sup>55</sup> Beneito & Blay, 2014.

mico-Político-Social<sup>56</sup> formado por representantes de las organizaciones sindicales<sup>57</sup> y de los partidos políticos que habían suscrito la coalición del Frente Popular.

Ahora, con el poder político y económico de la ciudad en manos de los sindicatos, Ferri será designado por la CNT para que represente a Alcoi en la nueva Junta Administrativa de la Diputación Provincial de Alicante<sup>58</sup> —es decir, será nombrado diputado provincial—, cargo de relevancia que, compuesto por miembros de partidos políticos y de organizaciones sindicales, se formó el día 5 de octubre de 1936, recayendo su presidencia en Luis Arráziz Martínez, militante del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) de Elda.

Con ese nombramiento, el prestigio y el poder político de José Ferri se incrementaron considerablemente, en parte porque estaba avalado por su gran amigo Ramón Llopis que, por aquellas fechas, había alcanzado en Alicante un elevado protagonismo sindical y político. Partidario de la acción directa,<sup>59</sup> cuando Ramón regresó a España recaló en Terrassa (Barcelona) donde fue nombrado secretario general de la Federación local de la CNT, pero perseguido por la policía a causa de la convocatoria de una huelga se trasladó a Alicante<sup>60</sup> donde militó con nombre supuesto en los Sindicatos confederales. Con el triunfo del Frente Popular dirigió la Federación local de la CNT de Alicante. Y durante la guerra ostentó diferentes cargos de máxima relevancia: presidió la Comisión de Justicia y Orden Público del Comité Provincial de Defensa, formó parte del Consejo Provincial de Economía y Trabajo, fue vicepresidente y posteriormente presidente del Consejo Provincial y también ostentó la presidencia del Frente Popular Antifascista de Alicante.<sup>61</sup>

### La huida de Espartaco

Desde principio de la guerra, la cooperativa de la Federación local de Abastos de la CNT venía intercambiando mercancías agrícolas y productos textiles,

<sup>56</sup> El primero dimite el día 2 de octubre de 1936 y el segundo se constituye el 12 de ese mes. AMA, Actas Municipales, sesiones 2 y 12 de octubre de 1936.

<sup>57</sup> Figuraban los sindicatos del Textil, del Papel, del Metal, de la Madera, de los Campesinos, de la Construcción y de la Alimentación, entre otros.

<sup>58</sup> *El Luchador*, 6-X-1936.

<sup>59</sup> Él se definía como “decidido organizador que sabía emplear la violencia cuando era necesario y la astucia en el momento oportuno”. Carta. Ramón Llopis Agulló (Buenos Aires, 21 mayo 1967).

<sup>60</sup> *Ibíd.*

<sup>61</sup> Beneito, Moreno & Santonja, 2017: 400; AA.VV, 1991.

elaborados en Alcoi y en otros municipios de la comarca, por provisiones de primera necesidad que compraba en Francia a través del operador de aduanas Gaston-Rocaries ubicado en Cerbère (Francia).<sup>62</sup> Motivo había. Con Castro del Río y Espejo en poder de los sublevados, miles de cordobeses huyeron en desbandada por miedo a la represión. Y Alcoi sería, en buena medida, su tierra de acogida. A la ciudad empezaron a llegar cientos de refugiados, la mayoría mujeres, niños y ancianos, no solamente cordobeses, sino también madrileños y otros procedentes del País Vasco. Muchos alcoyanos les abrieron sus casas y el consistorio les proporcionó cobijo en casas particulares confiscadas, en hoteles o en conventos, pero también escuela para los niños, sanidad y alimentos, que fueron escaseando cada vez más a medida que avanzaba la guerra.

José Ferri, que estaba en el Consejo administrativo de la mencionada cooperativa de Abastos, cuyo máximo responsable era José Valor Andrés,<sup>63</sup> se encargaba, junto con otros vocales, de comprar subsistencias (fruta, salvado, chocolate, guisantes, garbanzos, arroz, cañamones, alpargatas, etc.) por los municipios de la comarca o en Valencia, Albacete o Barcelona, a la vez que, de tanto en tanto, iba a Cerbère a supervisar las transacciones mercantiles y financieras que se realizaban con Francia, pues conocía bien el idioma por haber estado en ese país durante la Dictadura de Primo de Rivera.

A finales de 1937 Ferri había enviado a la frontera francesa una partida de almendras procedente de la “Cooperativa Turronera” de Xixona (Alicante), que la cooperativa quería cobrar mediante “compensación”, es decir en especies, en azúcar y otros alimentos de ese país y no en metálico. Sin embargo, nuevas disposiciones del Ministerio de Economía español dificultaban la transacción. Pasaba el tiempo y la almendra seguía retenida en Portbou (Girona) y su valor, al no hacerse efectivo, día a día iba devaluándose con el consiguiente perjuicio para las arcas municipales. Para agilizar la operación, el médico y diputado Salvador García Muñoz, así como José Ferri y Rafael Sempere Pascual, que por aquellas fechas era delegado de cooperativas, hicieron gestiones cerca del Gobierno para que autorizara la transacción, a la vez que conseguían un pasaporte para que Ferri pudiera pasar la frontera y cerrara el trato, operación que le encomendó el Consejo de la cooperativa el 24 de noviembre de 1937.<sup>64</sup>

---

<sup>62</sup> Que sepamos, tanto Mollá como Ferri, que trabajaban para la mencionada cooperativa, a mediados de 1937 ya habían realizado varios viajes a Francia.

<sup>63</sup> Fue nombrado presidente a fecha de 24 de febrero de 1938.

<sup>64</sup> AMA, Actas del Consejo de la Cooperativa de Abastecimiento de la Federación Local de Sindicatos CNT, sign. 5217.

José Ferri era un cenetista que estaba bien considerado en el sindicato, pues ostentaba diferentes cargos de responsabilidad, y más cuando el 14 de marzo de 1938 fue nombrado consejero del Ayuntamiento de Alcoi<sup>65</sup> —o sea, concejal—, hecho por el cual tuvo que dimitir de su cargo en la cooperativa.<sup>66</sup> El cambio de actividad no fue obstáculo para que, pocos días después, marchara a Francia a realizar la operación mercantil antes mencionada. Sin embargo, aunque dejaba en Alcoi mujer y dos hijos, no volvió, a pesar de que fue conminado en varias ocasiones a que regresara, probablemente porque poco después de su partida, el 15 de abril, los nacionales entraban en Vinaròs (Castellón) y partían la zona republicana en dos, dejando Valencia incomunicada de Cataluña y de Francia.

Cuando se propagó por la ciudad la noticia de que Ferri se había quedado en Francia, posiblemente con el dinero que Abastos le había proporcionado para el viaje, y que las gestiones que había realizado con la venta de almendra habían resultado totalmente deficitarias, fue un clamor. Y más, cuando salpicaba indirectamente al presidente del Consejo Municipal, el cenetista Ángel Ferrer Jordá, que había presidido durante tiempo la Concejería de Abastos. Por todo ello, la Federación local de la CNT, a través de un escrito firmado por Enrique Vañó Nicomedes, secretario general de la mencionada organización sindical, lo tildó de patriota renegado, lo declaró desertor y lo expulsó del partido. Mientras, el gobernador lo destituyó de su cargo municipal.

El terremoto político que Ferri había desatado era considerable. El 8 de agosto, varios meses después de haberse marchado, el Consejo municipal, que no sabía qué determinación tomar, decidió realizar una sesión extraordinaria con el objeto de discutir el caso y dilucidar las medidas a seguir. De hecho, cuando Ferri llegó a Francia y se entrevistó con el agente de aduanas, remitió un balance al Departamento de Abastos explicando cuál era la situación. De entrada, el precio de la almendra que Abastos había enviado a la frontera francesa se había depreciado en 60.000 francos, a causa de los meses que había estado entretenida en la aduana. Por otra parte, aunque ese departamento tenía un saldo a su favor de 275.000 francos, las deducciones que, según Gaston-Rocaries, tenía que abonarle el Ayuntamiento ascendían

<sup>65</sup> AMA, Libro de actas municipales, sesión 14 de marzo de 1938.

<sup>66</sup> Remodelada la junta directiva de la Cooperativa por esa causa, el 24 de febrero de 1938 recayó la presidencia en José Borrell. AMA, Actas del Consejo de la Cooperativa de Abastecimiento de la Federación Local de Sindicatos CNT, sign. 5217.

a 157.897'90 francos,<sup>67</sup> a los que había que sumar otros 32.553'65 francos que le debía el Sindicato de la Industria Textil y Fabril de Alcoi CNT-AIT, pues su Comisión Técnica de Control Textil también tenía tratos comerciales con ese agente importador, más otros 110.088 francos que también le adeudaba la Cooperativa de la Federación Local. Por lo que, hechas las cuentas y sumadas esas partidas, el operador se las endosó a Ferri como representante municipal, que pasaba a deberle 32.553'65 francos. Es decir, el Ayuntamiento había pasado de acreedor a deudor.

En la mencionada sesión municipal del 8 de agosto, la Cooperativa de Abastos presentó el balance que Ferri había enviado, pero advirtió públicamente que:

No satisfizo en manera alguna el mencionado balance, ya que la ventaja de la compensación consistía en la adquisición de géneros, y además por no ser este el mandato que llevaba el Consejero Ferri, pero la Presidencia de Abastos aceptó en principio [el subrayado es nuestro], ordenándole que regresara inmediatamente a fin de que rindiera cuentas a la Comisión que lo había delegado y explicara los motivos que le impulsaron para terminar de esa forma el asunto de referencia. (...) Como era conocido que el indicado Agente realizaba además operaciones similares con otras entidades alcoyanas, independientemente de Abastos, el punto principal del mandato que se le confió a Ferri fue que las cuentas de Abastos no se mezclaran con las que esas entidades extrañas a Abastos pudieran tener, cosa que no ha sucedido así y no se puede explicar los motivos que le han inducido a Ferri para obrar de esta manera...<sup>68</sup>

La explicación que dio la comisión que había autorizado el viaje de Ferri a Francia era ambigua, pero no lo acusó de haber sustraído dinero. En su exposición, aunque dejaba entrever su oposición a la mencionada operación, parece indicar que la aceptó, si bien les recordaba a los consejeros que la cooperativa había advertido a Ferri que no mezclara sus cuentas con las que tenían otras entidades alcoyanas, cosa que hizo.

Pues bien, lo único cierto es que Ferri no había vuelto para dar explicaciones. Por ello, en la misma sesión municipal los consejeros de la CNT pidieron que se formara una comisión especial que determinara si este había podido sustraer dinero y cuál era la cantidad. Dato que parecía difícil de averiguar, pues en palabras de uno de ellos el balance que había presentado la

<sup>67</sup> Con el fin de abaratar el envío de mercancías a la frontera, en Alcoi a veces se aclopaban en un mismo transporte productos textiles y agrícolas de diferentes organismos y sindicatos locales; tal vez por ello el importador no diferenciaba y atribuía su envío al ayuntamiento.

<sup>68</sup> AMA, Libro de actas municipales, sesión 14 de marzo de 1938.

cooperativa de Abastos “es un embrollo que no podrá investigar la Comisión Municipal”.<sup>69</sup> Otros consejeros, los comunistas y socialistas, más expeditivos, abogaron por presentar una denuncia y que fuera la autoridad judicial la que dilucidara el caso. En el único punto que estaban todos de acuerdo era que, a partir de la fecha, la caja de Abastos debía estar supervisada por el propio Consejo municipal, como así sucedió a partir de ese momento.<sup>70</sup>

Realizada la votación para saber cuál de las dos alternativas propuestas se tenía en consideración, el Consejo resolvió que el “caso Espartaco” —así se le llamó— debía resolverse a través del Juzgado. A tal finalidad se determinó que los letrados Gregorio Ridaura Pascual y José Mira Pérez, junto con un técnico municipal de contabilidad, esclarecieran las cuentas de la cooperativa de Abastos y determinaran si Ferri había podido cometer algún delito, es decir, si se había embolsado dinero, condición necesaria para que fuera denunciado; o si, por el contrario, le había pagado al importador.

Los informes que emitieron ambos letrados el día 10 de septiembre, con la escasa documentación que Abastos les proporcionó —pues faltaban los posibles pagarés y los recibos o facturas relacionadas con las transacciones realizadas—, coincidían en afirmar que, después de analizar el balance de cuentas que remitió Ferri entre la cooperativa y Gaston-Rocaries y el acuerdo que este suscribió con el agente de aduanas, no procedía emprender ninguna denuncia, pues no se podía determinar cuáles eran los hechos delictivos. También reconocían que la investigación que pretendía realizar el Ayuntamiento, más que judicial, era tarea administrativa que debía efectuar por sus propios medios el Consejo municipal.

Respecto a la conducta del ex consejero José Ferri, aunque su actuación no les parecía correcta, tampoco podían afirmar que fuera delictiva, mientras no se determinara cuáles eran los hechos que se le imputaban.<sup>71</sup> Ya que, para saber si Ferri no había efectuado el encargo de forma pertinente, faltaba tener un acta, un pliego de condiciones u otro documento que les permitiera saber cuáles eran las condiciones del acuerdo que le habían encargado.<sup>72</sup> Pero también

<sup>69</sup> Ídem.

<sup>70</sup> De hecho, la última reunión del Consejo de administración de la cooperativa tendrá lugar el 28 de abril de 1938, pocas fechas después de estallar el caso Espartaco.

<sup>71</sup> AMA, Actas, informes, proposiciones,... sobre abastos y mercados, sign. 3304/3.

<sup>72</sup> El Acta del 18 de abril de 1938 de la cooperativa refiere que el secretario: “da cuenta (...) de las instrucciones que le dio al compañero Espartaco” y de “la potestad que por su cuenta le dio al compañero Espartaco, pero no anotó por escrito qué fue lo que le dijo”. AMA, Actas del Consejo de la Cooperativa de Abastecimiento de la Federación Local de Sindicatos CNT, sign. 5217.

conocer si Ferri había saldado el conjunto de la deuda —la de la cooperativa y la que los diferentes organismos mantenían con el importador—, o parte de ella, pues aún le quedó a deber un pico, tal como dejó anotado en el balance que había remitido. Hechos que podrían aclararse si hubiera algún comprobante de pago, algún recibo o a través de las operaciones bancarias realizadas. Pero, hasta la fecha, la cooperativa de Abastos de la CNT no aportaba nada. Y sin pruebas, el Juzgado no podía emprender ninguna instrucción.

Pues bien, el Consejo, después de valorar el informe emitido por los abogados, decidió formar una comisión que, compuesta por un representante de cada minoría, intentara esclarecer por qué Ferri había firmado el mencionado balance y si se había embolsado dinero. Corría el 13 de septiembre de 1938.

Una semana después, los días 20, 22 y 23 de ese mes, la ciudad era bombardeada por dos escuadrillas de trimotores Savoia-Marchetti SM. 79 de la Aviación Legionaria Balear de Mussolini al servicio de Franco —entre el 20 de septiembre de 1938 y el 11 de febrero del año siguiente la ciudad soportó siete bombardeos—. Y con los bombardeos se incrementaron las restricciones y el hambre y las carreras hacia los refugios y la diáspora de muchas familias a los pueblos circundantes, con la pretensión de escapar de las bombas. La Comisión que se iba a formar para intentar esclarecer el “caso Espartaco”, que sepamos, no se llegó a realizar.<sup>73</sup> Y el tema, superado por los acontecimientos y el fin de la guerra,<sup>74</sup> se olvidó.

Fuera como fuere, José Ferri se había quedado en Francia. Allí su relato se pierde por un tiempo. Solo sabemos que en diciembre de 1938, unos nueve meses después de haber atravesado la frontera, era detenido en Burdeos, donde vivía en la calle Lacornée n.º 29, por falsificación de pasaporte.<sup>75</sup> La detención pudo acarrearle problemas, ya que un mes antes, el 13 de noviembre de ese año, el Gobierno francés había aprobado la “Ley de sospechosos”, que impedía la libre circulación de personas potencialmente indeseables y se las podía encarcelar.

<sup>73</sup> Años más tarde Ramón Llopis afirmará que mantuvo una reunión con los dirigentes cenetistas de Alcoi, donde les informó que Ferri había ido a Francia a comprar armas, pero no pudo introducirlas en España a causa de una denuncia, argumento no demasiado plausible que suena a justificación. Carta. Ramón Llopis Agulló (Buenos Aires, 21 mayo 1967).

<sup>74</sup> La tarde del día 29 de marzo de 1939, Jorge Quiles Aznar, presidente del Consejo Municipal, le cedía el mando de la ciudad a Javier Carbonell Muntó, delegado local de Falange. La guerra en Alcoi había terminado. El sábado 1 de abril desfilaban por la ciudad las tropas italianas de la División Littorio.

<sup>75</sup> *La Petite Gironde*, 16-XII-1938.

### En Francia

El resto, hasta que José Ferri fue liberado en 1947, lo cuenta en su diario. Caída París el 14 de junio de 1940, el día 22 Francia capitulaba ante el III Reich y el ejército alemán ocupaba el norte de Francia y su costa atlántica. Por esas fechas, el 25 de julio de 1940, José Ferri iniciaba su diario en el campo de Gurs, que controlado por el régimen de Vichy estaba situado en la región de Aquitania (departamento Pirineos Atlánticos). No sabemos cómo fue a parar allí, tal vez porque estaba preso o en espera de juicio por el delito arriba mencionado, o tal vez porque volvió a ser detenido mientras circulaba indocumentado por el país. Lo cierto es que en Gurs permaneció hasta abril del año siguiente. En su diario, a lo largo de nueve entradas, hace una descripción del campo: las alambradas que lo circundan, el cuadrilátero que conforma el recinto conformado por islotes con sus respectivos barracones, así como del número de refugiados que albergaba. También recuerda la pequeña biblioteca montada con los libros que traían los refugiados y las distracciones que consiguieron organizar los internos, como representaciones de teatro y de música o la edición de un periódico mural. Actividades que se vinieron abajo cuando les obligaron a formar compañías de trabajo.

Llegado aquí hay que recordar que los franceses ofrecieron diferentes alternativas a los refugiados españoles: regresar a su país como repatriados; emigrar a un tercer país, generalmente a América Latina; ir a trabajar fuera del campo como personal contratado por patronos franceses, agrícolas o industriales; alistarse a la Legión Extranjera o en Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros (RMVE); o integrarse en compañías de trabajadores extranjeros (CTE), generalmente para edificar fortificaciones y líneas defensivas francesas.<sup>76</sup> En este punto Ferri no menciona la opción que tomó: si se alistó en una CTE o prefirió trabajar como personal contratado por patronos franceses, aunque, según lo que cuenta, suponemos que fue eso último como veremos.

Ferri menciona que se alistó en la compañía n.º 722, la cual se quedó al servicio del campo reforzando alambradas y repartiendo por los islotes montones de leña y colchonetas de paja que iban destinadas a acoger a los nuevos inquilinos, judíos que llegaron a ser miles. Lo que Ferri describe relacionado

<sup>76</sup> Según Beneito, Moreno & Santonja (2017: 391-392) un buen número de alcoyanos pasaron por esas compañías, entre otros Francisco Aura Boronat estuvo en la 39 CTE 140 (Belfort); Emilio Catalá López, Rafael Monllor Berenguer y Enrique Cortés Cantó, en la 24 CTE 140 (Belfort); Jorge Cortés Faus, en la 4 CTE 140 (Belfort); José Jordá Santamaría, en la 35 CTE 123 Langres (Haute-Marne); Pedro Ruiz Sánchez, en la 34 CTE 123 Langres (Haute-Marne); así como Vicente Montaud Ferrer y Antonio Sirera Doménech.

con ese episodio es sobrecogedor. Por contra, gracias a esos recién llegados, su estancia en el campo se vio beneficiada.

En abril de 1940 cambiará su actividad. Fue destinado a realizar trabajos forestales, tala, limpieza de bosques y reparación de carreteras de montaña por un puñado de municipios del departamento de los Altos Pirineos cercanos entre sí. Estuvo en Astugue, en Laran, un minúsculo villorrio, en Vielle-Aure (allí abrió una pista forestal, a base de pico y dinamita, entre los vecinos pueblos de Vignec, Soulan y Le Pla d’Adet) y en Bagnères de Bigorre, donde permaneció hasta septiembre de 1941. La vida que ahora describe será dura, pero tenía alojamiento, comida y cierta autonomía para que un cocinero hiciera la comida de la brigada en la que trabajaba. Y además cobraba una pequeña asignación del dueño de la tala, después de deducir un tanto por ciento que servía para pagar el sueldo de los jefes, las bajas por enfermedad y a los compañeros que esos días no habían sido contratados. Además, tenía un día de asueto que lo dedicaba a recorrer los alrededores: acercarse al Col du Bédât, pasear por Bagnères o visitar su museo. Pero siempre había contratiempos que Ferri describe con profusión, a causa de la explotación a que se veían sometidos por los empresarios que los contrataban.

### Trabajando para la Organización Todt

A primeros de septiembre, la casa donde pernoctaban en Bagnères de Bigorre fue rodeada por los gendarmes que, después de registrar sus pertenencias, se los llevaron a la estación y los montaron en un tren. Eran cincuenta. Cuando llegaron al campo de Clairfont, a las afueras de Toulouse, los refugiados españoles incorporados al convoy superaban los 400. Formaron ante una comisión alemana, que les obligó a firmar unos papeles sin que consiguieran entender lo que decían. Al día siguiente, 10 de septiembre por la noche, los metieron en vagones para ganado. Después de dos días de viaje, sin comer ni beber, llegaron a Rochefort (Charente Marítimo), en la costa atlántica ocupada por los alemanes. Seguidamente los agruparon por equipos, según su oficio, y los destinaron a trabajar para la OT. Suponemos que fue eso lo que habían firmado, su incorporación como trabajadores, como mano de obra casi esclava, en empresas adscritas a esa organización dedicada a construir infraestructuras militares y civiles al servicio del III Reich.

Por aquel entonces la comida que recibía era tolerable, aunque al poco tiempo el hambre se le hizo insoportable. Encuadrado en una cuadrilla super-

visada por capataces alemanes, Ferri fue enviado al puerto de La Pallice, en La Rochelle, a trabajar en la construcción de una base submarina junto con miles de obreros de diferentes nacionalidades, soportando abusivas jornadas laborales e inhumanas condiciones de trabajo.

Duró poco ese destino. A primeros de diciembre de 1941, junto con otros 150 refugiados más, fue transportado al norte, a Saint-Malo (Bretaña), como siempre vigilado por soldados armados. Al anochecer del día 14 de ese mes dejaban Francia para desembarcar de madrugada en Saint-Helier, en la isla de Jersey. Recordar que esa isla, Guernsey, Alderney, Sark y otras menores que pertenecían a Gran Bretaña, fueron ocupadas por fuerzas alemanas. Allí permaneció cerca de dos años, hasta finales de septiembre de 1943. Durante ese tiempo pasó por diferentes campos: Franco, del Cuero, Udet y Schupke, aunque solamente los dos últimos figuran entre los 18 que cita Monferrer<sup>77</sup> en la isla de Jersey, ya que campo Franco y del Cuero corresponden al nombre coloquial que le dieron los deportados. Los campos estaban rodeados de alambradas, pero no había centinelas, al menos en el primero que estuvo. Cuando lo trasladaron al campo Udet, al suroeste de la isla, donde había prisioneros rusos, las alambradas estaban sembradas de minas. De hecho, con más de 12.000 militares alemanes, toda la isla era un campo. Cuando lo cambiaron de empresa, que no de trabajo, se lo llevaron al campo del Cuero, cercano al anterior, donde se alojó en un viejo caserón requisado por los alemanes. Al mes siguiente, a mediados de septiembre, lo trasladaron al campo Schupke, a trabajar para la compañía Hellenthal, también de la Todt, que estaba abriendo un gran túnel en Saint Aubin, un municipio costero al sur de la isla, muy cercano al campo mencionado anteriormente.

En la isla, Ferri realizó tareas de carga y descarga en el puerto. También trabajó levantando un gran muro de cemento, de tres metros de altura por dos de espesor, a lo largo de varios kilómetros de playa y acantilados. Y arrasando vagonetas en el interior de un túnel, tarea que realizó durante un año consecutivo, extrayendo roca y tierra de las entrañas de la tierra o transportando hormigón desde la boca del túnel hasta su interior, donde otros minaban la galería o la revestían de cemento.

Las penalidades que pasó en la isla fueron múltiples: fatiga crónica por la falta de ropa y alimentos, por los esfuerzos que realizaba durante el trabajo, por las jornadas agotadoras, por el frío, el duro viento y a las tormentas y por la tensión moral, la hostilidad y los sinsabores que soportó día tras día.

---

<sup>77</sup> Monferrer, 2007: 99-100.

También cabe recordar que tenía una cierta libertad, aunque medida y controlada, pues las faltas más leves eran severamente reprimidas: en una ocasión, cuando regresó de adquirir algunos víveres, los guardias lo registraron y suponiendo que había robado los productos que traía, le dieron una paliza y lo denunciaron a la Gestapo. Pero cobraba una cierta cantidad de dinero, que le permitía comprar algo de comida; podía confraternizar con los naturales de la isla; tenía algún día de asueto que lo provechaba para desplazarse con cierta libertad; de cuando en cuando podía ir a Saint-Helier, a proveerse de ropa o de alimentos; y cuando tuvo problemas de salud, el capataz le permitió que dejara el trabajo para que fuera a visitar a un especialista.

Durante su estancia en la isla, Ferri fue protagonista de un hecho curioso. Un día, el 4 de abril de 1942, cuando falleció un trabajador de su equipo, Fulgencio Ortega Villalba, la empresa de la OT para la que trabajaban los 36 españoles que componían ese pelotón, les obligó a ducharse y a cambiarse de ropa y seguidamente los trasladó en autocar al cementerio para que pudieran asistir al sepelio. Un sacerdote, al que no entendían lo que decía, ofició una sentida ceremonia. Como Ferri apunta irónicamente en esa fecha: “Nuestros verdugos, justo es reconocerlo, después de causar la muerte del compañero Ortega, le han hecho un entierro decente.” [4 de abril (1942)].<sup>78</sup>

### De regreso al continente

El día 1 de octubre de 1943 Ferri y su grupo de trabajo regresó a Francia. Desembarcaron en Saint-Malo con las herramientas de trabajo y la maquinaria de la empresa para la que trabajaban en Jersey. El domingo, día 3, le permitieron pasear por la fortaleza medieval. Quedó maravillado. Días después un nuevo traslado lo llevaba al campo Eugen. El camino se hizo largo. En ferrocarril a París y en convoy militar hasta llegar al mencionado campo. De

---

<sup>78</sup> Sorprende este hecho de oficiarle un digno sepelio a ese operario de una empresa de la OT. Según *Guía de los españoles del transporte en la organización Todt*, 17-VI-1943: “Memoria y emoción de nuestros muertos”, el día 21 de marzo de 1943 se levantó en el OT Lager Otto Weddigen (Francia) una pequeña tumba con el nombre de los 19 españoles que habían fallecido víctimas de enfermedades y por accidentes laborales, si bien todos ellos habían suscrito un contrato laboral en España, entre la *Oficina de Colocación de la Central Nacional-Sindicalista (CNS)* y la *Comisión Interministerial para el Envío de Trabajadores a Alemania (CIPETA)*. Meses más tarde fallecía en el hospital de Talence (Gironde) Jesús Cremades Quiles, natural de Relleu (Alicante) y vecino de Alcoi, empleado que trabajaba para la OT en el mismo Lager; la familia, recibió una fotografía de la tumba donde fue enterrado y una indemnización económica. Cf. Beneito, Moreno & Santonja, 2017: 523.

hecho era un gran edificio con barracones de madera sin ninguna alambrada situado en Pihen-les-Guînes,<sup>79</sup> cerca de Caffiers (Norte-Paso de Calais) y a poca distancia de Calais (Paso de Calais). Lo pusieron a trabajar en la perforación de un túnel. Encontró mejor comida y mayor libertad. Pero la guerra estaba más presente que en Jersey, pues las obras eran sistemáticamente observadas por la aviación aliada que, de vez en cuando, bombardeaba en diferentes oleadas las faenas que edificaban.

A mediados de noviembre lo trasladaron a Ferques, municipio cercano al anterior, donde también trabajó en la construcción de otro túnel subterráneo. Por aquellas fechas, y a medida que pasaban los días, las alarmas aéreas eran continuas, por la cantidad de bombarderos británicos que iban hacia Alemania o porque descargaban sobre las obras que ellos construían.

Durante esos meses las memorias de Ferri describen el paroxismo de la guerra, especialmente a partir del 6 de junio de 1944, con el desembarco de Normandía. Bombas de todos los calibres fueron lanzadas sobre ellos y los pueblos circundantes, las noches iluminadas por centenares de bengalas, el temblar del suelo, el tronar de la artillería, los globos cautivos... y las VI o “matavacas”, como Ferri las llama, pasando sobre sus cabezas.

Estuvo nueve meses en Calais. Por suerte, el día 3 de julio lo subieron en un tren que pasó por Lille, Saint-Quentin, Compiègne, París y Chamoilly (Alto Marne), donde llegó cuatro días más tarde. Durante el trayecto pudo comprobar los estragos que estaba causando la guerra: pueblos, ciudades, puentes, carreteras, vías férreas y campos destrozados... Desde ese pequeño municipio, situado a orillas del Marne y cercano a Saint-Dizier, en la región Champaña-Ardenas, fue diariamente a extraer tierra y grava en una cantera subterránea de varios kilómetros de profundidad ubicada en Savonnières-en-Perthois. Aunque también le tocó reparar el aeródromo de Sain-Dizier cuando fue bombardeado.

A partir del mes de agosto Ferri fue escuchando, cada vez más cerca, el cañoneo de las tropas aliadas. Pensaba que el fin de la guerra estaba cerca, y más cuando el día 29 la empresa para la que trabajaba recogió todo el material que pudo y se marchó precipitadamente dejándolo a su suerte. Poco después llegaba la primera avanzadilla de soldados aliados. Las campanas de las iglesias cercanas comenzaron a repicar. ¡Eran libres!, pensó ¡Contra Franco ahora y cuanto antes mejor!, dejó dicho en su diario el día 31 de agosto de 1944. Estaba equivocado.

---

<sup>79</sup> Suponemos que Ferri se refiere a ese municipio, pues escribe Pien.

### En manos de los aliados

Delante de sus ojos fue transcurriendo durante días una avalancha de tropas en dirección al frente. Las autoridades militares les dijeron a los desconcertados trabajadores que esperaran, que no se marcharan, pues se estaba habilitando un transporte que los llevaría a los destinos donde quisieran regresar: a Lyon, a Marsella, a Toulouse, a París... Les creyeron. Días más tarde, de noche, un convoy de camiones se llevaba a cientos de trabajadores que horas después iban a parar a una explanada cercada de alambradas. En ese campo había prisioneros de todas las nacionalidades: polacos, yugoslavos, rusos, franceses y... españoles. Llegado a ese punto, Ferri y otros refugiados se explicaron: dijeron que no eran combatientes, sino republicanos españoles y explotados trabajadores. No les atendieron.

A partir de ese momento, Ferri y otros presos republicanos sufrieron una peregrinación por diferentes campos de Francia, a veces transportados en camiones, otras en ferrocarril o caminando. Días más tarde, el 12 de septiembre de 1944, una larga caravana formada por unos 40 camiones partía del campamento con un contingente cercano a 2.400 hombres, civiles y militares. Pasaron por Châlons, Reims y Soissons, hasta que llegaron a Compiègne (Hauts-de-France), a unos 90 kilómetros al norte de París. Los internaron en un campo enorme lleno de prisioneros polacos, alemanes, españoles... Los cachearon, registraron sus pertenencias y les quitaron los francos que traían escondidos entre la ropa. Pero también los relojes, los encendedores y otros objetos de cierto valor, que también fueron pasto de la voracidad de sus captores.

Recuerda el hambre que pasó durante las dos semanas que permaneció en ese campo, que fue terrible, aunque suplida en parte gracias a un enorme basurero donde los cocineros tiraban todo tipo de desperdicios y botes vacíos de conserva, que él y otros cientos de reclusos se entretenían en rebañar.

El 29 de septiembre los condujeron a Chartres (Centro-Valle del Loira) y luego a Cherbourg (Normandía), donde estuvieron en dos campos, uno próximo a la ciudad y el otro situado en la parte alta de unos acantilados, lugar a donde los llevaron después de haber esperado horas en un embarcadero del puerto, junto a un navío que, sospechaban, solamente podía conducirlos a Inglaterra. No se equivocaban. Al día siguiente, el 6 de octubre de 1944, un grupo de prisioneros españoles, Ferri uno de ellos, partieron en esa dirección.

### De Southampton a Kirkham: por los campos de internamiento británicos

El recibimiento de Ferri y los prisioneros españoles en Gran Bretaña, en otoño de 1944, fue muy distinto al que habían tenido los niños vascos que llegaron refugiados en agosto de 1937. Aunque hubo voces en contra de su alojamiento, también inicialmente en Southampton, en general fue de aceptación (el público británico sobre todo, las autoridades menos) probablemente por ser menores de edad, y proveyó a los niños de cama, comida y entretenimiento antes de que fueran repartidos por el país. Para los republicanos, socialistas y anarquistas españoles, el trato no fue igual.

Entre los dos mil prisioneros que fueron embarcados en Cherbourg, según Ferri “la mitad eran alemanes y el resto civiles de distintas nacionalidades, entre ellos los setenta y dos Refugiados que quedamos de los setenta y ocho que éramos cuando salimos de Chamouilley” [7 de octubre (1944)]. Aunque era una proporción muy pequeña comparada con el número total de prisioneros de guerra, que sumaron unos 35 millones entre hombres y mujeres,<sup>80</sup> la confusión que se vivió en el norte de Francia con el desembarco aliado en las playas de Normandía, propició que junto a los soldados del Eje capturados se les unieran civiles y personas cuya nacionalidad y afiliación ideológica estaba por determinar. Los españoles, transportados en un tren fuertemente custodiado, llegaron a un hipódromo abandonado que servía de campo de internamiento cerca de Londres. El “aspecto cadavérico” [7 de octubre (1944)] que presentaban muchos de ellos no redujo el trato severo que tuvieron por parte de sus guardias: fueron desinfectados, lavados y algunas de sus pertenencias, como las fotografías de sus familiares, confiscadas. Permanecieron en este Campo n.º 181 casi tres semanas antes de que fueran transferidos a un nuevo campo, el 183. Allí los presos fueron agrupados según su nacionalidad y les prometieron que dentro de unos días serían liberados.

El 1 de noviembre, casi un mes después de su desembarco en Inglaterra, Ferri y otros prisioneros españoles fueron llevados a la puerta del campo, les proporcionaron ropa nueva y seguidamente los trasladaron a una dependencia del Ministerio de Guerra, la “POW (Prisoner of War) Collecting Centre” [5 de noviembre (1944)]. Al día siguiente fueron interrogados para saber dónde habían estado durante la guerra. Los prisioneros explicaron que eran antifascistas españoles y recibieron la noticia de que iban a ser liberados. Seguidamente el capitán encargado de efectuar las entrevistas desplegó unos mapas

---

<sup>80</sup> Beaumont, 2007: 535-544.

de las Islas del Canal de la Mancha y les preguntó acerca de las fortificaciones allí existentes. Ellos colaboraron y dijeron todo lo que sabían. Finalizado el encuentro, se despidió de ellos haciendo gala de la ayuda tan importante que los prisioneros españoles habían prestado a la causa de los aliados.

Pero la liberación inmediata no se materializó; por ello, después de sufrir unas pésimas condiciones sanitarias en el Campo 183, un grupo de españoles redactó una carta en la que proclamaban, una vez más, su inocencia y su blasón de antifascistas, a la vez que protestaban por relacionarlos con la Organización Todt nazi. Esta carta, firmada el 17 de noviembre de 1944, entre otros por Ferri, tampoco fructificó, dejando a los prisioneros “deficientemente abrigados” y habiendo llegado “al límite de la paciencia y de la desesperación” [20 de noviembre (1944)].

### Rumbo a Colchester

Siguieron otras peticiones al comandante del campo, relatando las circunstancias de los prisioneros españoles, su afiliación nítidamente antifascista y su deseo de liberación. En una de estas cartas, fechada el 15 de diciembre de 1944, los firmantes reafirmaron su condición de civiles, ni “militares ni colaboradores” [19 de diciembre (1944)], el hecho de que lucharon contra el fascismo en España y el de haber “participado por todos los medios a nuestro alcance a la liberación de Francia” [Ídem]. Entre el desespero y la condena de los regímenes “democráticos”, los españoles solo anhelaban su libertad, víctimas de los “políticos y politiqueros...” [3 de enero de 1945]. Entre tanto, los bombardeos por misiles V1 y V2 seguían estremeciendo a la población local y a los integrantes del Campo 183.

A mediados de febrero de 1945, con más de un año de internamiento transcurrido en varios campos de Francia e Inglaterra, los prisioneros españoles fueron transportados a otro campo, esta vez al Campo 186 de Colchester. El relato de Ferri coincide con otro testimonio que hemos manejado, el de Eduardo Castro, que lo publicó con el apoyo del Comité de Ayuda a España del pueblo norteño de Morecambe, destino de los prisioneros españoles antes de que fueran transferidos, otra vez más, al campo de Chorley en 1945. Su narración constituye otro elemento importante en esta saga y demuestra el apoyo que los españoles recibieron por lo menos de un sector del público inglés.<sup>81</sup> La llegada de varios contingentes de republica-

---

<sup>81</sup> Castro, 1945.

nos españoles al campo Heysham que refiere Castro, se produciría a lo largo de la primavera de 1945.

Entre tanto, en Colchester, las agresiones contra los prisioneros fueron subiendo de tono y las autoridades británicas les obligaron a llevar el mismo uniforme que vestían los presos de las SS [17 de febrero (1945)]. El trato inhumano del que fueron víctimas los españoles, a consecuencia del cual cada individuo fue “vilipendiado, escarnecido, pisoteado en lo físico y en lo moral” [17 de febrero (1945)], provocó la utilización de otro recurso al alcance de los prisioneros: el 21 de febrero enviaron una carta a la Cruz Roja de Ginebra denunciando su detención y los malos tratos que estaban recibiendo. Los 72 españoles, según se leía en la carta firmada por Ferri, eran presos antifascistas que habían luchado contra Franco y contra el fascismo. Junto a la emisión de esta carta de índole internacional, se le recordó al comandante del Campo 186 la realidad de los prisioneros españoles y se pedía, una vez más, su libertad.

Unos días después, en una entrevista que mantuvo con el oficial de una comisión interaliada, Ferri le relató, una vez más, lo indignante que era estar preso junto a sus antiguos verdugos, los nazis. El oficial le dio la razón, pero también le ilustró sobre las supuestas constricciones diplomáticas e internacionales que pesaban sobre el caso de los prisioneros, ya que habiendo reconocido los británicos al Gobierno de Franco, la liberación de unos presos republicanos podría causar roces entre los dos gobiernos. Por otro lado, el oficial le relató una razón más práctica para que siguieran detenidos: la falta de transportes para llevarlos a Francia.

### El Campo de Kirkham y el fin de la Segunda Guerra Mundial

Es posible que la constancia de estas peticiones, junto a un paulatino reconocimiento de que los españoles no eran combatientes enemigos ni suponían ninguna amenaza para la seguridad del país, dieran como resultado otro cambio de campo, esta vez al Campo 168 en Brookmill, Woodlands, Kirkham, en el condado de Lancashire. Evidentemente, las autoridades británicas habían empezado a reunir a los prisioneros españoles en varios campos, para posteriormente concentrarlos a todos en Kirkham y, más tarde, en Chorley o Hall o' the Hill.<sup>82</sup> Fue aquí, sin embargo, cuando la historia de los republicanos allí agrupados se tornaría más funesta. El impacto de los acontecimientos ocurridos a mediados de julio, que a continuación detalla-

---

<sup>82</sup> Cleminson, 2009: 167.

remos, daría como resultado algunos cambios importantes en las circunstancias de los españoles presos.

La mañana del 27 de abril salieron todos los prisioneros en ferrocarril hacia el norte. El tren, que “tragaba los kilómetros con glotona velocidad” [27 de abril (1945)], a la vez que les permitía a los republicanos avistar “sembradas llanuras, grandes y pequeños ríos, populosas ciudades y lindos pueblecitos” [Ídem], les llevó a Kirkham, “un pueblo grande, campesino y tristón” [Ídem]. Entre las privaciones y el desespero por su continuo encarcelamiento, hubo unos momentos de luz. Se reencontraron con un centenar de españoles que también habían estado presos en el antiguo hipódromo de Londres y se corría la voz que estaban todos en la antesala de la libertad. Un acontecimiento que parecía augurar tal posibilidad era la declaración del fin de la guerra en Europa, el 8 de mayo. Sin embargo, seguían presos junto a otros reclusos de diferentes nacionalidades, incluyendo a rumanos y austríacos que habían luchado junto a los alemanes; muchos de ellos eran, no obstante, nada más que “rapazuelos de dieciséis años” [19 de mayo (1945)]. En estas circunstancias, y con la guerra terminada, Ferri se pregunta si la clase obrera estaría a la altura de tomar las riendas de su destino en un sentido post-capitalista. Tal actitud y reflexión demuestra cómo la ideología que le sostenía durante los años de la República y durante la Guerra Civil, a pesar de la tragedia que le había ocurrido, se mantenía en pie.

Según el relato de Eduardo Castro, el continuo internamiento con nazis y la falta de respuesta por parte de las autoridades británicas, dio como resultado la declaración de una huelga de hambre que tuvo lugar a partir del 26 de julio. A pesar de la extrema debilidad de los prisioneros, se acordó seguir con esta huelga hasta el 28 del mismo mes. Una entrevista mantenida con el comandante del campo y con dos capitanes, permitió que la huelga terminara a cambio de unas mejoras materiales y el traslado a otro campo que tuviera mejores condiciones. Las autoridades se comprometían, igualmente, a la puesta en libertad de los prisioneros; a lo que Ferri se pregunta si esta declaración merecía “el mismo crédito que la de los coroneles del Ministerio de la Guerra y del Campo 183” [28 de junio (1945)].

### **El suicidio de Agustín Soler**

Fue el suicidio de uno de los republicanos, Agustín Soler, lo que constituyó el detonante que provocaría finalmente, aunque a paso lento, la liberación

de los prisioneros. Soler, un “mártir de sus ideales democráticos” en palabras de Eduardo Castro,<sup>83</sup> se suicidó tirándose por una ventana. Tardó un día en morir a causa de sus heridas. A raíz de este lamentable hecho, un grupo de prisioneros se reunió con el jefe del campo de Kirkham para recordarle las circunstancias de su salida de España, su captura, los trabajos forzados por parte de los alemanes y la hostilidad de las autoridades británicas. A un reducido grupo de compañeros se les permitió que asistieran a los funerales de Soler, que tuvieron lugar en la cercana ciudad de Preston, junto a “dos prisioneros de otras nacionalidades que se solidarizaron con los españoles” [20 de julio (1945)]. En un discurso pronunciado junto a la fosa donde se enterró a Soler, fueron proferidas algunas palabras desafiantes contra el fascismo y las democracias que “te empujaron al suicidio” [20 de julio (1945)]. Nada más regresar al campo de Kirkham, Ferri y Gregorio Segura fueron llamados para mantener una entrevista con el jefe del campo. Durante la conversación les fue anunciado que pronto serían puestos en libertad todos los prisioneros, pero que antes serían trasladados a otro campo situado a unos 50 kilómetros de Kirkham. ¡Otro campo más! En este otro campo, sin embargo, estarían solos, “se administrarán ustedes mismos, estarán bien alimentados” [20 de julio (1945)]. ¿Sería verdad esta vez que se abría una brecha en su cautiverio y que los españoles republicanos pronto serían puestos en libertad?

### Hall o' the Hill o el campo de Adlington, Chorley

En este otro campo, cuyos restos apenas se ven hoy en día, se alojarían nuestros republicanos hasta su paulatina liberación a primeros de 1946. El camino hacia este acontecimiento iba a ser largo y no sin demoras. De hecho, antes de su traslado, en parte por la conmoción que había producido el suicidio de Agustín Soler, iban saliendo noticias acerca de la situación de los prisioneros, tanto en la prensa local como en la nacional. Como relata Ferri, curiosamente fechado el 18 de julio de 1945, aparece un artículo en el *Manchester Guardian* bajo el título “Nuestros prisioneros españoles” [20 de julio (1945)]. El autor del mencionado artículo expuso la flagrante injusticia que había supuesto su captura, contó una vez más la historia de su detención en Francia y denunció la “grave injusticia” que suponía su actual situación. Otros periódicos, como el *Reynolds News*, llamaron la atención del maltrato que estaban sufriendo los españoles en Heysham, el suicidio de Soler y la lamentable dilación de su

---

<sup>83</sup> Castro, 1945: 11.

cautiverio. Se declaró otra huelga de hambre para presionar a las autoridades. A finales de julio emprendieron el viaje que les separaría del “fatídico Kir-kham” [27 de julio (1945)] y, acompañados por un pelotón de guardias, como si fueran indeseables o criminales, llegaron al pueblo de Adlington, cerca de Chorley, donde fueron repartidos por una docena de barracones ubicados en lo que había sido un antiguo campo de formación militar. En este lugar no había ni alambradas ni guardias agresivos custodiándolos, y como detallaba en agosto el *Manchester Guardian* solamente había cuatro soldados y un sargento, todos desarmados. Estos “no tienen armas, ni misión aparente de ejercer vigilancia alguna”, apuntó Ferri [Ídem]. Los prisioneros, sin embargo, seguían llevando ropa carcelaria aunque habían prometido no fugarse.

El día 5 de agosto hubo elecciones generales que ganó el Partido Laborista, y crecieron las cartas de apoyo a los presos, entre ellas una de Sam Wild, antiguo comandante de una brigada internacional,<sup>84</sup> y otra del exministro cenetista Juan López Sánchez. Otras intervenciones públicas a favor de la liberación de los españoles corrieron a cargo de personas enteramente involucradas en la causa antifascista, como George Orwell y el hispanista Gerald Brenan. Se criticó al Departamento de Guerra por no haber investigado correctamente la historia de esos hombres, a la vez que se incrementaban las cartas de protesta por parte de los sindicatos, organizaciones locales de apoyo y partidos políticos. Otros periódicos, como el comunista *Daily Worker* y la publicación anarquista *Freedom*, también seguían, a veces a diario, la situación de los republicanos. Este último estableció un “comité de defensa” en favor de los españoles internados que se movilizó para acelerar su liberación, a la vez que facilitaba ayuda humanitaria para los internos del campo de Hall o’ the Hill.

El recuerdo de la campaña “Aid Spain” que tuvo lugar durante la guerra civil y la ayuda humanitaria ofrecida, tanto a los niños vascos como a los refugiados judíos, habían calado hondo en la mentalidad británica, a pesar de los horrores y las privaciones de la guerra. Por ejemplo, en Newcastle, el comité de ayuda médica a España apoyó a los niños vascos hasta 1942; y como reconocen los historiadores Kapp y Mynatt, la atención hacia los refugiados alemanes, checos y austríacos tuvo su origen en la intervención humanitaria que habían desplegado a favor de los vascos.<sup>85</sup> Tales hechos confirman la dura-

---

<sup>84</sup> Natural de Mánchester había luchado en la guerra civil española y fue comandante del *British Battalion* de las BB II; finalizado el conflicto español se afilió al *Communist Party of Great Britain* CPGB.

<sup>85</sup> Mates, 2007: 146; Kapp & Mynatt, 1997: 39.

dera relación entre la causa de España, la ayuda a los refugiados de la guerra y el deseo, por parte de algunos por lo menos, de forjar otros horizontes en una difícil situación bélica y humana. Esta implicación del pueblo británico a favor de la causa republicana quedará completamente confirmada a través de una disertación que realizó un brigadista internacional, que había perdido una pierna en la batalla del Jarama. Este discurso, realizado el día que se izó en el campo una bandera hecha a mano con los colores de la República española, tuvo el efecto no solo de confirmar públicamente la afiliación ideológica de los presos, sino de elevarles la moral a todos ellos.

El 15 de agosto se festejó en todo el país el final de la guerra con Japón, y para celebrarlo en el campo se hizo una hoguera donde “vino toda la población de los alrededores a celebrar con nosotros el fin de la guerra” [17 de agosto (1945)].

#### “La gran fiesta” de Chorley

A raíz del apoyo histórico a la causa republicana prestado en el marco del programa “Aid Spain” y en vista de la situación en la que estaban los presos españoles de Hall o’ the Hill, en Chorley se formó un comité para que encauzara las actividades a realizar para conseguir su liberación. Ecuménico en su parecer y obra, el comité logró reunir en su seno a varias tendencias políticas y hasta el apoyo de la Iglesia local. Como parte de su campaña, se puso en marcha la organización de una fiesta española que tuvo lugar a finales de agosto. Asistieron Sam Wild, el director del cine Empire donde se realizó la fiesta, los miembros del comité de ayuda y también gran cantidad de público local, demostrando, en palabras de Ferri, “las pruebas de amistad que nos han prodigado” [27 de agosto (1945)]. El evento estuvo amenizado con guitarras, canciones, un violín y con otros instrumentos musicales caseros hechos de madera que encendieron las almas de los asistentes en esta pequeña localidad norteña, hechos que el *Chorley Guardian* dejó constancia en un largo artículo ilustrado con fotografías. Dos pergaminos con los nombres de todos los prisioneros fueron entregados a Sam Wild y al Ayuntamiento de Chorley. Por lo menos uno de ellos, a fecha de hoy, se ha conservado.

La campaña por la liberación de los prisioneros no disminuyó, y animada por las cartas que enviaron los sindicatos, los diputados y las asociaciones a su favor, se debatió la situación de los españoles en el Parlamento británico. A pesar de las demoras y las acusaciones durante el verano de 1945 —¡toda-

vía!— de su supuesto apoyo a los alemanes y de su participación en la Todt, por parte de Jack Lawson, ministro de la Guerra, finalmente hacia finales de año se abría una posible vía de liberación para que los españoles regresaran a Francia, no como prisioneros de guerra sino como hombres libres.

### ¿Rumbo a Francia?

Efectivamente, el 8 de diciembre, los internados recibieron la propuesta de elaborar una lista con todos los prisioneros que desearan marcharse a Francia. Este país, donde muchos habían luchado contra el fascismo o habían sido prisioneros del Eje, por no hablar de su internamiento por parte del ejército francés, no era necesariamente la primera opción para muchos de ellos. Sin familia, con el peso de la amarga experiencia de la guerra sufrida en aquel país, pero también ante la imposibilidad de volver a España, unos 112 refugiados firmaron un papel confirmando su deseo de regresar a Francia [8 de diciembre (1945)]. Sin embargo, otros 111 refugiados expresaron la intención de permanecer en Inglaterra.

Al conocerse la posibilidad de que pudieran marcharse a Francia, recibieron “un diluvio de cartas” felicitándoles por su “liberación” [Ídem]. No obstante esta noticia y en vistas del trato que habían recibido hasta la fecha, muchos dudaron de la veracidad de la proposición. Transcurridos unos días del mencionado anuncio de las Cortes británicas, se presentó en el campo un capitán del servicio secreto para notificarles que la lista que habían confeccionado no estaba bien hecha y que era necesario redactar otra; circunstancia que le hizo suponer a Ferri que el Gobierno había iniciado una campaña de coacción hacia los refugiados, para que se comprometieran a ir a Francia y no se quedaran en Gran Bretaña. Este nuevo obstáculo, de parte de un gobierno laborista, es muy probable que ya no les sorprendiera, dadas las largas que les había dado durante todo el verano y el otoño, pero los refugiados temían que aquel, aunque no lo dijera en voz alta, prefiriera que no se quedaran en el país tantos “rojos” españoles. Incluso el ministro Lawson seguía repitiendo a través de la prensa que el supuesto hecho de que a los españoles los hubieran encontrado vistiendo uniforme alemán, era lo que había causado el retraso en solucionar su situación...

Tres días antes de Navidades, el jefe del campo les comunicó que dada la imposibilidad que había de poder trasladarlos a la vez a todos los que querían irse, el proceso se realizaría liberándolos poco a poco, en pequeños grupos. El primero de ellos se compondría de 13 individuos y cada semana irían

soltando un grupo más. Sin embargo, cuando llegó 1946, ningún refugiado había sido liberado aún y esta situación provocó que los españoles se negaran a cumplir su “deber” de trabajar para ganar los pocos “pence”<sup>86</sup> que les pagaban en compensación. Esta huelga, apoyada por el comité de Chorley y por otras agrupaciones e individuos que sostenían moralmente a los republicanos, dio como resultado el arresto, entre los días 4 y 5 de enero, de seis compañeros que fueron encerrados en los calabozos del campo de Kirkham. Pero tal medida no produjo el resultado deseado, dándose cuenta los británicos que tendrían que encarcelar a todos los refugiados y en los calabozos no había espacio suficiente.

### El desenlace final

A lo largo de lo que quedaba de invierno hasta inicios de primavera, varias organizaciones incrementaron su presión para que el Gobierno liberara a los refugiados o se comprometiera a permitirles que pudieran afincarse en Gran Bretaña. A su vez, los españoles volvieron a ponerse en huelga de hambre y el 26 de marzo, además, se organizó una gran protesta en el Holborn Hall de Londres. Varios diputados laboristas hablaron ante un público, que según el informe policial estimaba en 190 personas, además de George Orwell.<sup>87</sup>

Dos meses antes de estos acontecimientos Ferri había sufrido un accidente, al ser atropellado por un coche cuando caminaba por una carretera del pueblo. Muchos refugiados fueron a verle al hospital y también otras personas que habían apoyado su causa, como el Sr. Rooney, un escocés “que es una especie de enciclopedia viviente” y “gran amigo de todos los Refugiados” [17 de enero (1946)] y la señorita Elisabeth, “una solterona joven y guapa que no sabe el inmenso bien que me ha hecho con su visita” [Ídem]. Después fue trasladado al hospital de Preston, donde le cuidaron muy bien proveyéndole de almohadas emplumadas y de “una taza de ese té detestable sin el cual el inglés no comprende la vida” [25 de enero (1946)]. El 1 de febrero Ferri sufrió otro traslado, esta vez al hospital de Chester donde permaneció otro mes, volviendo a Hall o’ the Hill el 8 de marzo, después de saber que otro refugiado, Eustaquio Bustos, había intentado suicidarse [17 de febrero (1946)].

Hasta esa fecha, 8 de marzo, solo habían partido para Francia tres grupos de 15 refugiados y el nivel de desesperación crecía por parte de los que aún

---

<sup>86</sup> Peniques.

<sup>87</sup> Cleminson, 2009: 174.

permanecían internados, mezclado de indignación y frustración. La presión hacia los compañeros que querían quedarse en Inglaterra era atroz, “aunque sin emplear la fuerza bruta” [8 de marzo (1946)]. La huelga de hambre continuaba por parte de los que querían permanecer en el país.

Entretanto seguían las expediciones a Francia, a la vez que el trato y la comida dentro del campo mejoraba en vistas de una resolución final al internamiento de Ferri y de sus compañeros.<sup>88</sup>

Finalmente, la noche del 30 de abril de 1946 unos 46 refugiados, entre los que se encontraba Ferri, partieron de Hall o’ the Hill transportados en camiones rumbo a París. Los soldados británicos los llevaron a Dover y seguidamente a Calais, donde los dejaron atónitos y desorientados después de tantos años de cautiverio. Indecisos, desamparados y dignos “del estudio de un alienista” [2 de mayo (1946)], no sabían qué hacer ni a dónde ir. Resolvieron marchar a París esa misma tarde, pero ya no circulaban trenes. Cuando al día siguiente llegaron a París —era el 2 de mayo— recibieron del centro de recepción y registro de deportados, prisioneros y repatriados un paquete de comida, ropa y un socorro de mil francos. Seguidamente Ferri quedó ingresado en el Hospital Saint-Louis, para restablecerse del accidente de coche que había tenido en suelo inglés. “Y ahora, adiós, ingleses y americanos, que tan sádica como inútilmente derramasteis la sangre de mis compañeros, de mis hermanos en infortunio”, anotó Ferri cuando dio por terminadas sus memorias.

### Su exilio en Venezuela

Cuando Ferri fue dado de alta en el hospital, repuesto de sus lesiones, el Gobierno francés le expidió un certificado de identidad para refugiados españoles, con el fin de que pudiera circular libremente por ese país, y se instaló en la Route du Maine 6, de Le Vésinet, un municipio a las afueras de París. Seguidamente se inscribió en la Federación Española de Deportados e Internados Políticos Víctimas del Fascismo, y el primero de agosto de 1946 se afilió al Movimiento Libertario Español Regional de Levante en Francia,

---

<sup>88</sup> Según parece, la Internacional Socialista Obrera (ISO) también hizo gestiones para su liberación. Por aquellas fechas la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) le remitió al Comité Ejecutivo del PSOE en Toulouse copia de la carta que había enviado al presidente del *Labour Party*, interesándose por la situación de los republicanos españoles que estaba retenidos en contra de su voluntad. Fundación Pablo Iglesias, Actas de la Comisión ejecutiva del PSOE, 4 de abril de 1946, sign. AE-101-3.

dejando claro que pertenecía al Sindicato Textil y Fabril de la Federación de Alcoi (Alicante). Por esas fechas escribió un puñado de artículos, que fueron publicados en *España Libre, CNT-Órgano en Francia de la Confederación Nacional del Trabajo-AIT*,<sup>89</sup> a la vez que pasó a limpio sus memorias, que dató por concluidas el 24 de diciembre de 1947 en París.

Sin posibilidades de poder regresar a España, en Francia empezaba a tener su vida encarrilada<sup>90</sup> por lo que José Ferri le propuso a María, su compañera, que fuera ella la que se reuniera con él. Pero esta, que tenía a toda su familia en Alcoi —vivía con su madre, ya mayor, y sus dos hijos, y en esa localidad también estaban su hermanastra, su cuñado y sus tres sobrinos— no se atrevió.

Ferri decidió rehacer su vida; irse a Venezuela. El 8 de enero de 1948 conseguía un pasaporte emitido por la Prefectura de Policía de París, y el 29 de abril de ese mismo año desembarcaba en Puerto Cabello (Venezuela) como inmigrante. Fijó su residencia en Caracas.

A través de un consultorio sentimental titulado Dra. Scarlett, que publicaba la revista venezolana *Momento*, conoció a Juana Anastasia Charboné, 27 años más joven que él. Tras cartearse durante una temporada decidieron casarse por poderes. La ceremonia se realizó el 6 de junio de 1950. La novia lo

<sup>89</sup> Ferri, 1946a; 1947; 1947a; 1947b; 1947c.

<sup>90</sup> Como tantos compañeros de infortunio nombrados por Ferri en sus memorias, que cuando fueron liberados tampoco pudieron regresar a España, como Eduardo Castro Viñas, Santiago Sabater, Pedro Cuadrado, Salvador Rerpina, etc., —se verá más adelante— y muchos otros que no fueron citados por este. Como muestra de estos últimos cabe recordar a Juan Fernández, que se estableció en Adlington (Inglaterra); a Antonio Casal, militante de la CNT nacido en A Coruña, que también pasó por el campo de Kirkham y que sin posibilidad de regresar a España se estableció en Francia (Fernández & Pereira, 2007: 164; 184) y falleció en Mérignac, en 1950, según *Solidaridad Obrera*, París, 21-X-1950; o Pablo Lahera García y Julián Grimal, que cuando fueron liberados se quedaron en Chorley (Inglaterra) (Cleminson, 2009: 175); o Bautista Guinnot Cano, natural de Dénia, que pasó a Francia cuando finalizó la guerra, que fue deportado a Inglaterra y recluido en al campo 168 de Kirkham, y cuando fue liberado se quedó en Francia, donde murió en 1956 en Martigues (Ortolá, 2018: 119-124); o el caso de Atanasio Castro Castejón, tan azaroso como el de Ferri: natural de Albalate del Cinca (Huesca), donde nació en 1922, en 1938, cuando el municipio fue bombardeado por la aviación alemana, sus padres, su hermana y él, marcharon a Cataluña y posteriormente a Francia; en ese país Atanasio estuvo en los campos de Bram, Ardèche, Argelès sur Mer y posteriormente en los de Perpiñán y Joffre, en Rivesaltes; en septiembre de 1940 se lo llevaron a trabajar en la base de submarinos de Brest; en febrero de 1942 los alemanes lo internaron en la isla de Guernesey, donde permaneció hasta el 25 de mayo de 1945 en que fue conducido a Inglaterra, al campo n.º 168 de Kirkham, en Lancashire; cuando el 26 de abril de 1946 Atanasio salió de ese campo no regresó España, formó una familia, se nacionalizó francés y allí falleció en 2004 (Castro, 2016).

hizo en El Tigre, capital de Simón Rodríguez, Estado de Anzoátegui, y Ferri en el Registro del Departamento Libertador del distrito de Caracas. Juana Anastasia, que era de Puerto Cristóbal Colón (Estado de Sucre) y trabajaba de secretaria para la *Creole Petroleum Corporation* en un campo petrolífero en el interior de Venezuela, decidió que el matrimonio debía vivir en Caracas. Y eso hicieron.

A Ferri, trabajar de tejedor no le resultó fácil en ese nuevo destino. Decidió cambiar de profesión. Abrió un pequeño estudio fotográfico, tal vez en recuerdo de las tertulias que durante sus años de juventud había mantenido en el laboratorio fotográfico de Carlos Palacio, servicio que complementaba confeccionando portafotos y enmarcando las fotos de estudio que realizaba para los clientes.

También nos consta que durante su exilio en Venezuela se carteó con algún que otro camarada de juventud, como Ateo, que después de residir en Terrassa consiguió pasar a Francia,<sup>91</sup> y con su gran amigo Ramón Llopis,<sup>92</sup> que vivía exiliado en Sarandí (partido de Avellaneda), una ciudad del área metropolitana de Buenos Aires. Se entiende ahora que las memorias de Ferri pudieran haber llegado a Alcoi, allá por los años 80, procedentes de ese país.

José Ferri falleció en Caracas el 5 de abril de 1966 y fue enterrado en el Cementerio General del Sur.<sup>93</sup> Dejaba en aquel país esposa y tres hijos.

---

<sup>91</sup> Juan Diógenes del Serpis, 1984: 489.

<sup>92</sup> Cuando finalizó la guerra consiguió pasar a Francia, donde estuvo recluido en Argelès-sur-Mer y tras la ocupación alemana se enroló en una Compañía de Trabajadores de la que consiguió fugarse. Se exilió en Argentina, donde vivió hasta su muerte.

<sup>93</sup> Ministerio de Justicia. Registro Civil Central, Madrid. Tomo 49, pág. 159.



### 3. REFUGIADOS DE TERCERA: CRÓNICAS DEL EXILIO<sup>94</sup>

José Ferri Verdú

---

<sup>94</sup> La presente edición recoge la transcripción de las memorias mecanografiadas de José Ferri. Se ha subsanado alguna errata tipográfica, se ha rectificado o suprimido alguna coma para su mejor comprensión y el texto se ha adecuado a las actuales normas y recomendaciones ortográficas de la RAE.



## DEDICATORIA

A todos los que murieron en la epopeya española de 1936 a 1939.  
A todos los que después, en la Resistencia del INTERIOR y en el EXILO, mantuvieron enhiesta la bandera de la libertad y pagaron con la vida su amor a la humanidad y al progreso.



## SUMARIO

PRIMERA PARTE: DE ESCILA A CARIBDIS

SEGUNDA PARTE: EN LAS GARRAS DE LOS HUNOS MODERNOS

TERCERA PARTE: DE LOS UNOS SEIS, DE LOS OTROS MEDIA DOCENA

CUARTA PARTE: ¡RULE BRITANNIA!

QUINTA PARTE: EL NUDO GORDIANO

SEXTA PARTE: EL DESENLACE FINAL



## PRIMERA PARTE: DE ESCILA A CARIBDIS

*25 de julio de 1940. Gurs*

Desde el primer día que pasé la frontera, prevenido por la experiencia de los siete años de destierro que sufrí durante la dictadura del general Primo de Rivera, tuve la intención de consignar en un cuaderno los acontecimientos más salientes de la nueva odisea, con la intención de que sería penosa y quizás llena de acontecimientos dignos de ser contados. Los hechos han demostrado que mis previsiones estaban tan por debajo de la realidad que ni este diario pude redactar hasta hoy, de tal manera mis contratiempos y penalidades han sido grandes...

Dejando al cuidado de otras plumas la reseña del calvario que hemos tenido que recorrer en los campos malditos de Barcarès, Vernet y otros. Sin prejuicio de que también yo intente un día reconstruir ese período de la historia que hundió a la Francia de Daladier<sup>95</sup> en la más ignominiosa de las deshonras, empiezo hoy estas memorias convencido como estoy de que nuestros sufrimientos, lejos de disminuir, irán en aumento hasta llegar a formar la tragedia más punzante que registran los anales de todos los éxodos originados en motivos sociales.

No me propongo a escribir ninguna obra filosófica, ni siquiera literaria, mas sí anotar los hechos que se vayan sucediendo alrededor de mí, y eso de una manera exacta, objetiva, sin poner a continuación la imaginación que deforma, ni la pasión que falsea. Solamente relataré la verdad desnuda y escueta, que mucho me equivoco o resultará más que suficientemente dramática para que sea confiada al lector, con el fin de que aproveche la experiencia y las enseñanzas logradas a costa del sufrimiento continuo y atroz a que nos ha llevado la inmensa ola de locura en la que la ambición y el orgullo han hundido el mundo...

Este campo de concentración, compuesto de un cuadrilátero de más de un kilómetro, está cruzado por una docena de islotes separados por alambradas. La carretera, las alambradas, barracas de madera y los desagües, así como todo este inmenso presidio moderno inventado por los regímenes autoritarios y adoptado por Francia para usarlo en contra de los heroicos actores de la epopeya española, fue construido por nosotros, obligados por las palizas, por el hambre y algunas

---

<sup>95</sup> Édouard Daladier (1884-1970). Político francés, diputado por el Partido Radical Socialista de Vaucluse, ocupó diferentes carteras ministeriales y fue en varias ocasiones presidente del Consejo de Ministros.

veces por la muerte de alguno de los nuestros, que después de haber sacrificado sus intereses particulares, de haber perdido Patria y familia para cortar el paso al fascismo, vino a morir a manos de los senegaleses y de los gendarmes de este país hospitalario hasta hace algún tiempo y que, ayer engañado y vendido por Daladier el fatídico, y hoy por Pétain<sup>96</sup> el fascista, se ha envilecido hasta el extremo de que los enciclopedistas y los gigantes de 1793, en sus tumbas deben sentir vergüenza de haber nacido franceses...

De los doce o trece mil Refugiados que estábamos en este campo al estallar la guerra contra Alemania, hoy solamente quedamos algo más de mil. El resto ha sido barrido, pulverizado, tragado por la vorágine que ha sumergido al mundo en el más espantoso de los naufragios. Unos fueron llevados a las cárceles, otros a la legión y los que quedamos, según continuamos siendo tratados, no tendremos mejor suerte en el porvenir.

Para resistir tanta vesania, ejercida con la idea fija de hacernos desaparecer a todos uno a uno, se necesita todo el temple del alma española. Esta, y solamente esta, confío que nos dará el necesario estoicismo para remontar la riada de odio con la que intentan sumergirnos. ¡Si fuimos menospreciados durante nuestra guerra, en el exilio y por la acción demostraremos de lo que son capaces los Refugiados españoles!

### *15 de agosto (1940). Gurs*

En el islote A, donde me encuentro, habitamos unos setecientos Refugiados. Vivimos en barracas a cincuenta hombres cada una. El sitio en el cual debemos comer, dormir y desenvolvemos en las demás necesidades del cotidiano vegetar, tiene poco más de un metro.

El total de nuestro ajuar se compone de un jergón; pero el ingenio industrial de los Refugiados ha suplido a la necesidad, y así, con pedazos de madera e hilos arrancados de las alambradas, nos hemos construido unas camas aceptables que nos sirven de mesa, asiento y tribuna, desde la cual, en acalorada discusión a veces de uno a otro extremo de la barraca, aplastamos ejércitos, desencadenamos revoluciones y enderezamos los mil y un entuertos que la abierta caja de Pandora del fascismo ha volcado sobre el mundo, convirtiéndolo en un campo de Agramante. Apretándonos un poco más en cada barraca hemos podido vaciar una que, hábilmente arreglada, ha sido transformada en biblioteca, escuela, teatro y salón de conferencias.

---

<sup>96</sup> Henri Philippe Pétain (1856-1951). Militar y político francés. Fue ministro de Guerra en 1934, embajador en España en 1939, primer ministro en 1940 y jefe de Estado del régimen de Vichy, en la Francia ocupada por la Alemania nazi.

Al ingresar algún nuevo Refugiado en el campo por lo general trae una manta al hombro, las manos en los bolsillos y los pies chapoteando en el barro. Estamos, por consiguiente, desnudos. Sin embargo, al primer aviso rogando a todo aquel que tenga libros los ponga en común en la biblioteca, para bien de la instrucción de todos, en dos horas hemos podido reunir más de doscientos volúmenes. Marx y Bakunin conviven pacíficamente con Balmes y Galdós, e incluso han aparecido en la clasificación las suficientes gramáticas, aritméticas y libros de enseñanza elemental, para poner en marcha la escuela.

Si entre nosotros hay algunos analfabetos, en cambio no faltan profesores graduados en la Universidad, por lo que, de una manera completamente gratuita, las clases de español, francés, inglés e incluso cursos de estudios superiores, se suceden sin interrupción durante todo el día.

Después de cenar hasta medianoche, entramos en acción los amantes de Talía. No tenemos obras de teatro... ¿qué importa? Hemos improvisado autores, y el que esto escribe, forzando a las musas con osadía sin límites, les ha sustraído un "Juanito Tenorio", en broma, que unos Refugiados de buena voluntad se esfuerzan en hacer representable. También otros aficionados a la pluma que, según el parecer de los redactores del periódico mural que publicamos, pasarán a la posteridad revolucionando el teatro y la literatura...

La orquesta que tenemos es magnífica, pues si hay Refugiados que en los azares de la retirada perdieron la maleta, en cambio conservaron la guitarra. Los otros instrumentos, con una ingeniosidad que asombra, han sido contruidos con los materiales más variados e inverosímiles. Su conjunto es disparatado y absurdo, mas el entusiasmo y la pericia de los ejecutantes han logrado hacer milagros y armonía: un poco extraña, algo salvaje, un tanto agriecita, es verdad, pero bien entonada y de un efecto extraordinariamente atrayente.

Gracias a todos esos pasatiempos se va manteniendo la moral de los Refugiados, proporcionándoles al mismo tiempo unas distracciones tan útiles como necesarias. Útiles porque, si bien entre nosotros hay hombres de instrucción y capacidad, la mayoría son gentes humildes que abandonaron la herramienta del trabajo para empuñar el fusil. Y sabido es que España, a excepción quizás de los Balcanes, es uno de los países más atrasados en cultura general, debiéndose los notables progresos realizados en los últimos treinta años a los obreros ellos mismos, a las organizaciones obreras y no a los pésimos gobernantes que hemos padecido desde tiempo inmemorial. Distracciones útiles y necesarias, además, porque si no buscáramos algún derivativo a la amargura que nos consume cuando pensamos en nuestro lejano hogar saqueado por las hordas falangistas, en nuestras madres, esposas e hijas peladas al rape y purgadas con ricino, en nuestros herma-

nos en ideales que quedaron allá encarcelados, torturados y fusilados por crímenes solo imputables a Franco y compañía, acabaríamos volviéndonos locos.

Franco y sus secuaces no tienen perdón. Tampoco lo tienen Gran Bretaña, Francia y otras naciones que, además de consentir, favorecieron la consumación de nuestra derrota, por lo que ya están pagando cara su traición al derecho y a la democracia. Desgraciadamente los pardofascistas, que con los generales traidores secuestraron las pocas libertades que el pueblo español conquistó con la República, son los que, con sus compinches del resto de Europa, han acabado por triunfar al fin...

¿Triunfado?... ¡Ah, no, aún no! Hay una ley del progreso, fatal e inexorable, contra la cual no hay ni armas ni poder que puedan dominar a largo plazo. Por ese lado estoy tranquilo...

“Vivir para ver”, dice el antiguo refrán, y si podemos salvar el pellejo de tantas tribulaciones, aún hemos de ver a los alemanes e italianos, con el histérico Hitler y su fantoche Mussolini, cazados y exterminados como alimañas.

Mi fe inquebrantable en el progreso no me permite creer que se pueda realizar la siniestra profecía de Hitler, según la cual “la nueva Europa” que él quiere constituir, durará mil años por lo menos. ¡No! ¡Ah, no!

### *12 de septiembre (1940). Gurs*

Hace tres semanas que vamos representando, los sábados y domingos, el “Juanito Tenorio” que escribí. Como se trata de una obrita en dos actos nada más, el resto del espectáculo se completa a base de canto, baile y las dos cosas a la vez en algunos números. Hay unos cuantos muchachos que bailan como profesionales, y algunos otros que, con algo más de instrucción musical, podrían cantar en no importa qué teatro de España.

Para los trajes y decorados se han movilizado los sastres y los pintores del campo. Así, con sacos hábilmente cortados y pintados, con retazos de telas viejas sacadas nadie sabe de dónde, los artistas salen magníficamente ataviados de frac, de trusa, de levita, evolucionando en bien imitados palacios, jardines, calles y buhardillas. ¡Hasta tenemos reflectores contruidos como por arte de birlibirloque, que son de un efecto mágico! Ni que decir tiene que una hora antes del espectáculo la barraca que nos sirve de teatro está ya llena de espectadores impacientes.

Por mi parte, animado por el éxito, voy a escribir otra obrita, una especie de revista que quizás se puede titular “Gurs 1940”, en la que me propongo hacer desfilar a un buen puñado de tipos muy curiosos que circulan por el campo, unos un tantillo ridículos, otros respetables y dignos de admiración. Es un tema del

que puede sacarse algo que quizás podría proyectarse más allá de los campos de concentración.

Mientras tanto el programa de ahora se ha representado en el islote del hospital y en el islote k., destinado este último a las mujeres y a los peques. Ha sido para mí una grande y emocionada satisfacción el haber podido contribuir en dar dos horas de olvido a nuestros heridos, mutilados o enfermos, así como un poco de alegría a nuestras compañeras, muchas viudas de guerra, otras sin saber qué ha sido de sus maridos, llevando en brazos o correteando en redor sus hijos anémicos, andrajosos pero limpios y avispados como todos los niños que han sufrido mucho.

Gracias a todo eso y a los bulos hinchados de optimismo, salidos yo no sé de dónde y que al rodar de boca en boca engordan desmesuradamente, la moral de los Refugiados sube y aumenta sin cesar.

Los militantes de los partidos se buscan. Los grupos de resistencia se constituyen y organizan de una manera poderosa y admirablemente bien ordenada, impidiendo en lo posible la filtración de los elementos extraños que nos podrían delatar. Incluso tenemos compañeros que barren, limpian y guardan la armería de los gendarmes que nos custodian; pero esto último, de un efecto moral considerable, lo juzgo yo de una importancia muy relativa teniendo en cuenta que por ahora no puede haber ninguna sublevación general en Francia, y nosotros, con nuestras solas fuerzas, mal la podemos liberar.

Todas esas actividades, con el periódico mural que publicamos todos los días, están detenidamente planeadas con arreglo a una línea de conducta de la que no nos apartamos sino para superarla. Del primero hasta el último Refugiado estamos agrupados, clasificados y prestos a la acción. Aquí, afuera o donde haga falta, pues hemos podido establecer comunicación con otros campos y también con los grupos de resistencia que han empezado a constituirse en algunas de las principales ciudades francesas.

Nuestro deseo sería estar en contacto con España también, pero no lo hemos podido lograr a pesar de nuestros esfuerzos. Sabemos, sin embargo, por los escasos compañeros que de vez en cuando logran escapar de aquel infierno, que la delación, la tortura y la muerte se han desatado en nuestro país, cubriéndolo de uno a otro extremo de sangre y de duelo. Si los otros campos hacen como nosotros y los franceses igual, dentro de poco tiempo los alemanes tendrán en su retaguardia un enemigo invencible, que ciertamente los aniquilará metódicamente...

Yo por mi parte, no me hago ilusiones y presumo que, antes de conseguir nuestra liberación, pasarán años y habrán de caer muchos de los nuestros. Per-

sonalmente me horroriza todo derramamiento de sangre, pero la lucha que el fascismo nos ha planteado es a muerte. O ellos o nosotros, y en esas condiciones no habrá más remedio que usar de todas las armas y astucias si queremos abrir una vía al progreso y salvar nuestras propias vidas. Por lo pronto, al no atreverse a desembarcar en Inglaterra aprovechando el desbarajuste de la caída de Francia, los alemanes han perdido la única oportunidad que tenían de ganar la guerra. Ahora, apenas aposentados en este país, la resistencia se organiza, los sabotajes se harán a continuación, y un día vendrá en que desde África, desde Inglaterra y desde los Balcanes, por mar, por aire y por tierra, los invasores serán barridos, dispersados por un ciclón universal, desalojados de sus guaridas por el pueblo en armas, que los cazarán como bestias dañinas...

¡Los alemanes y los italianos han perdido la guerra! ¿Quién de nosotros podrá asistir a la batalla final?

### *12 de octubre (1940). Gurs*

Toda la obra que tan pacientemente habíamos edificado se nos va a ir por tierra. Ello es debido a que nos han obligado a formar en compañías de trabajo, que parece ser van a salir de un día a otro en distintas direcciones. Esas compañías están organizadas por el Ministerio del Trabajo, paramilitarizadas y sujetas a una disciplina solo comparable a la de los condenados a trabajos forzados.

Sin embargo, hay un consuelo a todo eso. El mando francés, al disponer que se formen tantas compañías como hombres hallamos aquí, a doscientos cincuenta cada una, ha dejado a cada individuo la facultad de elegir la suya. Y eso nos ha permitido agruparnos por orden de afinidad.

Mi compañía, pues, la n.º 722, se compone toda de hombres de mi organización y todos los mandos han sido nombrados por elección. En esas condiciones, dondequiera que nos lleven nos podremos hacer respetar, y a la par que continuaremos nuestra labor de resistencia podremos ampararnos y defendernos mutuamente...

Mala y escasa era la comida que nos daban, absoluta nuestra reclusión y totalmente nulas las comodidades, pero a pesar de todo me duele salir del campo, porque aquí, por lo menos, nos íbamos instruyendo unos a otros y estábamos tranquilos, en tanto que afuera no sabemos lo que nos espera.

En el mejor de los casos tendremos que trabajar diez o más horas por jornada, vigilados por los gendarmes, cobrando medio franco por día igual que las otras compañías, y esa perspectiva no nos seduce a ninguno.

El motivo de tanta prisa en sacarnos es debido, según se dice, a que van a traer unos cuantos miles de judíos para internarlos en este campo. ¡Pobre gente!

Según las noticias que, a través de las alambradas, nos llegan desde el exterior, los judíos en todos los territorios ocupados por los alemanes, son perseguidos, atormentados y asesinados. El resto de las poblaciones que gimen aplastadas bajo las botas alemanas no parecen más felices, por lo que la “nueva Europa”, cantada por Hitler y coreada por sus sicarios, viene a ser como un presidio en el que los guardianes fueran anormales con instintos de ladrones y asesinos...

En lo que a nosotros concierne, a través de todas esas tragedias ha surgido una luz de esperanza que, si se llegara a realizar, nos colocaría en una situación privilegiada. Se trata de unos formularios que nos han enviado desde fuera, para que los llenemos con el propósito de hacer un censo a fin de llevarnos a México. De mi compañía somos más de la mitad los que no hemos querido llenar ninguna ficha, porque no nos fiamos y además porque entendemos que nuestro sitio está aquí, en Europa, pase lo que pase, aunque, naturalmente, se ha dejado amplia libertad para que todo aquel que quiera irse lo haga.

#### *4 de noviembre (1940), Gurs*

En los pasados días, como estaba previsto, fueron saliendo las compañías en distintas direcciones. Hoy no queda aquí más que la nuestra, destinada por el mando francés al servicio del campo.

Habiendo pasado de internados a trabajadores forzados, nos han cambiado al islote F. que, aunque colocado en el interior del campo, no está cercado de alambradas. Eso nos permite, siempre en el interior de esta vasta ergástula, circular en todas direcciones.

Durante esta última semana hemos andado ocupadísimos arreglando el campo, reforzando las alambradas, amontonando leña en el interior de cada islote y acarreando colchonetas de paja a razón de cincuenta por barraca. Toda esa fuerza de actividad se debe a que de uno a otro momento se esperaba a los nuevos huéspedes, y en efecto, hace tres días empezaron a llegar judíos alemanes: mujeres, niños y ancianos en lamentable procesión. Los rasgos característicos de su raza se acusan en algunos, en otros no. La mayoría son rubios, lo que demuestra que sus antepasados se establecieron en Alemania hace docenas de generaciones. Muchos de ellos están de tal manera cruzados con la raza germánica que no les queda de judíos más que la religión y... el dinero, los que acierten a tenerlo.

A causa de la docena de kilómetros que hay de aquí a la más próxima estación de ferrocarril, tuvimos que ir en busca de dichos judíos con todos los camiones y autocares disponibles. Llegaban los trenes cargados hasta los topes, los metíamos en nuestros vehículos en hacinado montón y los íbamos transportando en repetidos viajes. Los traían engañados, con toda seguridad, pues al bajar del tren,

cuando les ayudábamos a colocar sus equipajes en los camiones, fueron extremadamente liberales con nosotros dándonos algunas gratificaciones de dinero y sobre todo pan, grandes trozos de salchichón y otras cosas de buen comer, de las que venían bien provistos. Si ellos hubieran sabido el hambre que les esperaba en este maldito campo, de seguro que no se habrían mostrado tan generosos por muchas trazas de hambre y miseria que tengamos...

A medida que van llegando al interior de las alambradas empiezan a mirar en derredor con ojos espantados. Cuando entran en las barracas, al designarles el flaco jergón echado por tierra sobre el que han de dormir, asienten con la cabeza en ademán apesadumbrado, y las mujeres, en su mayoría, se tapan el rostro con ambas manos y se echan a llorar.

Como nuestro islote está libre de alambradas por la parte de la carretera que cruza el campo de uno a otro extremo, se ha aprovechado el espacio disponible, delante de las barracas, para depositar los equipajes. Desde que han empezado a llegar hemos hecho un montón de maletas tan alto como una casa de dos pisos, pues la cantidad de esos desgraciados se eleva a más de doce mil. Las autoridades del campo han puesto un pelotón de gendarmes para guardar los equipajes y cada vez que son relevados se van cargados, materialmente atiborrados de objetos robados.

Yo afirmo, porque lo he visto por mis propios ojos, que los “honrados” gendarmes franceses, a cuya custodia se ha confiado los bienes de esos prisioneros hasta que una vez aposentados puedan ser traídos por islotes a buscarlos, sopesan maletas, computan mentalmente lo que pueda haber dentro, y aquellas que les merecen más confianza las abren con la ganzúa del ratero; sí esta no puede efectuar tan meritoria labor las revientan a patadas.

Hoy se ha empezado a restituir a sus dueños lo que queda de ese naufragio... Sacan a un centenar de personas de un islote, las llevan ante el montón de desvencijadas maletas y destripados baúles, dejándoles en libertad para que cada cual recoja la suya. Unos la encuentran, otros se vuelven con las manos vacías después de mucho buscar. Algunos, desesperados por no encontrarlas y viendo el desbarajuste que hay, se llevan las que tienen más parecido con las que buscan. El resultado final será que los últimos en venir no tendrán nada que llevarse...

Como los judíos están encerrados en el interior de sus islotes, guardados por los gendarmes para impedirles salir, nuestra misión consiste en distribuir la leña y los víveres de la intendencia para que puedan cocinar. Los que estamos libres de servicio, e incluso durante él, les ayudamos a acarrear sus equipajes desde el montón hasta sus barracas, por espíritu de solidaridad y también porque nos dan algunas propinejas, casi siempre en moneda alemana que cambiamos a doce

o quince francos el marco y que los estraperlistas en gordo cambian después, en el banco, a veinte.

Hoy vi a una pobre mujer, una viejecita de cabellos plateados, que agarraba un baúl enorme que no podía arrastrar. Se lo cogí sin preguntarle si quería o no que se lo llevara. Al depositarlo en el sitio que tiene destinado, echó mano del monedero con la intención de darme algún dinero. Se lo rehusé sonriendo para no ofenderla con mi negativa, y la anciana, conmovida, me abrazó y besó en las dos mejillas con ternura maternal. Las otras mujeres de la barraca y la anciana señora, después de informarse de mi nacionalidad y situación, me acompañaron hasta la puerta del islote y se despidieron de mí, no sin antes hacerme aceptar unos cuantos cigarrillos. Ellas quedaron enternecidas. Yo salí con lágrimas en los ojos...

### *25 de diciembre (1940). Gurs*

Hay algunos Refugiados que van todos los días al bosque, en camiones, con el fin de recoger leña destinada a las cocinas. Otros hay que, al oscurecer, salen del campo arrastrándose a través de las alambradas. Aquellos y estos, valiéndose de mucho atrevimiento y exponiéndose a severos castigos, compran en las cercanas casas de labor y pueblitos toda clase de alimentos, tales como pan, huevos, queso y otros, para venderlos después a los judíos mediante ganancias relativamente modestas.

Aunque les está prohibido salir de sus islotes, una vez anochecido algunos judíos consiguen venir a nuestras barracas, probablemente sobornando a los guardias para comprarnos todos los artículos alimenticios que tenemos, con la esperanza de revenderlos después. Uno de esos judíos, un tipo muy curioso con trazas de anticuario de opereta, se nos presentó la otra noche en la barraca preguntando si le podíamos vender algo. No teníamos nada, pero estábamos cenando. Entre tres o cuatro le regalamos un plato de lentejas y un poco de pan, otro le dio un poco de vino y otro un botecito de café. Nos quiso pagar, mas no consentimos cobrarle nada, por lo que se despidió de nosotros dando muestras del mayor agradecimiento.

Al día siguiente volvió a presentarse en la barraca, esta vez cargado con un cajón de botellas de cerveza, una de coñac, dos de vino dulce de Banyuls<sup>97</sup> y varios paquetes de cigarrillos, todo ello adquirido en la cantina que hemos montado en nuestro islote. Viendo la satisfacción que mostraba al traernos su regalo no nos atrevimos a rechazárselo, por lo que al calor de las bebidas

---

<sup>97</sup> Región vitivinícola del sur de Francia.

y al humo del tabaco salieron a relucir las guitarras y las bandurrias, se entonaron coplas e incluso se cantó a coro, con lo que el judío se entusiasmó al extremo que se subió en una mesa y nos bailó un sandunguero zapateado que no hubiera desdeñado el más gitanísimo calé. Era más de media noche cuando salió para su islote, con el sombrero ladeado y cantando flamenco... en alemán. Desde entonces el día que no puede venir nos envía una nota, redactada probablemente con ayuda de un vocabulario alemán-español, que empieza siempre de esta forma: “Admirables caballeros y hijosdalgo, el sentimiento de esta noche tengo a deplorar que mañana iré y no hoy, guardias malos esta noche salir dejando no han”...

En vista de tales liberalidades y atenciones, nuestra barraca en un comicio (sic) jocoso, donde se han pronunciado discursos como para morir de risa, ha acordado otorgar a hombre tan original el título de protector, y como tal reservarle los productos alimenticios que nos pudimos procurar, para que él, a su vez, los lleve a su barraca y los distribuya sin recargo en el precio...

Esas buenas relaciones de amistad nos indujeron a invitarle para ayer, Nochebuena, a él y a cuantas personas quisiera traer, por lo que se presentó con un hermano suyo, dos amigos y media docena de señoras. El hermano de nuestro “protector” toca la guitarra como un virtuoso. Una de las señoras, joven, morena, con unos ojos pardos inmensos y una simpatía extraordinaria, se trajo unas castañetas que toca como una andaluza. Se cantó, se bailó, se fumó, se bebió y se brindó por el rápido aplastamiento del fascismo, haciendo votos por el pronto retorno de todos los presentes al lejano y añorado hogar. Pasamos, en suma, unas horas de relativo olvido de las tragedias que cada uno lleva dentro de sí, esforzándose para disimularlas con el fin de no aumentar las de sus vecinos.

### *3 de enero de 1941. Gurs*

Del año que acaba de transcurrir solamente pesares y desastres habría que consignar, si no fuera por los últimos cinco meses transcurridos en la mayor tranquilidad, fructuosos incluso habida cuenta que, durante ellos, hemos vivido bastante hermanados a la par que hemos desarrollado una labor cultural de la que hemos sacado todos provecho.

Desde que, empujado por los acontecimientos, me vi obligado a salir de casa, la llegada del invierno fue siempre lo que más me espantó. Habiendo sufrido el último hasta lo indecible, cuando se acercaba este tuve momentos de gran decaimiento y aprensión.

Este invierno, sin embargo, va transcurriendo sin sufrir demasiado de sus inclemencias y de las míseras condiciones de nuestra vida de internados.

Desgraciadamente hay muchos compañeros que sufren más que nosotros. Hemos, en efecto, recibido cartas de los amigos que salieron de aquí hace dos meses y medio, en las que se lamentan de un trabajo agotador, de hambre desfallecedora y de tratos brutales por parte de los gendarmes que los guardan.

Hay una compañía que fue enviada a los Alpes, casi toda ella compuesta por hombres de mi organización, los cuales viven a tres mil metros de altura quitando nieve de las carreteras, donde a 25 grados bajo cero les hacen trabajar casi desnudos y descalzos, ubicándose en destantaladas barracas de madera, sin fuego, con poca y mala comida y la mayoría de ellos enfermos y sin asistencia médica, temiéndose por la vida de algunos.

Muchos de dichos compañeros, desesperados, se han escapado y sabemos por cartas recibidas que la mayoría, vueltos a coger, han sido llevados a la cárcel... ¡Y eso me tiene espantado!

El régimen interior y el trato que se da en las cárceles del país de Montequieu, en efecto, es el mismo que estableció Napoleón, y por consiguiente casi siglo y medio atrasado, con una plantilla de guardianes groseros, sádicos, chulapones sin hombría, verdaderas piltrafas humanas que deshonran a la Justicia y rebajan a la Francia del siglo XX, con toda su civilización, su magistratura y demás poderes, a la categoría de una horda bestial.

El régimen de los presidiarios zaristas, que nos describió Dostoievski en “La casa de los muertos”, viene a ser como unas vacaciones por comparación a las cárceles francesas, ludibrio y vergüenza de los más elementales sentimientos de humanidad.

Por eso, al saber que unos cuantos amigos han ido a parar a la cárcel, en la que hay ya miles de los nuestros, he sentido el corazón estrujado por la angustia y una rabia tan terrible como potente, amenazándome el cuerpo y el alma.

### *30 de enero (1941). Gurs*

Debe tener unos veinte años. Su rostro macilento y ojos hundidos le dan el aspecto de un sufrimiento que espanta imaginar... Tan grande es su debilidad que anda encorvado y vacilante como un viejo llegado a la extrema decrepitud. Se trata de uno de los doce o trece mil judíos alemanes que trajeron a este campo hace tres meses. El pobre muchacho se ha escapado no sé cómo de su islote y anda rondando alrededor de la cocina desde hace un largo rato. Le he estado observando; curiosamente, por fin, le he visto acercarse a los cocineros decidiéndose a pedir permiso para recoger los desechos de nabos y coles que en podrido montón acaban de consumirse en la puerta de la barraca. Los compañeros, natu-

ralmente, le han dado el permiso que pedía y además un plato de sopa, que esa pobre criatura ha devorado con verdadero frenesí.

Los ciento cincuenta españoles que hemos quedado aquí, hasta hace tres meses aquejados de prisión y de los mismos sufrimientos que esos judíos, gozamos ahora de un trato de favor que nos coloca en una situación incomparablemente mejor que la de esos restos humanos, pues en tanto que nosotros hemos llegado a poseer un salvoconducto que nos permite salir del campo los días de trabajo, justificando una ocupación, ellos están confinados en sus islotes donde mueren de miseria y de inanición.

Es una cosa espantosa verlos pegados a las alambradas, con los ojos turbios y un hilo de baba en la comisura de los labios, mirando en el vacío como locos y como cadáveres.

Todo eso es bestial, en la llamada “zona libre de Francia”. Pero... ¿qué me extraña, si nos hicieron a nosotros aún peor en el año treinta y nueve, antes de que estallara la guerra, cuando todo el país rebosaba de abundancia y de euforia?

Si mi pluma pudiera reflejar el aspecto lamentable que ofrece nuestro campo, superaría las escenas de horror que Dante inmortalizó en su “Divina comedia”, y estas notas no podrían ser leídas sin sentir náuseas en el alma y un sonrojo intolerable de pertenecer a la misma especie que los verdugos uniformados que miran impasiblemente a esas mujeres y a esos niños exhaustos, llenos de piojos, chapoteando entre veinte centímetros de espesor de un barro pestilente que ha invadido el interior de las barracas y hasta las podridas colchonetas, sobre las que se arrastran como lombrices tratando de encontrar un rincón libre de inmundicia para evadirse allí de la vida.

Apenas hacía un mes que habían llegado aquí cuando empezamos a encontrar judíos muertos, abrazados a su miseria y hundidos en el barro. Solamente en los meses de diciembre y enero hemos enterrado a setecientos de esos infelices. Digo “hemos enterrado”, porque el mando francés ha ordenado formar un equipo de treinta españoles, al que pertencí durante unos días, el cual no hace otra cosa que abrir sepulturas y enterrar.

Viendo cómo se mesan el pelo esos hombres y mujeres que acompañan a los fúnebres convoyes, mirando extraviados a las alambradas, a los gendarmes y al interior de las fosas llenas de agua en las que dentro de algunos minutos hundiremos los restos mortales de sus familiares, otros que no tuvieran el alma galvanizada de los Refugiados flaquearían y tendrían que retirarse sin poder realizar su misión. Pero hemos sufrido tanto también nosotros, hemos pasado por situaciones tan trágicas, que nuestros cuerpos han acabado por vivir al margen de los sentimientos y de las emociones de los seres humanos corrientes...

¡Un día vendrá en que los supervivientes de ese crimen colectivo se aferrarán a la vida, como nosotros, negándose a morir con idea de vengarse!

*17 de marzo (1941). Gurs*

Hace algún tiempo circuló el rumor de una amnistía por la que mediaba el gobierno de México, a cambio de la cual este reconocería a Franco y le haría entrega de todos los valores que al final de nuestra guerra fueron trasladados a dicho país. Hoy se ha desmentido tal rumor, de lo que me alegro, pues una amnistía a ese precio, aunque salvara miles de vidas sería demasiado vergonzosa.

Por lo demás, vivimos de rumores, siempre rumores, rumores que no sabemos quién lanza, antes dañinos que beneficiosos porque hacen nacer esperanzas que luego no se realizan, hasta que la excesiva credulidad de los Refugiados se niega a continuar siendo engañada y viene el desespero. Precisamente debido a eso hay un ambiente rarificado, cuyas consecuencias son muy de temer.

Afortunadamente, esos héroes de la más terrible guerra civil que registra la historia, cuando mañana haya que batirse de nuevo para reconquistar la libertad que les dio talla de gigantes, a pesar de la atonía en que parecen hundidos, volverán a renacer como el Ave Fénix y asombrarán al mundo con sus proezas de valor, con su ejemplo de austeridad y con su capacidad de sacrificio.

Así será ciertamente, pero mientras llega ese día son profundamente desgraciados y viven al borde de la desesperación.

¿Cómo insuflarles la moral necesaria para que puedan remontar la furiosa tormentada de salvajismo que asola al mundo y evitar que sean tragados por la locura que les acecha?

Felizmente el capitán de nuestra compañía ha sido llamado a Toulouse porque, parece ser, hay intención de llevársenos de aquí para que los judíos, formados a su vez en compañías de trabajadores, se encarguen de lo que hacemos nosotros.

Si eso se realizara no hay duda de que saldríamos perdiendo desde el punto de vista material, pero lo deseo a pesar de todo, porque sería un derivativo que al apartarnos de este ambiente de tragedia quizás remontaría nuestra moral, de lo que estamos bien necesitados.

*13 de abril (1941). Astugue*

Hace ocho días que nos reunió el capitán de la compañía, con el objeto de hacernos saber que el Ministerio del Trabajo había dispuesto enviar un grupo de los nuestros a la agrupación departamental de trabajadores extranjeros n.º 525 de Bagnères-de-Bigorre, y que el resto saldríamos unos días más tarde en dirección

desconocida. Pidió veinticinco voluntarios para irse los primeros, pero al ver que no se presentaba nadie, tuvo que recurrir al sorteo. Me tocó formar parte de dicho grupo y fuimos avisados para que estuviéramos preparados para salir.

Ayer, efectivamente, a las cinco y media, nos hicieron montar en camiones para llevarnos a Olorón.<sup>98</sup> Allí subimos en tren; en Pau nos obligaron a esperar unas horas que aprovechamos para visitar la antigua capital de Navarra, con sus ciclópeas murallas y hermosas avenidas frecuentadas por una multitud bullanguera que con sus gritos y gestos daba la sensación, pueblo y habitantes, de ser una ciudad mediterránea soleada como Málaga y evocadora como Valencia.

Pasamos más tarde por Lourdes, muy pintoresca según pude ver desde el tren. En Tarbes volvimos a cambiar de vehículo, para emprender la última etapa hacia nuestro destino. A las cuatro de la tarde llegamos a Bagnères, donde nos esperaba uno de los empleados de la comandancia de la agrupación, el cual nos explicó que la cuarta sección, a la que habíamos sido afectados, estaba en la alta montaña donde teníamos el alojamiento. Cargamos los equipajes en un carro-mato tirado por un desvalido rocín, y a pie, cuestas arriba por senderos y atajos, emprendimos los ocho kilómetros que nos separaban del Sanatorium que sirve de cuartel al resto de los compañeros.

Enclavado en la mitad de una colina abrigada del viento norteño, con un magnífico paisaje dominado por el pico del Mediodía,<sup>99</sup> este edificio, con ribetes de castillo medieval, parece escapado de un cuento de hadas entre remolinos de blancas nubes pegadas a media ladera, abajo pareciendo confundirse con las flores de los manzanos y arriba con la nieve, dando la sensación, gracias a la limpidez de la atmósfera, que las faldas de la sierra, las nubes que las trepan y el pico del Mediodía que domina el conjunto se pueden tocar con solo alargar la mano.

El Sanatorium que nos sirve de cuartel depende del pueblecito llamado Astugue, del que estamos separados por algo más de un kilómetro. Y es allí, en un típico figón que hay en la entrada de la escasa docena de casas que forman el villorrio, donde escribo estas notas sentado ante una botella de excelente cerveza, mientras viene la cena que han prometido servirme mediante una remuneración al alcance de mi modesto bolsillo.

El enviarnos aquí ha sido con la intención de satisfacer las numerosas demandas que afluyen para campesinos, leñadores, carboneros y mineros. Aunque yo no ejercí nunca tales trabajos, me encuentro con bastante ánimo y fuerza y dispuesto por consiguiente a probar con la mejor voluntad. ¿Podré hacerlo? Quizás sí, pues me siento capaz de llegar hasta donde otro hombre cualquiera...

---

<sup>98</sup> Oloron-Sainte-Marie.

<sup>99</sup> Puede referirse al Pic du Midi de Bigorre.

De todas maneras, teniendo en cuenta que los buenos empleos son ocupados por los naturales del país, lo normal será que los trabajos que nos caigan en suerte sean duros y en sitios alejados de toda aglomeración humana, y poco retribuidos además.

Aunque en Gurs solamente nos daban medio franco al día, teníamos en cambio alojamiento y comida, así como las pequeñas ventajas que todos los Refugiados acaban por encontrar donde quiera que se hallen. ¿Habremos salido perdiendo con ese traslado? ¡No sé, ya se verá!...

Con todo eso, no puedo sustraerme a cierta amargura al recordar lo ocurrido últimamente en Gurs y, sobre todo, fuera de Gurs, con tanto comité y comitillo donde han engordado centenares de vividores a costa de los Refugiados, pues a la hora de recoger los platos rotos se han largado a otros continentes o se han situado en este como magnates, mientras que nosotros, los del montón, los Refugiados de tercera, somos tratados como despreciable rebaño y estamos abocados a la tragedia de ser cogidos por los alemanes, lo que ocurrirá tarde o temprano...

¿Constará en la historia de nuestro exilio el análisis de ese aspecto de los bajos fondos de este éxodo sin precedentes?

Y si hubiera alguien capaz de poner a flote todo este limbo corrompido ¿serviría de lección filosófica y experimental para las ideas y los hombres del futuro?

### *25 de abril (1941). Laran*

Hace ocho días que hemos llegado a este pequeño burgo compuesto de media docena de casas, quasi en ruinas y comidas por la humedad. La tupidez de los bosques que nos rodean cierra por todas partes el horizonte.

El día 16 se nos presentó un contratista de tala de árboles, provisto de un papel de la comandancia de la agrupación en la que se le autorizaba a escoger una veintena de Refugiados españoles para llevárselos a trabajar.

Nos examinó uno por uno, con el cuidado que hubiera empleado un chalán para adquirir caballerías, y tras mucho vacilar escogió un grupo de dieciocho diciéndonos que al día siguiente volvería por nosotros. Vino con un camión y sin más trámites nos trajo a esta especie de selva virgen, donde nos ha instalado en un molino milenario, destartalado, poblado con más reptiles y roedores que el arca de Noé.

Al llegar aquí nos entregó tres fajos de paja, dieciocho sacos vacíos, dos barreños para cocinar, mil francos de anticipo para que podamos comer, más las hachas y sierras para el trabajo. A continuación nos enseñó el bosque cuyos árboles debemos cortar, limpiar, amontonar en metros cúbicos, y se fue dejándonos bajo la vigilancia de un manijero de torvo mirar, uno de esos sudetas españoles

que a pesar de sus treinta años de residencia en Francia no han logrado hacer fortuna y han perdido en cambio su calidad de españoles sin llegar a ser considerados como franceses.

Con clavos oxidados arrancados de la rueda que cien años ha hizo funcionar esta maquinaria prehistórica hoy rota y llena de moho, con trozos de tablas carcomidas y alambres cubiertos de orín, nos hemos construido camas, bancos, estantes y nos hemos instalado como un propietario que toma posesión de su casa, durante largo tiempo abandonada.

Nombramos desde el primer día de nuestra llegada un cocinero, a quien nos comprometimos a pagar el jornal entre todos, y al día siguiente nos fuimos a trabajar.

Mi inexperiencia en esa clase de trabajo me hizo empuñar el hacha y golpear con ella a voleo, sin ninguna precaución, por lo que a las dos horas tenía las manos llenas de ampollas y al terminar la jornada todo mi cuerpo era una llaga. Resistí, sin embargo, porque puse toda mi voluntad y continué trabajando, aunque voy perdiendo las fuerzas por momentos...

### *19 de mayo (1941). Bagnères-de-Bigorre*

Hace unos días tuve que abandonar el trabajo y volverme a la agrupación. Aunque puse toda la energía de que soy capaz para resistir, creció tanto mi debilidad, paralelamente a mi fatiga, que llegué a quedarme casi ciego. Al ver el dueño de la tala mi estado, no puso dificultad en liquidar mi cuenta y escribir una carta para el mando francés certificando que había cumplido bien en el trabajo, y que me declaraba libre de volver a la agrupación debido a mi deficiente estado de salud.

La agrupación está en Bagnères; se compone de varios centenares de hombres distribuidos por toda la comarca en los trabajos más duros y peor retribuidos, del jornal de los cuales se retiene un tanto que varía entre el diez y el veinte por cien, con lo que se paga a los encargados de llevar el registro de la inspección. El sueldo de los jefes y la manutención de los que están acantonados aquí, sea por enfermedad, sea porque esperan quién les alquile, sale también de esas cuotas. Tienen además la subvención que da el Estado para estos menesteres, ignoro si la misma asignada a los presos o menor, pero con eso y lo que nos roban de la intendencia, en ropa y comida, tanto el comandante como sus copartícipes se enriquecen escandalosamente. Las fortunas que se amasaban antiguamente con la trata de negros, eran menos repugnantes que las que se hacen a costa nuestra.

Al llegar aquí fui bien recibido; pero sin tener en cuenta que me encontraba enfermo y agotado por completo, el mismo día que llegué quisieron engan-

charme como mozo de labranza. Me negué a ello, pidiendo ser examinado por un médico y prometiendo someterme a lo que él dictaminara. Entonces los enchufados de la agrupación, que son varios y todos Refugiados, decidieron dejarme tranquilo descansando durante unos días, para ver si mientras tanto se ofrecía algún empleo proporcionado a mis actitudes.

Por lo que he visto, a propósito de estos chupatintas, he llegado a la conclusión de que todos son mala gente. Se trata de unos tripiones que se dejaron en la frontera las ideas y la honradez, si es que tuvieron jamás, y aquí, después de robarnos todo lo que pueden, actúan con nosotros como verdaderos cabos de vara. Como son ellos los que tienen los ficheros y hasta los oídos del comandante francés, hacen lo que les da la realísima gana, en virtud de lo cual trampear con los empleos y con el avituallamiento, del que sustraen grandes cantidades para venderlo en el mercado negro. Las prendas de vestir y zapatos que el Estado francés nos destina, les proporcionan también pingües beneficios. Se han asignado además un sueldo cuyo importe no he podido averiguar, pero que no es flojo según “malas lenguas”. Con todo eso, comen aparte y abundantemente, fuman, visten y gastan como nuevos ricos. ¡Y así es cómo andan de gordos y lucidos!

En cuanto a mí, con un jergón por tierra en un rincón del cuartel, donde estamos una docena de Refugiados, soy quizá menos desgraciado que ellos debido a que previsoramente no gasté nunca un franco sino en cosas de absoluta necesidad, por lo que dispongo de algún dinerillo que me permite aumentar en algo la bazofia insuficiente que nos dan.

A pesar del canibalismo moral que nos rodea, menos que odio siento piedad, o si se quiere algo de desprecio por toda esa gentecilla de desaprensivos agarrados a las ubres del enchufe. Bien observado, el hombre, en el fondo, tiene impulsos e inclinaciones de bondad. Y eso es ya más que suficiente para justificar o por lo menos disminuir la vileza y el egoísmo con que a veces se conduce, sin duda determinado por las circunstancias. Ahora bien, las mil y una vicisitudes y adversidades que nos acechan y estrujan a nosotros, se pueden comparar a las del viandante desarmado en plena selva, rodeado de carnívoros hambrientos.

### *22 de mayo (1941). Bagnères-de-Bigorre*

Hacia varios días que deseaba subir a un cabezo que domina sobre Bagnères y sus alrededores. Encontrándome ayer menos fatigado y disponiendo del tiempo necesario, después del mediodía emprendí la excursión, de la que regresé maravillado.

El montecillo en cuestión se llama el Bedat.<sup>100</sup> Tiene 879 metros de altura y poco antes de llegar a la cúspide, hundida en las peñas, rodeada de árboles centenarios, hay una gruta que no exploré por no tener luces apropiadas y también por atraerme poco, dado el escaso interés que me inspiran las grutas civilizadas. Y esta debe serlo en grado superlativo a juzgar por la profusión de indicadores que se encuentran en todas partes, así como por las escalinatas que conducen a su interior.

En cuanto al Bedat ya es otra cosa. Se contempla desde su cumbre un paisaje digno de Homero y de Virgilio: de aquel, por las formidables proporciones de las innumerables escarpaduras que horadan el cielo en todo el horizonte pirenaico en dirección a España; de este, por la gracia infinita de algunas partes del ondulante terreno que adopta redondeces de senos turgentes de mujer.

Desde el pico del Mediodía, que se divisa gigantesco y encasquetado de nieve a la derecha y en primer término, hasta los picos de Arét<sup>101</sup> y Tramezaïgues, que a la izquierda se pierden en el vivo azul del cielo, se desarrolla un semicírculo de aristas y picachos agudos como afilados colmillos, poblados en su base por grupos compactos de añejos pinos, como una multitud de dignatarios en concilio oficiando con la majestad propia de esa naturaleza, agreste de aquí, allá armoniosa, acullá salvaje, bella hasta lo sublime de una a otra parte del horizonte y del cenit al nadir.

Desde mi alrededor hasta donde alcanza la vista, hay una gran producción de flores: una bacanal de mayo florido inunda de colores y perfumes el glorioso atardecer primaveral prolongado en el espacio por la policromía de las alquimias que motean el paisaje con sus techos, por los que resbala en rutilantes cataratas el oro líquido del sol vespral, que apoyado en las cumbres más lejanas semeja un volcán en erupción...

Y allá a lo lejos, esfumados por la distancia, pastan innúmeros rebaños de vacas que se van desplegando lentamente en las lomas y repechos, desapareciendo a veces para reaparecer con paso tardo y por entre los vastos claros de los bosques; con árboles tan altos, rectos y espesos que a su sombra se siente uno disminuido, sobrecogido, como poseído de ese instintivo temor a lo sobrenatural que nos legaron los antepasados, y que la educación que nos inculcaron de niños reafirmó, por donde uno se explica cómo, en este país, las generaciones remotas rindieron culto a los bosques, por medio de los druidas, sus sacerdotes.

---

<sup>100</sup> Posiblemente Col du Bédât, cerca de Bagnères-de-Bigorre.

<sup>101</sup> Tal vez, Arette.

*28 de mayo (1941). Vielle-Aure*

Anteayer nos reunieron a todos los que por diversos motivos habíamos abandonado nuestros puestos de trabajo y nos encontrábamos en el depósito de la agrupación, formando con ellos un grupo de veinticinco Refugiados, al mando de uno de los nuestros con categoría de oficial, destinados a trabajar en la construcción de una carretera.

En consecuencia, ayer muy de madrugada nos hicieron subir en un camión y emprendimos el camino en dirección de este pueblo, a más de cincuenta kilómetros de Bagnères y en pleno corazón pirenaico, solamente a un tiro de fusil de la frontera española y al pie del Tramezaïgues que, con sus 2.548 metros de altura, se adelanta a la distancia de un tiro de onda del pico llamado El Arét, el cual, con sus 2.940 metros, parece auparse por encima de todo el sistema orográfico circundante como si por sobre todos los picachos pretendiera ver y saludar a Bielsa, frente a él y ya dentro de España. Los citados picos y sus estribaciones están vestidos de blanco a causa de nevadas anteriores, así como de la que ha caído hoy impidiéndonos ir al trabajo.

A las seis de la tarde, habiéndose levantado el tiempo, luce un sol esplendoroso que ha derretido la nieve en las partes bajas, más no de las altas, que debe ser eterna o casi...

El panorama, bastante abierto aquí, aunque rodeado por todas partes de enormes montañas que se hunden en las nubes como ciclópeos taladros, es de una grandiosidad imponente.

*4 de junio (1941). Vielle-Aure*

Hace 6 días que hemos empezado a trabajar. Hoy, una furiosa borrasca con relámpagos y truenos que parecían salir de los confines del mundo para venir a rebrotar sobre esta naturaleza bravía, nos ha obligado a abandonar el trabajo arrastrados por una lluvia torrencial. Quizás sobreexcitado por la horrificca fuerza de los elementos desencadenados, al retiro que tomaron mis compañeros preferí el placer exaltador de regresar sierra bajo en medio de la tormenta, duchado a placer por las tibias cataratas que caían con tremenda violencia, saltando por entre el diluvio que llenaba todos los pliegues del terreno, mientras el agua se desbordaba en una marea que cubría toda la vertiente montañosa para ir a desplomarse en el llano con un estruendo ensordecedor...

El tajo donde trabajamos está a dos horas de camino de aquí entre ir y volver. La carretera, empezada algunos años ha y que nosotros no hacemos más que prolongar, empieza en el vecino pueblo de Vignec y va en dirección de

Soulán,<sup>102</sup> otro pueblecito que como un nido de águilas se yergue en la cúspide de una alta montaña, dominada a su vez por una serie de picachos completamente cubiertos de nieve. Esa nueva vía de comunicación, como una cinta tirada al azar, trepa en curvas caprichosas hasta las cercanías de Soulán. Y es cortando dichas curvas, por trochas que solo pueden practicar las cabras y los montañeses expertos, por donde nosotros subimos y bajamos todos los días.

La tarea, después de tan fatigosa caminata, es de nueve horas diarias a pico y pala, sin contar con que los barrenos los hacemos a maza y que la mitad de las rocas, sobre todo las cuarteadas pero aún adheridas a la montaña, las arrancamos con palancas de hierro. Salvo la dinamita, empleada en su forma más rudimentaria, el resto del trabajo es como la lucha del hombre prehistórico contra la naturaleza, que se defiende de una manera tenaz. No es este un trabajo para reír, pero a mí me resulta más soportable que el de cortar leña en el bosque. Sin embargo, aunque esto sea más llevadero, preferiría no haber salido de Gurs, habida cuenta de que el mísero jornal que nos dan no basta a cubrir nuestras necesidades, reducidas a su más mínima expresión...

Cuando llegamos aquí fuimos instalados en un caserón que antes servía de albergue a las colonias escolares que venían de las grandes poblaciones, por lo que hay camas suficientes y una cocina con todos los utensilios necesarios. Como en la pensión con pretensiones de hotel donde comíamos pagábamos demasiado caro y pasábamos hambre, decidimos arreglarnos nosotros mismos. Nombramos para ello cocinero al más estropeado, un mutilado de la guerra a quien pagaremos a prorratio el mismo jornal que ganamos, con lo que la comida será más abundante, también más a nuestro gusto y barata, forma única de que no hagamos deudas sino algún pequeño ahorro.

Los Refugiados que están conmigo todos parecen buena gente. Incluso hay algunos que sin lugar a dudas son unos excelentes muchachos. Pero para que haya de todo, nuestro oficial, un “compañero” que ejercía en España de juez o de fiscal, a no ser que fuera otra cosa, instruido y pasablemente inteligente por lo demás, es curioso por su parecido en lo moral con el inolvidable Sancho Panza. Es tragón, acérrimo amigo de su comodidad, con más gramática parda que un campesino, empleándola con el arte y la astucia de un Maquiavelo, con el solo y exclusivo fin de conseguir la más insignificante ventaja que pueda aumentar su bienestar, al que ama sobre todas las cosas. Como el tal “compañero” me distingue con su inapreciable amistad, con este semblante que intento trazar de él no hago más que demostrar mi escasa aptitud para el agradecimiento...

---

<sup>102</sup> Se refiere a Saint-Lary-Soulan.

La incontenible manía que tengo de observar a los hombres y cosas que pasan al alcance de mi vista, me amarga la vida. Ello se debe a mi inclinación de forjar a los otros como mejores que yo, cuando la cruda realidad me demuestra continuamente que todos los seres humanos están hechos aproximadamente del mismo barro. !Y eso me atosiga, me hace sufrir y no poco!

*24 de junio (1941). Vielle-Aure*

Otra tormenta tropical, en el fondo de las gargantas montañosas y nevosas en las cumbres, nos ha hecho abandonar el trabajo una vez más. Me alegro de ello porque, aparte del bien que le hará a mí fatiga extrema, la entrada de la U.R.S.S. en la guerra es un fausto acontecimiento que bien merece celebrarse con un día de fiesta.

La suicida política de los países aliados desde que se terminó la guerra de 1914-18, que facilitó el advenimiento de Mussolini, de Hitler y de Franco e hizo inevitable la riada de sangre y nazismo que ha invadido Europa, ha creado una psicosis de innoble egoísmo que se ha pegado al cuerpo y al alma de todos los hombres, de casi todos sin excepción.

Por eso ¿qué tiene de extraño que también yo sienta una alegría indescriptible ante esa noticia, aunque sea precursora de las nuevas oleadas de sangre, incendios y sufrimientos desgarradores, que hace suponer la entrada de Rusia en ese torbellino que arrastra al mundo hacia un porvenir de libertad o de esclavitud?

Si el pacto que firmaron Alemania y la U.R.S.S. unos días antes de que estallara la conflagración que está asolando al mundo hubiera significado un acercamiento definitivo, una imposible fusión de los regímenes de Rusia y del nazismo alemán, esos dos colosos hubieran sido invencibles. A la larga, no cabe duda, hubieran terminado por ganar la guerra.

Pero la victoria de un maridaje tan desigual solamente hubiera traído, como único punto de coincidencia, la extirpación total del armatoste pseudodemocrático en el que se embosca toda la fauna que vive del capitalismo y que para afianzarlo no vaciló en ahogar a la República de Weimar en favor de la dictadura de Horthy,<sup>103</sup> en combatir con saña infame a la exangüe Rusia de la Revolución, en pactar con Mussolini cuando asesinaba a mansalva a los abisinios, en entronizar a Hitler, en intervenir a favor de Franco, en obligar a la U.R.S.S a pactar con Alemania, haciendo inevitable la guerra cuando de concesión en concesión consintieron que los nazis invadieran Austria, Checoslovaquia y amenazaran Danzig...

<sup>103</sup> Nicolás Horthy (1868-1957). Noble, militar y político húngaro. Fue regente de Hungría entre 1920 y 1944 durante el cual instauró un régimen autocrático conservador con elementos del fascismo.

La ablación de ese cáncer, que solo tiene de democrático el nombre, hubiera sido de consecuencias incalculablemente beneficiosas, principalmente porque hubiera destruido para siempre los gérmenes de otra guerra específicamente capitalista. Mas, suponiendo que los acontecimientos hubieran seguido ese curso ¿qué es lo que hubiera ocurrido en el orden constructivo?

Es indudable que con un conocimiento claro de la naturaleza humana y de lo que conviene a los hombres para que puedan alcanzar el máximo desarrollo en todos los órdenes de superación: físico, moral e intelectual, los precisos elementos y condiciones para llevarlos hasta sus últimas consecuencias, con esa alianza y triunfo, los hubieran tenido superabundantes. ¿Lo hubieran hecho?... ¡No!

Desgraciadamente, la especie humana, sintetizada en un solo cuerpo, viene a ser como un niño que, en espera de alcanzar la edad de la razón, no hace más que niñadas. Por eso es improbable que todo lo que he supuesto hubiera acabado en una reyerta con nuevos incendios y destrucciones al noventa por cien...

Para que Alemania ganara la última batalla era NECESARIO que Rusia entrada en la guerra a favor suyo. Sola no podía ganarla, felizmente porque la victoria del nacionalsocialismo no traería la implantación de la justicia social que preconiza, sino la regimentación de la humanidad con una oficialidad alemana, relegando a los no alemanes a la categoría de eunucos.

Alemania tiene, pues, que perder la guerra porque no posee la fuerza material, ni la moral y contra esta última, que ahonda sus raíces en la esencia misma de la vida, no hay energía que pueda abrirse paso. Descontada por consiguiente la victoria de los Aliados, a los que no tardarán en agregarse las dos Américas ¿de qué forma se producirá y cuál será el resultado? Que el desmoronamiento de Alemania sea rápido en llegar o que tarde años, y esto último puede acontecer maniobrando por las democracias para debilitar a la U.R.S.S., esta, de todas las maneras, saldrá fortificada material y moralmente al extremo que no dejará de intentar extender al mundo entero su sistema político y social.

¿Qué ocurrirá después de la guerra, cuando frente al bloque que forma la U.R.S.S con ejércitos de partidarios en el seno mismo de las naciones capitalistas, estas formen también su bloque con objeto de defenderse? ¿Se desencadenará otra vez la guerra, terrible, total?

Sea ello como fuere, termino la crónica de hoy como la empecé: regocijándome de la entrada de la U.R.S.S. en el *malström*<sup>104</sup> que succiona al mundo, aunque ello signifique añadir más millones de víctimas a las que hay hechas ya.

---

<sup>104</sup> Gran remolino que se forma en las costas meridionales del archipiélago de las islas Lofoten (Noruega).

Supuesto que Rusia tenía que entrar FORZOSAMENTE en la contienda del lado que lo ha hecho, es por donde, a pesar de todo, se vislumbran las mejores esperanzas para el porvenir de la libertad y del progreso que, se quiera o no, acabarán por prevalecer.

*28 de agosto (1941). Vielle-Aure*

Debido a las pésimas condiciones del trabajo, al escaso jornal que percibimos y también a las mil dificultades que encontramos en el avituallamiento, hace unos días pedimos unas mejoras al empresario de estos trabajos. Este, en vez de una respuesta razonable, lo único que nos dio fueron amenazas, burlas y menosprecio. Le respondimos declarándonos en huelga.

Dos días después recibimos de la agrupación una orden comunicándonos a desistir de nuestras peticiones, fundándose en que estábamos paramilitarizados y tratando de meternos miedo con duras represalias y castigos, si no deponíamos nuestra actitud calificada de sediciosa.

En vista de eso, hace cuatro días, yo y el oficial que hace causa común con nosotros, fuimos a Bagnères, a la comandancia de la agrupación, con el fin de demostrar que no había tal sedición y si una explotación que nos hacía imposible continuar resistiendo en las mismas condiciones, so pena de caer todos enfermos.

Nos recibieron bastante mal y después de muchas amenazas acabaron por obligarnos a volver al trabajo, prometiéndonos que ellos, por su parte, hablarían con el patrón y procurarían convencerle para que nos diera satisfacción en lo posible.

Al venir el patrón al día siguiente, sin duda aleccionado por los panzudos de la comandancia, prometió aumentar el jornal a unos; a otros, que tienen sus mujeres en campos de concentración, les prometió traerlas para que vivan con ellos; y a los más descontentos de estar aquí, les prometió dejarles marchar, si querían hacerlo, proveyéndoles de un certificado de buena conducta para que no tomen represalias sobre ellos en la agrupación. Eso sembró la discordia entre nosotros. Nos colocó en pugna, rompió la huelga, y el resultado fue que anteayer, renegando unos, otros humillados, contentos a medias los demás, se fueron todos al trabajo. Todos menos yo, que no quise transigir y que en vez de ir al trabajo fui a hacerme examinar por el médico. Este, después de auscultarme y de tantearme todo el cuerpo, me extendió un certificado, haciendo constar que mi estado de extrema debilidad requiere seis meses de reposo por lo menos, con sobrealimentación y otros tratamientos adecuados. Habiendo avisado ya a la agrupación de todo lo que pasa, ahora estoy esperando a ver qué hacen de mí...

### *3 de septiembre (1941). Bagnères-de-Bigorre*

Anteayer salí de Vielle-Aure. Fue el patrón mismo quien vino a buscarme con su auto. Al llegar a la comandancia de la agrupación dio cuenta del arreglo de la huelga, explicando al mismo tiempo, refiriéndose a mí, que yo había sido un buen obrero. Añadió que era a causa de mi salud por lo que me volvía, entregando a continuación el certificado del médico, que me había pedido antes de salir de Vielle-Aure. Ese buen informe y el certificado en cuestión impidieron que se tomaran represalias contra mí, por lo que me enviaron al cuartel donde encontré una docena de Refugiados desocupados, unos por falta de patrón y otros porque se encontraban enfermos.

Hay una anécdota que tengo interés en consignar por significativa. Cuando, de vuelta a casa del doctor, manifesté mi intención de volverme a Bagnères, el oficial, diciéndose intérprete del sentir general, expresó en términos calurosos su pesar. Trató de convencerme para que me quedara, pero al ver que mi decisión era irrevocable, me invitó a que redactara yo mismo un informe sobre mí, añadiendo que él lo copiaría de su puño y letra, lo firmaría y lo enviaría a la comandancia junto con el certificado del médico.

Siendo nuestro jefe, tenía la obligación, al irme yo, de enviar a sus superiores inmediatos el informe en cuestión. Por lo tanto, como es tan amigo de su comodidad y además se mostró siempre en extremo cortés conmigo, me pareció que debía complacerle en su extraña idea, concebida sin duda para ahorrarse trabajo, e hice lo que me proponía. Ahora bien, cuando llegamos a la comandancia, el patrón solo presentó los papeles concernientes al tiempo que trabajé para él más el certificado del médico. Del informe que me propuso el oficial no apareció ni el rastro, lo que demuestra sin lugar a dudas que no le dio curso y, pensando a mal, hasta podía suponerse que lo destruyó e hizo otro que quizás le favorezca a él más que a mí.

Si algún día se publican estas crónicas y se reconoce en ellas, espero que me dé una pequeña satisfacción de desagravio, pues aparte lo que su jugarreta me pueda perjudicar, confieso que mi amor propio de autor se ha sentido algo mortificado. ¡Con lo modosita y bien aderezada que estaba la apología que hice de mí mismo en ese informe!...

Ya estoy en Bagnères otra vez, pero esta con la incertidumbre de no saber lo que van a hacer de mí. Debido a una orden que se recibió hace unos días en la agrupación, disponiendo que no se dé salida a ninguno de los Refugiados que vayan llegando, se murmura que posiblemente se quiera reunir contingente para llevarlo a trabajar a Alemania o a la zona ocupada, sea Polonia, Francia u otro lugar.

Hay algunos que están alarmadísimos, otros que lo toman con tranquilidad, y los más, en fin, que nos escaparíamos si fuera posible ir a América, a Inglaterra o a África cuanto menos, pero desgraciadamente ello es imposible por nuestros propios medios. En cuanto a Europa ¿dónde ir, si está todo en poder de los alemanes? ¡Bah, lo principal es no perder el ánimo ni la serenidad, pues con esos factores salimos a flote de otros naufragios tan sin esperanza como ese, previsto por otra parte, y los Refugiados tenemos la piel bastante dura para afrontar eso y peor aún, si la ocasión se presenta!

*6 de septiembre (1941). Bagnères-de-Bigorre*

Se acentúan los temores apuntados hace tres días.

En la oficina de la comandancia los beocios allí enchufados dicen que no saben nada, pero yo estoy convencido, porque les he interrogado mirándoles a los ojos y he notado en ellos la turbación del que miente, que sí saben y se callan, sin duda para conservar la situación privilegiada que gozan, sin tomar en consideración, de ser ciertas mis presunciones, que con su silencio favorecen a los nazis y que ello podría causar la muerte de alguno de nosotros. Eso sería reptante y vil, pero ¿qué hacer?... ¿a dónde ir?...

Ayer visité el museo de Bagnères. Es una verdadera maravilla en pintura, en escultura y antigüedades, por comparación a lo que es esta población, turística y bonita, con aires de una capital en miniatura.

Esta noche, aprovechando el paso por el teatro principal de una compañía de ópera, iré a ver Tosca. Con eso me despediré de lo poco que aún podía gozar de la vida de los hombres, y tendré alimento espiritual para algún tiempo. En adelante será la esclavitud total, bajo el látigo de los alemanes, los bombardeos... O bien será la vida sin techo, sin comida, a salto de mata en los Pirineos, luchando con los gendarmes, con los alemanes y con la guardia civil, si nos escapamos unos cuantos a la montaña, como estamos planeando...



## SEGUNDA PARTE: EN LAS GARRAS DE LOS HUNOS MODERNOS

### *10 de septiembre (1941). Campo de Clairfont*

¡Hemos caído en la trampa!

Hace dos días, cuando menos lo esperábamos, vimos de pronto la casa que nos servía de cuartel rodeada por los gendarmes. Algunos de ellos, acompañados por la mayoría de los judas emboscados en las oficinas de la agrupación, con las listas y ficheros de nosotros, penetraron en el local que ocupábamos y nos obligaron a formar con todo el equipo. A continuación nos registraron y nos hicieron entregar las cucharas, los platos, las mantas y casi todas las prendas que habíamos recibido, y sin más explicaciones, rodeados como una cuerda de criminales, nos llevaron a la estación. Al salir el tren de Bagnères éramos cincuenta. Al llegar a Clairfont<sup>105</sup> éramos más de cuatrocientos, todos Refugiados españoles recogidos durante el trayecto en pequeños destacamentos escalonados a lo largo de la vía férrea, siempre vigilados por malcarados gendarmes armados hasta los dientes.

Al presentarse ayer en este campo una comisión alemana, nos obligaron a formar y pasar revista ante ella. Nos examinaron a todos y sin rechazar a ninguno, pues para esa gente toda la carne es buena, nos obligaron a firmar unos papeluchos, escritos en alemán, que ni entendíamos ni nos dieron a leer. A los primeros que se negaron a firmar les machacaron el cuerpo a palos y tuvieron que hacerlo a continuación. A los que manifestaron que no sabían firmar les obligaron a dibujar una cruz.

Este campo, situado en las cercanías de Toulouse, está erizado de alambradas infranqueables y rodeado de gendarmes armados.

Aprovechando la posibilidad que me ha ofrecido un compañero para sacar las cartas, he escrito a muchos amigos y a mi familia, por última vez quizás...

### *14 de septiembre (1941). Rochefort*

El día diez, ya anochecido, sin duda para que la población civil no viera el lamentable espectáculo, nos formaron en columna y acompañados por una multitud de guardias fuertemente armados fuimos llevados a la estación, donde nos api-

---

<sup>105</sup> Probablemente al sudoeste de Toulouse, al sur del Parc de la Reynerie.

laron en vagones para caballos. Una vez terminada esa operación, amarraron con alambres las puertas. Después de dos días de viaje en esas condiciones, sin comida, sin agua para beber, sin sitio siquiera para recostarnos, llegamos a este pueblo, rendidos, hambrientos, muriéndonos de fiebre y de sed, unos quinientos Refugiados. De la estación nos trajeron directamente a este cuartel, cerrado por todas partes y guardado por los soldados alemanes con la bayoneta calada. Hemos sido instalados en grandes naves, con camas de madera de dos pisos, entre las que nos es difícil movernos.

La comida, por ahora, es soportable. Nos han prometido una remuneración por el trabajo que nos obligarán a ejecutar, y como aviso a los que se resistan han apaleado ya a varios de los nuestros sin motivo que lo justifique.

Ayer nos agruparon por equipos de cincuenta a sesenta, clasificándonos con arreglo a la profesión u oficio que cada cual ha declarado, y también a la fuerza física que cada uno aparenta.

Todos los equipos están adscritos a la organización Todt,<sup>106</sup> pero, separados, dependen de uno o de varios patronos que se llaman firmas y explotan varios centenares de esclavos de todas las nacionalidades, siempre en trabajos para el ejército, encuadrados por capataces alemanes a los que prestan mano fuerte los soldados. ¡La imagen perfecta de la Europa de mañana si ganaran la guerra los nazifascistas!

Después de agruparnos en la forma descrita nos obligaron a subir en grandes y lujosos autocares, robados probablemente en los diversos países invadidos, llevándonos a continuación a La Pallice, a media docena de kilómetros de La Rochelle y a más de cuarenta de Rochefort para hacernos trabajar en la reconstrucción de una base submarina. Esos trabajos, muy adelantados ya, emplean muchos miles de obreros: belgas, polacos, holandeses, franceses y otros, todos sometidos a las mismas vejaciones que nosotros.

Los que estamos acuartelados en Rochefort, además de los ochenta kilómetros de ida y vuelta, tendremos que hacer todos los días doce horas de trabajo efectivo, espoleados por los *raus*<sup>107</sup> y las patadas de nuestros guardianes.

### *6 de noviembre (1941). La Rochelle*

Después de siete semanas de un trabajo agotador, continuamente maltratados por nuestros capataces, hoy nos han trasladado a este campamento. Está situado

<sup>106</sup> La Organización Todt fue creada en 1938 por el Gobierno alemán con el fin de edificar todo tipo de infraestructuras civiles y militares. Con la llegada de la II Guerra Mundial, las empresas de la OT siguieron construyendo en los territorios ocupados y posteriormente también en las zonas de combate.

<sup>107</sup> En alemán, fuera.

en la mitad del camino entre La Rochelle y La Pallice, desde donde iremos a trabajar formados en columnas de a cuatro con los otros desgraciados que comparten nuestro infortunio en diversos campamentos, todos rodeados de alambradas, guardados por soldados armados de fusiles y con bombas de mano pasadas a la cintura.

Desde que hemos llegado no nos han bombardeado aún, pero vivimos en perpetua alarma. Algunos días antes de nuestra llegada ametrallaron y tiraron algunas bombas que mataron a bastante gente, entre ellos a un Refugiado.

El trabajo que realizamos es pesado y sucio, hecho en tan malas condiciones que es raro el día que no se mate alguien, sea aplastado por alguna vagoneta, sea despeñado desde lo alto de la base submarina que alcanza ya una altura vertiginosa.

El hambre que pasamos, latente, sorda, continua, acabará pronto con nosotros si esto dura mucho.

Ahora corren rumores según los cuales se van a llevar a otro sitio, más malo que este, a la mitad del contingente que trabaja aquí. ¿Nos tocará a nosotros la negra? Si es para empeorar me lo temo mucho, pues los Refugiados estamos calificados de “rojos españoles”, por lo que, si hay algún mal golpe que recibir, ese nos será destinado a nosotros.

### *9 de diciembre (1941). Saint-Malo*

Hace cuatro días seleccionaron a ciento cincuenta Refugiados y, con unas precauciones no usadas hasta ahora, nos metieron en el tren. Después de un día de viaje penosísimo llegamos aquí y nos encerraron en este cuartel, como siempre vigilados por soldados armados de fusiles y bombas de mano. Hay quienes suponen que se nos llevarán a Alemania, otros que a Rusia, pero la verdad es que ni los mismos que nos conducen lo saben... A buen sitio no será, en todo caso.

La noticia de la entrada de América en la guerra, aunque era cosa prevista, ha reanimado nuestra moral bastante decaída. La guerra puede durar años aún, o quizás terminar rápidamente, eso dependerá de la voluntad que pongan los Estados Unidos, quienes en adelante serán el factor determinante de la victoria. Como los yanquis (a pesar de Port Harbour<sup>108</sup>) no han entrado en la guerra por generosidad, sino obedeciendo al mismo plan, aún más diabólicamente estudiado quizás, que les llevó a intervenir en la de 1914-18, hemos de temer una serie de maniobras y contramaniobras con el fin de encontrarse, después de la batalla final, en situación de dictar al mundo su voluntad, tanto en lo político

---

<sup>108</sup> Pearl Harbor.

como en lo económico y social. Ese plan lo tienen realizado a medias con las palizas que se están llevando los rusos, a juzgar por la prensa pro nazi que es la única que podemos leer. Si la U.R.S.S. acaba hundiéndose, América entrará inmediatamente en acción con todo su dinero, armas y hombres y la guerra terminará pronto. Si, por el contrario, los rusos resisten y se rehacen, la guerra durará largo tiempo aún hasta que los ingleses y americanos se sientan con fuerzas para vencer a los alemanes y a los rusos, destrozados ambos por la guerra sin cuartel en la que están empeñados.

Queda la incógnita del pueblo, que guste o no a los americanos tomará parte en la liberación de Europa, y una vez armado podría ser el que tomara a su cargo la organización de su propio destino. ¿Lo hará? De todas maneras, sea ello como fuere, estoy contento, muy contento, y quisiera conservar la piel hasta el final para ver entonces qué sucede.

### *19 de diciembre (1941). Jersey, campo Franco*

El día 14 nos embarcaron al anochecer y, escoltados por dos barcas cañoneras, nos trajeron a esta isla. Al desembarcar en Saint-Helier, el día 15 por la mañana, nos hicieron subir en camiones y nos transportaron a este campo, llamado de "Franco" por los alemanes, sin duda porque nos estaba destinado con anterioridad.

Aunque rodeado de alambradas, este campamento no está guardado por centinelas, seguramente porque la isla es ya de por sí una prisión y además, según he observado, porque toda ella está tan vigilada que sería materialmente imposible caminar cien metros sin ser detenido e interrogado.

Al día siguiente de nuestra llegada, acuciados por la curiosidad, algunas mujeres y niños se acercaron a las alambradas. Todos hablan en inglés, pero hay muchos que chapurrean el francés, sin duda debido a su origen normando, es decir francés, aunque haga cerca de novecientos años que, al conquistarla Inglaterra bajo las órdenes de su duque Guillermo, fueron asimilados por los ingleses y han acabado por olvidar su origen. Hablan, pues, un poco de francés; un francés arcaico, cantante, pero que nos ha permitido entendernos. Les hemos explicado quiénes somos, nuestra situación y a la enemiga que tenemos: los alemanes; el resultado ha sido la invasión de las barracas por toda la chiquillería de los alrededores, la cual nos trae algunas cosas de comer y nos contempla con la admiración con que los indios debieron contemplar a Colón y sus compañeros cuando en 1492 desembarcaron en las Antillas.

Los alemanes nos llevan en camión al puerto, a unos seis kilómetros de aquí, para trabajar en la carga y descarga de los barcos que van llegando de

Francia. Dicho puerto se encuentra en la capital de la isla, Saint-Helier, grande como Alicante y más bonita aún, pero en parte despoblada debido a que los hombres jóvenes escaparon a Inglaterra antes de que desembarcaran aquí los invasores. No se ven, por consiguiente, más que ancianos, mujeres y niños, todos vestidos a la manera inglesa, con ese tipo, expresión y maneras que permiten a un buen observador calificarles, les encuentre donde les encuentre, porque son inconfundibles, como los españoles por otra parte. Todos estos isleños parecen buena gente y creo que haremos muy buenas migas con ellos.

### *2 de enero de 1942. Jersey, campo Franco*

¡Otro año pasado en el exilio! ¿Cuántos pasaremos aún antes de poder juntarnos con los familiares que en el lejano hogar sufren tanto como nosotros, por la añoranza que agudiza la separación, en estas fechas conmemorativas que los recuerdan?... ¡Esforcémonos por alejar de la mente esos negros pensamientos que minan el cuerpo y el alma, y aprestémonos a afrontar el porvenir que nos reserva aún duras pruebas!...

A través de las humillaciones sin cuento, de los sufrimientos y de la muerte ella misma, si en mala hora viene, debemos mantenernos en pie, duros como templado acero e inflexibles como la fatalidad, con la íntima satisfacción y la clara conciencia de que nuestro exilio fue motivado por justas ideas de libertad.

Debemos resistir a toda costa con el justificado orgullo de saber que nuestro voluntario sacrificio fue hecho por nuestra España, mil veces mártir desde que en lucha desigual, como Sísifo agobiado con su roca, forcejea contra el lastre social que pesa sobre ella y del que no se podrá liberar si no es a cambio de esfuerzos sobrehumanos.

El destino nos ha confiado el áspero privilegio de ser los precursores de esa lucha del bien contra el mal, y fieles a nuestro deber hemos de pasar por encima de los que caigan, con la vista fija en el futuro y con la idea plena de que cumplimos una misión sagrada, intransferible e inapelable.

Y eso debemos hacerlo con el sentimiento exaltador de saber que en ese titánico esfuerzo de combate tenemos por aliada a la Naturaleza, que se sirve de hombres como nosotros para materializar todas sus combinaciones, tanto físicas, químicas, como morales, en su progreso constante hacia la felicidad de todas sus criaturas, siempre avanzando en busca de la mayor suma de perfección.

*15 de marzo (1942). Campo Udet<sup>109</sup>*

Debido a que en el transcurso de los dos últimos meses han traído varios centenares de Refugiados, desde que llegaron los primeros nos quitaron del trabajo que hacíamos en la carga y descarga en el puerto y fuimos reemplazados por otros. Ahora, habiendo cambiado de tarea, nos han trasladado a este nuevo campamento situado a unos seis kilómetros de Saint-Helier, en dirección opuesta del anterior. No estamos mejor ni peor que antes, sino sencillamente mal.

Trabajamos en la llamada playa n.º 27, levantando a lo largo de la orilla del mar un muro de cemento de tres metros de altura por dos de espesor en su base, que aquí para llegar de uno a otro acantilado de la playa, pasará de los seis kilómetros de largo.

Con la suma del material empleado fortificando estas islas en lo que los alemanes llaman “el muro del Atlántico”, con la mitad del esfuerzo humano que costará la construcción de esos centenares de fortines y emplazamientos para baterías, se hubiera podido edificar habitaciones sanas y hasta lujosas para todos los desheredados de Europa.

Las penalidades a que debieron ser sometidos los esclavos en Egipto para levantar sus templos y pirámides, fueron flojas con toda seguridad por comparación al trabajo brutal que se nos impone.

Es tal la obsesión que se ha apoderado de nosotros a causa de la fatiga crónica que nos diluye los huesos, tal es la tensión moral de verse arreado y tratado a empujones y patadas durante doce horas al día, que durante la noche es corriente ver a los compañeros levantarse y, continuando la pesadilla de la jornada, ponerse a golpear con el pico sobre una roca imaginaria o palear en el vacío.

*4 de abril (1942). Campo Udet*

En la playa n.º 27 donde trabajábamos hasta hace quince días, hemos pasado un invierno espantoso. Situada en el norte de la isla y azotada con violencia furiosa por el cierzo del Spitzberg<sup>110</sup> esta playa, con todo su horizonte marino golpeado continuamente por tormentas gigantescas, se teñía de un verde sucio sobre el que cabalgaban en desenfrenado galope las olas estriadas de cenicienta espuma, las cuales, al reventar sobre los escollos de la costa, formaban una barrera de agua pulverizada, alta de cincuenta metros, que al caer se transformaba en finos copos de una nieve grisácea que nos cubría y daba el aspecto de sorbetes repugnantes.

<sup>109</sup> Se refiere a Lager-Udet, que ocupado por rusos y españoles estaba al suroeste de la isla.

<sup>110</sup> Suponemos que se refiere a Spitsbergen, la mayor de las islas del archipiélago de Svalbard situado en la parte más septentrional del Atlántico Norte.

Tiritando de frío, barbudos, sucios, estos hombres de menos de treinta años tenían la apariencia de ancianos pordioseros. Con el cuerpo mal abrigado con mantas viejas y raídas, con los pies envueltos en trapos, sangrientas las manos de manipular el cemento y cayéndose de debilidad, esos mis hermanos de infortunio que han pasado conmigo los meses de enero y febrero de 1942 en la playa 27 de Jersey, si alguna vez leen estas notas sentirán helárseles el corazón y subírseles a la boca el amargor de la hiel con el solo recuerdo de lo que allí hemos pasado, dejándonos un reflejo de pesadilla que no se borrará de nosotros jamás... Felizmente todo eso pasó ya para mi equipo, aunque otros equipos ocupan ahora nuestro lugar.

Nosotros hemos sido trasladados a la playa 19, abierta hacia el suroeste, donde repentinamente nos ha venido a visitar la primavera con reverencias de céfiro y con sonrisas de flores. Todos los árboles se están engalanando a prisa con su más nuevo traje de verde esmeraldino, y todo el semicírculo de colinas que nos abrigan de los vientos fríos se ha cubierto de florecitas blancas, azules, rosadas, amarillas, en una explosión de vivos colores que dan gala y gloria a la vida y hacen pensar en el amor... Mis compañeros permanecen insensibles a esa naturaleza en erupción, agobiados como están por el panorama interior de nuestra odisea, y yo mismo siento como un malestar ante el contraste entre esa visión de égloga y el infierno en el que, a pocos metros de distancia, nos debatimos nosotros.

En esta playa hacemos muro también.

Hoy, a las 11 de la mañana, cuando estábamos hundidos en el cemento hasta las rodillas, vino un camión por nosotros y nos llevó al campamento. Allí nos hicieron duchar y poner la mejor ropa que tenemos, nos dieron de comer y a las 2 de la tarde nos hicieron subir en un lujoso autocar, que nos llevó a Saint-Helier primero y al cementerio a continuación. Se trataba de asistir al entierro de un refugiado de nuestro equipo, muerto anteayer de consunción y de fatiga. El compañero en cuestión se llamaba Fulgencio Ortega Villalba.<sup>111</sup> Tenía 36 años de edad y dejó en nuestra España, atenazada por tanto dolor como el que nos oprime a nosotros, una mujer joven y varios hijos pequeños de los que se acordó en todo momento, cuyos nombres no dejó de pronunciar hasta que por sus labios pasó el último suspiro.

Hemos asistido a la ceremonia del entierro los treinta y seis Refugiados que quedamos de su grupo, acompañados de dos soldados y un oficial de la Gestapo, así como de una especie de comisario o cura protestante, o algo parecido, el cual, en el momento de dar tierra al cadáver, pronunció una corta alocución

---

<sup>111</sup> Monferrer (2007: 101) lo cita como Francisco Ortega Villalba, que falleció el 1 de abril de 1942.

que no entendí, pues de la jerigonza que hablan los alemanes no entiendo ni quiero entender una palabra. Nuestros verdugos, justo es reconocerlo, después de causar la muerte del compañero Ortega, le han hecho un entierro decente. El acto, aunque sencillo, ha estado revestido de todas las apariencias de sentimental humanidad que se dan en estos casos. Además del montón de flores que habíamos traído nosotros, los alemanes pusieron dos grandes coronas. Coincidencia rara: el tiempo, magnífico por la mañana, empezó a nublarse rápidamente a la hora de dar tierra al camarada caído. Y en el momento de bajar el cadáver a la fosa dejó caer un chaparrón violento, como si la naturaleza hubiera querido asociarse con sus lágrimas a la desaparición de un Refugiado, que por desgracia no será el último.

### *15 de agosto (1942). Campo del Cuero*

Hace dos días, cuando volvíamos del trabajo al atardecer, vimos llegar al campamento una columna de más de quinientos rusos rodeados por agentes de la Gestapo. Estaba compuesta por una docena de criaturas de menos de diez años, una treintena de mujeres, un centenar de viejos y el resto prisioneros de guerra. Hombretones por la edad y estatura pero verdaderas piltrafas por su estado de agotamiento, muchos heridos, los demás encorvados y tambaleando de debilidad, y todos, desde el primero hasta el último, medio desnudos cayéndose de suciedad y podredumbre. Pasamos la noche con ellos, socorriéndoles en la medida de lo posible.

Al día siguiente, sin duda porque el campo Udet está rodeado por dos líneas de alambradas sembradas de minas en los intervalos, se nos llevaron a nosotros de allí y dejaron a los rusos, de los que se dice que van a traer muchos más a esta isla. Donde estamos ahora en realidad no es un campamento. Es un caserón requisado por los alemanes, situado cerca del campo Udet. Llamamos a nuestro nuevo alojamiento “del Cuero”, pues el jefe de aquí es un chulapón a quien todos los Refugiados conocen por los palos que nos ha dado, y al que pusimos ese remoquete porque el pasado invierno iba siempre vestido con un gran chaquetón de cuero. Al mudar de campamento nos han cambiado también de empresa, mas no de trabajo ni ha disminuido nuestra esclavitud.

Estos nuevos capataces son peores que los anteriores, si cabe, con la agravante de tener ahora distribuidos entre nosotros una docena de soplones, con objeto de hacernos trabajar más aprisa o de que nos denuncien si no lo hacemos. Hoy estuve trabajando con uno de esos desgraciados chivatos de nacionalidad indefinida, el cual se afanaba y sudaba como si estos trabajos fueran cosa suya o tuviera participación en las ganancias. Lo hacía para estimularnos a trabajar con más velocidad, pero como empezamos a ser gatos viejos en tales artimañas,

siempre empleadas con ese fin, cuanto más activaban los rastros más aflojábamos nosotros, supuesto que gracias a sus esfuerzos el trabajo se iba haciendo. En un momento dado el chivato en cuestión se enfureció, tratándome de haragán y amenazándome con denunciarme a los alemanes. Sin alterarme lo más mínimo le contesté que en las actuales circunstancias me importaba un ardite continuar viviendo o reventar de una vez, pero que antes de hacer lo último tendría sumo placer en llevarme por delante algunos perros falderos, “a uno por lo menos”, añadí mirándole fría y fijamente. Entonces se calló acobardado, y creo que no volverá a molestarnos más. Después hemos podido averiguar que se trata de un infeliz, de uno de esos tipejos serviles tan abundantes, por desgracia, entre los alemanes. Nada importante en total, pero lo consigno porque nos llueven a millares las pequeñeces como esa, amargándonos la vida y dando una intensidad dantesca al drama que vamos viviendo día a día.

Otro motivo de pesadumbre para nosotros son las noticias que nos llegan, martilladas minuto a minuto por la prensa y la radio alemanas, según las cuales las huestes de Hitler avanzan en Rusia, en África y en todas partes de una manera desesperante. A causa de ello la moral de mis compañeros es tan baja que se manifiesta en agrias disputas y en renunciaciones contrarias al espíritu altruista demostrado hasta aquí. Sin embargo, lo anoto con satisfacción, no todos están decaídos. Hemos fundado lo que se ha dado en llamar “la cofradía de los optimistas”, y con su ayuda yo espero levantar los ánimos de todos, en espera del próximo invierno en el que los ingleses y americanos se decidirán a atacar. Si por fortuna lo hacen, será entonces cuando los alemanes empezarán a perder batalla tras batalla hasta su liquidación total. ¡Quiera la diosa fortuna que no nos equivoquemos otra vez, como nos hemos equivocado otras!

*17 de septiembre (1942). Campo Schupke<sup>112</sup>*

Desde hacía mucho tiempo estaba sufriendo de los dientes. Por ese motivo conseguí hace tres días un permiso para ir a Saint-Helier, con el fin de hacerme examinar por un especialista. Ahora bien, como pasamos mucha hambre, aprovechando la ocasión de mi libertad provisional rebusqué en todas las casas de comercio hasta llenar un cenacho con un poco de queso, pan y unos cuantos arenques.

Al regresar al caserón que nos servía de albergue, el Cuero, aquel mal bicho que señalé en la fecha anterior, viéndome entrar a pesar de las precauciones que tomé, me registró el capacho. Como un bruto que es, la tanda de palos que me dio a continuación no es para describirla. Después, no contento con eso, telefo-

<sup>112</sup> Ferri lo nombra como campo Schepke.

neó a la Gestapo para que viniera a detenerme. Una hora más tarde me encontraba en una mazmorra subterránea del campo Udet, donde había más humedad que aire respirable, muchas ratas y ninguna luz. Al cabo de unas tres horas vinieron a interrogarme para averiguar si dichas mercancías habían sido robadas o compradas en el mercado negro.

A los dos días de interrogaciones y amenazas, viendo que no había ni sospecha de delito, me devolvieron al caserón del Cuero donde me encontré con la sorpresa de que mi equipo, en esos dos días, había sido cambiado una vez más de firma y de alojamiento. Entonces los de la Gestapo, indecisos sobre lo que debían hacer conmigo, acabaron por mandarme que preparara mi equipaje para llevarme al nuevo campamento. No tuve más remedio que obedecer, aunque no quería ir con ellos por miedo a que registraran mis bártulos y encontraran este cuaderno por casualidad, fuera de doble fondo de una maletita que le tengo destinado como escondrijo y donde no lo podía meter porque estaban ellos delante. Subimos, pues, en su camioneta; mas, como por adelantar camino echaron por atajos y campo a través, acabaron por perderse en el interior de la isla.

Yo tenía este cuaderno entre mi chaleco y mi camisa, bien abrochados; pero, a pesar de ello, pasé un mal rato viéndoles discutir con el coche parado y dirigiéndome miradas que me parecían furiosas, por lo que llegué a creer que me echaban la culpa de lo que les ocurría. ¡Hasta temí por un momento que me registraran, me encontrarán estas memorias y me hicieran bajar de la camioneta para coserme a tiros en alguno de los numerosos bosquecillos que nos rodeaban! Después de mucho palabrear a gritos —los alemanes gritan siempre— se pusieron de acuerdo y emprendimos otra vez la marcha, llegando por fin al campamento.

Entonces comprendí lo ridículos que habían sido mis temores. Los de la Gestapo, en efecto, no solamente me llevaron con mi equipaje hasta la puerta de mi barraca, sino que después me acompañaron a las oficinas del campo donde explicaron el porqué de no haber venido con mis compañeros. “Se trata de un buen diablo que hemos detenido por equivocación”, dijeron, y después de irse me convidaron incluso a fumar, cosa que no me atreví a rehusar pues me habían visto fumando antes. Tan pronto los perdí de vista, tiré el cigarrillo por tierra y lo pateé.

Este campamento está a un par de kilómetros de Saint-Helier. Rodeado de quintas de recreo y de elegantes chalets, su conjunto se compone de una docena de barracas dispuestas en cuadrilátero, con jardines en la entrada y un prado en el centro, siendo el más cómodo y de mejor aspecto de cuantos hemos ocupado hasta hoy. Está rodeado de alambradas, como todos, pero en la puerta no hay centinelas durante el día.

La nueva empresa a la que hemos pasado a pertenecer se llama la Hellenthal y es también de la Todt. Está abriendo un gran túnel, creo que para depósito de municiones, en Saint Aubin, a unos cuatro kilómetros de Saint-Helier y a menos de dos del nuevo campamento.

Nuestro trabajo, en el que hay empleados un par de centenares de esclavos de diversas nacionalidades, entre ellos ochenta Refugiados, consiste en barrenar las entrañas de un monte, cargar en unas vagonetas la tierra y rocas que arrancamos a fuerza de dinamita, y sacarlas a continuación hasta la boca del túnel donde una pequeña máquina las arrastra hasta el mar, a unos trescientos metros de distancia, vaciándolas allí. La tarea que he empezado hoy no me ha parecido excesivamente pesada, pero sí bastante insalubre y peligrosa.

### *2 de noviembre (1942). Campo Schupke*

Si los lapsos que se notan de fecha a fecha parecen a veces largos, ello no se debe a falta de sucesos dignos de mención sino que mi fatiga ha llegado al límite de lo soportable, irla describiendo aquí, junto a las otras penalidades que pasamos, me hace el efecto de volverla a sufrir. Por eso solamente me dedico a redactar mis impresiones en este cuaderno cuando el ánimo se encuentra predispuerto, sin tomar en cuenta los hechos pasados y concretándome a referir tan solo aquellos ocurridos el mismo día o los días inmediatos, supuesto que, si este trabajo tiene algún valor, consistirá en la ausencia de amaño, en la improvisación que reflejará unos hechos cuyos intereses no soy yo el indicado para justipreciar, pero cuya exactitud y sinceridad en la exposición si puedo garantizar como absolutos.

Y como nuestras tribulaciones, aunque siempre grandes y creo que llenas de enseñanzas provechosas, acabarían por fatigar al más paciente de los lectores, la de hoy, por ser de género diferente, nos distraerá al lector y a mí por el detalle un tanto chusco que tiene.

Siendo la alimentación que nos dan los alemanes tan diferente como de mala calidad, nosotros nos las ingeniamos para encontrar patatas y algunas otras cosillas que luego, en el trabajo, cocinamos en pequeños fuegos que se hacen de una manera más o menos disimulada.

Hay capataces que, comprensivos y teniendo en cuenta el hambre que pasamos, hacen la vista gorda. Hay otros, más brutales, que en cuanto ven un fuego la emprenden a patadas con él, con el perol y con los Refugiados cogidos en flagrante delito. Ahora bien, habiendo podido recoger ayer entre varios Refugiados unas cuantas patatas, un puñado de judías y un pedazo de tocino algo rancio, lo pusimos a cocer en una depresión del terreno que hay fuera del túnel, relamiéndonos del gusto por adelantado ante la promesa de un suculento banquete con

el que soñábamos desde hacía mucho tiempo. Muy preocupados por la buena marcha del proyectado condumio, de vez en cuando alguno de los copropietarios, disimulando necesidades ajenas al comer, se deslizaba afuera tomando más precauciones que un indio apache sobre el sendero de la guerra, con el fin de vigilar el perol y echar un poco de leña al fuego. De pronto vimos venir a uno de los aspirantes al banquete, pálido y con los ojos desencajados, quien tartamudeando de rabia, que a fuerza de patética resultaba cómica, nos hizo saber la noticia catastrófica: ¡el perol había desaparecido! Al oír el desastroso parte, sin hacer caso de los capataces ni de los guardias, fuimos corriendo al lugar del suceso y pudimos ver cómo el fuego, respetado por los raptos, parecía reír diabólicamente de nuestra desesperación y en la danza de sus llamas, ora inclinándose a un lado ora a otro, indicarnos todos los sitios posibles, como si mofándose hubiera querido despistarnos sobre la dirección que habían tomado los expropiadores y el perol. Sabiendo de fijo que no fueron los alemanes, pues en ese caso en lugar de llevarse el perol lo hubieran aplastado con el fuego, forzoso es colegir que fueron varios o uno de los compañeros de pena, mas no de nacionalidad, que trabajan con nosotros. ¿Será belga, francés, holandés, africano, polonés, checo, chino, malayo, griego?... ¿Y por qué no ha de ser, después de todo, uno o alguno de los Refugiados?

### *7 de enero de 1943. Campo Schupke*

¡Otro año pasado fuera de la patria y del hogar, y otro de sufrimientos sin cuento en perspectiva!...

Mis previsiones sobre la marcha de la guerra se van realizando. Los rusos aguantaron el choque supremo de los alemanes en Moscú, resistieron en Leníngrado, contraatacaron en Stalingrado y este invierno mejorarán sus posiciones. En presencia de ese resultado los americanos e ingleses han contemplado y continuarán tanteando el terreno hasta que se sientan más fuertes que los alemanes y los rusos juntos. Por consiguiente, si no me equivoco en mis cálculos, la guerra puede durar un largo tiempo... a no ser que los rusos le den un buen empujón.

La resistencia en Europa, por su parte, se va rehaciendo también y adquiriendo cada día más confianza, según las noticias que nos llegan de allí.

En cuanto a la población civil de esta isla, con la que estamos en estrecho contacto, se va recobrando y cómo Europa empieza ya a vislumbrar la victoria de los aliados al final de la contienda, por lo que se agrupa y prepara para actuar de una manera efectiva.

También los Refugiados, revigorizados por ese soplo de esperanza que empieza a levantarse sobre el mundo, se animan y reorganizan e incluso formu-

lan planes para el porvenir, excesivamente optimistas quizás pero no desprovistos de fundamento.

El año, pues, ha terminado sin demasiadas tragedias y empieza el nuevo con buenas esperanzas. ¡Ojalá estas se realicen en lo que se refiere a la guerra!

En cuanto a nosotros, los Refugiados, ¡puédanse convertir en realidad nuestras esperanzas y sin más tropiezos que deplorar podamos volver a reunirnos con nuestros familiares que quedaron en la España negra de Franco, los que seguramente habrán pasado y pasan por tantas decepciones y sufrimientos como nosotros!

### *24 de enero (1943), Campo Schupke*

Después de haber luchado en España contra el fascismo internacional, en una resistencia que ningún pueblo igualó antes ni superará jamás en parecidas circunstancias y con los escasos medios de que disponíamos. Después de haber sido recibidos por Francia como malhechores y con desconfianza cuando no con odio por los otros países donde nos llevó la pérdida de nuestra guerra, ahora acogidos por los alemanes y clasificados de “rojos peligrosos”, hemos sido dispersados por toda Europa como carne de trabajo y de exterminio.

Si no han logrado aniquilarnos ello es debido a la increíble vitalidad de los españoles, quizás no superada por ningún otro pueblo ni raza. Debido, creo yo, a esa nuestra estructura física y moral que frente a situaciones tan difíciles acabarían con otra clase de hombres, los Refugiados resisten bravamente, e incluso se permiten bromas que por lo atrevidas asombran a los mismos alemanes, los cuales, tentados de castigarnos por ellas, acaban por no hacerlo y por respetarnos a causa de nuestro atrevimiento, pues nuestros verdugos, sin querer decir que son valientes, admiran la valentía y la que ellos nos atribuyen sobrepasa la temeridad.

Así, un día, un jefe de nuestro equipo a quien le llamábamos “el Viejo”, habiendo recibido la orden de reparar rápidamente un terraplén bombardeado, trabajo que a ritmo normal nos hubiera empleado una jornada, prometió que nos dejaría libres en el campamento hasta el día siguiente si le sacábamos del compromiso en dos horas. Al finalizar dicho trabajo en el tiempo que él deseaba, como solamente eran las diez de la mañana, en vez de llevarnos al campamento quiso obligarnos a continuar trabajando en la limpieza y desplazamiento de los vagones de una vía muerta. El primer vagón que quiso cambiar de sitio parecía haber echado raíces. Entre cuarenta hombres, todos forcejeando con los hombros y con palancas de hierro, no lo movimos ni un centímetro. Desesperado y dando voces como un loco, “el Viejo”, que por cierto era más alto que Torquemada, nos hizo apartar a todos y entonces, él solo, puso el vagón en marcha como lo hubiera

podido hacer cualquiera de nosotros. “El Viejo” se quedó mirándonos, indeciso entre echarse a reír o emprenderla a palos, hasta que por fin optó por formarnos y llevarnos al campamento como había prometido.

Por el camino, aún cuando nunca había logrado mantenernos en formación hasta entonces, empezamos a cantar marchas militares e incluso revolucionarias de nuestra guerra, hicimos los dos kilómetros que nos separaban del campo en impecable columna de a cuatro y marcando el paso con más precisión que los soldados alemanes. Cuando posteriormente quiso obligarnos a repetirlo, nunca pudo volver a hacernos marcar el paso, ni con ruegos ni con amenazas de castigos por indisciplina y desobediencia.

Además, todos los jefes de equipo que hemos tenido fueron bautizados por nosotros desde el primer momento en que nos tomaban bajo su mando, con la particularidad de que a los ocho días ya lo sabía el interesado y se había hecho explicar en lengua alemana la significación del apodo que le habíamos aplicado.

He aquí, por orden cronológico la lista de los jefes que hemos tenido y de los nombres, más o menos injuriosos, con los que les hemos querido caracterizar: el Viejo, Cuello de chopo, la Marica, el Torero, la Momia, el Veneno, el Metro, la Hiena, el Berrinches... Hay otros de diferentes equipos, pues allí donde hay un Refugiado le saca enseguida apodo al jefe, que son llamados: la Vaca, la Gaviota, el Puñales, la Tonta, el H2, la Bruja, y así sucesivamente dos o tres páginas llenas de nombres alusivos a algún defecto físico o al carácter moral de sus portadores. Como cuando viene el jefe tenemos la costumbre de avisarnos unos a otros con la palabra: “¡agua, que viene fulano!”, uno de ellos, cada vez que venía a visitar nuestro trabajo se ponía a gritar desde lejos: “¡Agua, que viene el Metro!”

### *8 de abril (1943). Campo Schupke*

Hace una docena de días que el mar, antes siempre plomizo y furioso, se ha tranquilizado y adquirido un zafiro azul sobre el que rielan las gotas del sol cual miríadas de perlas. Los árboles, las plantas y los prados se han cubierto de polícromas flores y por todas partes, en la tierra, en el aire y en el mar se respira el bálsamo de la gaya y dulce primavera. Y eso, que debiera insuflarnos la alegría de vivir con la renovada alegría que sienten los hombres al despertar de la naturaleza, nos hace decaer y nos llena el corazón de tristeza.

Ello es porque cada día, al penetrar en los túneles, entre el continuo tronar de la dinamita tan solo respiramos humo y polvo envenenados, tan espesos y mortíferos que nuestros doloridos pechos y carraspeadas gargantas, al toser para descargar los pulmones, solamente logramos esputar un asqueroso barro negruzco apestado de pólvora. Y toda esa ponzoña, junto con la fatiga, la lobre-

guez y la fría humedad de ese antro, nos comunica un pavoroso e increíble deseo de recular, una sacudida del instinto que nos dice: “¡Ahí dentro está la muerte, la vida está fuera vuélvete!”...

¿Cómo, pues, no estar triste cuando cada mañana hay que entrar en ese bátrato dantesco? ¿Cómo no decaer moral y físicamente en el arte diabólico que emplean los alemanes, para explotar las fuerzas humanas hasta el último límite?

En el trabajo que hacemos, en tanto que unos prosiguen el avance de las galerías minando y sacando las rocas que rompen los barrenos, otros hacen marchar en la boca del túnel una hormigonera, mientras que nosotros transportamos el hormigón hasta el interior, donde otro equipo lo palea echándolo dentro de un armatoste de madera aplicado a un metro de la pared y del techo, quedando así revestido a prueba de desprendimientos y de bombardeos.

Para arrastrar las vagonetas a través de las vueltas y revueltas de los túneles, al principio escogían a tres hombres ágiles y fuertes, que no obstante terminaban la jornada completamente derrengados a fuerza de tirar como caballos. Después los reemplazaron por tres de los más débiles. Más tarde por dos de los más fuertes. Ahora nos obligan a arrastrar dichas vagonetas por dos hombres de los más débiles e incapaces para otros trabajos aún más duros.

De la misma manera operan en todas partes. Cuando los gritos y las blasfemias no dan el efecto apetecido, entonces, no el látigo como a los esclavos de la antigüedad, sino las patadas y garrotazos, por más modernos, son los que emplean para hacernos marchar.

A veces emplean hasta el asesinato. Así, estaba yo paleando cemento el otro día, cuando “el Chulo”, un jefecillo con peores entrañas que un inquisidor, cogió un pico con la intención de golpearme con él porque le pareció que ponía mala voluntad en el trabajo. Como aunque sea peligroso volverse contra un capataz lo es aún más dejarse matar a golpes de pico, di un salto para ponerme fuera de su alcance y empuñé la pala esperándole. Debí leer en mis ojos que si se acercaba le mataría o me tendría que matar, si podía, por lo que tiró el pico con gesto rabioso y se fue corriendo, gesticulando como un loco. Pensé que iba a dar parte de lo ocurrido, pero no lo hizo. Eso, unido a que después me ha tratado con alguna consideración, me hace pensar que quizás es menos infame de lo que creía... Y es que, hasta en los monstruos, la maldad tiene sus límites.

### *28 de junio (1943). Campo Schupke*

Teniendo necesidad de muchas cosas y disponiendo de algún dinerillo para comprarlas, hacía mucho tiempo que importunaba a la empresa para que me concediera un día de permiso para ir a Saint-Helier.

Hoy lo conseguí, por fin, teniendo la suerte de que hacía un tiempo magnífico, sin una sola nube y caluroso, lo cual es un acontecimiento en este país que los ingleses llaman “del sol” y que para un español no pasa de ser de las lluvias, de las nieblas y de los vientos.

Desde cualquier parte de Saint-Helier donde uno se sitúe, se pierde la idea de estar en una isla para adquirir la sensación de encontrarse en una capital cualquiera del continente. Las anchas y bien urbanizadas calles están compuestas de casas de dos y de tres pisos, en la periferia, teniendo las del centro de cuatro a cinco. También se encuentran algunos edificios de estilo renacimiento, grandes plazas, jardines y muy notables monumentos. Las calles principales tienen un movimiento de colmena, con policías ingleses de dos metros de altura, los cuales, puestos de guantes blancos y armados con el clásico bastón del mismo color, ponen una nota típica a toda esa animación, regulándola en los puntos de intersección, como en Londres o en New York.

Para quien viene del continente, en estos tiempos de escasez y de miseria, al desembarcar aquí saca la impresión de haber salido de un mundo asolado por la guerra para entrar en el reino de Jauja, de tal manera las innumerables tiendas están bien provistas, tanto de cosas de primera necesidad como de artículos de lujo. Fruterías, panaderías y colmados rebosan de vituallas tan agradables a la vista como apetecibles al olfato. Hay docenas de platerías, en cuyos escaparates se amontonan las muestras de la antigua abundancia en objetos de plata, oro, platino, ágata y otras materias preciosas trabajadas en joyas, bibelots y estatuillas que, aunque restos de la antigua suntuosidad de esta isla, son considerables por la cantidad, calidad y belleza. De todo eso, lo que más resalta son las tiendas donde se venden ropas de lance, zapatos, muebles y toda clase de antiguallas, de las que en tiempo normal se hacía un activo comercio con los numerosos turistas que venían de Inglaterra en su mayor parte.

Después de haber hecho mis compras, por cierto completas y a precios abordables, me fui al mejor establecimiento de Saint-Helier, al hotel de las Columnas, lujoso y señorial, donde comí con flores en la mesa y teniendo por comensal a una inglesa de una treintena de años, con un jardín de violetas en su pequeño sombrero y dos otras violetas, enormes, que sin duda al no haberle en el sombrero se le habían adentrado en los ojos y le daban aires de mujer fatal. Parecía estar encantada de comer y conversar con un “caballero español”, el cual procuró no desmentir la fama de galantes hidalgos que tenemos. He de añadir, no obstante, para ser verídico y sincero, que la aventura no pasó de ahí...

*8 de agosto (1943). Campo Schupke*

Hoy, domingo de asueto, he pasado el día acostado tratando de descansar de esta enorme fatiga que me anquilosa todas las articulaciones, y me da la sensación de que la espina dorsal y todos los huesos se me van a romper en pedazos... ¡Descansar, sentirme aligerado de la materia que me aplasta por el cansancio y absorbe mis facultades mentales como un vampiro la sangre de un durmiente! ¡A fuerza de vegetar en lo físico a expensas de lo intelectual uno acaba por no sentir sobre sí y otra cosa que la rústica materia, volviéndose más bruto que una mula!...

Está haciendo un día frío casi invernal. A última hora se ha puesto a llover, entre fuertes rachas de niebla gorda y pringosa, golpeada por las grandes olas del Atlántico que se dirían lívidas de una cólera implacable...

Me siento triste. Tan mortalmente triste y fatigado, que si no fuera por la luz de esperanza titilante, a pesar de todo en el incierto porvenir, creo que estallaría en el lloro del cobarde o en la carcajada del loco.

En este tétrico círculo sin salida solamente encontramos hostiles humillaciones y sinsabores sin fin, agravadas por la falta de solidaridad que impera entre nosotros en la tormentosa avalancha de dolor que nos sacude, en la que un irracional instinto de conservación nos hace practicar el “¡sálvese quien pueda!” de los grandes naufragios, con parecidos gestos y actitudes a que suele recurrir la tripulación de un barco a la deriva con agua hasta las escotillas en una noche oscura y en furiosa tempestad.

A empeorar todo eso concurre la salvaje determinación de los alemanes para ganar una guerra que tienen perdida, por lo que ha aumentado su ferocidad y si antes nos trataban con brutalidad ahora son con nosotros de un sadismo frenético. Las más nimias faltas son castigadas de una manera bestial, y cuando no hay faltas las inventan. Sea debido a los reveses, que están sufriendo en todos los frentes, o quizás porque temen verse encerrados en esta ratonera, donde hacía algún tiempo venían hablando de la posibilidad de que nos evacuaran de aquí.

Hoy se ha confirmado ese rumor. Hay una lista de veinticinco hombres de mi empresa, todos Refugiados, que han recibido la orden de estar preparados para marchar mañana con otros grupos; y tenemos la firme impresión que a continuación se nos llevarán a todos, por expediciones sucesivas, hasta evacuar la isla. No sabemos a dónde van ellos ni cuál será nuestro destino, pero no creo que sea a ningún sitio bueno. Por malo que resulte ¡con tal de que no sea a Alemania!...

*13 de septiembre (1943). Enfermería del campo Schupke*

Al subir esta mañana en el camión, con el que suelen llevarnos algunos días al trabajo, me senté sobre el borde de la puerta trasera. Era de noche aún e íbamos a gran velocidad, cuando dicha puerta mal cerrada se abrió de pronto y me proyectó sobre el asfalto de la carretera. Me recogieron y me pusieron en la cabina del vehículo, pero al llegar al túnel, viendo que no podía ponerme en pie, me devolvieron a la enfermería del campo. El médico constató varias lesiones en todo el cuerpo, mas ninguna rotura de hueso, por lo que se limitó a mandarme acostar diciendo que con unos días de reposo estaría completamente restablecido.

Escribo, pues, estas notas recostado sobre la cama. A excepción de la pierna derecha y del brazo izquierdo, que me duelen bastante, en lo demás me siento bien, por lo que aprovecho estos momentos de tranquilidad para consignar un pequeño incidente que me es agradable recordar.

Habiéndome levantado ayer —uno de los raros domingos que hacemos fiesta— a las nueve de la mañana, me dediqué de inmediato al aseo y a preparar unas patatas, judías y alguna cosilla más, con la intención de salir después a un lugar de las inmediaciones del campo para encender un pequeño fuego y cocinar un guiso que me aplacara el hambre crónica que nos tortura hasta durmiendo.

Por la tarde, estando a doscientos metros del campo cocinando mi comida, vi llegar por un sendero que viene desde el mar a dos mozallonas, una feílla, guapa y de espléndidas formas la otra, lo que se veía porque no llevaba más ropa que una caricatura de traje de baño con la menos tela posible.

Las iba siguiendo un soldado alemán demasiado pegotón, a juicio de ellas, según puede comprender porque al llegar donde estaba yo se pusieron a hablar conmigo, como si nos conociéramos de antiguo. El soldado, que debió darse cuenta de la intención y ser uno de los pocos alemanes decentes que existen, continuó su camino sin decir nada. Al ver que ya se había ido se despidieron las dos muchachas y un momento después las vi perderse detrás de las alambradas. Entonces caí en la cuenta de que se trataba de unas parisinas llegadas hacía una semana, para trabajar en las cocinas y en la limpieza del campo.

Como la mayoría de las mujeres que trabajan para los alemanes son de una virtud e inmoralidad a precios relativamente módicos, pensé que las mocitas en cuestión, al maniobrar así, no lo habían hecho por decencia o repulsión a un enemigo, sino porque no querían que los jefazos del campo las vieran con un simple soldado, o quizás porque estuvieran preparando sus redes para pescar algo de dichos jefes. Sea ello como fuere, al poco rato las vi salir del campo y dirigirse de nuevo a mí, esta vez lujosamente vestidas, la guapa sobre todo. Se pararon a hablar conmigo, la feílla voluntariamente relegada a segundo término. Esa acti-

tud y la clase de conversación que se traían me hicieron suponer que venían con propósitos seductores. Como yo conceptúo que ningún español puede alabarse de tal sin hacer digno recibimiento a tan agradables contingencias, como buen compatriota de Don Juan me puse a tono con ellas, dispuesto a lo que pudiera sobrevenir, por lo que empecé a decirles cosas galanas al tiempo que les dirigía miradas tan incendiarias como desnudadoras... Tanto pareció gustarle el juego a la guapa que vi perfectamente cómo sus ojos se ahondaban, como suele ocurrir en muchas mujeres cuando están... digamos en estado de predisposición. En eso estábamos cuando pasó por allí un aguafiestas, no por casualidad según sospecho, el cual quiso mezclarse a la conversación. Ellas, indignadas, le despidieron con viento fresco, mas el encanto había quedado roto y estorbado el... ¿plan? Al irse me hicieron prometer que nos veríamos en ocasión más propicia, y según se alejaban iban volviéndose a cada paso para enviarme todo un montón de sonrisas y de miradas provocativas... Creo que fue una fortuna la malhadada intervención del inoportuno, pues sino ¿a qué extremos me hubiera visto obligado entre una feílla aceptable y una mozona guapa, muy a mi gusto por cierto? A última hora, enteradas no sé por quién de mi accidente, han venido a la enfermería y me han traído algunas cosillas de comer y algunos libros. ¿Qué quiere decir todo eso?

### *29 de septiembre (1943). Enfermería del campo Schupke*

Aunque disponía de sobra de tiempo, no escribí estos últimos días porque me encontraba bastante mal y me dolía todo el cuerpo.

Hoy, bastante mejorado, he salido a dar un paseo con un sol magnífico y una temperatura deliciosamente tibia.

En los cerca de dos años que llevo confinado en esta isla aproveché para salir de excursión tantas veces como me fue posible, por lo que no es la primera vez que he podido admirar, desde una altura, la bien ordenada simetría de las bahías, la armoniosa ondulación de las colinas y altozanos, el serpentear de los caminos y carreteras, la juiciosa distribución de los pueblecitos, caseríos y chalets, todo construido a la manera inglesa aunque tal vez con menos ladrillos que piedras, de las que abundan mucho aquí. Por la belleza de su conjunto y la delicadeza de sus amaneceres y crepúsculos, esta isla con el clima de Alicante o de Málaga, sería un paraíso ideal. ¡Felizmente los ingleses no pueden comprar nuestro clima con su dinero porque si no!...

Absorto en esas reflexiones iba alargando mi paseo con un libro debajo del brazo, siguiendo un senderuelo que zigzagueaba por el bosque, cuando de pronto fui a dar en un claro, como de un kilómetro de circunferencia, en el centro del

cual se erguía un palacio que se hubiera dicho surgido de un cuento de “Las mil y una noches”. Todos los ensueños de un poeta del Renacimiento parecían estar materializados en su granito, idealizado por la pátina que el tiempo había impreso en la lujuriosa floración de piedra, sin deteriorarla en lo más mínimo. Un maravilloso estanque salpicado de nenúfares, surcado por albos cisnes, se extendía frente a la mármorea escalinata que daba acceso al peristilo del edificio, sostenido por cúpulas de estilo dórico. Y el sol que se hundía en el horizonte marino, como una gigantesca hostia hecha de miel, reflejándose en las quietas aguas del estanque así como la silueta del palacio, con el círculo de árboles añosos y retorcidos que le formaban un marco esmeraldino de una suntuosidad imperial...

Desgraciadamente, al rato de contemplación en espera del hada que no podía dejar de aparecer, salieron los ordenanzas de los oficiales alemanes que se refocilan en tan bellísimo lugar, mandándome a grandes gritos que me alejara aprisa, apoyando su exigencia a pedradas, con las que no de una manera pastoril sino vulgarmente prusiana, me persiguieron hasta que me perdieron de vista.

Ya de vuelta de mi paseo escribo estas notas, probablemente las últimas de esta isla, pues desde el día 9 de agosto no han parado de evacuar grupos y el nuestro ha recibido ya la orden de estar listo para salir dentro de tres o cuatro días. En cuanto a mí, aunque aún no esté completamente repuesto de mi accidente, es casi seguro que me tenga que ir también... Verdaderamente no sé si me convendría más que se me llevaran o que me dejaran aquí por inútil, supuesto que a pesar del continuo cañoneo contra los aviones que van de Inglaterra al continente, de los barcos que echan a pique en el Canal y de las escaramuzas del puerto, aquí en la isla no ha pasado nada aún, ni creo que pase más tarde, en tanto que en Francia y en el resto de Europa viven entre un vendaval de metralla y una lluvia de bombas que anegan a sus habitantes en un diluvio de sangre.

### *2 de octubre (1943). Saint-Malo*

Al día siguiente de haber escrito las notas anteriores, el 30 por la mañana, vi regresar a todo mi equipo que en el mismo lugar de trabajo había recibido la orden de ir a preparar sus petates, para salir inmediatamente hacia ignorado destino. Minutos después de llegar mi equipo al campo fui llamado por el médico, quien después de examinarme mandó que me preparara también para salir con mis compañeros. Apenas anochecido, nos hicieron subir en camiones y nos llevaron al puerto de Saint-Helier para embarcarnos.

Habían venido varias familias inglesas a despedirnos, mujeres sobre todo, pues hay Refugiados que han contraído sólidas amistades con los isleños e incluso

algunos que se han hecho novia. Al cabo de dos horas de trámites y de revisar listas para asegurarse de que no faltaba ninguno de los designados para el viaje, penetramos en la zona del puerto cuyas entradas estaban severamente vigiladas. A las once y media de la noche, después de registrarnos el equipaje y cachearnos ligeramente, nos hicieron subir en el barco. Tan pronto pisamos la cubierta nos dieron un salvavidas a cada uno, obligándonos a ponérselo inmediatamente atado al cuerpo con fuertes correas, quedando listos para correr la aventura.

Dos horas después, a la una y media de la mañana del día 1 de octubre, con pleamar y una oscuridad absoluta, despegó el barco del muelle, y... ¡allá va! ¿Nos cogerá algún barco “enemigo”? ¿Quiéralo nuestra buena fortuna! ¿Nos torpedearán o tropezaremos con alguna de las minas que pululan en nuestro redor? ¡Cuidado, porque el agua debe de estar demasiado fría!...

El mar estaba relativamente tranquilo. Los cantos que todo español entona en las horas de peligro, como un desafío de la Raza, se fueron aquietando con la fatiga y el sueño...

Y al amanecer pudimos divisar, dando saltos sobre el agua y haciéndonos rojizos guiños, la luz del faro de Saint-Malo que parecía saludarnos dándonos la bienvenida.

Tan pronto desembarcamos nos hicieron subir en camiones y nos trajeron a este cuartel, el mismo que ocupamos la otra vez, siempre guardados por soldados armados hasta los dientes. Durante el trayecto desde el puerto, habiendo descuidado la vigilancia los alemanes, pudieron saltar de los camiones media docena de Refugiados que a estas horas, espero, estén ya a salvo.

A llegar aquí a las ocho de la mañana, después de darnos de comer y hacernos formar a continuación, nos dijeron que iríamos a trabajar al puerto, en la descarga de la maquinaria y demás material de nuestra empresa que decididamente abandona por completo la isla.

Hoy, en consecuencia, han salido a trabajar todos los hombres de mi equipo. Todos menos yo, pues como hacía falta un individuo para barrer nuestro local, guardar los equipajes y hacer los recados, los compañeros, en consideración a que aún no estoy repuesto del accidente de la isla y teniendo confianza en mí, han pedido a la empresa para que me deje de barraquero.

Debido a eso me he quedado en el cuartel, donde podré salir y entrar a voluntad gracias a un permiso que me han hecho por escrito con el fin de que pueda ir a comprar las pequeñas cosas que siempre necesita alguno, y eso me permitirá husmear por fuera los últimos acontecimientos, cosa que ya hice hoy con inmejorables resultados, por lo que esta noche, después de cenar, habrá gran reunión para informarles de todo lo que he visto y averiguado.

*4 de octubre (1943). Saint-Malo*

Ayer, domingo, se celebró fiesta. Con tal motivo pedimos a la empresa que nos dejara en libertad para ir a visitar la población por la tarde, lográndolo aunque con grandes dificultades. Esa hubiera sido una buena ocasión para escaparnos, a condición de abandonar los equipajes, pero no lo hizo nadie. Fugarnos ¿para qué, cuando los que se evadieron al llegar aquí se han tenido que alistar de nuevo en otras empresas de la Todt, para no ser cazados por la Gestapo?

Si hubiera la menor posibilidad de llegar hasta el maquis, creo que nos habríamos escapado todos; pero siendo ello imposible por ahora, porque no se pueden dar cien pasos sin ser detenidos y castigados, quizás hayamos hecho mejor en esperar una ocasión más favorable...

Usando, pues, el permiso que nos dieron, salimos todos por la tarde. Aunque fui invitado por algunos amigos para salir con ellos preferíirme solo, como siempre, quizás a causa de mi carácter algo huraño y hasta un tanto excéntrico si se quiere.

Quedé en extremo satisfecho de mi paseo y de lo que pude observar en él. Saint-Malo, en tiempos antiguos una isla con toda seguridad, está hoy unido a tierra firme por una ancha calzada en la que hay algunos edificios y un lujoso café hotel cerca de las murallas de la ciudad. Dichas murallas son posiblemente de origen merovingio y rodean por completo la población, donde se entra por tres puertas principales y por varias poternas abiertas en los sitios de mayor tránsito. Todo está coronado por matacanes y flanqueado de torres con atalayas maravillosamente bien conservadas. La arquitectura de la población es una confusa y típica mezcla de estilo románico, merovingio y medieval, con algunos edificios modernos, los menos, construidos sobre los cimientos de otros más antiguos. Por ese motivo las calles son sinuosas y la mayoría de ellas estrechas, con casas que se levantan hasta la mitad del arroyo y otras que se encogen, en tanto que las demás se esfuerzan por mantener el equilibrio formando el conjunto la más perfecta imagen de lo que debió ser una ciudad en la Edad Media. La población, por otra parte, es comercial y de aspecto bien acomodado. Sus habitantes son alegres, dicharacheros y de gestos muy vivos, dándole un acusado aspecto de ciudad mediterránea con mucho colorido y una animación de colmena.

Lo que más me llamó la atención de Saint-Malo fue ver a las gentes vestidas como el lector y yo, y no con calzas, altas botas, trusa, jubón de cuero, gran chambergo emplumado y descomunal charrasca colgando de ancho tahalí, como en los buenos tiempos de los corsarios Duguay-Trouin o de Surcouf, los dos nacidos en esta villa por todos los conceptos admirable y magnífica.

*12 de octubre (1943). Campo Eugen*

El día 6 al mediodía volvió el equipo del trabajo con la orden de prepararse para salir inmediatamente.

A las ocho de la noche subimos en el tren y llegamos a París al amanecer del día 7. Allí nos metieron en un convoy militar que nos condujo directamente a Caffiers, situado en la mitad del camino entre Boulogne<sup>113</sup> y Calais, llegando a nuestro destino a las cinco de la tarde. Durante el trayecto solamente tuvimos tres alarmas, pero vimos bastantes destrozos causados por la aviación. Boulogne, sobre todo, ha quedado convertida en un montón de ruinas.

Este campo está situado en la demarcación de Pian,<sup>114</sup> a tres kilómetros de Caffiers. Se compone de un gran caserón rodeado de barracones de madera y no tiene alambradas, por lo que estamos relativamente libres. Podemos ir, venir, entrar y salir, cosa que no habíamos hecho desde hacía mucho tiempo, aunque para disfrutar de esa caricatura de libertad tendremos que poner mucho cuidado de no tropezar con ninguna de las patrullas que circulan por todas partes y a todas horas. La comida que nos dan es un poco mejor que la de la isla. La instalación no es de las peores.

Hace tres días que hemos empezado a trabajar. Se trata de la perforación de túneles, a un par de kilómetros de aquí, para usos militares que desconocemos. Hay seis o siete empresas y un enorme hormiguo de gente que durante doce horas al día grita, se afana, maldice, increpa y sufre. Unos sufren de fatiga, de hambre y desesperación; otros sufren de soberbia, de bajos instintos y de sed de mando no satisfecha. Y todos, del primero hasta el último, sufren sobre todo de miedo. Un miedo persistente que se infiltra gota a gota en nuestros cuerpos, destrozándonos los nervios y dándonos una ansia desmedida de huir, solo contenida por los fusiles de los guardias que nos rodean.

Desde el primer día que empezamos estos trabajos, los aviones chivatos, a diez minutos de sus bases de Inglaterra, no han dejado de observar todos nuestros movimientos y manejos. Y es una cosa cierta, matemática, que cuando menos nos lo esperemos vendrá una manada de bombarderos que nos hará trizas, papilla, polvo: a nosotros y al cerro que tratamos de perforar para esconder nuestras miserables existencias. La muerte oscila suspendida sobre nuestras cabezas; el hilo que la sostiene debe romperse fatalmente, y es esa certidumbre la que pone en nuestro ser físico y moral un miedo cerval, innoble... ¿Cuándo va a ser? ¿Quién podrá escapar con vida?...

---

<sup>113</sup> Boulogne-sur-Mer, en el departamento del Paso de Calais.

<sup>114</sup> Posiblemente Pihen-lès-Guînes.

*13 de noviembre (1943). Campo Eugen*

¡Se consumó la catástrofe prevista! Fue el día 5 a mediodía cuando se inflamó la pólvora que se mascaba en el aire, dándonos la sensación de que estallaba el Universo.

Después de la acostumbrada ronda de los aviones chivatos, fuimos de pronto sumergidos por seis o siete olas sucesivas de fortalezas volantes que rociaron el país de bombas mastodónticas. Fue ciclónico, espantoso, apocalíptico. Se ignora la gente que mató, pues esas cosas no se saben nunca con los alemanes, pero de nuestra barraca murió, completamente destrozado, un Refugiado madrileño. Hay otro, también de mi barraca, catalán, que si salva la vida no salvará las piernas y otras partes del cuerpo, rotas, quemadas, perforadas, deshechas. Los Refugiados tuvimos menos bajas que las otras nacionalidades, debido sin duda a nuestra vieja experiencia sobre la manera de guardarse de las bombas.

Toda la tarde y hasta bien entrada la noche fueron regresando al campo los obreros y sus guardianes, casi todos enloquecidos por el terror. Escapados los más impresionables hasta a veinte kilómetros de distancia, volvían muchas horas después cargados de heridos y más heridos, todos sucios, despeinados, descalzos y con los pies hinchados, con los ojos brillantes de fiebre y los cuerpos agitados por violentas sacudidas de un miedo retrospectivo atroz, animal, que helaba la sangre.

¡Esa, esa es la guerra con toda su bestialidad! ¡Esa es la civilización al servicio de los peores instintos del hombre! ¡Ese es el ser humano primitivo, niño aún pero grande ya, que estúpidamente hace puerilidades gigantescas y tan peligrosas que pueden hacer explotar la Tierra como una granada madura, proyectándola en el espacio en fragmentos sin fin! ¡A eso puede llegarse, si el problema continúa en esa dirección y a ese ritmo! ¡Pobre Refugiado madrileño, adiós! ¡Tú has dejado ya de sufrir al vomitar tu vida sobre este mundo estulto y vil!...

Desde el día trágico del bombardeo ha pasado una semana. Nadie trabaja. Unos heridos, otros contusionados y todos mentalmente extraviados, ahora cada cual hace lo que quiere y no hay nadie que venga a imponer la disciplina de hierro a la que siempre nos han tenido sujetos. Como los mandos han comprendido que no hay fuerza humana que nos pueda hacer volver a trabajar en el mismo sitio, han empezado a reemplazarnos por otros equipos no castigados aún, y a nosotros, según se dice, nos llevarán a trabajar a otro sitio.

### *26 de noviembre (1943). Campo de Ferques*

Hace cinco días reunieron lo que quedaba de mi equipo y lo trajeron a este campo situado a seis kilómetros del anterior.<sup>115</sup> Se trata de un campamento pequeño, compuesto de tres grandes barracones de madera y de dos locales pegados a la cocina. Está rodeado de alambradas, pero no han puesto guardias en la puerta.

Para limpiar las cocinas y barrer las barracas hay media docena de chicas muy simpáticas. Una de ellas, como de 28 años de edad, con los cabellos azulados a fuerza de ser negros, vestida siempre de luto, es de una belleza extraordinaria y posee un magnetismo irresistible...

Nuestras barracas están emplazadas en un extremo del pueblecito llamado Ferques, a unos treinta metros de la iglesia añosa y maciza, con un campanario cuadrado y robusto que servirá de maravilla como refugio de los futuros bombardeos que no dejaremos de sufrir numerosos y terribles. En espera de ellos, la alarma es continua y el cielo está siempre cubierto por una nube de bombarderos que van de Inglaterra al interior del continente, al que machacan día y noche con sus mortíferas armas.

Todos los repliegues del terreno están erizados de cañones, que arrojan relámpagos y metralla incansablemente. De vez en cuando suenan algunos broncos estallidos más fuertes que los otros. Son los cañones monstruos que escupen sus gargajos de muerte sobre Londres, a la otra parte del Canal de la Mancha, visibles desde una altura muy cercana de nuestro campamento.

Los trabajos que hacemos aquí son como los anteriores, pero esta vez los túneles los perforamos en el pueblecito de Élinghen, a un kilómetro de Ferques, en el sitio donde empieza una depresión de la llanura que ahondándose progresivamente se convierte más lejos en una vega, por cuyo centro se desplazan paralelamente un arroyuelo que nace allí y la carretera que va de Calais a Boulogne.

Esa encantadora veguita, cuyas orillas de la carretera y del río están cubiertas de preciosas casitas y de bien cuidados jardines, se llama *La Vallée Heureuse* —El Valle Feliz—, y está poblada por personas humildes que nos tratan con mucha simpatía y benevolencia.

Si esas buenas gentes supieran que nuestra llegada y los trabajos que nos han hecho emprender al lado mismo de sus viviendas significan a plazo breve la destrucción total de su pequeño paraíso, se apartarían de nosotros con horror aunque fuera para irse a vivir con sus hijos al más inhóspito rincón de la tierra.

No continúo estas notas porque cada vez que escribo empiezan a aullar las sirenas de alarma, a tronar los cañones, a vibrar en el espacio el run... run... run...

<sup>115</sup> Al sudoeste de Caffiers.

de los bombarderos y el ta.ta.ta de los cazas que los protegen, y eso tan repetidamente cada vez que tomo la pluma, que la ancestral superstición escondida bajo la piel de cada hombre moderno, que sale a la superficie en los momentos de mortal peligro, me está gritando que de todo eso tengo la culpa yo, solamente yo, puesto que si no escribiera la aviación no vendría. Es estúpidamente pueril, lo sé, pero... ¡probemos! ¡Dejamos la pluma! ¿A ver?

### *6 de enero de 1944. Campo de Ferques*

¡Otro año! ¡Otro peldaño más del duro calvario que sufrimos!... ¡Que sufro, debiera poner, pues si bien los dolores físicos nos tocan a todos por igual, estando sujetos al mismo régimen de opresión y por lo tanto visibles, de los dolores morales que hacen sufrir en razón directa de la íntima sensibilidad de cada hombre, de esos yo sé muy poco con respecto a mis compañeros y ellos saben aún menos de mí!

Entre nosotros cada uno vive aparentemente para sí, pues que tales aberraciones produce el exceso en el dolor, por lo que cada cual disimula herméticamente sus penas y preocupaciones íntimas detrás de una frivolidad voluntaria.

Ya dije en otra parte, y hasta hoy no me he salido de esa regla, que en estos cuadernos me proponía reflejar con toda veracidad y exactitud lo que ocurre a mi alrededor, así como la reacción que los hechos vayan operando en mis compañeros y en mí, nos favorezca o no, lo considere meritorio o inmoral, dejando al lector el cuidado de sacar por sí mismo las lecciones que puedan desprenderse de una experiencia que a ellos solamente les costará unas horas de lectura y que nosotros ¡ay! habremos de pagar con jirones de salud física y con tal desequilibrio en nuestro espíritu que, si bien es posible que algunos de los que escapen con vida de esa prueba salgan purificados y engrandecidos, la mayoría, por desgracia, quedarán convertidos en piltrafas de hospital, en naufragos de lupanar o en carne de manicomio. Los grandes dolores, como el amor, por otra parte, se distinguen de los pequeños en que estos son comunicativos y buscan consuelo, en tanto que aquellos son callados y no admiten paliativos.

Por eso, a mis compañeros que en estas últimas Navidades han cantado, reído y hasta un poco emborrachado en medio de un aparente jolgorio, yo les he visto, ahora a este y después a aquel, de pronto ensombrecidos, con espantosas crispaciones de puños y rechinar de dientes, volviéndose a rehacer instantáneamente para bromear de nuevo y reír, como lo haría en el circo un clown que antes de empezar la función viniera de enterrar a su madre. ¡Era la visión alucinante de los suyos, de los familiares que quedaron en España grabados sobre la cruz del más inhumano dolor, que se les presentaba de pronto quién sabe con qué tintas

de horror y que se esforzaban por alejar de sí, como se trata de desviar el puñal asesino que a través de la carne y de los nervios busca el corazón, para destruir las fuentes de la vida!

Por lo demás, justo es anotarlos, algunos de mis compañeros, felizmente los menos, no sufren o sufren poco: por una parte los que no dejaron familia en nuestro país, por otra los que no han podido borrar de sus mentes los amargos recuerdos de la explotación y humillaciones de que fueron víctimas en la España caciquil bajo la férula de gobernantes logreros, y por fin los que no tienen suficiente imaginación y energía para sentir y apreciar la dignidad de vivir por sí mismos. A esos la depauperación les ha estragado al extremo de que no viven, solamente vegetan. Esos, por un poco más, se sentirían satisfechos de la vida infame a que estamos constreñidos.

Por eso, sin que yo me crea superior a ellos, me parece que sufro más, quizás a causa de mi sensibilidad casi enfermiza a fuerza de ser receptiva, de mi imaginación exuberante que si bien me permite descubrir bellezas y goces espirituales que muchos de mis compañeros no sospechan siquiera, en cambio me hace vivir con más intensidad y realismo toda la miseria material y moral que nos priva del rango de hombres y nos convierte en autómatas.

### *27 de febrero (1944). Campo de Ferques*

Desde hace algunos días que se viene diciendo que vamos a ser trasladados a Chamouilley, situado en el Alto Marne, donde nuestra empresa está haciendo otros trabajos con la mitad de los Refugiados que tenía en la isla. Más que por mí desearía ese cambio a causa de mis compañeros a quienes tengo cariño como niños grandes que son, los cuales se dejarán aquí la piel si no se los llevan pronto.

En esos parajes, en efecto, se palpa en el aire la dinamita, la metralla, el rayo y el fin del mundo. Los bombardeos de que somos víctimas a diario son ensayos en miniatura por comparación al diluvio de fuego y de acero en el que uno de estos días nos van a inundar... Por eso desearía el cambio y no por otra cosa, pues el trabajo, sin duda porque los alemanes empiezan a desmoralizarse, va bastante bien y no nos arreean como antes. Estamos, además, en muy buenas relaciones con los habitantes de aquí y merced a ello los más jóvenes de mi equipo, en su calidad de Refugiados españoles, han hecho y están haciendo más conquistas que nadie entre el sexo débil del país en general... y de la cocina en particular. Incluso yo, que no soy un santo ni mucho menos, con aquella señora de cabellos azulados, vestido negro y magnetismo extraordinario de que hablé ya, la *Dame en Noir* como la suelo llamar...

Pero volvamos al objeto principal de esta narración. Hoy, a las tres de la tarde, empezaron de pronto a bramar las sirenas de alarma y a toser los cañones. Los pajarracos de la muerte, poniendo su parte en la descomunal algarabía, soltaron sus huevos mortíferos que llenaron el pueblo de tumulto y de hoyos como cráteres, de polvo y del humo de las casas derruidas por las bombas y los incendios. A mí me sorprendió el bombardeo en el campamento y fui a refugiarme en la zanja que abrimos el mismo día de nuestra llegada. Estaba llena de un barro pringoso y observé que las mujeres que estaban a mi lado, la *Dame en Noir* junto a mí, ponían más cuidado en no mancharse que en resguardarse de la metralla. Me miraban sonriendo, apenas pálidas. Le di un cigarrillo a cada una y salimos fumando al terminar el bombardeo. Las mujeres francesas aguantan este infierno con más estoicismo que los hombres. Desde ese punto de vista son admirables. ¡Mejor que eso, son sublimes;

#### *14 de mayo (1944). Campo de Ferques*

Tengo abandonado este cuaderno a causa de la desgana y del nerviosismo. Debido a eso no anoté el otro día el espantoso bombardeo de que fue víctima la aldehuela de Élinghen, donde trabajamos.

Estábamos cumpliendo tranquilamente nuestra tarea sin prestar atención a los aviones, porque pasan a todas horas en bandadas macizas, cuando los vimos venir una vez más y simultáneamente pareció que estallaba el planeta proyectando toda su lava en el espacio. Cuando algunos minutos después de la brutal agresión se disipó el estupor que nos había sobrecogido, vimos cómo habían desaparecido los edificios que antes reposaban caprichosamente diseminados a una y otra parte del riachuelo y de la carretera. Habían desaparecido la mayoría, todos no, pues quedaron algunos sin techo y mostrando, por boquetes de varios metros, esas tripas de las casas que son las camas, las sillas, los divanes, los retratos, las ropas y los objetos de cocina. Todo hecho añicos, astillado, destrozado y ardiendo. El soldado alemán que, arma al brazo, hacía guardia a cinco metros de la boca del túnel, fue partido en tres pedazos...

Desde aquel día el cielo está continuamente cubierto de escuadras aéreas que vuelan hacia Alemania, a la que pulverizan sin piedad. Las baterías, como fatigadas de tanto escupir, callan o solamente de vez en cuando sueltan algún ronco chasquido que repercute en las entrañas de la tierra.

Como esa infernal balumba en la que mueren miles de niños y de mujeres presagia de un momento a otro el desembarco de los Aliados, los alemanes despliegan una actividad febril. Entre otros preparativos de vigilancia y prevención están cubriendo todo el país de postes puntiagudos, con la idea de que eso

podrá impedir el aterrizaje de la aviación. Para realizar un trabajo tan enorme han movilizad a las mujeres de todas las edades y a los muchachos de DIEZ A CATORCE años. A los demás no los pueden movilizar, porque los tienen ya trabajando como esclavos.

La vigilancia que ejercen sobre la población y sobre nosotros es inquisitorial. Si en algunos de los registros que hacen a todas horas llegan a encontrarme estas notas, en las que he puesto buen cuidado en no comprometer a nadie, me fusilarán sin lugar a dudas... ¿Y qué importa? La vida en este trance que pasamos no vale un maravedí, y estos cuadernos, para mí al menos, valen algo más que eso...

### *29 de junio (1944). Campo de Ferques*

Los bombardeos han arreciado aún más desde el día 6 en que ¡por fin! se operó el tan esperado desembarco.

Durante todo ese tiempo me ha sido imposible dormir dos horas seguidas.

De día hay alarma continua. Los aviones lanzan bombas comprimidas, bombas incendiarias, torpedos aéreos perforantes y ametrallamientos a granel, con proyectiles de un calibre monstruoso. Durante la noche ocurre lo mismo, aumentado con centenares de bengalas tiradas de arriba y de fulgurantes globos lanzados desde abajo, llenando la tierra de fuego y el cielo de llamas, y encendiendo cielo y tierra de una claridad de magnesio cruzado en todas direcciones por siluetas fantásticas, medio desnudas, descalzas, dando gritos histéricos y ayes de agonía, paralizada la sangre, erizados los cabellos, descompuestos los estómagos por un apocalíptico terror.

A aumentar ese cuadro de violencia y locura han venido los Matavacas, los VI o como se llamen. Se trata de unos aparatos robots, sin tripulantes, que tienen la forma de un caza pequeño y van repletos de explosivos potentes. Vienen de la región de Saint-Pol, a treinta o cuarenta kilómetros de aquí, y van dirigidos a Inglaterra. Cada hora u hora y media pasa uno a unos doscientos metros de altura, llevando en la cola una hoguera, supongo que producida por los gases de propulsión, que le hace marchar con un ruido ensordecedor a la velocidad de un avión cualquiera. A veces cae alguno, dando media vuelta y explotando a los pocos segundos de su aterrizaje. Uno de ellos, al pasar el otro día sobre nuestras cabezas, apresuró de pronto sus ronquidos como un asmático en ahogo, calló con un último resuello espasmódico, quedó un momento balanceando en el aire y cayó por fin rodando en el vacío como un pájaro herido de muerte. Su explosión alcanzó a matar unas vacas que pastaban en el prado, y desde ese momento los Refugiados las llaman Matavacas.

Los alemanes creen de buena fe que con esos desdichados aparatos van a ganar la guerra en dos meses. Nosotros tuvimos al principio momentos de inquietud, pero desde que hemos observado de cerca los defectos de los matavacas, nos reímos de ellos, de los alemanes y de eso que van a ganar la guerra...

¡Ya están otra vez ahí! ¡Esta vez no han sido los matavacas, mas sí los masacradores de criaturas humanas!...

Estaba hace dos horas tomando las notas anteriores en casa de Raimonde, una de las empleadas de nuestra cocina que habita con sus padres, un hermanito de 12 años y una hermana de 18, Henriette, en una humilde casita aislada en plena llanura sembrada de trigales, a unos quinientos metros de nuestro campo. De pronto tuve que tirar la pluma y correr, con toda la familia y dos Refugiados que se hallaban conmigo, a guarecerme en un pequeño pero sólido abrigo que tienen en la puerta de su vivienda. El cielo, de uno a otro confín, estaba materialmente lleno de fortalezas volantes. Había más de mil, de todas las marcas y tamaños, que descargaban sus mortíferos artefactos por ramilletes de ocho, de diez y hasta de doce bombas... El suelo retemblaba, silbaba la metralla, tronaba la artillería, reventaban los aviones al caer con su carga, que flotaba incendiando la gasolina y quemando a sus tripulantes. Sentía la carne escalofríos, clamoreaba el instinto su protesta contra la muerte, que nos apretaba el cuello con sus garras y nos miraba diabólicamente por las cuencas descarnadas de sus ojos, riendo satánicamente al compás del torbellino sideral en el centro del cual alma y cuerpo, memoria y voluntad, pasiones e instintos, tendíanse como cuerdas de arpa en una sola dirección y en un supremo deseo: ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir! Henriette y el muchacho, incapaces de resistir más, daban gritos histéricos entrecortados de sollozos agónicos. Raymonde, pegada a mí, apretados sus pechos contra mi cuerpo cual si los hubiera querido incrustar en él, cerrados los dientes, desencajados los ojos y sueltos sus cabellos, no profirió una sola queja y aguantó tanto como cualquier ser humano puede resistir en tal prueba.

Cuando salimos de nuestro agujero, el país ofrecía un aspecto absolutamente lunar. En una circunferencia de muchos kilómetros estaba todo cubierto de hoyos, en algunos de los cuales, producidos por diez bombas juntas, cabía media docena de camiones de gran tonelaje. Como la superficie de esta región es de tierra pardo rojiza hasta un metro de profundidad y más abajo de nívea arcilla, al enterrarse aquella y subir esta a la luz del sol por efecto de las bombas, toda la llanura aparecía completamente blanca como si la naturaleza, extraviada como los hombres, hubiera dejado caer en pleno verano una nevada sobrenatural.

La mayoría de las casas de labor, los caseríos y villorrios que se podían divisar, estaban destruidos y ardiendo. Nuestra casita, aunque con medio techo destruido y algunos trozos de muro pulverizados, tuvo buena suerte, como nosotros. Ella, de no ser un montón de ruinas. Nosotros, de no estar convertidos a estas horas en un amasijo de carne sangrienta y de huesos machacados, como tantas casas y personas como la mayoría de estas mujeres, niños y ancianos.

### *10 de julio (1944). Chamouilley*

Sin duda a causa del cariz que va tomando para los alemanes el desembarco que se reafirma y refuerza más cada día, el 3 de julio nos reunieron a toda prisa y nos llevaron a Calais donde subimos en el tren a las siete de la tarde, llegando a Lille al día siguiente por la madrugada. Allí cambiamos de tren y de dirección, por estar el tránsito interrumpido a causa de varios puentes destruidos, pudiendo llegar a Saint-Quentin a las tres de la tarde de aquel mismo día.

Como un poco más adelante había sido destrozada la línea férrea y despedido el convoy que nos precedía fue preciso esperar unas horas en Saint-Quentin, hermosa ciudad con monumentos históricos, entre ellos el de la plaza principal, que recuerda y glorifica la defensa desesperada de sus habitantes, en 1557, contra los famosos tercios de Flandes y el no menos famoso Duque de Alba.

El día 5 por la madrugada volvimos a tomar el tren y después de algunos ametrallamientos, carreras y heridos, llegamos a Compiègne donde tuvimos que hacer alto.

Por fin, el día 6 por la mañana, salimos en dirección a París donde pudimos llegar el 7 por la noche.

¡Para recorrer los setenta kilómetros que hay de Compiègne a París empleamos más de veinte horas! Verdad es que durante ese trayecto nos habían despanzurrado varios vagones e hicimos diez kilómetros saltando zanjas, huyendo de la metralla y de las bombas, de las que por desgracia no lograron escapar todos con vida.

Desde Calais a París, en los cuatro días que duró el viaje, pudimos ver las más tremendas destrucciones que ha hecho la humanidad en la demasiada larga historia de sus guerras. Casi todos los puentes, casas, pueblos y ciudades que encontramos a nuestro paso estaban en montón revuelto. Había restos deformes de miles y miles de vagones. Encontramos centenares de máquinas de tren rotas, retorcidas, quemadas, como si en vez de ser de hierro y acero hubieran estado construidas con madera y cartón. Vimos centenares de vagones subidos unos sobre otros. Tres máquinas de tren encaramadas, la segunda sobre la primera y la tercera sobre las otras dos. Nos encontramos con un árbol gigantesco apoyado

en tierra con sus ramas y con todas sus raíces en el aire. ¡Algo dantesco, sobrenatural, sabático (sic)!...

Como la vía férrea estaba interrumpida más allá de París, no pudimos salir hasta ayer, día 9, en que cogimos el tren a las seis de la mañana, para llegar a Chamouilley a las ocho de la noche. Aquí nos han instalado en una casa de las afueras, sin guardias de ninguna clase, como el resto de los Refugiados. Chamouilley es un pueblo pequeño, situado en las orillas del Marne, a ocho kilómetros de Saint-Dizier. Está rodeado de bosques y cruzado de carreteras que van, una al Sarre, frente a nosotros, pasando por Verdún; otra a Strasbourg, por Nancy, a nuestra derecha, y una tercera que va a Luxemburgo, pasando por Sedán.

Estamos, pues, en la encrucijada de los principales caminos que conducen al sitio más vulnerable de la frontera alemana. Si cuando lleguen los aliados aquí, se empecinan los alemanes en defender su país, este y no otro será el sitio de los combates más encarnizados de la guerra. Esta región, en efecto, con sus ríos y canales, con sus bosques y demás accidentes del terreno, es impenetrable para las motorizadas como no sea por las carreteras. Cortadas estas, por aquí no pasa nadie si hay suficiente gente para impedirlo...

Por el momento, aunque por encima de nuestras cabezas pasan las escuadras aéreas llevando la destrucción y la muerte al corazón de Alemania, aquí no han bombardeado aún y se respira una sensación de paz que me parece idílica, después de los duros meses pasados en Calais. ¿Durará mucho? Tengo el presentimiento que no...

### *31 de julio (1944). Chamouilley*

El sitio donde trabajamos ahora está a siete u ocho kilómetros de aquí. Cada día muy de mañana sale de Saint-Dizier un tren de vía estrecha que recoge a la gente acuartelada por estos pueblos, principalmente los de Chamouilley y los de Cousance-les-Forges,<sup>116</sup> para llevarnos a la Savonnière<sup>117</sup> donde está el sitio de trabajo. Se trata de una antigua cantera subterránea de sesenta kilómetros de extensión según algunos, más grande aún o más pequeña según otros, pero cuyos límites no ha podido ver ninguno de nosotros.

Trabajamos quitando las miles de toneladas de tierra y desechos que dejaron abandonados los antiguos canteros. En algún que otro sitio echamos barrenos para redondear aquí y ensanchar allá, con el fin de hacer sitio para instalar material de guerra o fabricarlo, a no ser que sea para instalar un hospital subterráneo, pues con los alemanes es siempre difícil adivinar esas cosas. Tan profunda y

<sup>116</sup> El autor la cita como Cousance aux Forges.

<sup>117</sup> Se refiere a Savonnières-en-Perthois.

extensa es esa excavación, que a pesar del calor que hace en el exterior adentro no se puede trabajar en mangas de camisa so pena de resfriarse.

El trabajo no es fastidioso debido a que nuestros torsionarios, después de arrearnos como bestias de carga durante tres años, están ahora desmoralizados y no ponen ningún interés. Y esa desgana, claro está, nosotros que antes procurábamos trabajar lo menos posible, sin perder ocasión de sabotear, con mayor razón la aprovechamos ahora para no hacer más trabajo que el encaminado a embrollarlo todo a más y mejor.

Aquí hay gente de todas las nacionalidades, pero la mayoría somos Refugiados. Estamos en excelentes relaciones con los habitantes de todos estos pueblecitos, y estoy seguro porque les he sondeado, que si llega la hora de batirse podrá hacerse con ellos algo bueno...

*20 de agosto (1944). Chamouilley*

Habiendo ido hace unos días la aviación a bombardear el aeródromo de Saint-Dizier, ayer nos forzaron a ir para tratar de repararlo. Se trataba de tapan la criba de hoyos con que lo cubrieron de un extremo a otro. Los hangares, además, estaban despanzurrados con todas sus planchas y hierros retorcidos, por donde se asomaban entre los anchos boquetes los cadáveres de los aviones carbonizados.

Al rato de empezar a trabajar sonó la alarma y en tres minutos quedó el campo libre de gente. Nuestros guardias y capataces, aterrorizados corrieron aún más que nosotros.

Habiéndonos reunido hoy para volvernos a llevar al aeródromo, unos amigos y yo nos hemos escapado por el camino. Esto nos hubiera costado caro en otro tiempo, pero ahora creo que ni siquiera se dan cuenta, de tal manera los alemanes han perdido el control sobre nosotros y hasta sobre ellos mismos.

*27 de agosto (1944). Chamouilley*

¡Se acerca la hora de la liberación y quizás también la del combate! ¡Nos batiremos! ¡Estamos prestos a ello!

Se oye a lo lejos, desde hace horas, un cañoneo casi imperceptible antes pero muy fácil de distinguir ahora...

*28 de agosto (1944). Chamouilley*

¡Aumenta el ruido del cañoneo! Estamos preparados y de acuerdo con los elementos resistentes, para entrar en acción activa en el momento oportuno...

*29 de agosto (1944). Chamouilley*

¡Hay combates muy cerca de aquí!

Todas las empresas han reunido a toda prisa lo más fácil de transportar, lo han metido en camiones y se han escapado como perros que llevaran el diablo atado a la cola. Se han ido sin decirnos nada y sin arrastrar con ellos a ningún Refugiado. ¡Más vale así, pues si lo hubieran intentado habríamos puesto una resistencia en la que indudablemente habría caído alguno de los nuestros!

Han desaparecido los de la Todt con sus arañas al brazo, pero en su lugar esto se va llenando de soldados, de esos pobres diablos que antes pasearon orgullosamente por toda Europa sus ceñidos uniformes verdosos, con aires de matachines. Tan lamentable es el aspecto que tienen, que ahora inspiran compasión antes que otra cosa.

La mayoría son muchachuelos y hombres de avanzada edad. Están pálidos y enflaquecidos. Van soñolientos, fatigados, sucios, desarrapados y comidos de fiebre. ¡Cuando dentro de unos momentos haya que batirse con esos desechos humanos, cada Refugiado necesitará por lo menos una docena de ellos!

*31 de agosto (1944). Chamouilley*

¡La liberación! ¡Estamos liberados! ¡Somos libres;

Cuando después del combate por Saint-Dizier, de la lucha a muerte por Mar-  
naval<sup>118</sup> y de la caza de los alemanes que quedaban por aquí, empezaron ayer a voltear las campanas anunciando la hora de la liberación, el más duro de los Refugiados, el hombre que yo creía más fuerte que la alegría y el dolor, al encontrarme en la plaza del pueblo me echó los brazos al cuello y se puso a llorar como un chiquillo...

De ayer a hoy se ha terminado de limpiar toda la región de las alimañas nazis que quedaban.

Y es, completamente rendido y consumido por la fiebre de estas dos jornadas de epopeya, cuando trazo estas notas antes de echarme un rato al lado de mis compañeros, los cuales hace una hora que están descansando ya. Después de tres años de soportar las brutalidades alemanas, con la rabia mordiéndonos el corazón, las jornadas de ayer y de hoy nos han más que pagado suficientemente todos los sinsabores sufridos.

¡Contra Franco ahora y cuanto antes mejor! ¡¡En pie los Refugiados esparcidos por todo el mundo!! ¡¡¡Por España, sus, y todos juntos!!!

---

<sup>118</sup> Barrio de Saint-Dizier.

## TERCERA PARTE: DE LOS UNOS SEIS, DE LOS OTROS MEDIA DOCENA

*1 de septiembre (1944). Chamouilley*

Parece ser que el avance del ejército liberador es considerable, a juzgar por los ruidos de la batalla que se han ido alejando paulatinamente hasta dejarnos sumergidos en una tranquilidad absoluta y deliciosa. Sin embargo, esa euforia que nace del deber cumplido y de la seguridad conquistada, ha sido turbada por un accidente lamentable. Esta mañana, esa parte bullanguera y poco cultivada que surge de los bajos fondos de la sociedad en todas las emociones humanas, ha salido a la palestra y ha cometido algunas de las tonterías que le son peculiares. Entre otras la más estúpida ha sido el haber apresado a ocho mujeres del pueblo y haberles cortado el pelo en la plaza pública, llenándolas de groserías y de insultos. El delito por el cual fueron castigadas de esa manera, fue el haberse más o menos prostituido con los alemanes. De ese hecho, según como se mire, podrá sacarse una u otra apreciación. Lo que no se puede tolerar sin repulsión, es que las castigadas eran justamente las más desvalidas y desgraciadas. Sin familiares en quienes apoyarse y pobres hasta la miseria, con pocas probabilidades de encontrar trabajo al principio de la ocupación, tuvieron la debilidad de aceptar los ofrecimientos más o menos galantes de los invasores. En realidad, según noticias fidedignas que poseo, en todos los países ocupados por los alemanes una parte de mujeres, unas por necesidad, otras por lucro y las demás por vicio, hicieron deshonestas porquerías con los vencedores.

Y aquí en Chamouilley, lo digo porque lo he visto con mis propios ojos, las más indecentes, las que no lo hicieron por necesidad, esas fueron las que más se ensañaron con las ocho desgraciadas en cuestión, sin que nadie tuviera el valor de señalarlas, probablemente porque tenían padres o maridos que las habrían defendido. Ahora bien, por muy tolerante que se quiera ser, hay que reconocer que son esos actos de instintos primitivos los que suelen desprestigiar y aún deshonar a las revoluciones y movimientos de liberación como este, que por severos y augustos debieran planear sobre toda injusticia y sobre toda crueldad inútil. ¡Esas manchas no pueden borrarse, ni aún con los heroísmos más temerarios!

### *3 de septiembre (1944). Ancerville*

Hoy, domingo, he montado en mi bicicleta y he venido a dar un paseo hasta Ancerville, a unos pocos kilómetros de Chamouilley. Se respira un ambiente de tranquilidad que hace el efecto de un baño caliente. La guerra debe estar lejos. Digo que debe estar lejos, porque el cañoneo y los combates por Saint-Dizier y Marnaval destruyeron todas las líneas eléctricas. La radio y otros medios de comunicación, la prensa incluso, están paralizados y no sabemos qué pasa más allá de lo que alcanza nuestro horizonte, bien limitado por cierto debido a la tupida red de bosques que nos rodean.

El paisaje está impregnado de silencio en esta tarde estival, cuya dulce suavidad, apenas removida por la brisa, promueve tímidos gestos aprobadores de los árboles y me trae un gustoso sabor de naturaleza en gestación. En esta quietud paradisíaca el alma se siente en un ambiente propicio, inclinada a excusar las peores salvajadas y bestialidades que los hombres suelen cometer de vez en cuando... Todo convida a la paz, y si no sobreviene alguna complicación espero que esta llegue rápidamente. Para nosotros, los de la retaguardia, ya es un hecho... ¡LA PAZ, El arreglo del caótico desbarajuste europeo e incluso mundial! ¡El retorno a casa, al lejano y desconsolado hogar!... ¡Cuánta, cuánta falta nos está haciendo para todos!

### *5 de septiembre (1944). Chamouilley*

Hoy he ido a pie hasta Saint-Dizier, atravesando por entre el Marne, el canal, los caminos y las carreteras que dan a este país un encanto tan acogedoramente poético entre una vegetación de lujuria tropical.

En el seno de esa naturaleza en fiesta, se siente el ánimo sobrecogido cuando, de trecho en trecho, se encuentra una casa reventada o un árbol astillado; a lo largo de la carretera principal los postes que sostenían la línea eléctrica están partidos en dos, en seis, en veinte trozos, con alambres colgando en enmarañadas madejas tirados por tierra en la postura de monstruosas lombrices, que al ser cortadas en innumerables pedazos se hubieran retorcido en el último estertor de una larga agonía.

Desde Saint-Dizier, por las carreteras que van a Chaumont y a Nancy, pasa una avalancha continua de fuerzas americanas en dirección al frente. Este se encuentra ya lejos de aquí, entre Nancy y Metz, a solo sesenta kilómetros de la frontera alemana, según las últimas noticias de la radio que ha empezado a funcionar en algunos sitios. Al paso que llevan los ejércitos de liberación, los americanos por aquí y los ingleses por otras partes, la guerra en Europa puede terminarse pronto...

¿Qué va a pasar después?... ¿Quedarán sin resolver los problemas sociales, los económicos y los de las nacionalidades para desembocar en otra guerra más terrible aún, o serán solventados apartando así de nuestras cabezas esa terrible espada de Damocles? ¿Serán los hombres suficientemente estúpidos para no hacerlo?

### *7 de septiembre (1944). Campo de concentración*

A los tres días de expulsados los alemanes, los liberadores publicaron un bando en el que se ofrecían para devolver a sus puntos de origen a cuantas personas desplazadas lo desearan. Los Refugiados que nos encontrábamos en Chamouilley, a excepción de tres o cuatro, nos presentamos con la intención de usar del ofrecimiento. Yo pedí para ir a Lyon, otros pidieron para ir a Marsella, Toulouse, París y a pueblos campesinos donde tenían amigos o posibilidades de trabajar.

Una vez terminadas las listas, los americanos nos dijeron que ya nos avisarían para emprender el viaje cuando dispusieran de los medios necesarios de transporte... Y en efecto, ayer por la tarde fuimos avisados para que se presentaran los que se apuntaron, pues los camiones, nos dijeron, iban a venir de un momento a otro por nosotros. Tan pronto llegaron acudimos todos, cada cual cargado con su equipaje, dando muestras de la mayor alegría. Media hora después, serían las once de la noche, se pusieron los camiones en marcha entre cantos y gritos de alborozo por nuestra parte y de grandes manifestaciones de cariñosa despedida de la mayoría del pueblo, que había venido a despedirse de nosotros. Cuando después de tres horas de marcha llegamos a este campo de prisioneros, los camiones penetraron en su interior sin pararse en la puerta y sin que nos diéramos cuenta de lo que pasaba debido a la oscuridad. Acto seguido desaparecieron todas las amabilidades con que nos habían tratado hasta entonces, para ser sustituidas por un trato grosero, autoritario e insultante que me recordó al de nuestros antiguos enemigos. Jamás, ni los franceses ni los alemanes se atrevieron a meternos en un presidio de alambres peor que este. Se compone de un cuadrilátero de siete a ochocientos metros cuadrados, cercado de alambradas, en islotes de un centenar de metros cada uno.

Solamente hay un islote con tiendas de campaña, destinado a enfermería. En todo el resto del campo no hay nada más que mucho barro, repugnante suciedad y centenares de prisioneros, que serán pronto miles y miles al ritmo que los van trayendo. Más de la mitad de los detenidos son soldados llegados directamente del campo de batalla. Los otros son civiles de diversas nacionalidades, cogidos con violencia o con engaño como a nosotros. Tenemos mucho frío en el cuerpo... y un rencor que nos va creciendo paulatinamente a medida que pasa el tiempo. ¿Es justificado dicho rencor? Los acontecimientos lo dirán, pero mientras tanto él nos está hurgando en el corazón y en la moral como una herida gangrenada.

*9 de septiembre (1944). Campo de concentración*

He podido averiguar que el pueblo más cercano a esta asquerosidad de campo se llama Revigny.

El número de los prisioneros aumenta sin cesar. Se compone de polacos, yugoslavos, rusos, franceses, italianos y Refugiados españoles... ¡Carne y más carne, tan solo buena para ser torturada! Muchos de estos prisioneros son *maquisards*, que se han batido contra los alemanes durante meses y aún años. Los yugoslavos, según cuentan ellos, se batieron en los Balcanes, en Italia y algunos también en Francia. Cayeron prisioneros de los alemanes y fueron “liberados” por los americanos, los cuales los han traído aquí. Esos yugoslavos, gente pintoresca, la mayoría vestidos o conservando prendas de vestir de su país, declararon ayer la huelga del hambre.

Nosotros, por nuestra parte, pedimos insistentemente ser recibidos por el coronel jefe del campo. Cuando por fin logramos estar en su presencia, le expusimos nuestro caso y le exigimos nuestra libertad inmediata. Aunque nos recibió con cortesía, después de escuchar nuestra historia contestó a nuestras reclamaciones diciéndonos que nuestra detención era debida a un lamentable error que se subsanaría rápidamente; y que mientras tanto no debemos inquietarnos por unos días de detención, de los que seremos ampliamente indemnizados... Nos dejamos convencer por tan lisonjeras palabras y promesas, mas yo creo que hicimos mal con ello. ¡Ojalá que más adelante no nos arrepintamos de no haber declarado la huelga del hambre, tanto más cuanto nosotros tenemos quizás más razones y motivos que los mismos yugoslavos!

Verdaderamente, después de lo que llevamos sufrido y de las garantías de antifascismo que en todo momento dieron los Refugiados, nuestra detención es arbitraria y las condiciones en que se nos tiene son estúpidamente malvadas.

Es descorazonador, en efecto, el ver esos miles de hombres aguantando la lluvia a cielo abierto, chapoteando en el agua, sin sitio para acostarse ni sentarse, amontonados en repugnante promiscuidad, temblando de frío y con las ropas mojadas y haciendo sus necesidades en una pequeña zanja que desborda los excrementos en el prado, en el infecto lodazal debiera decir, donde no podemos dormir si no es de pie. Esa suciedad, hambre, miseria y vicio en confuso revoltijo, son indescriptibles bajo este cielo plomizo y llorón, con un horizonte de cuervos que a cincuenta metros de distancia parecen revolotear a la lejanía, a causa de la niebla espesa que nos atosiga con su viscosidad.

En el pecho de estos hombres, la mayoría de los cuales comulgaron en la misma fe por la libertad y que han derramado su sangre en una lucha sin cuartel contra los nazifascistas, el desprecio, la cólera, la rabia concentrada al verse trata-

dos por los “liberadores” peor que cuando se vieron prisioneros de los SS alemanes, toman proporciones que espantan. ¡No, los brutales azotes de la guerra no pueden justificar todo eso! ¡No, mil veces no!

### *12 de septiembre (1944). Compiègne*

Anteayer, a las once, nos dieron orden de formar y nos hicieron subir en camiones. Después de tres horas de constante movimiento quedaron cargados diecisiete vehículos de civiles y otros tantos de militares, estos a sesenta hombres por camión y nosotros a cincuenta por tener más equipaje. Salimos a las dos de la tarde y llegamos a este campo a las dos de la madrugada de ayer. En imponente caravana, delante los civiles y los militares atrás, pasamos por Châlons,<sup>119</sup> Reims y Soissons.

Nuestra llegada a Reims, en domingo, coincidió con esa hora del atardecer en que la gente, de paseo, se recoge a sus casas. Había miles de personas en las calles que a nuestro paso nos ovacionaban tomándonos por *maquisards*, al ver el camión delantero cargado de polacos y el segundo de rusos, ambos llevando sus respectivas banderas desplegadas.

Yo venía en el último de los diecisiete camiones civiles, con los alemanes inmediatamente detrás de mí, por lo que pude presenciar las reacciones de la gente que, creyendo al ver el orden de marcha del convoy que a estos últimos les habíamos hecho prisioneros nosotros, los vítores y aplausos que nos prodigaban los cambiaban en insultos y cosas peores cuando pasaban nuestros enemigos, presos por nosotros.

¡Y así fue cómo, el día 10, por un cúmulo de circunstancias, ignoro si buscadas o fortuitas, sentamos plaza de héroes... a la manera de Tartarín! Al llegar a este campo fuimos pasando todos delante de los soldados americanos, los cuales nos registraron y despojaron de todos los instrumentos cortantes y punzantes que llevábamos. A más de la mitad les quitaron también los mecheros y cuantos efectos de algún valor llevaban encima, tales como pitilleras, relojes y sortijas. A mí me quitaron una navaja pequeña, el mechero y tres o cuatro baratijas más, respetándome el reloj porque era de bolsillo y de poquísimos valor. Todo el dinero que nos pudieron encontrar nos lo robaron, aterrizándonos previamente para acallar nuestras protestas. A un argelino le robaron cuarenta y siete mil francos. Daba grima ver llorar aquel hombre, casi un anciano, que había reunido su dinero céntimo a céntimo en varios años de trabajo y privaciones. A un Refugiado le robaron trece mil francos y además le molieron a palos porque los quiso

---

<sup>119</sup> Por su proximidad a Reims, suponemos que se refiere a Châlons-en-Champagne.

defender. A otros dos Refugiados les robaron siete mil francos a cada uno, y a un tercero tres mil. El resto de los Refugiados fueron robados en cantidades menores, sea porque no les fue encontrado el dinero, sea porque no lo tenían. Al llegar mi turno empezaron por cogerme la cartera, a continuación reventaron a patadas mi maleta esparciendo con los pies su pobre contenido y, mientras yo recogía mis trapos, aprovecharon mi distracción para ratearme mil francos que tenía. Con otros emplearon los más variados trucos para ROBARLES, y he puesto en mayúsculas esa palabra porque aquello, según nos dijeron unos oficiales ante quienes fuimos a protestar, no estaba permitido... Permitido o prohibido, no se nos devolvió ni un céntimo, y tengo la firme convicción de que la mayoría de los oficiales se han pringado también con los objetos y dinero robados. En todo caso, los que me despojaron a mí fueron un cabo y un sargento del ejército norteamericano.

Este campo, de enormes dimensiones, es el mismo que sirvió a la Gestapo para concentrar a los centenares de miles de antifascistas, muchos de ellos Refugiados, que fueron llevados de aquí a los campos malditos de Belsen,<sup>120</sup> Mauthausen, Buchenwald, Nordhausen, Dachau y otros, para morir allí martirizados. Ahora, en poder de los americanos, el campo de prisioneros de Compiègne sirve también para aprisionar y martirizar a Refugiados. Las torturas a que nos han sometido en las veinticuatro horas que llevamos en este sitio, son infames. ¿Qué nuevas vesanias cometerán aún? Aquí hay miles de prisioneros que duermen por tierra y a cielo raso. Nosotros hemos podido ocupar un local con camas de dos pisos.

Desde que estoy en el exilio he oído a los Refugiados discutir muchas veces la cuestión de saber si las pulgas y los piojos pueden convivir juntos. Yo, aunque tan experimentado como otro cualquiera en esa materia, no me había atrevido a pronunciarme hasta ahora en tan delicado asunto. Después de la pasada noche, sí. Hoy me encuentro en situación de afirmar que las pulgas y los piojos no tienen inconveniente en cohabitar en fraternal comunidad. Una hora después de acostados, en efecto, podíamos cogerlos juntos a puñados, entre las mantas, corriendo por nuestros cuerpos y desplegados por las paredes en orden de combate. Pulgas rojizas unas, negras otras, pequeñas estas, enormes aquellas, y piojos blancos, negros, pardos, velludos, sin vellos, diminutos unos y monstruosamente grandes otros.

Las chinches merecerían un capítulo aparte, de tal manera eran variadas en razas y cuantiosas en número, pero las dejo a la imaginación del lector con el fin de no hacerme interminable. A esas incomodidades me es forzoso añadir el hambre que nos hacen pasar, el trato indigno que nos dan y sobre todo el tener que convivir con los que ayer fueron nuestros enemigos y verdugos.

---

<sup>120</sup> Bergen-Belsen, en Baja Sajonia.

Una vez más hemos protestado con toda energía, a lo que nos han respondido brutalmente que en tanto seamos prisioneros de guerra tenemos que callar y obedecer, o matarán sin piedad al primero que proteste.

*15 de septiembre (1944). Compiègne*

Cuando hace algunos minutos intenté averiguar qué día es hoy (viernes), me costó un enorme trabajo el ponerlo en claro entre los setenta y ocho Refugiados que estamos aquí. Ello es debido a la abulia que se va apoderando de nosotros, a causa del hambre que nos roe las entrañas. Tan terrible y agotadora es, que se necesita el indomable valor de los Refugiados para no dejarse caer en el suelo como bestias moribundas.

Toda la comida del día 10 se compuso de un minúsculo botecito de patatas con muy poca carne, cinco galletitas y un poco de polvo para hacer limonada. El día 11 nos dieron un poco de hierba, cocida sin sal ni grasa. El día 12 nos tuvieron en ayunas hasta el mediodía. A esa hora nos sirvieron una cucharada y media de sardinas en conserva, doce gramos de grosella y un poco de té sin azúcar; por la noche nos fuimos a dormir con un poco de agua hervida y nada más. El día 13 nos dieron lo mismo. Los otros días, hasta hoy, algo parecido.

Aunque no podemos mantenernos en pie, nos hacen formar varias veces al día para contarnos y de paso propinarnos unas cuantas patadas, empujones e insultos. De tanta miseria física y moral ha surgido la práctica de un mercado negro escandaloso. Veinte cigarrillos cuestan quinientos francos, una hojita de afeitarse cuesta veinte, y así sucesivamente los objetos más inverosímiles, que en la vida normal pasan desapercibidos pero aquí se hacen de una necesidad vital...

Ayer vino una comisión de oficiales que hizo formar a los civiles de las diversas nacionalidades y les tomó declaración. Con nosotros se limitó a escuchar nuestra historia en forma colectiva, y después de unas palabras consoladoras, que al mismo tiempo querían ser evasivas, consistentes en la eterna cantinela de que “esto es transitorio y se arreglará pronto”, nos mandó romper filas sin más formalidades ni tomar apuntes.

Los más confiados de entre los Refugiados opinan que esa es una buena señal, pero a mí no me huele bien. Los americanos me están resultando demasiado comediantes y gente sin corazón para que se pueda confiar en ellos.

*21 de septiembre (1944). Compiègne*

Tan violenta y atroz es el hambre que nos consume hasta los huesos, que no la podría definir con la simple descripción del terrible vacío en el vientre y el peso

abrumador en el cerebro que sentimos. En el desconsolado malestar que produce el hambre cuando es llevada hasta este extremo, se experimenta como algo complejo, compuesto de vertiginosos vaivenes a los que viene a mezclarse esa especie de vaga euforia de consentimiento que precede a la muerte, a veces cruzada por débiles movimientos de retroceso del instinto que se agarra a la vida y se niega a desaparecer, pronto borrados para volverse a hundir en el nirvana de la voluntad que nos convida a entregarnos al descanso eterno...

En nuestros momentos de lucidez, el único tema de todas las conversaciones es la comida. Cuando hablamos de eso, el más lerdo de nosotros se convierte en un Brillat-Savarin<sup>121</sup> y confecciona las más pantagruélicas comilonas con grandes cantidades de jamón, huevos, pollos, lechón trufado y otros manjares por el estilo, cuya evocación me recuerda los tormentos de Tántalo.

Hay cerca de aquí un estercolero donde los cocineros tiran los botes vacíos, el cual está siempre lleno de esqueletos vivientes cogiéndolos y rebañándolos uno a uno con un palito o con el índice, que se llevan a la boca, una boca temblona y senil que parece tener vida propia y sufrir de un dolor particular.

Con unos días más de este régimen alimenticio, aun los más fuertes de entre nosotros quedaremos desvencijados para toda la vida.

La noche pasada asaltaron la cocina. De resultas de ello esta mañana hubo formación general, con las consiguientes groserías y malos tratos. Si no se presentan “los culpables” nos han amenazado con no darnos de comer hoy. ¡Qué ridículos, pero qué ridículos son estos americanos! ¡Cuidado que amenazarnos con quitarnos una comida que no nos dan!... A causa de esta hambre angustiada, cada día en aumento, el mercado negro se hace más y más desvergonzado. La gente ha perdido todo sentido de decencia y escrúpulo, por lo que cada uno trata de explotar la ajena necesidad en provecho propio. Un trocito de pan de unos cien gramos, forzosamente venido de las cocinas de los soldados americanos, puesto que a nosotros no nos dan, cuesta doscientos francos, o sea dos días de trabajo de un obrero normal. Tres cigarrillos cuestan cien francos. Un bote de leche condensada se puede obtener a cambio de un traje, a condición de que sea nuevo y de estambre, pues los americanos no admiten otros.

### *22 de septiembre (1944). Compiègne*

Ayer sacaron a los polacos, tanto a los civiles como a los soldados que pertenecieron al ejército alemán, para llevárselos no sabemos dónde.

<sup>121</sup> Jurista francés y autor, en 1825, del primer tratado de gastronomía titulado *Fisiología del Gusto*.

Hoy se han llevado a los franceses y a los africanos, para ser liberados por su gobierno. ¿Quién procurará por la liberación de los Refugiados, que no tienen patria ni gobierno que los reclame?...

De la marcha de la guerra no sabemos nada. De lo que pueda acontecer después de ella no hacemos ningún comentario. ¡Nada, como si no hubiera guerra alguna, de tal manera el hambre y la debilidad física estragan en el hombre tanto el cuerpo como el alma!

Tampoco podríamos comentar cosa alguna con elementos de juicio, pues aquí no entran periódicos, ni cartas, ni noticias de clase alguna. Incluso ignoramos si la prensa y la correspondencia circulan a través del país. En realidad, a juzgar por las apariencias, no estamos presos, sino secuestrados.

Hacinados en este campo, cercado por espesos muros y por una triple barrera de alambradas, todo flanqueado por altas torres de madera con reflectores y soldados armados de fusiles y ametralladoras, estamos aquí unos tres mil civiles y más de treinta mil soldados alemanes. Recibimos todos el mismo trato y racionamiento, pero si hay alguna diferencia está siempre a favor de los nazis.

De vez en cuando suena algún tiro. Hay quienes afirman que cuando eso sucede tiran sin balas, otros aseguran que tiran con balas de madera, para asustar a los que se acercan a las alambradas, y hay los más, en fin, que creen saber de cierto que tiran con balas verdaderas y que ayer hubo tres heridos.

Yo, que solamente quiero poner aquí lo presenciado por mí mismo, declaro no haberlo visto aunque sí he oído los tiros; mas el refugiado Federico Castellarnau, cuyo nombre pongo aquí con su autorización, declara haberlo visto con sus propios ojos. Además, ha presenciado cómo golpeaban salvajemente a un prisionero sin motivo justificado, por el sádico placer de pegar a un hombre indefenso. ¿Es esto la democracia?...

### *26 de septiembre (1944). Compiègne*

Ayer por la mañana, de noche aún, entraron en nuestro dormitorio dos oficiales completamente borrachos. Vinieron con las pistolas en la mano, dando gritos para que apagáramos una luz que alguien había dejado encendida, sin duda al levantarse para hacer alguna necesidad. Se dirigieron a mí, por ser yo uno de los que duerme en la entrada del local, me apoyaron sus pistolas en el pecho y me hicieron levantar. Aún no había puesto los pies en el suelo cuando uno me apretó el cañón de su pistola contra el pecho, mientras el otro me golpeaba con la suya. Los dos, como he dicho, estaban borrachos y tenían el dedo índice apoyado sobre el gatillo de sus armas. Lo que me decían, gritando, no lo entendí por no comprender el zulú que hablan, pero debía ser grosero y soez.

En todo caso era ciertamente repugnante, por los espumarajos apestando a whisky que lanzaban.

Esta tarde esos mismos oficiales, algo menos borrachos, pasaron otra vez por nuestros dormitorios con el propósito de robarnos las mantas. Yo empecé por ocultar una, pero me quitaron otra de las dos que quedaban a la vista, aunque apenas volvieron la espalda les escamoteé la que me habían “expropiado”; y así es como, a la postre, he salvado las tres, que me hacen buena falta y que además son mías, pagadas con mi dinero.

Y ahora, volviendo a la diversión favorita de los soldados rasos, debo hacer constar aquí que ayer un centinela le atravesó el brazo a un italiano de un balazo tirado a capricho. Tirado a capricho, digo, pues el prisionero no estaba en sitio prohibido. Se encontraba delante de su barraca conversando con cuatro o cinco de sus nacionales, cuando el tiro, disparado por el centinela de la torre del sur, situada a unos doscientos metros del lugar del suceso, fue tirado hiriendo al italiano como hubiera podido matar a otro cualquiera.

Por otra parte, esta mañana le ha sido traspasado el pie a un prisionero alemán por un balazo, tirado desde la misma torre que ayer y encontrándose el afectado en sitio no prohibido.

Yo juro que en todo lo que queda escrito en estos cuadernos no hay falsedad y exageración. Los setenta y ocho Refugiados que están conmigo, la lista de cuyos nombres tengo en mi poder y estoy autorizado para publicar, son testigos y afirman conmigo todo esto, sin quitar ni una tilde, después de haber oído la lectura de lo que antecede.

### *27 de septiembre (1944). Compiègne*

Los días 22, 23 y 24 nos dieron cien gramos de pan a cada uno, pero desde entonces estamos aún esperando a que nos vuelvan a dar. En lo demás, las asquerosas mixturas que ya describí antes son con lo único que nos alimentan, para mantenernos sufriendo y sin llegar a morir.

El mercado negro, en razón de la necesidad, alcanza proporciones astronómicas. Un cigarrillo cuesta cincuenta francos, y un trocito de pan como el puño he visto pagar quinientos. Ayer, uno de los guardias que sorprendió a un estra-perlista, le quitó todo el dinero que le pudo encontrar y se lo guardó para él. Acto seguido repartió los cigarrillos que le había quitado, distribuyéndolos entre los que presenciábamos el hecho, y despidió al delincuente a patadas.

Hoy otro guardia ha hecho exactamente lo mismo, pero como los proveedores del mercado negro son los mismos americanos, sería curioso saber si los dos justicieros en cuestión son de ellos, pues de ser así habría para reír de la americanada...

Debido al trato inhumano que nos hacen sufrir los americanos, de lo que eran mis compañeros hace veinte días solo queda la sombra. Quien les viera después de este tiempo transcurrido no los conocería o quedaría espantado al constatar los surcos y arrugas de esos rostros, que a los hombres de treinta años les da un aspecto de ancianos decrepitos y moribundos. Sus ojos hundidos y profundamente cercados no tienen expresión: son vidriosos como ojos de muerto. A muchos les ha empezado a blanquear los cabellos. Este desquiciamiento físico y moral nos viene, más aún que del hambre, de la desesperada sensación de locura que nos produce el vernos prisioneros de aquellos que antes de la guerra prometieron al mundo la libertad dentro de una verdadera democracia, por la que tantas veces hemos arriesgado la vida, y ahora nos tratan a nosotros mucho peor que los franceses Daladier y Pétain o que los italoalemanes de Mussolini y Hitler.

### *3 de octubre (1944). Cherbourg*

El viernes día 29, por la mañana, nos dieron la orden de formar con los equipajes para llevárenos del campo de Compiègne. Inmediatamente después del aviso se cargaron unos cuarenta camiones, la mitad de gente civil y el resto de soldados alemanes, poniéndonos en marcha cerca del mediodía.

Nuestra mísera caravana pasó por Senlis, L'Isle-Adam, Pontoise, Mantes<sup>122</sup> y Maintenon, llegando a un campo de prisioneros en Chartres completamente anochecido.

Antes de salir de Compiègne, nos suministraron un poco de sopa. Durante el resto del día no nos dieron nada. Tuvimos que pasar la noche al aire libre, con fortísimos mareos y debilidad, apelotonados unos contra otros para resguardarnos de la lluvia y del frío.

Poco antes de anochecer, en el trayecto de Compiègne a Chartres, se hizo un alto en el camino con el fin de que los prisioneros bajáramos de los camiones e hiciéramos nuestras necesidades. Los dos lados de la carretera estaban cubiertos de manzanos llenos de fruta, que nuestros guardias cogían y comían glotonamente. Tan violenta era el hambre que teníamos que algunos prisioneros, incapaces de resistir la tentación, recogieron algunas manzanas del suelo disimuladamente mientras estaban agachados. Al darse cuenta de ello, nuestros guardianes se echaron los fusiles a la cara y la emprendieron a tiros con los desgraciados hambrientos, dando muestras de divertirse mucho con el ejercicio y riendo demoníacamente. Entonces, uno de los presos, en el momento que alargaba el brazo para coger una manzana del suelo, se levantó como empujado por

---

<sup>122</sup> Se refiere a Mantes-la-Jolie o a Mantes-la-Ville, una junto a la otra.

un resorte para caer seguidamente tieso y pesado como un leño, con los ojos desencajados por el horror y con la boca desmesuradamente abierta, como si hubiera querido absorber la vida que se le escapaba del pecho, el cual se apretaba con las dos manos para tapar el agujero que las balas malditas habían abierto en él y por donde se escapaba a chorro la sangre generosa de un antifascista. Ese hecho ocurrió a pocos metros de mí, por lo que presencié en todos sus detalles el desarrollo de todo el drama abominable y crapuloso que queda descrito. ¡A ese precio se han cobrado una manzana los americanos, los “honrados” comerciantes que pretenden ser los futuros banqueros del mundo!

El sábado día 30, al amanecer, después de pasar una noche terrible al aire libre y lloviendo, sin haber comido desde las ocho de la mañana desde el día anterior, nos mandaron formar con los equipajes y nos fueron sacando por grupos de nacionalidades hasta reunirnos a todos fuera del campo, a lo largo de la carretera que va de Chartres a Maintenon.

A las dos de la tarde, marchando los civiles delante cargados con sus impedimentas, siguiendo detrás los alemanes sin ningún equipaje, rodeados todos por una multitud de guardias que llevaban el casco blanco y pintadas en negro las letras M.P. —policía militar—. Con las culatas de sus fusiles ametralladores apoyadas en el pecho y el cañón dirigido a nosotros, empezamos a andar agobiados por el hambre, titubeando a causa de la debilidad, los Refugiados sobre todo, por llevar además toda su casa a cuestas. A los tres kilómetros empezaron a caer hombres desmayados. A los cuatro kilómetros yo perdí el sentido, tras una angustia en la que creí morir, al caer rodando en tierra con mi equipaje que llevaba atado en un costal y cargado sobre mis espaldas. Solamente debí permanecer quince o veinte segundos sin conocimiento, pues al recobrar el sentido, estimulado por los culatazos que un guardia me daba en la cara, me di cuenta que otro me arrastraba y que solamente había perdido unos pasos en mi sitio de formación. Haciendo un esfuerzo sobrehumano conseguí ponerme en pie y continuar marchando, saltando por encima de los bultos de ropa y maletas que otros Refugiados habían tenido que abandonar como yo, tambaleándome, mordiendo a plenos dientes en el cerco de pasta dura y salada que se había formado en rededor de mis labios, maldiciendo a todos los antecesores que pudieron engendrar a los monstruos sin nombre que de manera tan bestial nos trataban. Todo eso ocurrió a través de calles y más calles llenas de gente engañada que se complacía en nuestro vía crucis, dando gritos de muerte al tiempo que nos lapidaba, tomándonos por colaboradores o por soldados alemanes disfrazados de civiles.

Después de arrastrarnos una larga docena de kilómetros en una marcha de pesadilla alucinante, infernal, llegamos a la estación donde nos dejamos caer en

tierra moribundos. Desgraciadamente, no pudimos llegar todos. Muchos quedaron agonizando por el camino, y uno, que también había perdido el sentido, quedó allí con los sesos desparramados en el asfalto por un tiro descerrajado a bocajarro.

¡Eso lo vi yo, lo pasé yo, lo sufrí yo! ¡Yo, y los setenta y ocho Refugiados que estaban conmigo. ¡Yo, y todos los otros prisioneros, en número de más de dos mil! ¡Yo, y los miles, muchos miles de personas de los pueblos por donde pasamos, cuyos nombres, en nuestra angustia, no pudimos averiguar, pero que están entre el campo de prisioneros de Chartres y la estación del ferrocarril de Mainte-non! ¡Y eso ocurrió, exactamente, el sábado día 30 de septiembre de 1944, desde las dos y media hasta las seis de la tarde!

Derrengados, agonizantes, permanecemos algo más de una hora echados por tierra. Durante ese tiempo, a la fatiga y la fiebre que me consumía, venía a agregarse la rabia impotente de haber perdido todo mi equipaje y con él todos mis documentos, apuntes, cartas y retratos de mi familia. Cuando nos hicieron levantar de tierra para subir en el tren, un compañero se dio cuenta y me avisó de que un poco más lejos, tirados por el suelo, había un montón de trapos, papeles y dos maletas reventadas, que parecían las mías. ¡Lo eran, en efecto! ¡Eran mis cosas, de las que solamente faltaban muy pocas prendas y sobre todo ningún papel!

De las docenas de fardos y maletas que tuvieron que ir tirando por el camino los Refugiados, a medida que rendidos no podían llevarlas ya, solamente apareció lo mío, con estas notas que estaban escondidas en un departamento disimulado en una de las dos maletas. Todo fue traído por no sé quién, camión o persona caritativa, o quizás por el misterioso destino que quiere ver leídas estas notas por alguien más que yo, para que el mundo sepa del sufrimiento de mis compañeros y así justificar el esfuerzo que me cuesta escribirlas y conservarlas a través de tantos peligros y vicisitudes... Con la alegría que es de suponer, aún en medio de tanta desgracia, cogí a puñados, como pude acuciado por los gritos de los guardias, mis pobres trapos y papeles y, ayudado por mis compañeros, subí al tren.

El vagón donde nos metieron era una plataforma descubierta, con más de cinco centímetros de polvo de carbón por el suelo, donde nos apretujaron hasta hacinar a cincuenta y ocho hombres en tan reducido espacio. Se puso el convoy en marcha, bajo una llovizna pertinaz. Con la ropa empapada por el sudor de la caminata que habíamos hecho, y con la lluvia azotándonos por la velocidad del tren, pasamos la noche tiritando de frío y en estado comatoso. Un Refugiado, más valeroso o más desesperado que nosotros, se tiró del vagón con el tren a toda marcha. Como no fue perseguido a tiros, porque pasó desapercibido, quizás haya salvado la vida si no se destrozó contra el talud de la vía.

El día 1 de octubre a las tres de la madrugada, pasamos por Le Mans; a las diez de la mañana, por Vitré. Y a las tres de la tarde llegamos a Rennes. Allí nos dieron dos botecitos de conserva a cada uno. Desde el viernes a las ocho de la mañana habíamos comido una sola vez, el sábado en Chartres, o sea cincuenta y cinco horas sin comer, y eso en unos hombres que hacía veinticuatro días que estaban sometidos a un régimen de hambre atroz.

Salimos a continuación de Rennes, pasando por Dol,<sup>123</sup> Carentan y otros cien pueblos más en ruinas, sembrados de aviones, tanques y cañones destruidos, llegando a Cherbourg ayer lunes, día 2 de octubre a las cuatro de la tarde. Hacía, pues, cuarenta y cuatro horas que habíamos subido en el tren, sin poder bajar ni movernos para hacer nuestras necesidades más perentorias. Tampoco habíamos podido beber en esas cuarenta y cuatro horas, ni en las seis que precedieron a la trágica marcha de Chartres, ni habíamos de poderlo hasta llegar a este campo.

En Cherbourg los P.M. nos entregaron a los soldados americanos y estos, tan insensibles como los anteriores, nos formaron en columna y a gritos desaforados, a empujones y a golpes de fusil nos arrastraron hasta aquí, cubriendo estos últimos siete kilómetros con más bultos y maletas y hombres desvanecidos.

Este campo, enclavado sobre una prominencia que domina sobre todo el país circundante, no tiene ninguna barraca ni abrigo. Nada que pueda resguardarnos de la lluvia que nos está calando hasta los huesos. Nada que nos pueda servir para defendernos del aire frío que sopla en fuertes rachas desde el inmenso océano, pegando a nuestros cuerpos las ropas empapadas que nos hacen temblar de frío y de fiebre. ¡Realmente se necesita toda la prodigiosa vitalidad de los Refugiados, para que no hayamos muerto ya cien veces!

Esta mañana, a la una de la madrugada, cuando dormitábamos apretados unos contra otros en el hoyo que abrimos arañando el barro con las uñas, nos hicieron levantar para tomarnos una vez más nuestra filiación. Al hacerlo protestamos, como siempre, de nuestra detención, declarando con documentos a la vista nuestra condición de Refugiados españoles antifascistas, a lo que contestaron, también como siempre, que ya lo sabían y que debíamos tener un poco más de paciencia, puesto que todo iba a quedar arreglado de un momento a otro... ¡Y aquí estamos, aguantando con paciencia el error y deseando morir para terminar de sufrir de una vez!

### *5 de octubre (1944). En otro campo de Cherbourg*

A las once de la noche de anteayer, cuando estábamos descansando agazapados en nuestro agujero, empezaron de pronto a sonar los silbatos y los gritos conmi-

<sup>123</sup> Dol-de-Bretagne.

nándonos a levantarnos para formar con los equipajes. Debido a lo intempestivo de la hora se produjo una indescriptible algarabía de gritos, juramentos, corridas, trapiés e inhábiles movimientos en la oscuridad, para recoger y empaquetar los cuatro trapos y baratijas que nos quedaban...

Un poco más tarde, alumbrados por potentes reflectores que encendieron los soldados, fuimos formando por grupos de nacionalidades y a continuación, unos detrás de otros, escoltados por un enjambre de guardias armados de fusiles ametralladores, nos pasaron a otro islote donde debíamos estar preparados para salir inmediatamente.

Dos horas después, cansados ya de esperar y viendo que no traían más gente, desplegamos las mantas para echarnos en el suelo. Inmediatamente empezaron a sonar otra vez los silbatos y a circular las órdenes mandándonos formar, por lo que volvimos a plegar las mantas palpando la oscuridad, enredados en una niebla espesa y negra como la pez. Pero cuando estábamos ya formados nos mandaron romper filas de nuevo, diciendo que no saldríamos por el momento.

Por fin, después de otras cuatro alarmas como las descritas, salimos a las cinco de la mañana, rotos de fatiga y con los nervios en tensión, con la idea fija de que no podríamos resistir el martirio de la marcha bajo la lluvia fría que había empezado a caer. Formados en trágica caravana, a paso forzado y con los ojos cegados por el sudor, hicimos, según apreciación de los más moderados, diez y ocho kilómetros hasta el sitio donde parece ser que querían embarcarnos, probablemente Inglaterra.

A la media hora de esperar al lado del barco nos hicieron formar una vez más, obligándonos a volver atrás por entre el dédalo del gran puerto de Cherbourg, con sus refugios y depósitos despanzurrados como si hubiera pasado por allí un cataclismo sísmico. Íbamos dando trapiés entre las ruinas, cayéndonos y volviéndonos a levantar, unos por un titánico esfuerzo de voluntad y otros estimulados por los culatazos de los fusiles golpeados contra nosotros a voleo. Era inhumano y vergonzoso, pues tan vandálica saña en vez de piedad provocaba el gozo y los insultos de los obreros del puerto, los cuales, tomándonos por criminales de guerra, arrojaban piedras y nos señalaban el cuello como queriendo indicar que moriríamos todos ahorcados. Al pasar por el centro de la población vimos salir de un taller de reparación a un Refugiado, vestido con el mono azul de los mecánicos cubierto de grasa.

— ¿Qué hacéis ahí? — preguntó extrañado por lo que veía. Nosotros, arrastrados por el resto de la columna, seguíamos andando al tiempo que explicábamos, a él en español y a los espectadores en francés nuestra odisea.

Entonces dicho Refugiado, a quien conocíamos muchos por haber pertenecido a la misma compañía y haber estado en los mismos campos de concentración,

empezó a dar grandes voces llamando cobardes a los americanos e incitándonos a escapar, mientras que ayudado por la multitud soliviantada atacaba a bofetadas a nuestros guardianes.

La mayoría de las mujeres, al darse cuenta de quiénes éramos y ver el estado en que nos encontrábamos, se echaron a llorar llamando criminales y asesinos a nuestros verdugos.

Los hombres y el Refugiado, blasfemando, luchaban por romper la formación por delante y por detrás del grupo de los Refugiados prisioneros, pero desgraciadamente estos se habían ido cayendo por el camino y al volverse a levantar habían quedado esparcidos a lo largo de la columna, por lo que todos los esfuerzos que se hicieron fueron al fin reprimidos por los guardias...

Y allá atrás quedó el compañero Refugiado, ciscándose con Dios y los americanos, mientras la multitud, unos batiéndose por liberarnos y otros estorbándolo con su indecisión, era poco a poco dispersada...

Y así llegamos a este campo situado en la parte más alta de los acantilados que dominan sobre Cherbourg y su puerto, por encima de los cuales se divisa el proceloso Atlántico a través del cual intentan llevársenos para cometer con nosotros yo no sé qué nuevas aberraciones e infamias.

La mayoría de los Refugiados venían con los pies destrozados y agotados, hasta el extremo de hacer los últimos pasos arrastrándose. En cuanto a mí, con las plantas de los pies levantadas por enormes ampollas, pude extraer de mi mochila una toalla y lo necesario para cambiar de ropa, rasgar y sacarme a trozos la que llevaba encima, completamente pegada al cuerpo por el sudor, darme una fricción energética y ponerme la ropa seca antes de dormirme con la idea vaga de que quizás no volvería a despertar... y que así sería mejor...

Al anoecer nos hicieron levantar para darnos una comida bastante reconfortante, e inmediatamente quedamos dormidos otra vez.

Hoy, al despertarme, vacié por tierra toda la ropa y cachivaches que he podido salvar, escogiendo lo más necesario y poniéndolo en la mochila con la intención de tirar el resto en el caso de que nos obliguen a hacer otra marcha como las anteriores. Apenas había terminado esa operación cuando empezamos a oír, una vez más, los condenados silbatos y voces de llamada: ¡Hala! ¡A prisa! ¡Todo el mundo a formar de nuevo para la marcha!... Y como si lo hicieran exprofeso, con la intención de rompernos los nervios y con ello toda iniciativa de propia voluntad y de resistencia, cuando estábamos formados dieron por centésima vez contraorden y nos mandaron volver a las tiendas de campaña, donde pude curarme los pies y, en vez de dormir como mis compañeros, hago un esfuerzo sobrehumano para redactar estas notas.

## CUARTA PARTE: ¡¡¡RULE BRITANNIA!!!

### *7 de octubre (1944). Campo del Hipódromo en Inglaterra*

Ayer, aprovechando esa hora matinal en la que la gente no ha salido aún a la calle para incorporarse a sus quehaceres, nos obligaron una vez más a formar y se nos llevaron al puerto donde nos embarcaron a toda prisa.

¿Es que temían alguna nueva intervención del pueblo para liberarnos?

Íbamos unos dos mil prisioneros, de los cuales la mitad eran alemanes y el resto civiles de distintas nacionalidades, entre ellos los setenta y dos Refugiados que quedamos de los setenta y ocho que éramos cuando salimos de Chamouilley.

Al desembarcar a las diez de la mañana en Southampton nos agruparon por nacionalidades e inmediatamente nos hicieron subir en un tren especial fuertemente custodiado, llegando aquí al anochecer. Este campo, situado en las cercanías de Londres, es un hipódromo abandonado y habilitado para campo de concentración. Está rodeado de una cantidad asombrosa de alambres espinosos, alrededor de los cuales pululan las patrullas de guardias que circulan sin cesar en todas direcciones.

Al llegar a este pudridero de hombres quedamos sorprendidos, al encontrar en el islote contigo al nuestro un centenar de Refugiados, casi todos conocidos nuestros de los campos de Gurs, Argelès, Bacarés y de la isla de Jersey, los cuales llegaron ayer y, según nos han contado, fueron cogidos en parecidas circunstancias que nosotros, habiendo padecido mucho a juzgar por el aspecto cadavérico que tienen. Como aquí no hay tiendas de campaña para todo el mundo, nosotros, que somos los últimos en haber llegado, tendremos que acostarnos al aire libre, sobre el barro pútrido con defecaciones equinas, llovisnando y con una niebla que se puede apelonar con las manos.

Esa es la noche que nos espera: fatigados, hambrientos, enfermos como estamos y con la cabeza dándonos vueltas aún por la sensación del mareo de la travesía del Canal de la Mancha, que hicimos con una mar más alborotada que una jaula de grillos.

*10 de octubre (1944). Campo 181*

Anteayer, apenas levantados, nos obligaron a formar para llevarnos a la “desinfección”. Sin el menor respeto por el humano pudor nos hicieron desnudar como Adán y Eva, menos la hoja de parra, mandándonos poner la ropa en un saco y el contenido de los bolsillos en otro lugar. Seguidamente el saco fue metido en las calderas, unos recipientes que se llenan de vapor y matan o no matan los piojos, pero dejan ciertamente la ropa arrugada, quemada e inservible. En cuanto a nuestros objetos de bolsillo, se me puede creer cuando afirmo que no quedaron en mejor estado. Todas las pitilleras, mecheros, cigarrillos y otras muchas cosas que nuestra ingeniosidad había logrado salvar de los cacos americanos, nos fueron robados por los tahúres ingleses. ¡Hasta los retratos en posesión de algunos Refugiados con la desgracia de tener una hermana, novia o esposa guapas, sufrieron el rapto por parte de estos *gentlemen* que en punto a delicadeza y honradez, por lo visto, no la ceden en nada a los americanos! A medida que registraban las carteras, con el estribillo: “este retrato me gusta, aquella señora es deliciosa, este objeto como recuerdo”, con la sonrisa a flor de labios, educados y ceremoniosos, nos las iban devolviendo completamente vacías. A algunos Refugiados que protestaron no les fueron devueltas ni vacías ni de ninguna manera. Fue tan grande el escándalo que promovimos ante tan descarada expoliación de cosas permitidas incluso a los presidiarios, que hubo necesidad de llamar a un oficial para que apaciguara los ánimos. Este, después de escuchar atentamente nuestras quejas, nos dio toda la razón; pero no se nos devolvió lo que nos habían robado.

El mismo día que nos “desinfectaron”, el domingo día 8, nos hicieron formar a las once de la noche e inmediatamente se nos llevaron a la próxima estación del ferrocarril. Un par de horas después, pasando Londres de parte a parte, llegamos a este campo, el octavo en un mes de cautiverio.

*11 de octubre (1944). Campo 181*

Este campamento está situado en los suburbios de Londres, como el anterior, pero en la parte opuesta.

A nuestra llegada nos registraron una vez más, quitándonos hasta las cucharas. Antes de empezar el registro nos advirtieron que todo aquel que tuviera dinero, fuera cual fuere la cantidad, debía declararlo y al retirárselo se le daría un recibo para devolverle la misma cantidad el día que seamos liberados. Del que se muera de aquí hasta entonces o del rédito que les producirá ese dinero, si es que lo devuelven algún día, de eso no hablaron ni una palabra.

A pesar de que nos desnudaron para operar el registro, aún hubo Refugiado que logró salvar algún dinero, otros algún que otro reloj, y así sucesivamente algunas que otras cosas más, todo con una vitalidad e inventiva tan increíbles que yo, Refugiado de tercera y en posesión —creía hasta ahora— de todas las artimañas de que nos obligan a valernos en trances como estos, no me atrevo a creer lo que he visto por mis propios ojos...

Y es que hemos corrido tanto mundo desde que estamos en el exilio, habiendo tenido que usar de tantas tretas para defendernos de todos que hoy, con la experiencia adquirida, aquellos que quieran medirse con cualquier Refugiado tienen que saber más que Lepe y Merlín juntos.

Cuando llegamos aquí, usando de una coacción indigna de los peores esbirros, nos hicieron una ficha de prisioneros de guerra exactamente igual a la de los soldados alemanes, con la sola diferencia que llevamos la mención: CIVIL.

Este campo tiene cerca de un kilómetro cuadrado y está rodeado por toneladas de alambradas. En todas partes, por fuera, se ven casas, calles, gente, autos y autobuses de dos pisos, que van y vienen con un movimiento de loca actividad. Los autobuses, los postes del alumbrado, las fachadas de las casas y todos los sitios aptos para ello, están llenos de carteles y anuncios, todos escritos en inglés, naturalmente, pero que a mí, acabado de llegar de otra nación, me hacen un efecto extraño. Aquí estamos instalados en tiendas de campaña, a doce hombres cada una, y dormimos sobre la tierra desnuda con cuatro mantas que nos han entregado. Por lo tanto, hemos mejorado considerablemente.

Al no estar este campo dividido en islotes, como todos los anteriores, vivimos juntos con muchos miles de prisioneros alemanes, dos centenares de rusos y un par de miles de civiles de las más variadas nacionalidades, entre ellos sesenta italianos. De estos, más de la mitad son hombres que han pasado de los cincuenta años, con domicilio, esposa e hijos en Francia, donde vivían como Refugiados políticos desde que Mussolini asaltó el poder.

Al llegar hace tres días al “hipódromo”, empezaron a aullar las sirenas de alarma. Cuando llegamos aquí ayer, a la una de la madrugada, fuimos saludados una vez más por una algarabía de miles de cañones que mezclaban su bronca voz a la aún menos agradable de cientos de sirenas, que añadían sus agudos silbidos unas y sus gruesos vozarrones otras, a la descomunal cacofonía que llenaba aire y tierra.

Ahora mismo, al redactar estas notas, lo hago acompañado de un ruido ensordecedor formado por los cañones, las sirenas y los V1, que hacen vibrar el aire y retemblar nuestras tiendas de campaña como si estuvieran poseídas de pavor. Esto, por consiguiente, vuelve a ser para nosotros la guerra. Otra vez la

guerra maldita, agravada con el campo de concentración y el cautiverio en un lugar donde no hay ninguna zanja, ningún abrigo para resguardarnos de los matavacas, que pasan exactamente sobre nuestras cabezas para ir a reventar a tres o cuatro kilómetros más lejos, en dirección al centro de Londres.

### *16 de octubre (1944). Campo 181*

Debido a que la comida es algo más abundante nos vamos reponiendo poco a poco, aunque aún pasamos bastante hambre.

Hace varios días que está lloviendo torrencialmente y el campo entero se ha anegado de agua que sube y sube hasta penetrar en nuestras tiendas, por lo que hoy nos han dado una colchoneta y algo de paja, con lo que ya no dormimos sobre el barro como hasta ahora. Esas colchonetas eran de necesidad vital, si se tiene en cuenta que estamos casi todos enfermos a causa de la humedad, así como también del hambre y un poco quizás del nerviosismo que producen los matavacas, algunos de los cuales han venido a explotar muy cerca de nosotros.

A pesar de eso, los americanos nos hicieron tanto que los ingleses, con todo lo que nos hacen padecer, nos parecen menos brutales y más humanos. El capitán intérprete de este campo, cuyo nombre no pongo aquí por no comprometerle, nos trata con mucha amabilidad y simpatía. En varias conversaciones que ha tenido conmigo me ha asegurado ser un incondicional de la causa republicana española; me ha aconsejado que redactemos una autobiografía colectiva dirigida al Ministerio de la Guerra, con la promesa formal de que irá personalmente a defender nuestra libertad en dicho ministerio, ante el ministro o ante quien sea necesario. Dicha biografía, terminada hace dos horas y firmada por todos, ha sido ya entregada al capitán. ¡Ahora solo queda esperar el resultado! ¿Será favorable?...

Sin negar que este paso y las gestiones que se puedan derivar de él pudieran traernos la libertad, yo, personalmente, desconfío de los ingleses como desconfié de los americanos. Ello lo fundo en que nuestra detención no puede ser achacada a error, sino a un plan de represión fraguado en alto lugar con el propósito de yugular todo avance social al terminarse la guerra; y si yo anduviera acertado en mis cálculos, nuestro secuestro no obedecería a otro motivo que al torpemente estúpido de haber sido clasificados como “rojos”. Lo cual sería aún más infame y contrario a la democracia que si nos hubieran detenido por capricho, supuesto que de otra manera no se ve en parte alguna la necesidad. Todo eso es desalentador, pues si mis deducciones fueran justas, hagamos lo que hagamos, no recobraríamos la libertad hasta el fin de la guerra. ¿Estoy equivocado?... ¡Nadie lo desea más que yo!

### *29 de octubre (1944). Campo 183*

Ayer nos cambiaron otra vez de campo. El capitán intérprete, al salir, nos acompañó hasta la puerta y al desearnos buena suerte nos aseguró que uno de estos días será llamada una comisión de entre nosotros al Ministerio de la Guerra, después de lo cual seremos liberados.

Este campamento está también en los alrededores de Londres, en un sitio que forma triángulo con los dos anteriores y a un centenar de metros del Támesis. Como el que ocupábamos antes, este campo es de una extensión enorme. Está flanqueado por altas torres de madera, en cada una de las cuales hay un guardia con una ametralladora y un potente reflector con el que por la noche explora continuamente el interior y las inmediaciones. Las alambradas, que tienen tres metros de altura por dos de espesor, están continuamente guardadas por patrullas de soldados. Por dentro está dividido en islotes, entre ellos el nuestro llamado de los “internacionales”, pero todos tienen comunicación entre sí y de unos a otros circulan a todas horas nutridas patrullas de soldados armados hasta los dientes.

Estamos instalados en siete tiendas de campaña, pequeñas y de forma cónica, a diez hombres cada una, formando el pueblo español nosotros, como otros a nuestro lado forman los pueblos yugoslavo, luxemburgués, belga, alsaciano, austriaco, italiano y otros.

### *5 de noviembre (1944). Londres*

El domingo día 1 llamaron a Salvador Rerpina,<sup>124</sup> Pedro Cuadrado,<sup>125</sup> Francisco

<sup>124</sup> Natural de Barcelona nació en 1907. Militante de la CNT, pasó a Francia durante la retirada. Capturado por los alemanes, probablemente trabajó como mano de obra esclava en la costa de Normandía. Apresado posteriormente por los aliados, fue deportado a Gran Bretaña donde estuvo internado en el campo de Kirkham. Cuando fue liberado fijó su residencia en Francia, en Bagnères de Bigorre. En 1947 asistió al segundo congreso de la MLE-CNT celebrado en Toulouse y fue secretario de la CNT de los Altos Pirineos. Falleció en Tarbes (Francia), el 3 de diciembre de 1975. *Dictionnaire des militants anarchistes*, recuperado de <http://militants-anarchistes.info/spip.php?article12170>.

<sup>125</sup> Pedro Cuadrado Hernández, natural de Montgat (Barcelona), participó en la guerra civil española y pasó a Francia donde fue internado en un campo de refugiados. Cuando los alemanes invadieron Francia huyó hacia Suiza pero fue capturado y puesto a trabajar en una fábrica subterránea cerca de París. Posteriormente fue hecho prisionero por los aliados, enviado a Inglaterra e internado en Hall o' the Hill. Cuando fue liberado se estableció en Bolton, ciudad británica cercana a Lancashire, donde falleció en enero de 2010 a los 88 años. Para más información ver *The Bolton News*, 3-VI-2015 y entrevista oral en *Imperial War Museum* <https://www.iwm.org.uk/collections/item/object/80018586>.

Trigo, Eduardo Castro<sup>126</sup> y el que esto escribe, mandándonos que nos presentáramos en la puerta del campo con nuestros equipajes. Seguidamente nos proporcionaron de ropa más decente que la que llevamos puesta, nos hicieron subir en una camioneta y nos trajeron a esta casona, situada me parece que en pleno Londres. Parece ser que se trata de una dependencia del Ministerio de la Guerra, llamada *District POW Collecting Centre*,<sup>127</sup> con más trazas de presidio que otra cosa, con sus ventanas enrejadas y la guardia que, arma al hombro, la vigila día y noche. Al llegar aquí nos tomaron la filiación y nos instalaron en una habitación del tercer piso, donde nos dieron de comer casi a voluntad.

El día 2 por la mañana nos hicieron comparecer ante una especie de tribunal compuesto de un coronel, tres capitanes, de los cuales uno actuaba de secretario, más un comandante que ejercía de intérprete. Después de asegurarse de nuestra identidad nos requirieron para que les contáramos la historia de todos nuestros compañeros en general, insistiendo para que no omitiéramos ningún detalle sobre la nuestra en particular. Una vez terminado el relato de nuestra odisea hicimos constar que cualquiera de nuestros camaradas era tan antifascista como nosotros, y que no admitiríamos privilegio ni libertad para ninguno de los cinco si no iba acompañada de la de todos los demás Refugiados. Tanto el coronel, el comandante, como los capitanes se mostraron muy campechanos y corteses con nosotros. Nos convidaron a fumar y se excusaron de nuestra detención, asegurándonos que todo era debido a un error solamente imputable al desbarajuste de la guerra. Se despidieron a continuación, diciéndonos que íbamos a ser liberados inmediatamente y que fuera se nos proporcionaría un trabajo decente, que nos permitiría ganarnos muy bien la vida mientras quisiéramos estar en Inglaterra.

Por la tarde del mismo día vino a interrogarnos una señora de unos treinta de años, rubia, guapa, hablando correctamente el castellano y, desde luego, mejor

<sup>126</sup> Eduardo Castro Viñas, natural del Sevilla. Durante la Guerra Civil participó en las batallas de Teruel y del Ebro. En noviembre de 1938 fue condecorado con la medalla del valor por sus servicios en la Defensa Contra Aeronaves (DCA) *La Vanguardia*, 12-XI-1938. Según Monferrer (2007: 95) fue comandante de la 4ª División del maquis en las Fuerzas Francesas del Interior (FFI). Exiliado en Francia estuvo internado en los campos de Argelès, Gurs, Le Barcarès, Capdenac y trabajó en la mina de Decazeville. Formó parte de la Resistencia francesa, en la Novena Brigada de Guerrilleros Españoles. Capturado por los alemanes, se escapó durante su traslado a Alemania. Formó una partida de maquis en la región de Saint-Dizier. Los aliados lo internaron en el campo de Compiègne y posteriormente fue deportado a Londres. En octubre de 1945 fue reclamado desde Francia para ser condecorado por su participación en el maquis. Liberado en 1946, se exilió en Francia. Recuperado de <https://www.ladepêche.fr/article/2016/09/29/2428539-edouardo-castro-honore-par-memoria-andando.html>.

<sup>127</sup> Centro de recolección prisioneros de guerra del distrito.

que yo el catalán. Pasamos los cinco ante ella contándole nuestra historia a insistentes requerimientos suyos, desde antes de ser engendrados hasta aquel preciso momento. Dicha señora nos dio también toda clase de excusas por lo ocurrido y nos aseguró que nuestra libertad era asunto de pocos días... Nos prometió enviarnos un poco de tabaco y ayer, efectivamente, recibimos cuarenta cajetillas de diez cigarrillos cada una.

El día 3 fuimos presentados el amigo Trigo y yo al capitán Miseria. Al entrar en su despacho, el capitán, con su silueta de ave de rapiña, se levantó ceremoniosamente y no volvió a sentarse hasta vernos bien aposentados. Aunque hablaba un francés gutural, con muchas palabras inglesas, pudimos entendernos perfectamente. Estábamos en una habitación relativamente pequeña, con las cuatro paredes cubiertas de estanterías llenas de mapas plegados. Desdoblados sobre la mesa tenía seis o siete cartas y mapas de las islas del Canal de la Mancha. Nos preguntó si teníamos inconveniente en revisar con él las obras de defensa construidas durante nuestra estancia allí, y solamente cuando le respondimos que sí sacó unos cigarrillos ofreciéndonos a fumar; tuvimos que darle fuego, en cambio, e inmediatamente nos invitó a empezar el trabajo.

Por la tarde volvimos. Al día siguiente, o sea ayer, tuvimos que volver dos veces más. Cuando una vez terminada la tarea nos dio las gracias y manifestó el deseo de obsequiarnos en recompensa de la “inestimable ayuda que habíamos prestado a la causa de los Aliados”, yo le pedí un paquete de libritos de papel de fumar. Y esta mañana, efectivamente, hemos recibido por su parte un paquete con dos libritos dentro. ¡Por eso le llamamos el capitán Miseria!

A ese buen señor, conversando sobre la manera más factible de recobrar la isla de Jersey, aún en poder de los alemanes, tuve que responderle, a preguntas precisas de su parte, que esa isla solamente podía ser tomada a condición de ser bombardeada previamente por mar y aire, dejando caer inmediatamente después un cuerpo expedicionario de mil paracaidistas ingleses. Eso, que a mí me parece lo máximo que se necesitaba para llevar a feliz término esa operación, le pareció, a él tan tacaño, ridículamente poco. Entonces, amoscado le dije:

—Mi capitán, yo afirmo que esa operación puede hacerse con éxito preparándola como le he dicho y con mil paracaidistas, sin sufrir muchas bajas en ella. Más aún, añadí mirándole muy serio a los ojos: si la población de la isla en vez de ser inglesa fuera española, yo me vería capaz de recobrarla con solamente cien paracaidistas.

—¡Y siendo inglesa?, me preguntó más serio aún.

—Siendo inglesa, le respondí, puede comunicar al Estado Mayor, hoy mismo, que yo, con quinientos de los españoles que tiene en los comandos, para-

chutados conmigo, le devuelvo la isla. Añada usted que estoy dispuesto a pagar con la vida si fracaso.

El capitán Miseria, poco acostumbrado quizás a tales generosidades, pero con toda seguridad menos tontaina de lo que aparentaba, permaneció impasible en cuanto a su rostro, pero vi brillar sus ojos de una manera muy expresiva, cuando respondió sonriendo al tiempo que nos daba la mano para despedirnos:

— Yo, señor, no puedo decidir sobre eso porque soy el más insignificante de mi Departamento... En todo caso, sí estoy autorizado para asegurarles que han prestado un servicio considerable a la causa de los Aliados. Si volvemos a tener necesidad de ustedes, no vacilaremos en recurrir a sus buenas voluntades.

### *12 de noviembre (1944). Campo 183*

Ayer por la mañana vino un oficial a visitarnos en nuestra habitación. Se presentó como por casualidad, en visita de cortesía, y después de preguntarnos si teníamos alguna queja del trato recibido durante nuestra estancia en la dependencia del Ministerio de la Guerra, nos comunicó que ese mismo día vendrían a buscarnos para volvernos a reunir con nuestros compañeros.

A las dos de la tarde, según lo prometido, vino por nosotros la misma camioneta que nos trajo. Las seguridades y excusas recibidas nos habían hecho creer que nuestros camaradas estaban ya en libertad; y que nosotros también íbamos a ser liberados e integrados a la vida normal de trabajo que se nos había prometido...

Grande fue nuestro asombro cuando vimos que se nos devolvía al mismo sitio que habíamos dejado once días antes, y nuestra rabia tremenda al encontrar a nuestros compañeros, aunque contentos de nuestra llegada, desesperados del trato inhumano que habían recibido durante nuestra ausencia.

### *20 de noviembre (1944). Campo 183*

A causa de las pésimas condiciones sanitarias de este campo, convertido en un lago pestilente con la lluvia que cae sin cesar, se han declarado muchos casos de tifus considerados muy peligrosos por la alimentación uniforme que nos dan y también a causa de nuestros alojamientos en tiendas de lona, en las que se filtra el agua por todas partes, teniendo que dormir en el barro y apretujados exactamente igual que sardinas en lata. Por tal motivo nos han aplicado una serie de inyecciones antitíficas, puestas con tan poco cuidado y en dosis tan exageradas que tenemos a la mayoría de los compañeros echados por tierra y con una fiebre capaz de matar a un buey. Me da una piedad infinita el verles con la cara macilenta y enjuta, con los ojos hundidos donde se lee una trage-

dia que sobrecoge el corazón, deseando morir con el pensamiento aunque de viva voz nos den ánimos los menos febriles, como si los enfermos fuéramos nosotros y no ellos...

Por otra parte, hace tres días, para ver si pueden apaciguar las violentas protestas que venimos haciendo desde el día que nuestra comisión regresó de Londres con unas promesas de liberación que no se cumplen, el mando inglés del campo nos pidió una declaración antifascista colectiva y firmada por cuatro o cinco en representación de todos. Inmediatamente redactamos y enviamos la siguiente:

“Los abajo firmantes, en representación de los setenta y dos exiliados españoles internados en este campo, afirman, lo juran y están dispuestos a sostenerlo con pruebas documentales, en apoyo ante quienes lo quieran comprobar, que todos son antifascistas; que ninguno de ellos perteneció a la organización Todt; que todos son civiles y que ninguno ha servido a los alemanes, ni como militar, ni con otro servicio voluntario cualquiera.

Hecha en el Campo 183, a 17 de noviembre de 1944.

Firmado: Miguel Barón, Esteban Adelantado,<sup>128</sup> Andrés Pueyo, José Rovira,<sup>129</sup> Miguel Alonso, José Ferri.”

Tanto miserable papeleo, tanta hipocresía empleada con el exclusivo fin de prolongar, con apariencias de legalidad, una detención que ellos saben que es perfectamente injusta, con la agravante de las mortíferas condiciones en que nos tiene aquí, están provocando en nosotros una irritación que puede conducirnos a un acto desesperado...

Cuando, hace veintitrés días, nos trajeron del Campo 181, contentos del cambio por lo mal que estábamos allí y por el continuo peligro de los bombardeos, quedamos espantados al ver que este era mucho peor.

Colocados también aquí en la línea de tránsito —y por consiguiente de caída— de los VI, al día siguiente de nuestra llegada, estando en un campo anexo donde nos hacen ir dos veces al día para hacernos formar y contarnos, empezaron a sonar las sirenas de alarma. Un momento después vimos aparecer, rozando los tejados, un VI que parecía estar fatigado. Al llegar encima de nuestras cabezas paró sus ronquidos y empezó a bailablear con esos movimientos oscilatorios que preceden a su caída. De pronto, impulsado yo no sé por qué

<sup>128</sup> Natural de Girona, era impresor y estaba afiliado a la CNT. *Dictionnaire des militants anarchistes*, recuperado de <http://militants-anarchistes.info/spip.php?article8484>

<sup>129</sup> El Vendrell (Tarragona), mecánico afiliado a la CNT. *Dictionnaire des militants anarchistes*, recuperado de <http://militants-anarchistes.info/spip.php?article9158>

milagro, empezó a pedorrear de nuevo, muy débilmente pero lo suficiente para ir a caer trescientos metros más lejos sobre un edificio que quedó reducido a polvo. Un poco más tarde, también muy cerca de nosotros, estalló una explosión misteriosa que de momento atribuimos al incendio de alguna fábrica de dinamita o depósito de explosivos...

Desde ese día no han parado de tirar artefactos de la misma clase, por lo que la amarga experiencia nos ha hecho comprobar que esas explosiones terribles son los V2, los cuales, encendiendo el cielo a unas trescientos metros de altura con una primera y cegadora explosión, esparcen en el espacio los fragmentos de su primer envoltorio para hacer caer en diagonal al verdadero proyectil, que al chocar en tierra deja un cráter allí donde antes habían casas habitadas.

Y es así como, entre el continuo peligro de ser reducidos a picadillo, el tifus, el hambre, las formaciones de dos y hasta tres horas que hemos de aguantar a pie firme con varios grados bajo cero, lloviendo, deficientemente abrigados y con la debilidad que se apodera de nosotros cada día más, hemos llegado al límite de la paciencia y de la desesperación.

### *1 de diciembre (1944). Campo 183*

La noche de anteayer la pasamos dando saltos epilépticos a causa de los V1 y de los V2, con los que nos rociaron durante quince horas sin interrupción. Las tiendas de campaña temblaban y el cielo estaba purpúreo por el efecto de las explosiones y los incendios.

Esta noche pasada nos dejaron algo más tranquilos, pero hace un rato empezó otra vez la traca. No lejos de aquí acaba de caer un V2, que entre un gigantesco surtidor de humo y polvo ha proyectado en el aire el grupo de casas donde ha ido a explotar. ¡Cuando pienso que en esas viviendas había criaturas y mujeres, por muy inglesas que sean, siento el corazón acongojado y las tripas se me suben a la garganta!

Este continuo ejercicio del peligro nos produce una hipersensibilidad solo comparable a la que debieron sufrir nuestros antepasados de las cavernas, cuando en cada encrucijada del bosque, en lo espeso de cada matorral y detrás de cada árbol, presentían a la fiera de la que tenían que defenderse so pena de ser desollados vivos... Y así como es de suponer que aquellos hombres, presionados bajo continua inquietud, debían tener desarrollados los sentidos de defensa, siempre dispuestos al salto de lado con la celeridad y la potencia de un tigre, también así los hemos llegado a tener nosotros. Más agudizados aún, porque, inquietados por la misma sensación de peligro que sentimos escondido detrás de cada

nube, agazapado en los pliegues de cada onda eléctrica, nuestro desasosiego es mayor y nos sentimos más sobrecogidos al saber que estamos a merced de ellos sin defensa posible. Y es esa impotencia la que nos hace sentir con más acuidad un nerviosismo... que no es miedo exactamente, por lo que no es ese sentimiento el que trato de analizar, sino el de esta súper sensibilidad elevada a lo máximo, bastante curiosa para ser estudiada.

En realidad los ingleses conocen ese fenómeno que en parecidas circunstancias debe operarse en todos los hombres, y tratan de explotarlo para unos fines particulares que el tiempo y los hechos van poniendo al descubierto, aunque estén maquiavélicamente combinados. He aquí dos muestras:

Ayer salió un grupo de cuarenta italianos, la mitad militares de Badoglio,<sup>130</sup> el resto civiles con veinticinco años de residencia en Francia y con esposa e hijos que quedaron allí, como ya dejé reseñado en otra parte. Los reunieron y les dieron a escoger entre continuar prisioneros hasta después del fin de la guerra o irse todos juntos en “libertad” vigilada, cobrando un jornal de nueve chelines por semana de trabajo, o sea lo que gana un obrero inglés en cuatro horas. Los italianos, no por espíritu esquirol sino porque están rotos moralmente, tuvieron que aceptar el trato inhumano y vergonzoso.

Igualmente, hoy han salido los yugoslavos. Eran doscientos cincuenta, entre militares y civiles, unos partidarios de Tito,<sup>131</sup> adversarios de Tito otros, pero todos antifascistas según afirman ellos. Los había de viejos, de jóvenes y algunos que eran criaturas de menos de catorce años. Tipos raros, simpáticos muchos, de toda laya y pelaje los más en lo físico y en lo moral. La mayoría venían siguiendo el mismo calvario que nosotros desde que fuimos apresados por los americanos. Estaban, pues, agotados, desechos, desmoralizados. Maduros, por consiguiente, para ser presa de los insaciables apetitos ingleses.

Hace unos días vino a visitar a esos yugoslavos una de esas comisiones que desde Londres hacen la guerra con la piel de los otros, les invitó a alistarse en las filas de ni ellos saben qué ejército, y hoy han salido todos... Todos vestidos con el uniforme del “muy glorioso ejército inglés”.

¡Si los hijos de la rubia Albión esperan a que los Refugiados, destrozados moralmente por el sufrimiento y por los peligros señalados, maduremos también

---

<sup>130</sup> Pietro Badoglio (1871-1956) fue un político y mariscal del ejército italiano que, tras sustituir a Benito Mussolini en el golpe de estado del 25 de julio de 1943, negoció la salida de Italia de la Segunda Guerra Mundial.

<sup>131</sup> Josip Broz (1892- 1980) conocido por mariscal Tito. Político y militar yugoslavo que durante la Segunda Guerra Mundial hizo frente a las fuerzas de Eje y expulsó a los alemanes del país.

lo suficiente para hacer de rompebases (sic) de trabajo, o para que nos pongamos el uniforme de Su Graciosa Majestad Churchill 1.º, se van a pisar las barbas, más largas que las de Matusalén!

### *19 de diciembre (1944). Campo 183*

Voy a transcribir a continuación una de las muchas cartas que hemos escrito y enviado por diversos conductos a todos los sitios que nos han parecido propicios, para romper el círculo infranqueable de silencio a que nos tienen sometidos:

“Señor coronel Jefe del Campo 183.

Hoy hace diez días le enviamos una carta pidiéndole nuestra libertad si se nos creía inocentes, o abogados para defendernos, si se nos juzgaba culpables.

Usted nos contestó a esa petición que seríamos liberados en el término improrrogable de diez días, pero ese plazo se ha cumplido sin que nadie sepa qué es lo que va a hacerse con nosotros.

Al salir del Campo 181 se nos prometió que una comisión de entre los nuestros sería convocada al Ministerio de la Guerra, donde se tomaría una decisión en firme sobre nuestro asunto.

Esa comisión, como usted no ignora, fue y estuvo allí once días, del 1 al 11 de noviembre, y a su regreso a este campo nos trajo la seguridad de que nuestra liberación, habiéndose reconocido que estábamos aquí por error, era una cuestión de pocos días.

Ha pasado un mes y medio y hoy, con gran desesperación por nuestra parte, continuamos prisioneros en este campo destinado a los nazis, cuando casi todos los días están saliendo hombres que ni nos pertenece ni queremos juzgar, pero sobre los que tenemos ciertamente ventaja en orden a ser liberados, nosotros que luchamos en España contra el fascismo y que, vencidos después de haber tenazmente combatido, preferimos el exilio antes que entrar en componendas con el régimen franquista.

No habiendo sido militares ni colaboradores, y habiendo participado por todos los medios a nuestro alcance a la liberación de Francia, es perfectamente injusto e indigno de un país democrático como Inglaterra el continuar reteniéndonos prisioneros, sobre todo en el sitio y en las condiciones que se nos tiene.

Le pedimos por consiguiente a usted, como jefe de este campo, se sirva tramitar al Ministerio de la Guerra o en su defecto a quien competa en Gran Bretaña, nuestro deseo de ser puestos en libertad inmediata-

mente, o nuestro envío a Francia, o bien, si se nos tiene por culpables, los abogados necesarios para que a través de ellos podamos demostrar con pruebas irrefutables que poseemos, el error sin precedentes cometido y aún no reparado.

De todo ello exigimos en consecuencia una respuesta inmediata y categórica.

Débiles somos hoy, mas si contra toda ley de equidad se continúa reteniéndonos prisioneros, la justicia de nuestra causa nos hará crecer en fuerza y nos dará la razón un día, cuando el mundo entero sepa, por nuestra pluma, por nuestra palabra y por todo cuantos medios estén a nuestro alcance, la infamia que se habrá cometido con nosotros en Inglaterra y en el pleno siglo XX.

Reciba, señor, los más respetuosos saludos de todos los españoles antifascistas de este campo.

(Aquí seguían las firmas de los setenta y dos Refugiados)  
Campo 183, a 15 de diciembre de 1944”.

A esa carta se le dio curso, abierta, con la mención: “Al señor coronel Jefe del campo N.º 183, para ser transmitida al Ministerio de la Guerra o en su defecto a quien competa en Inglaterra.” Entregada el día 15 por la mañana, el coronel nos hizo saber por su ordenanza, aquel mismo día por la tarde, que había sido enviada a su destino.

### *3 de enero de 1945. Campo 183*

!Otro año más pasado en el exilio; Este ha sido el más malo cuando debiera haber sido el mejor a causa de la liberación... ¡Buena está la “liberación” y buenos están los “liberadores” con su “democracia”!

Yo no dudo de la abnegada buena voluntad del pueblo, de todos los pueblos y de esos millones de soldados que, a más de sufrir la separación de sus hogares y la pérdida de sus modestos intereses, se hacen agujerear la piel, con la mejor buena fe del mundo, en los campos de batalla por una democracia que ellos creen de buena ley, engañados como están por sus dirigentes que los tratan en rebaño, haciéndoles ver que obran por delegación de la voluntad popular cuando en realidad los manejan por la punta de la nariz, haciéndoles batirse para mantener y afianzar los intereses creados, merced a los cuales los “grandes” y subgrandes disfrutaban, mandan y dictan como un hitlerillo cualquiera a costa de ese pueblo que por inadecuado no llega a comprender que todo eso es una farsa en la que es él quien recibe los palos. ¿Democracias las que se lo pretenden? ¡Puaf, qué asco!

Este año, con toda seguridad, traerá el fin de la guerra, en Europa por lo menos, y quién sabe si también en Asia.

Paralelamente a esos acontecimientos habrán grandes luchas y forcejeos por parte de las seudodemocracias, que intentarán imponer sus directrices conservadoras y reaccionarias contra los pueblos, que al salir de la guerra van a querer mejorar su suerte con reivindicaciones de tipo progresivo y social, tan cuantiosas por lo menos como las que les han prometido...

En España habrá cambio de régimen, o lo contrario será la demostración de que los que actualmente rigen los destinos del mundo tienen aún menos honradez de la que yo les supongo. Con todo ello, admitiendo que haya un cambio en España, me temo que sea más de nombre que de contenido. Sin embargo, el pueblo español constituye una materia plástica con la que se pueden hacer grandes cosas. ¿Se harán? Ello habría de ser contra la voluntad del Tío Sam y Compañía, cosa muy difícil si no surgen en la lucha del año venidero otros hombres de más valía que los que hemos padecido los españoles hasta hoy, en cuanto a políticos y politiqueros...

Pero, dejando aparte esas deducciones, que el tiempo se encargará de decir si son justas, volvamos al objeto principal de estos apuntes. Los alemanes han celebrado el fin del año viejo y el principio del nuevo enviándonos una lluvia de V2. Toda la noche del 31 de diciembre al 1 de enero estuvo vivamente alumbrada por las deflagraciones e incendios, retemblando la tierra y el aire bajo la presión de las explosiones de las bombas. Ayer y hoy, aunque en menos cantidad, han continuado enviándonos los regalos de muerte con los que nos obsequian el año nuevo los nazis. Conversando sobre eso ayer, un prisionero que ha venido del “hipódromo” me aseguró que hace unos días cayó allí un V2, matando a ochocientos prisioneros. Cualquiera día, si no nos sacan pronto de aquí, nos caerá uno que hará aún más carne.

Uno de nuestros tormentos, aunque no el más grande, es el de no poder fumar. Como desde que entramos en los campos ingleses nos fueron retirados todos los objetos y el dinero que pudimos salvar de los americanos, ahora no podemos adquirir ninguna de esas pequeñas cosas tan necesarias a todos los prisioneros, como tabaco, papel de fumar, fósforos, pasta para los dientes, hilo y agujas para coser y otras cien de las cuales no tenemos ninguna.

De tanta necesidad y miseria se aprovechan los ingleses, dando suelta a sus instintos de rapiña. Así, todas las prendas de vestir que como cosa imprescindible nos dan en la intendencia, pasan infaliblemente a manos de nuestros guardianes. Por un par de guantes de lana, nos dan ocho cigarrillos; por una buena toalla, nos dan seis; por unos zapatos sin estrenar, nos dan cuarenta y cinco; por

una camisa, quince: por un pañuelo, tres; por un cepillo, cuatro; y tan desnudos nos han dejado por el ansia que sentimos de fumar que muchos andamos sin camisa y sin zapatos, pisando por entre la nieve.

Como desde hace algún tiempo nos obligan, arma al brazo, a ir a trabajar en la limpieza del campo, en la intendencia y a los depósitos de material diverso, cada refugiado se ha provisto de una cajita de latón en la que guarda preciosamente las colillas que tiran los soldados. Removiendo la nieve solemos encontrar también alguna de esas cosillas, pero donde recolectamos la mayor cosecha de ellas es en las charcas pestilentes de agua y orín, donde nadan desesperadamente en espera del Refugiado salvador. Si por desventura, a fin de resistencia, se ahoga alguna, también sacamos los cadáveres del fondo miasmático de las charcas, y después, al llegar a nuestras tiendas de campaña, las torramos hasta dejarlas en condiciones de ser fumadas. ¡Ese es el único momento optimista y hasta alegre de toda la jornada!

### *21 de enero (1945). Campo 183*

Hay en mi tienda un refugiado andaluz, gracioso como él solo, honesto y bondadoso como el que más. Ese compañero únicamente pierde los estribos cuando los de rompe y rasga nos ponemos a cantar el “himno del Refugiado”, que en esta circunstancia es la “canción del betunero” de no sé qué zarzuela barata. Se pone fuera de sí, porque apenas nuestras desentonadas voces se elevan en el plumizo cielo londinense, responden como un eco las sirenas de alarma y el estruendo de las explosiones. No falla eso nunca, por lo que el buenazo de José Rabaneda, tan pronto oye las primeras notas del “Himno”, empieza a tratarnos de malajes y a acusarnos de querer “aceciná a toós”. Tal es la hinchá que le tiene al “himno” en cuestión, que el pobre sacrifica de vez en cuando alguna colilla para aplacar nuestras ganas de cantar...

Ayer tuve que venderle a un anciano, por unos cigarrillos, mi escasa ración de pan y margarina. Después de haber vendido toda la ropa que tenía, ahora me veo obligado a privarme de una parte de mi comida, para poder echar un cigarrillo de vez en cuando.

En los otros islotes, casi todos habitados por nazis declarados, se suelen repartir cigarrillos y algunas otras cosillas, en tanto que sus compinches, desde el norte de Francia y desde Holanda, continúan bombardeando Londres con sus máquinas diabólicas.

Yo sé muy bien que, con la vida humillante que nos imponen los ingleses, que la más elemental dignidad aconsejaría declararnos en huelga del hambre, en rebeldía a trancazos, en lucha a muerte, antes que soportar tantas vejacio-

nes e infamias. Pero por poco que observe a mis compañeros se nota enseguida que están gastados, sin los resortes físicos y morales que se necesitaría para emprender tales acciones, las únicas que por el momento nos podrían liberar... de una o de otra manera. ¡Forzoso es, por consiguiente, dejar las cosas como están ahora y limitarnos a esperar. Siempre esperar... ¡hasta que nos volvamos locos!

*17 de febrero (1945). Campo 186*

¡Otra vez nos han cambiado de campo!

Ayer, a las once de la mañana, dieron de pronto la orden de formar con los equipajes, nos hicieron subir en unos camiones y nos llevaron a la más próxima estación del ferrocarril. Allí subimos en un tren militar y después de dos horas de marcha llegamos a Colchester, la población más populosa y bonita que he visto en Inglaterra, sin contar a Londres. Los seis kilómetros que nos separan de dicha población, los hicimos también en camiones.

Este campo, aún más grande que los anteriores, también está rodeado por una triple línea de espesas alambradas, con altas torres de madera desde las cuales vigilan los soldados ingleses armados con fusiles ametralladores. Al llegar nos enteramos, con la consternación que es de suponer, que este campamento es especial para los nazis más peligrosos. Hasta ahora habíamos vestido nuestra propia ropa de civil. Ayer, al entrar aquí, nos obligaron a desnudarnos y a ponernos el mismo uniforme que llevan los prisioneros alemanes.

Tan pronto llegamos el coronel, asistido de un capitán intérprete, nos hizo formar en mitad del campo y nos espetó un rimbombante discurso, hablándonos de disciplina y de severos castigos en el mismo tono que si se hubiera dirigido a criminales empedernidos. Tales son las sevicias que se han cometido contra nosotros, que todos mis compañeros, de acuerdo conmigo, las declaran inhumanas y canallescas hasta para ser aplicadas a los nazis culpables de crímenes de guerra. Algunos de mis amigos, por negarse a trocar su indumentaria civil por el infamante uniforme que llevan los SS prisioneros, han sido literalmente molidos a palos. A mí, porque me opuse a ser despojado de una minúscula cadenita de plata, recuerdo de mi familia, me aplicaron sobre el cuello la punta de un acerado puñal y me la sacaron a trozos de entre las manos.

En el momento de redactar estas notas, todos mis compañeros están echados por tierra en el interior de las tiendas de campaña. La inmensidad de nuestra agonía se refleja en sus rostros exangües, con rasgos de trágica crudeza. Si muere alguno o morimos todos a consecuencia de los bárbaros procedimientos que aplican contra nosotros los ingleses, legamos a nuestros hijos en particular,

y a todos los hombres con sentimientos humanos, en general, el cuidado de vengarnos... En cuanto a mí, que siempre pugué por ideas generosas y jamás por innobles apetitos, soy enemigo de toda medida de venganza. Pero cuando se es vilipendiado, escarnecido, pisoteado en lo físico y en lo moral como lo somos nosotros, entonces, por ética, por altruismo e higiene social, entiendo que tales actos de vandalismo, sádicamente atroces, deben ser por lo menos denunciados al mundo, sobre todo cuando son cometidos por un avispero de piratas como los que campan sobre el pueblo inglés, deshonorándolo con una carátula de democracia más falsa que Judas Iscariote.

*6 de marzo (1945). Campo 186*

El día 21 de febrero enviamos la siguiente carta:

“Cruz Roja Internacional. Ginebra. Suiza.

Setenta y dos españoles civiles, antifascistas, se encuentran internados en un campo de prisioneros en Inglaterra, recibiendo el mismo trato que los nazis.

En la guerra civil de España tuvimos que combatir a Franco, declarado en rebelión contra los legítimos poderes de la República, por lo que hemos sido los primeros campeones de Europa en la batalla de las democracias contra el fascismo.

Cuando agobiados de enemigos perdimos la guerra, tuvimos que refugiarnos en Francia, donde fuimos entregados a los alemanes por el gobierno de Vichy al ser ocupado dicho país.

Al ser liberada Francia y liberados nosotros con ella, los americanos nos prometieron reintegrarnos a los diversos sitios donde teníamos familiares o amigos, pero cuando nos presentamos, en vez de enviarnos a los lugares libremente escogidos, fuimos aprisionados con engaño e internados con los prisioneros de guerra, y más tarde entregados a los ingleses.

Si existe en el mundo humanidad y justicia, estamos confiados en que vendrán en nuestra ayuda. Pedimos, angustiosamente, una comisión que venga investigar lo que denunciamos, pues tenemos documentos y pruebas escritas que atestiguan lo que decimos.

Campo N.º 186, a 21 de febrero de 1945.

En nombre de los setenta y dos españoles, civiles y antifascistas, injustamente internados en este campo, firmado: José Ferri”.

El mismo día enviamos al jefe del campo esta otra:

“Señor comandante jefe del Campo N.º 186.

En nombre de todos los españoles retenidos en este campo, me permito, por la presente, en llamar su atención sobre el hecho de que es extremadamente penoso para nosotros estar internados en un campo exclusivamente para nazis alemanes, siendo españoles civiles que tomamos parte en la guerra de España al lado del gobierno legal de la República, y por consiguiente enemigos jurados del nazifascismo.

Supuesto que usted no ignora que en el Ministerio de la Guerra se nos reconoció como no culpables y se nos prometió la liberación inmediata, al rogarle por justicia que haga las diligencias necesarias a nuestra liberación, le hacemos notar al mismo tiempo, por medida de seguridad, nuestro deseo de ser separados del lado de los alemanes.

Reciba atentos saludos, por los setenta y dos españoles civiles y antifascistas de este campo:

José Ferri”

Esas dos cartas fueron escritas en francés y firmadas por mí, debido a la disciplina carcelaria que no permite ninguna manifestación en grupo y que nos obligó a nombrar un “jefe” de los españoles, con la amenaza de que nos impondrían uno alemán si no lo hacíamos, y esa “jefatura” recayó sobre mí por elección de mis compañeros.

Tres días después de haber enviado esa última carta, fui llamado por el jefe del campo. Cuando estuve en su presencia me largó una homilía idéntica a la que nos espetó el primer día de nuestra llegada a este campo. Al final me afirmó, como resumen, que nosotros somos legalmente prisioneros de guerra en virtud del párrafo 8 de no sé qué artículo de la Convención de Ginebra, la cual permite que se aprisione a todo no beligerante cogido en zona de combate. A continuación, muy satisfecho de su discurso, añadió que en consecuencia seremos guardados como prisioneros y castigados como tales si no somos disciplinados y obedientes. Aún tuvo el cinismo de añadir:

—Puesto que en Francia no los quieren e Inglaterra tampoco los puede admitir, deben darse por felices de tener cobijo y sustento asegurados, viendo salir todos los días el sol aún estando prisioneros con los nazis, puesto que si los ingleses no fuéramos tan buena gente y les entregáramos a Franco, éste les mandaría fusilar con toda probabilidad.

Dijo algunas otras estupideces por el mismo estilo, y aquí hubiera terminado la entrevista si hubiera logrado apabullarme como sin duda era su propósito. No salió, sin embargo, tan barato como él pensaba. Le contesté punto por punto como se merecía, haciéndole saber quiénes somos y los servicios que llevamos prestados a la democracia. Le referí los pormenores de nuestra estancia en las dependencias del Ministerio de la Guerra y la promesa formal que nos habían dado allí de liberarnos inmediatamente, y terminé afirmándole, en nombre de todos, que preferíamos ser fusilados por Franco antes que ser humillados como lo habíamos sido por los americanos y como lo estábamos siendo por los ingleses... Cuando di cuenta a mis compañeros de lo ocurrido, estos me aprobaron por unanimidad.

Y para terminar con la fecha de hoy, voy a añadir algunos detalles sobre lo que ocurre en nuestro derredor que nos toca más de cerca. Aquí, como he dicho repetidamente ya, no hay más que nazis. Ahora bien, con todo lo criminales que fueron, y no seré yo quien lo niegue, con nosotros se llevan de una manera correctísima. Desde el primer día, en todos los campos donde tuvimos que convivir con ellos, al saber quiénes éramos nos trataron siempre con una educación y unos miramientos que nos chocaron siempre al contrastarlos con los recibidos por parte de los americanos y de los ingleses. Eso no parecerá digamos ortodoxo ni consecuente por parte de quién como yo lleva tanto sufrido a causa del nazi-fascismo, pero es así y debo esa justicia a las buenas prevenciones que tuvieron y tienen para con nosotros en todos los campos donde hemos tenido que estar juntos, y por eso lo hago constar.

En este campo se hace trabajar a todo el mundo, y la mayoría de los presos están instalados en tiendas de campaña. El trabajo consiste en la construcción de casitas alineadas por calles, que vamos ocupando a razón de treinta y seis hombres cada una a medida que quedan terminadas. Una vez edificado todo el campo nos lo harán evacuar y quedará como cuartel para la tropa, donde podrán acantonar de cuarenta a cincuenta mil soldados y oficiales; todo ello para la próxima guerra y construido casi de balde.

Aunque mis principales esfuerzos han consistido en conseguir que los españoles seamos eximidos del trabajo forzado, solamente he logrado mi empeño a medias. De esa manera, hay un equipo de treinta y seis Refugiados que trabajan, recibiendo por ocho horas de diario penar la vergonzosa paga de seis peniques por jornada, o sea tres chelines por semana de cuarenta y ocho horas, con lo que se pueden comprar veintiséis cigarrillos de la peor calidad, y eso solamente cuando los hay en la mal servida cantina del campo. Salvo una docena que son voluntarios, porque ese trabajo les distrae, según ellos, todos los demás compañeros son rigurosamente relevados por lista y por semana.

Al resto de los Refugiados se pretende emplearlos en pequeñas chapuzas de limpieza del campo, pero ellos se hacen los remolones y se las ingenian para no hacer trabajo alguno. Naturalmente yo empleo toda mi "autoridad" en salvarlos de todo mal tropiezo en esas pequeñas combinaciones, viviendo, por ese lado, todos contentos y satisfechos.

### *15 de marzo (1945). Campo 186*

Ayer vino un oficial de no sé qué "comisión interaliada" para interrogar a algunos grupos que hay aquí de belgas, holandeses, alsacianos y otros. El primer grupo interrogado fue el de los Refugiados, y de ellos el primero yo. A petición de mis compañeros hice de intérprete, por lo que pude asistir al desarrollo de toda la farsa, que se limitó a las tres siguientes preguntas: "¿Es usted español? ¿Es demócrata? ¿Es civil?" Todos, naturalmente, respondimos afirmativamente.

Como hoy continuaba dicho oficial interrogando a los otros grupos, le pedí una audiencia que me concedió inmediatamente. En ella le expuse en detalle nuestra historia, lo injusto de nuestra detención y lo desmoralizante que es para nosotros el estar conviviendo con los nazis. Me respondió que nos sobraba razón en nuestras quejas. Me dijo que en los diversos campos de prisioneros de Gran Bretaña hay más de dos mil Refugiados en la misma situación que nosotros. Continué diciéndome que el Gobierno inglés sabe perfectamente que somos demócratas y que nuestro sitio no es este, pero que la guerra trae dificultades que ellos, incluso con la mejor voluntad, a veces no pueden evitar. Añadió que Inglaterra ha reconocido al Gobierno de Franco y que este podría interpretar nuestra liberación como un acto de hostilidad. Que, por otra parte, no disponen de los transportes necesarios para devolvernos a Francia... Me dijo aún que haría lo posible para mejorar nuestra situación y que, en fin, habiendo tenido el suficiente valor para aguantar durante los ocho años que llevamos de vida anormal, debíamos tener paciencia tres meses más, pues debido a que los aliados tienen la inquebrantable voluntad de arrojar del poder a Franco, solamente ese tiempo tardaríamos en poder regresar a nuestro país.

Cuando le pedí que se nos permitiera ponernos en contacto con los dirigentes de las organizaciones antifascistas de españoles en Gran Bretaña me respondió que ello era imposible, porque dichas organizaciones actúan con la benevolencia pero no con la aprobación del gobierno inglés y dar curso a nuestra petición pondría en dificultades las buenas relaciones con el gobierno de Franco... Aún insistió en que se ocuparía activamente en nuestro favor, y aquí terminó la entrevista.

Fueron dos horas durísimas para mí, debido al esfuerzo que tuve que hacer con el fin de sacar el mejor partido posible de la situación. Fueron duras también, sobre todo, a causa de lo que me tuve que violentar para sonreír, para mostrarme “correcto y amable”, cuando tenía impulsos irresistibles de morderle y de llamarle farsante y otras cosas más, solamente buenas para serle dichas a él cara a cara, no para ser escritas aquí.

### *23 de marzo (1945). Campo 186*

Anteayer, serían las 9 de la mañana, empezaron de pronto a sonar las trompetas de llamada. Como eso era anormal, cundió la alarma por todo el campo y corrimos todos a formar en el sitio en que lo hacemos dos veces cada día, cuando se procede a contarnos. Cuando nos tuvieron bien alineados empezaron a entrar en el campo todo un enjambre de pelotones de guardias, armados como si fueran a entrar en combate contra un enemigo diez veces superior, los cuales nos registraron, uno a uno, a los quince mil prisioneros que estamos aquí. Después registraron también las barracas, así como nuestros equipajes y camas, llevándose un camión cargado hasta los topes de todas las pequeñeces que nos robaron, tales como tinteros, hojas de afeitar, cepillos para los dientes... y así sucesivamente. ¡Fue un acto de provocación incalificable, tan innecesario como inútil!

Por otra parte, ayer recibí un aviso conminándome a comparecer hoy en la puerta del campo. Tan pronto llegué y me di a conocer, fui rodeado por cuatro soldados y un sargento armados con fusiles ametralladores. Es posible que les hubieran dicho que yo era un individuo peligroso, pues me apuntaron al pecho con sus armas mientras me llevaban al pretorio del campamento, donde me esperaba el jefe asistido de dos capitanes constituidos en tribunal. Me obligaron a entrar marcando el paso, con la más solevante y ridícula teatralidad, y una vez ante ellos el coronel, tosiendo como lo hubiera podido hacer un personaje bufo de sainete, me endilgó uno de los discursos a que es tan aficionado. Con tanta convicción se expresaba, que oyéndole tuve que despedirme mentalmente de mis familiares y amigos, pues a medida que avanzaba en su peroración crecía en mí la convicción de que iba a ser fusilado incontinenti. Al final de todo ello me hizo saber que el juicio a que me estaba sometiendo era debido al grandísimo delito de haber enviado una carta a la Cruz Roja Internacional, y haberla puesto en el buzón del campo sin habérsela enviado antes a él, traducida al inglés y solicitando su permiso para darle curso. Diciendo eso sacó triunfalmente de un legajo de papeles el cuerpo del delito, la carta que envié del día 21 de febrero, y poniéndomela delante de las narices, con trémolos melodramáticos me dijo que la iba a

destruir y que me diera por escarmentado para lo sucesivo. Me perdonó después la vida, nos mandó a continuación dar media vuelta a los soldados y a mí, con lo que salimos marcando el paso de la oca a la manera inglesa, que es aún más patosa y ridícula que la alemana.

¡Y aquí estoy, en mi barraca, no sabiendo si echarme a llorar de rabia concentrada, o si ponerme a reír como loco al recuerdo de ese anormal que tenemos por jefe de campo, con más medallas y colgajos que el ventrudo Göring, y con más malvada imbecilidad que cualquier militar de su clase!

### *30 de marzo (1945). Campo 186*

Hoy es Viernes de Pasión. Desde el amanecer de esta mañana zumban a miles los aviones. Saliendo de todos los aeródromos de Inglaterra convergen con sus cuerpos atiborrados de bombas mortíferas en dirección a Alemania, de la que después de esta guerra no quedarán más que cuerpos carbonizados, hierro retorcido y ruinas calcinadas.

El Redentor, si no es el resultado de un mito, debe mirar con infinita tristeza a las estúpidas criaturas que Él quiso salvar a costa de su propio sacrificio. “Paz en la tierra y en el cielo a los hombres de buena voluntad” dijo, según las Sagradas Escrituras, y los que se llaman sus representantes en la tierra no solamente no protestan de ver el signo de la Redención, la cruz, en el mango de las bayonetas, en la empuñadura de las espadas y en la carlinga de los aviones, sino que bendicen a esos horrendos mensajeros de muerte haciéndose cómplices y secuaces del Mal, impulsados por los más nefandos apetitos y por un orgullo desmedido. Y las siluetas de todos esos hombres nefastos y las sombras de todas esas cruces que han llegado a ser el signo de la maldición, tal como las han dejado de envilecidas y deshonoradas, pesan abrumadoramente sobre las doloridas espaldas del Cristo-Pueblo, que gime y sufre y trabaja aplastado bajo las noticias y la maldad de todos esos, Judas unos, Pilatos otros, que se llaman a sí mismos prudentes conductores de almas y doctos mentores de naciones... Rememorando ese calvario de siglos y más siglos que minuto tras minuto vamos subiendo, siempre empujado, siempre sangriento y desconsolador, mi corazón se contrae dolorosamente con la angustia de esa trágica Pasión...

Hoy no se trabaja en nuestro campo. Hoy se celebra fiesta. Cuatro días de fiesta. Quiérase hacer creer que se honra el holocausto del Salvador, pero si los brazos del santo trabajo huelgan, las cabezas de los fariseos trabajan, combinan, completan y cambalachean con el solo y exclusivo fin de obligar al Cristo-Pueblo a continuar arrastrando el pésimo Madero, que es para él la infame

organización social que le impusieron y que parece aún lejos de poder apartar de sí, marcado con el I.N.R. del desprecio, de la hipocresía y de la falsedad. Viernes de Pasión...

¡Qué importa!... ! El sol, a pesar de todo y en este país de nieblas, hoy luce claro, en una atmósfera transparente, bajo un cielo de color añil con efluvios de calor, tenues aún, pero que anuncian la próxima primavera! Y si desde aquí no se ven más que rostros tristes, pútrido barro y alambradas hostiles, en cambio las primeras flores del año se adivinan a través de esas ramas de manzano que unos prisioneros acaban de traer, cuyas yemas pugnan por convertirse en brotes que pronto se transformarán en rositas de tonos policromos y en hojas del más brillante color de esperanza... ¡Si hoy tan solo es viernes de Pasión, mañana será sábado de Resurrección y pasado mañana será la Pascua de la vida y de las flores! ¡Canten, pues, hosanna los hombres! ¡Dense, en la frente sin mácula de pecado ni de aviesa intención, el ósculo de paz y de amor que la Naturaleza reclama! ¡Un solo enemigo para todos los seres humanos: el mal! Una sola ambición por encima de todas las cosas: ¡Venga, venga pronto, saludada con palmas y ramos de olivo, esa Pascua de la humana esperanza, de la suprema Redención!...

*27 de abril (1945). Kirkham*

¡Otro cambio de campo! ¡Otro sorbo de amargo brebaje que nos hacen tragar sistemáticamente y que habremos de apurar hasta la hiel!

Fue el día 24 cuando recibimos el aviso de que íbamos a ser trasladados del Campo 186 al 168. Como preparativo preliminar, cosa que no había ocurrido en ningún campamento anterior, el día 25 nos hicieron pasar revista médica y de prendas. Y ayer, día 26, a las cuatro de la madrugada, emprendimos a pie, con el petate a cuestas, los seis kilómetros que hay del Campo 186 a Colchester.

Fue como una fiesta para nosotros, pues por el camino tuvimos la rara y feliz oportunidad de llenarnos los bolsillos con la gran cantidad de colillas de cigarrillos que pudimos encontrar. Llegamos a la estación ya bien amanecido el día, subiendo inmediatamente en el tren que salió a las seis y treinta de la mañana. Como los dos camaradas que teníamos en el hospital habían podido incorporarse a nosotros, íbamos los setenta y dos Refugiados al completo. El oficial que mandaba el pelotón de guardia que nos custodiaba parecía una excelente persona, y al no consentir que se nos maltratara aquello fue para nosotros como un agradable paseo. El tren, cruzando casi toda Inglaterra de parte a parte, tragaba los kilómetros con glotona velocidad. Atravesando sem-

bradas llanuras, grandes y pequeños ríos, populosas ciudades y lindos pueblecitos con casitas construidas a base de ladrillos multicolores en los que dominaba el rojo, llegamos a este campo, en un viaje rápido, serían las siete y treinta a la tarde.

Enclavado no lejos de Escocia, entre Bristol y Mánchester frente al mar de Irlanda, este campamento está situado dentro de Kirkham, un pueblo grande campesino y tristón. Ocupamos una antigua fábrica abandonada, enorme y renegrida, que muestra por encima de su cuarto piso una gran chimenea cayéndose en ruinas. Dicha fábrica tiene un patio plantado de manzanos escrofulosos, por donde pasa un pequeño canal de agua cenagosa cuya entrada y salida está obturada por fuertes barras de hierro. El canal, el patio y el caserón son inexpugnables, rodeados como están por una triple línea de alambradas flanqueadas por armatostes de madera de seis metros de altura, desde los cuales, durante el día con fusiles ametralladores con los que no dejan de apuntarnos, reforzados por la noche con potentes reflectores, barren el patio y el caserón con un haz de luz fluorescente los soldados ingleses, que velan sobre nosotros con tanta o más precaución que en zonas de combate frente al enemigo.

En este campo hemos vuelto a encontrar, con gran alegría por ambas partes, al grupo compuesto de un centenar de Refugiados que nos cruzamos en el “hipódromo” el mismo día de nuestra llegada a Inglaterra. Fueron cogidos en la región de Calais, en Dieppe y en otros sitios, en circunstancias que difieren poco de las nuestras. La impresión que traen esos compañeros es más optimista que la nuestra. Afirman, aunque sin apoyarlo con razones valederas, que van a ser traídos aquí el resto de los Refugiados que hay prisioneros en Inglaterra, para liberarnos a todos juntos. También ellos han escrito a diferentes sitios, pero aún con menos resultado que nosotros. A pesar de ello están convencidos de que las organizaciones antifascistas, que sin duda deben tener los Refugiados de Londres, saben o sabrán de un momento a otro nuestra existencia y acudirán en nuestra ayuda.

Yo no dudo tampoco de ello, porque cuando por encima de los individuos entran en juego las ideas, el interés colectivo y el espíritu de grupo —y todos los Refugiados del mundo formamos un grupo afín indestructible—, entonces entra en acción la solidaridad, una solidaridad incondicional, absolutamente fraterna y admirable preñada de fe y de abnegación. Pero... ¿llegarán nuestros hermanos menos infortunados a conocer nuestra situación antes de que ocurra algo irreparable?

*8 de mayo (1945). Kirkham*

Hoy, a las doce y un minuto de la madrugada, se ha dado por terminada la guerra en Europa. Y ese enorme acontecimiento que con tanta ansia habíamos esperado durante años y años, nos ha sobrecogido el corazón al sorprendernos en el sitio y en la situación en que nos encontramos.

A pesar de todo, celebrando el magno acontecimiento, hemos enviado telegramas de felicitación al Gobierno inglés, a los embajadores de Francia, México y América del Norte; y hace un cuarto de hora hemos terminado un festival a base de cantos, recitación de versos y una charla apropiada que he pronunciado yo, que he terminado con estas palabras: “La guerra capitalista acaba de terminar, la guerra social empieza desde ahora. ¿Estaremos los obreros a la altura de la misión que la Historia nos tiene reservada?”. El reseñado festival ha resultado bastante bien y nos ha hecho olvidar nuestra tragedia durante dos horas.

Y ahora, volviendo a enhebrar el hilo de nuestro relato, haré constar que hace cuatro días trajeron otro grupo de Refugiados, todos apresados como nosotros y habiendo pasado por idénticos malos tratos. Esos compañeros, al llegar aquí, fueron despojados de cuanto tenía, así como maltratados de palabras y de hechos.

Al llegar nosotros a este campo lo encontramos ocupado por una cuarentena de alemanes, todos enchufados en las cocinas, en la enfermería y en las otras dependencias de la administración. También había un centenar de austríacos, rumanos y búlgaros, todos pertenecientes al ejército alemán y la mayoría vistiendo aún ese uniforme.

Aquí se obliga a trabajar a todo el mundo y si dan alguna paga será de seis pences diarios, o sea el equivalente a cuatro cigarrillos.

Debido a que desde el primer día de nuestra llegada veníamos solicitando al jefe del campo para una entrevista, ayer, por fin, fuimos autorizados a presentarnos ante él una comisión que fue a hablarle en nombre de los ciento noventa y un Refugiados que a esta hora somos en total. A la exposición que le hicimos de nuestra historia y de nuestras quejas nos respondió con buenas palabras y más o menos vagas promesas, como todos, con el fin de ganar tiempo.

—No duden del interés que estoy dispuesto a tomar en conseguir la libertad de todos ustedes, pero en tanto que llega —nos dijo— deben tener en cuenta que han sido confiados a mí como prisioneros de guerra y con el encargo de guardarles como tales. Es, por consiguiente, de interés para ustedes y para mí el que persuadan a sus compañeros, para que observen y acaten todas

las reglas de la disciplina que como soldado estoy obligado a hacer respetar... En cambio, yo les prometo emplear todo mi crédito y actividad para que salgan cuanto antes de esta situación, que yo soy el primero en deplorar.

¡Me parece que Falstaff, Maquiavelo y Tartufo, reunidos detrás de las candilejas, no representarían su papel mejor que ese bendito oficial que el Ministerio de la Guerra nos ha dado!...

### *19 de mayo (1945). Kirkham*

Hace seis días llegó una expedición de setecientos prisioneros. Son húngaros y rumanos de los ejércitos que se batieron últimamente por el lado de los montes Cárpatos. Aunque los hay de todas las edades, la mayoría son muchachos, rapazueros de dieciséis años y menos aún. Es seguro que muchos de ellos habrán llamado a sus madres, llorando como chicos que son, en los pocos días que han debido tener de contacto con la guerra bestial, felizmente ya terminada pero cuyas consecuencias continuamos sufriendo todos con tan extremado rigor. Si esos lamentables desechos humanos pudieran ser vistos por sus desconsoladas madres, no hay duda de que sentirían sus corazones traspasados por las siete dagas del dolor, de tal manera esas criaturas están tristes, agobiadas, atónicas, con unos ojos extraviados en los que quedó impresa la locura de la guerra en su forma más violenta. Viendo como están de esqueléticos y agotados, mi ser físico se rebela y mi espíritu siente el irrefrenable impulso de imprecicar, de insultar, de escupir... ¿A quién?... ¿A quiénes?...

### *27 de mayo (1945). Kirkham*

Anteayer llegó otro grupo de Refugiados procedentes de Guernesey, donde estaban prisioneros.

Cuando hace un mes se preparaban los ingleses a desembarcar en las islas del Canal de la Mancha, los alemanes de la organización Todt, bajo cuyo látigo trabajaban los Refugiados en cuestión, metieron a buen recaudo dentro de las alambradas y escondieron sus fusiles, excepto unos cuantos para hacer guardia, esperando a continuación tranquilamente la llegada de los "liberadores".

Ahora bien, al tomar estos posesión de Guernesey, armaron otra vez a un fuerte grupo de alemanes y les dieron el encargo de continuar ejerciendo vigilancia sobre los Refugiados, esta vez por cuenta de los "demócratas". Este hecho que denuncio es exacto, sin exageración, la verdad pura y llana, jurada por los veintinueve afectados que tengo a la vista, entre los cuales se encuentran

hombres tan dignos de crédito como son Cándido Barrera<sup>132</sup> y Pedro Gauso Álvarez,<sup>133</sup> ambos miembros del Partido Socialista Español y de la UGT, así como los conocidos militantes del Partido Comunista, los hermanos Pedro y Santiago Bravo, a los que puedo añadir también los dos apreciados militantes de la CNT y del movimiento libertario, Antonio Cortés<sup>134</sup> y Antonio Postigo,<sup>135</sup> y aún podría agregar, si no temiera hacer demasiado tediosa esta lista, a muy buenos y solventes republicanos como el amigo Santiago Sabater,<sup>136</sup> que también se encuentra entre este grupo de Refugiados.

---

<sup>132</sup> Cándido Barrera Gusano, natural de Guadalcanal, partido judicial de Cazalla de la Sierra (Sevilla), donde nace el 13 de octubre de 1905. De joven fue guarnicionero y estuvo afiliado a la UGT y a la agrupación local del PSOE. En las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 fue elegido concejal, si bien el 1 de agosto de ese año dimitió de su cargo con carácter irrevocable junto con otros siete concejales, por discrepancias con el presidente de la Corporación, *ABC* Ed. de Andalucía, 5-IX-1931. Según su nieta Dolores Pérez Barrera (entrevista 6-VI-2016) y Fundación Pablo Iglesias (Diccionario Biográfico) durante la Guerra Civil sirvió en Infantería, en el Batallón Presidencial; herido en combate, el 23 de noviembre de 1938, fue condecorado con la Medalla de Sufrimiento por la Patria *La Vanguardia*, 22-XI-1938; finalizada la guerra se exilió en Francia y trabajó para los alemanes en una unidad de trabajo en la isla de Guernesey; hecho prisionero por los aliados fue recluido en Kirkham (Lancashire); cuando consiguió la libertad se exilió en Francia, en La Ciotat (Bouches-du-Rhône), villa portuaria de la Provenza cercana a Marsella, donde trabajó de barbero y formó parte de las Secciones del PSOE y de la UGT; en 1978 regresó a España, instalándose en Guadalcanal donde falleció el 31 de agosto de 1983. En 1980 y 1981 publicó en la *Revista de Feria* de esa localidad dos artículos (el segundo bajo el pseudónimo Cándido Valdés) relacionados con la Guerra Civil y su estancia en Guernesey (Barrera, 1980; Valdés, 1981). Según Monferrer (2007: 95), fue apresado en Guernesey y estuvo en el campo 186.

<sup>133</sup> Natural de Madrid, pertenecía de la Sociedad de Obreros Albañiles “El Trabajo”. Estaba afiliado a la UGT desde 1918, sindicato donde desempeñó cargos directivos entre 1930 y 1936. Estuvo afiliado a la AS de Chamartín de la Rosa (Madrid) desde 1930, de la que fue secretario. Cuando fue liberado se trasladó a Francia donde ingresó en las Secciones de la UGT y del PSOE de Toulouse en 1946, siendo secretario del Grupo Departamental de la UGT de Haute Garonne. En 1949 representó a la Sección de Inglaterra como delegado suplente en el III Congreso de la UGT en el exilio. Falleció en 1978. Fundación Pablo Iglesias (Diccionario Biográfico).

<sup>134</sup> Miembro de las Juventudes Libertarias, fue uno de los 29 españoles que apresaron en la isla de Guernesey, donde estuvo desde fines de 1941 a mayo de 1945, tiempo durante el cual se casó con una inglesa de la que tuvo un hijo (Ferri Verdú, 1945b). Monferrer (2007: 95) lo sitúa interno en el campo 168.

<sup>135</sup> Según Monferrer (2007: 95), que lo cita como Antonio Postigo Palacio, también estuvo en el campo 168.

<sup>136</sup> Santiago Sabater Galbany era contable, fue apresado en Guernesey y pasó por los campos 186 y Chorley (Monferrer, 2007: 96, 259). Natural de Teià (Barcelona), en Londres se embarcó en el *Highland Princess* a la Argentina. En 1987 residía en Buenos Aires y mantuvo correspondencia con el profesor y periodista Daniel Arasa i Favà (Giralt, 2013).

Después de relatarme lo que antecede, los citados camaradas y amigos me han asegurado que en los ocho días que siguieron a la liberación, durante los cuales fueron guardados arma al brazo por los de la Todt, continuaron pasando tanta hambre como cuando estaban en poder de los alemanes. Más aún, el último día, antes de traerlos a Inglaterra, les dieron tanta comida que sobró en grandes cantidades. Todo ello, como se comprobó después, fue maquinado con la intención de engañar al pueblo de Guernesey cuando, una vez salieron los Refugiados, se le permitió entrar dentro de las alambradas “para que viera por sus propios ojos que si bien los Refugiados habían sido guardados por sus antiguos verdugos, en cambio habían comido a voluntad y no habían carecido de nada”. Como el buen comportamiento de esos amigos se había ganado la simpatía y el cariño de los habitantes de Guernesey, para amortiguar las protestas de estos, los militares les hicieron creer que trasladaban a los Refugiados a Inglaterra con el propósito de liberarlos allí. Pero en vez de cumplir esa promesa los llevaron directamente al “hipódromo”, donde les hicieron pasar por la desinfección y demás actos de bandidaje por los que habíamos pasado todos nosotros antes que ellos, hasta que les hicieron dar con sus huesos en este campo... Y aquí están, flacos y resecos como momias a consecuencia de cuatro años de hambre y de esclavitud en las islas de Jersey y Guernesey, algunos llorando sentados encima de sus petates. Los estoy observando mientras tomo estos apuntes, y la expresión de odio concentrado que veo reflejarse en sus rostros dice bien a las claras que esos hombres se vengarán, cuando tengan ocasión de hacerlo...

Anteayer, al entrar en el campo, esos compañeros fueron fotografiados y han aparecido hoy en el *Daily Mirror* con gran disgusto por parte de las autoridades militares, en una gran foto en primera página con el siguiente comentario: “Veintinueve españoles antifascistas, prisioneros hasta ahora de los alemanes y obligados a trabajar para ellos como esclavos, que han sido liberados”. Como el reportero no pudo o no quiso evitar que salieran en la mencionada foto los guardias armados de fusiles ametralladores, tuvieron que añadir lo siguiente al citado comentario: “Una vez examinada su situación, serán puestos en libertad”. Lo que hay de curioso en esa información es que el público la habrá creído tal como se la han dado, y quién sabe si hasta el reportero igualmente con la mejor buena fe del mundo. De todas maneras, esa foto es una prueba irrefutable de que hay antifascistas españoles en los campos de concentración, y eso, al saberlo el pueblo inglés, hará que se interese e indague los motivos por los cuales estamos aquí. También las organizaciones antifascistas, tanto inglesas con españolas, tomarán acta de esos hechos y se apresurarán a venir en nuestra ayuda, creo yo... ¡Por lo menos así lo espero!

*28 de junio (1945). Kirkham*

Desesperados ante la insostenible situación, que día a día va empeorando, anteayer nos declaramos en huelga del hambre. Dado nuestro estado de extrema debilidad, esa decisión era tan peligrosa que podía costarle la vida a alguno de nosotros en el caso de que hubiera necesidad de prolongar dicha huelga. Así lo manifesté en la reunión que celebramos, añadiendo que si decidíamos ir a ella debía ser con todas sus consecuencias. Después de bien pesado el pro y el contra se acordó plantear el conflicto.

Los ingleses, que tomaron eso por una enormidad, no se atrevían a creer lo que estaban viendo y empezaron a ir y venir como locos, tratando de convencernos para que depusiéramos nuestra actitud. Quizás les vaya mucha responsabilidad en ello, pues era un contento ver cómo se desesperaban, impotentes, luchando contra nuestra irreductible impasibilidad.

Hoy, después de una entrevista que hemos tenido con el jefe del campo y con dos capitanes delegados por el general que manda en esta región, hemos dado la huelga por terminada a cambio de la promesa, formal esta vez, de que nuestra situación material será inmediatamente mejorada y que en el plazo de diez días seremos trasladados a otro sitio mejor que este, donde podremos esperar nuestra libertad, suponiendo que no venga antes, cosa que ellos han manifestado proponerse conseguir de inmediato. ¿Merecerían esas promesas el mismo crédito que las de los célebres coroneles del Ministerio de la Guerra y del Campo 183?

*2 de julio (1945). Kirkham*

Hace frío. Todos los días hace frío, aún en pleno verano, en este malhadado país. Tan inhospitalario es su clima, para los españoles sobre todo, que entre todos juntos no podríamos reunir la salud de un hombre normal. No tiene, pues, nada de extraordinario que también yo me sienta enfermo. Desde hace dos meses voy perdiendo la salud, y sin la indomable voluntad de resistir que me he impuesto creo que habría muerto ya. ¡Aguantar, RESISTIR, pase lo que pase, debe ser nuestra suprema aspiración del momento!

Buena falta nos hará conservar un mínimo de salud y la máxima presencia de ánimo para afrontar todas las contingencias que se puedan presentar, pues los ingleses, según todos los indicios, parecen querer prolongar nuestra actual situación con los subterfugios y dilaciones a que son tan aficionados.

Como obedeciendo a ese plan, en efecto, ayer nos llamó el jefe del campo y nos hizo saber que dando principio de ejecución a la promesa que se nos dio de

sacarnos de aquí, inmediatamente empezarán a salir grupos en libertad a diferentes sitios para ponerse a trabajar.

—Hagan ustedes mismos una lista de veintidós hombres —dijo— que estén dispuestos a salir, y a continuación preparen otra de cincuenta para mañana.

Y así, ayer por la tarde salió un grupo de veintidós Refugiados custodiados por otros tantos guardias armados hasta los dientes, para trabajar “libremente”. Además, habiéndose presentado suficientes voluntarios para formar el segundo grupo, hoy ha salido acompañado de medio batallón de soldados no menos armados que los anteriores.

También aquí, desde ayer, ha empezado una nueva modalidad de trabajo. Preparan por la mañana una docena de camiones, los llenan de Refugiados y los distribuyen por las masadas y cortijos de los alrededores con arreglo a las necesidades de cada terrateniente. Como el propietario de tierra inglés es tanto o más rapaz que el español, nos hacen trabajar como mulas de labranza a lo largo de nueve o diez horas diarias, durante las cuales algunos nos dan un pedazo de pan mientras que otros no nos dan nada. El jornal lo cobrará la administración del campo y esta nos pagará en moneda de prisionero la misma cantidad que veníamos cobrando hasta ahora, o sea tres chelines por semana, equivalentes a veinticuatro cigarrillos.

Al regresar los compañeros por la noche vienen derrengados, hambrientos, avergonzados de haber paseado durante todo el día el infame traje de prisioneros, y vuelven a hablar otra vez de la necesidad de declarar la huelga del hambre. ¡Muy duro y peligroso sería, pero hasta yo voy creyendo que no habrá más remedio que recurrir a ella si no queremos dejarnos morir poco a poco!

### *12 de julio (1945). Kirkham*

¡Ha ocurrido otra tragedia! ¡Era fatal que ocurriera y ojalá en los días que van a venir no sucedan nuevas cosas aún peores! Ayer por la noche, no pudiendo resistir más, el compañero Agustín Soler<sup>137</sup> se suicidó tirándose por la ventana. Cayó sobre el piso de cemento del patio, destrozándose materialmente. No murió en el acto, sino que ha muerto hoy, a la una de la tarde, con los dos brazos, las piernas, la cabeza y la espina dorsal rotos. Ha sufrido atrocemente antes de morir, maldiciendo a nuestros verdugos y escupiéndolo sobre la cara del soldado que le guardaba la sangre que manaba por la boca, según nos ha

<sup>137</sup> Era natural de Archivel, pedanía de Caravaca de la Cruz (Murcia). Se suicidó el 11 de julio de 1945 en Kirkham. Era hijo de Juan Soler Miralles y sobrino de Miguel Soler Miralles, que fue tesorero del primer Comité Ejecutivo del PSOE de Caravaca y alcalde entre el 29 de junio de 1937 y el 30 de marzo de 1938, *El Noroeste* (18-XI-2011).

contado el intérprete, un prisionero también, que es el único de nosotros que lo ha podido presenciar. A consecuencia de eso, esta tarde han sido citados ante el juez, en pública audiencia, los compañeros Antonio Montes, Gregorio Segura,<sup>138</sup> y otro Refugiado, los cuales conocían muy particularmente al camarada Soler. Esa citación no tiene otro fin que el de cooperar en las diligencias de rigor en estos casos.

Por otra parte, hace dos horas fue llamada a comparecer ante el jefe del campo una comisión de Refugiados compuestas de diez hombres. Cuando estuvimos en su presencia empezó por lamentarse de lo ocurrido, diciendo que quienes como nosotros habían tenido el temple de afrontar valerosamente la adversidad por espacio de tantos años, debían sobreponerse a un nerviosismo justificado pero hasta cierto extremo, sobre todo ahora en que nuestros males tocan a su fin... Hube de contestarle yo, en nombre de todos:

—Si nosotros, antifascistas probados, pudimos soportar el cautiverio y malos tratos por parte de nuestros enemigos, los alemanes, lo que injustamente nos hacen sufrir los demócratas nos resulta insoportable por venir de supuestos amigos y por lo tanto nos hiere, más que en la carne, en el espíritu.

Le expliqué la alucinante obsesión que nos embarga ante la idea de vernos prisioneros de aquellos por los cuales lo habíamos sacrificado todo, sumiéndonos en la desesperación que había llevado al suicidio a nuestro amigo. Añadí que todo eso había desequilibrado nuestras fuerzas físicas y morales, haciendo imposible toda resistencia que o nos ponían inmediatamente en libertad o no podíamos responder de ningún compañero, ni tampoco de nosotros mismos.

—Desde este momento —le dije al terminar—, nos consideramos todos como hombres muertos. Sin libertad no queremos vivir, renunciamos en absoluto a la vida. Obren ustedes con arreglo a sus conciencias: nosotros hemos elegido ya y actuaremos en consecuencia.

Al regresar y dar cuenta de esa entrevista, todos los Refugiados estaban tan excitados que hubo necesidad de recordarles la ineludible obligación que tenemos de continuar viviendo, aunque solamente sea para dar cumplimiento a la misión que voluntariamente nos habíamos impuesto al aceptar la lucha contra el falangismo en España. Y ahora, un poco apaciguados ya, hemos dedicado unos minutos de recogimiento al camarada ido y le hemos hecho la promesa de ser dignos de él y de la causa antifascista por la cual ha muerto.

---

<sup>138</sup> Se refiere a Gregorio Segura Sánchez. Cabo de marinería, en diciembre de 1936 solicitó el ingreso en la Aviación Naval especialidad de ametralladoras de bombardero. Maestre de Aviación Naval, en marzo de 1937 ascendió a auxiliar de Aviación Naval y posteriormente a capitán, *Gaceta de la República* (13-XII-1936), pág. 976 y (6-III-1937), pág. 1.085.

De todos modos los ánimos están de tal manera exaltados y a tal punto saturados de ese estado pasional que provocan las locuras colectivas, que si algún otro desesperado, escapando a la vigilancia que estamos ejerciendo unos sobre otros, llegara a tirarse por la ventana, yo creo que inmediatamente seguiría, en masa, un suicidio espectacular y atroz.

### *20 de julio (1945). Kirkham*

Anteayer fuimos al entierro del compañero Soler. Como están prohibidas las manifestaciones en grupo, solamente pudimos obtener del jefe del campo, a título de favor, la autorización de que fuera un reducido número de camaradas en representación de todos. Para ello fuimos elegidos los Refugiados don José Juan Isaura,<sup>139</sup> teniente coronel, militar profesional; don Gregorio Segura, capitán de aviación, militar profesional; Santiago Sabater, contable; Antonio Montes, jornalero; y el autor de estas crónicas. También vinieron en representación de los prisioneros de las otras nacionalidades, los cuales se solidarizaron con nosotros: Robert, argentino; Matusek, austríaco. Venía con nosotros además, como escolta y no como simpatizante, un sargento mayor del ejército inglés que habla perfectamente el español.

El entierro debía celebrarse en Preston, un gran pueblo situado a una docena de kilómetros de Kirkham, por lo que fuimos en una camioneta. En el cementerio, traído hacía más de una hora desde el hospital, nos esperaba el cuerpo del infortunado compañero. Era cerca del mediodía. Hacía un tiempo frío y nuboso, impregnando el paisaje tumbal con una nota de gravedad y tristeza que encogía el corazón.

Junto al féretro esperaba un cura católico, que nosotros no habíamos pedido y al que tampoco osamos rechazar a causa de las circunstancias y de la situación. Después de las acostumbradas ceremonias en esos casos, cuando ya estaba terminada la oración del sacerdote y yacía el camarada Soler dentro de la fosa, despedido por nosotros y también por dos mujeres de aspecto humilde que se nos habían piadosamente agregado, le pedí permiso al sargento para pronunciar unas palabras. Entonces, obtenido dicho permiso, me acerqué al borde del hoyo en el que iba a desaparecer un compañero, un mártir más, diciéndole textualmente:

“Agustín Soler, de Archivel, Refugiado muerto en el exilio: si es verdad que hay un Dios que castiga a los suicidas, como pretenden sus sacer-

<sup>139</sup> Monferrer (2007: 95, 274) lo cita como José Juan Saura; era teniente coronel y estuvo preso en los campos 186 y Chorley.

dotes, a ti, compañero, forzosamente te ha perdonado. Y si es que su Justicia necesita castigar, entonces las sanciones recaigan sobre los falsos demócratas que te empujaron al suicidio al privarte de la libertad, añadiendo la infamia y la tortura al crimen cometido en ti, en ti que valías más y que eras mucho mejor antifascista que ellos. Sufriste, como los demás Refugiados, la pesadumbre del exilio a causa de tu amor a la libertad, y...”

Dos regueros de escaldadoras lágrimas resbalaban por mis mejillas. Los sollozos me ahogaban, y aunque yo estaba de espaldas a mis amigos, inclinado sobre la tumba, creí oír que ellos sollozaban también. Continué hablando hasta que me desahugué, sin que pueda acordarme de lo que dije... Saludé al final al pobre y mártir compañero, en nombre de nosotros y también en el de los antifascistas de todo el mundo, haciéndole la promesa de continuar hasta el final la lucha por la libertad y la democracia, por las cuales había luchado y había muerto. Al regresar del entierro fuimos llamados Gregorio Segura<sup>140</sup> y yo por el jefe del campo, el cual nos comunicó la buena noticia de que íbamos a ser liberados.

—En respuesta a las gestiones que vengo haciendo — nos dijo— he recibido del Gobierno la orden de trasladarles a otro campo, a una cincuentena de kilómetros de aquí. Como ese campo —añadió— no tiene alambradas y la guardia que irá con ustedes será mínima y estará desarmada, me han de prometer que no se escaparán y que no darán ningún motivo de queja a los vecinos del sitio que van a habitar. Allí —continuó diciendo— estarán solos, se administrarán ustedes mismos, estarán bien alimentados y podrán esperar con un poco de paciencia la libertad total, que pueden considerar ya como un hecho. Todos los compañeros de ustedes que salieron a sitios diferentes, terminó diciendo, vendrán a reunírseles en el espacio de unos días...

Nos despedimos apresuradamente y nos fuimos corriendo a dar la buena noticia a los demás Refugiados... A pesar de eso, tantas veces nos han engañado los ingleses al prometernos la libertad, que tampoco esta vez la esperaría de ellos. No me la esperaría sin nuevos sufrimientos por lo menos, pero en estos últimos días han surgido tales factores a favor que me permiten asegurar que ahora no van a tener más remedio que soltarnos.

---

<sup>140</sup> Gregorio Segura, como portavoz del campo, le escribió a M.L. Berneri el 13 de octubre de 1945 agradeciéndole los alimentos y el material de aseo y escritura que habían recibido los presos (Cleminson, 2009: 173). En la exposición “Heath Charnock’s Green Men” que Cleminson et al. realizaron en junio de 2015 en la Adlington Library, citan que era natural de Cartagena, donde vivía con su esposa e hijo y se describía como muerto viviente y sin filiación política.

En efecto, hemos recibido desde Londres una carta de la CNT y de la UGT redactada y firmada en conjunto, comunicándonos que por noticias de Francia se han enterado de nuestra estancia en los campos de prisioneros de Inglaterra. Nos piden una lista de nuestros nombres, pueblo y organización a la que cada uno pertenecía en España, terminando su misiva con la promesa de ponerse inmediatamente en campaña para obtener nuestra libertad. La referida lista ha sido ya enviada junto con una carta, pidiéndoles que manden una delegación para que se entreviste con nosotros.

El segundo de los factores, no menos importante que el anterior, es que la prensa inglesa, enterada de la muerte del compañero Soler y puesta al corriente por fin de nuestra historia, ha denunciado el caso y el escándalo va a ser tan grande que nos van a tener que soltar, quieran o no. Traduzco a continuación, a título de curiosidad, el artículo que acaba de aparecer, con fecha 18 de julio, en tan importante diario como el *Manchester Guardian*:

#### “NUESTROS PRISIONEROS ESPAÑOLES

Cuando se recuerda el sentimiento de este país en contra de Franco, es extraordinariamente extraño encontrar, hoy aún, que varios de los españoles republicanos que le resistieron están guardados por nosotros como prisioneros de guerra.

Al ser liberada Francia, los campos de concentración para los republicanos españoles exiliados cayeron en poder de los americanos.

Estando muchos de estos españoles internados en dichos campos, el resto que había conseguido sumarse a las Fuerzas de la Resistencia fueron internados por los americanos que no sabían dónde ponerlos...

Un puñado de esos internados nos fueron traídos por ellos, y nosotros enviamos a esos españoles —en compañía de sus adversarios germanos— a los campos de prisioneros de Inglaterra.

Hay más de doscientos de estos exiliados en Kirkham, Lanc [Lancashire]. La mayoría han estado prisioneros durante más de seis años.

Al traerlos aquí se les hizo suponer que era para liberarles, pero el Ministerio de la Guerra no ha cumplido la palabra empeñada. Están desesperadísimos. Declararon la huelga del hambre.

La última semana uno de esos españoles se suicidó tirándose desde una ventana de su alojamiento. Tan grande es su desesperación, que se temen más suicidios.

La liberación de Europa no ha traído la libertad de esos hombres, la mayoría de los cuales son los primeros que resistieron al fascismo.

El pago que reciben es verse escarnecidos en el interior de las alambradas, desde donde pueden contemplar a nuestros ex enemigos, los italianos, paseándose en libertad.

Todos esos españoles piden ser tratados como cooperadores, no como prisioneros de guerra, y que se les permita salir a trabajar.

El pueblo inglés no puede esperar a que el nuevo Parlamento repare tan grave injusticia.

Aunque se le ha llamado sistemáticamente la atención al Ministerio de la Guerra, este no ha hecho nada sobre el asunto.

Es necesario que entre inmediatamente en acción. Más dilaciones solo podrían significar más muertes de hombres que fueron nuestros aliados antes de que nosotros hubiéramos reconocido al enemigo común.

¿Son secretas y malignas influencias las que han provocado este lamentable asunto, o es pura y simplemente endurecida estupidez?”

Además de ese artículo, en fecha de hoy han aparecido otros muchos escritos en el mismo tono en diferentes periódicos. Y eso, en un país como este donde la opinión pública no es una vana palabra, hará moverse de prisa a los galápagos del Ministerio de la Guerra e incluso a las fuerzas reaccionarias, que ante tal ofensiva tendrán que retroceder.

Por otra parte, habiéndose enterado por la prensa de la muerte del compañero Soler y viendo que les habían engañado cuando les prometieron llevarles a trabajar libremente, los camaradas que salieron el día 2 decidieron declarar la huelga del hambre a partir de hoy. Por ese motivo el jefe del campo me llamó ayer y me rogó que fuera a verles, para que tratara disuadirles de tal intención. Le manifesté al coronel que yo no estaba dispuesto a aceptar tal encargo, mas sí a ir para informarles de todo lo que había, dejándoles a ellos en libertad para que obraran con arreglo a su buen criterio. No obstante mis reservas, el jefe insistió para que fuera con la esperanza de que evitara dicha huelga, pues en las actuales circunstancias, en las que va a hacerse público el escrutinio de las elecciones generales a diputados que se celebraron hace un mes, las cuales podían constituir una desagradable sorpresa para Churchill y sus incondicionales, la muerte de algún refugiado podría costarle el empleo. Cogí, pues, el tren acompañado de un oficial y un sargento, ambos desarmados, e hicimos los ciento cincuenta kilómetros que nos separan de dichos compañeros. Al llegar allí me cercioré de que continuaban tan prisioneros como antes, cosa que ya imaginaba yo, aunque en la comida habían mejorado algo. Después de informarme de todos sus tropiezos y desdichas desde el día que se los llevaron de Kirkham, les di cuenta a mi vez de

todo lo ocurrido y de las buenas esperanzas que nos habían dado nuevamente. Entonces ellos pidieron mi parecer sobre si debían ir a la huelga, y habiéndoles contestado que en mi opinión era prudente esperar un poco, me encargaron que le comunicara al coronel que la aplazaban durante unos días, pasados los cuales la empezarían si él, por su parte, no cumplía las promesas que nos habían hecho.

## QUINTA PARTE: EL NUDO GORDIANO

*27 de julio (1945). O' the Hill camp*<sup>141</sup>

¡Grandes y buenos acontecimientos!

Habiéndose recibido ayer la tan esperada orden de traslado, nos hicieron subir en unos cuantos camiones y acompañados por un pelotón de guardias, esta vez desarmados, recorrimos en una hora los cincuenta kilómetros que nos separan ahora del fatídico Kirkham.

Este nuevo campo está situado a la entrada del risueño pueblecito llamado Adlington, cerca de Chorley, y la docena de barracones de que se compone, restos en buen estado de un antiguo campamento militar, están emplazados sobre la falda de una colina poco elevada desde la cual se divisa un paisaje extenso y magnífico compuesto de villorrios, riachuelos y canales, prados y campos de labor cruzados por numerosas carreteras con el mar de Irlanda rebrillando hacia el oeste y en dirección al sur de Mánchester, la capital fabril y textil de Inglaterra. Aquí no hay más alambradas que algunos hilos, tirados por tierra, que marcan los terrenos dependientes del campamento.

Los cuatro soldados y un sargento de que se compone nuestra guardia están alojados en la primera barraca que hay a la entrada, al lado de la cocina. No tienen armas, ni misión aparente de ejercer vigilancia alguna. El cuidado de impedir que escapemos o nos vayamos a pasear por los alrededores está confiado a la palabra que dimos de no hacerlo... y a la ropa de prisioneros que llevamos aún. Nos han prometido que dentro de dos o tres días vendrán a reunirse con nosotros los dos grupos que salieron de Kirkham, engañados, para trabajar “libremente”.

También me parece conveniente anotar aquí, por las repercusiones que ello puede tener en nuestro futuro, que ayer se hizo público el resultado del escrutinio que se celebró el día 5 para la elección de diputados a la Cámara de los Comunes. Ha sido un triunfo para los laboristas. Un triunfo jamás igualado en la historia del parlamentarismo inglés, que por lo enorme espanta incluso a los mismos vencedores, revolucionarios de color rosa como son y con la significación altamente subversiva que esas elecciones han tenido.

---

<sup>141</sup> El mencionado campo recibió diferentes denominaciones: Adlington, Chorley y Hall o' the Hill camp, si bien Ferri lo nombra como O' the Hill camp.

El *leitmotiv* que emplearon en toda su propaganda electoral, en efecto, fue la promesa de arrojar a Franco del Poder e instaurar el socialismo en Inglaterra. ¿Es que los Attlee, los Bevin, los Laski<sup>142</sup> y compañía estarán a la altura de la misión que el pueblo inglés les acaba de confiar? ¡Mucho me temo que no!...

Ese acontecimiento, mientras tanto, tiene importancia mundial. Franco, que con la victoria de los conservadores quizá hubiera continuado usurpando el poder por largo tiempo, tendrá que irse pronto... Nuestra libertad total vendrá también en plazo breve...

A todo eso, tendiendo a mejorar nuestra situación, viene a agregarse el puñado de cartas que hemos recibido de diferentes puntos de Inglaterra, de personas simpatizantes que se han enterado por la prensa de nuestras penalidades. Entre esas cartas hay una de Sam Wild, antiguo comandante del batallón inglés en las Brigadas Internacionales, así como otra de Juan López, ex ministro por parte de la CNT en el gobierno republicano, a fines de 1936.

También la prensa continúa ocupándose de nuestro caso, calificándolo de escándalo intolerable. Podemos, pues, por todo lo señalado, tener confianza en el porvenir... Esperar, pero con vista larga y previsora empujando sobre el movimiento iniciado, sin dejar de tener en cuenta que los ingleses, consecuentes con su tradicional sistema de vencer por el cansancio, podrían tratar de retenernos por mucho tiempo aún.

### *3 de agosto (1945). O' the Hill camp*

Ha venido el grupo de los cincuenta Refugiados que fui a visitar al día siguiente del entierro del compañero Soler. Los otros, según nos han vuelto a prometer, llegarán de un momento a otro.

En estos últimos días hemos continuando recibiendo muchas cartas, varias de ellas de sindicatos y asociaciones tanto filantrópicas como obreristas. En todas ellas se manifiestan cálidas simpatías hacia nosotros y una fuerte indignación por los malos tratos de que hemos sido víctimas, de los que el pueblo inglés se va enterando poco a poco por medio de la prensa.

Todos los periódicos continúan ocupándose de nuestro asunto con extraordinario interés y han despertado tal volumen de protestas que el ministro de la Guerra, sin duda para minimizar las posibles consecuencias de lo ocurrido, se ha visto obligado a dar publicidad a una declaración, falsa por cierto, según la cual nuestras actuales condiciones de vida son casi normales y nuestra libertad poco menos que completa... Verdaderamente, para atreverse a decir tales cosas,

---

<sup>142</sup> Se refiere a tres políticos laboristas británicos.

se necesita estar poseído de un cinismo sin límites o de una ignorancia inexplicable en un ministro.

Cuando todo el mundo sabe que la comida que nos dan ahora es exactamente igual a la de antes; cuando es notorio que nos obligan a trabajar por seis pences diarios pagados en moneda de prisioneros y que la ropa que vestimos es el traje color verde y chocolate que llevábamos en Kirkham; cuando únicamente se nos permite escribir a nuestros familiares con tarjetas de prisioneros; cuando el propio jefe superior que manda sobre nosotros nos ha ratificado esas restricciones y otras aún peores por escrito, todo ello en nombre del Ministerio de la Guerra.

Ante declaraciones como las que ha hecho el ministrillo en cuestión, solamente cabe salirle al paso por muy desvalido que uno esté. Para ello nos bastará con hacer un detallado informe sobre la verdad de nuestra situación, y como los periodistas buscan afanosamente toda información que pueden sobre nuestro asunto, he aquí que poniendo cada cosa en el lugar que le corresponde, ese ministro va a tener un disgusto que solamente él se habrá buscado.

### *13 de agosto (1945). O' the Hill camp*

Si he dejado pasar diez días desde la última vez que anoté algo en este cuaderno, no ha sido por falta de acontecimientos dignos de mención, sino debido principalmente a la incalculable cantidad de trabajo que pesa sobre mí. En efecto, es un verdadero diluvio de cartas el que estamos recibiendo de toda Inglaterra. Sindicatos, asociaciones, entidades de todas clases y particulares de todas las tendencias y condiciones sociales nos escriben en todos los tonos y en variados estilos y lenguas, asegurándonos que debemos hacer la distinción que conviene entre el gobierno inglés, que es el responsable de nuestra situación, y el pueblo de Inglaterra que protesta de ello. La mayoría de nuestros comunicantes afirman haber enviado cartas y telegramas al Ministerio de la Guerra exigiendo nuestra inmediata y total liberación. También estamos recibiendo todos los días numerosas delegaciones que vienen desde los sitios más alejados de la Gran Bretaña, en nombre de las instituciones más diversas.

Del vaivén de visitantes que he señalado, el de ayer fue un día excepcional. Entre ellos había delegaciones de Blackpool, Mánchester, Liverpool, Preston, Chorley y otros veinte pueblos. También vino el presidente de las *Trade-Unions* de esta región, un diputado laborista, otras varias personalidades y una numerosa representación de las Brigadas Internacionales, a cuyo frente iba su presidente Sam Wild. Estos camaradas nos trajeron, entre otros regalos, una enorme bandera republicana de seda y un gran cartel con la siguiente inscripción: *For*

*a free and democratic Spain* “Por una España libre y democrática”. El cartel fue puesto en la fachada de una barraca que da frente a la carretera, la cual pasa a unos cien metros del campo en dirección a Mánchester. La bandera, en presencia de una multitud y rodeada por los Refugiados, puño en alto, fue izada por un internacional que perdió una pierna en el Jarama. Dicho internacional pronunció un pequeño discurso afirmando que para liberar a la España mártir de las garras del falangismo estaba dispuesto a perder la otra pierna que le quedaba, e incluso la vida si era necesario. Sam Wild, en otra alocución, dijo que todos los internacionales ingleses, él entre ellos, no faltarían en la primera línea de fuego el día que haya que combatir de nuevo para devolverle a nuestro país el régimen de libertad al que tiene tanto derecho como cualquier otro pueblo del mundo. A continuación pronuncié yo un pequeño discurso, apropiado a las circunstancias, en nombre de todos los Refugiados y también de España cuyo símbolo había empezado a ondear en la cúspide de un altísimo mástil. Eso ocurrió al mediodía.

A las cuatro de la tarde se presentó un capitán del *Intelligence Service* en nombre del jefe de Kirkham, obligándonos a quitar el cartel. Cuando, siempre obligados por el mencionado capitán, iban mis compañeros a retirar también la bandera, Sam Wild, el diputado y los demás asistentes, se encararon con él... Tanto le dijeron y de tal manera le trataron, que se fue corrido y avergonzado, y hasta quizás contento de haber salido del lance sin ningún chichón en la cabeza. Y así es como, desde ayer 12 de agosto de 1945 a la una de la tarde, flota sobre una colina del norte de Inglaterra, custodiada por los Refugiados, la bandera tricolor de la República Española.

### *17 de agosto (1945). O' the Hill camp*

Hace dos días, en la noche del 14 al 15, todo el pueblo inglés, las mozas y los mozos principalmente, se lanzaron a la calle formando grupos alegres que iban cantando. Siendo el motivo de tales manifestaciones el fin de la guerra con Japón, es cosa digna de notarse que lo que cantaban no eran composiciones bélicas y marchas militares, sino canciones populares del folklore del país. Eso produjo en mí un agradable sentimiento de simpatía hacia esta gente que acaba de ganar la más terrible de cuantas guerras registra la historia y que se divierte con sencillez en vez de emplear el *chimchim* y las canciones patrióticas, exteriorizando su alegría de una manera poética, melancólica hubiérase podido decir al oírse en la noche silente, montando en lento movimiento espiral, la voz cristalina de aquella juventud que al ritmo de la mecedora cadencia parecía crecer, agigantarse y entrar en comunicación con la polvareda de estrellas que por toda la comba del cielo, con su vívido titileo, daba la impresión de un gozo universal manifes-

tándose con la serenidad que corresponde al cosmos misterioso que nos atrae vertiginosamente con el enigma de su eternidad...

Aumentando *in crescendo* la alegría popular, en las noches del 15 y del 16, toda Inglaterra se vio vivamente alumbrada por grandísimas hogueras que la gente joven encendió a las afueras de todos los pueblos y en lo alto de todas las colinas de la Gran Bretaña.

En cuanto a los Refugiados, igualmente contentos, hicimos una hoguera gigantesca a las afueras de nuestro campo, donde vino toda la población de los alrededores a celebrar con nosotros el fin de la guerra. Muchachas y muchachos cogidos de la mano formaban un corro de más de cincuenta metros, dando vueltas alrededor del fuego y cantando canciones inglesas con música española. Era verdaderamente típico el cuadro que ofrecían los Refugiados más jóvenes, la mayoría vestidos de prisioneros, dando la mano a las rubias hijas de esta parte de Inglaterra; unos y otros cantando, aquellos en español y estas en inglés, con música de operetas y zarzuelas del país de Cervantes. Enorme como un volcán, la hoguera parecía seguir con sus rojas llamas la loca zarabanda de los bailadores. El desarticulado pelele representando a Franco, que los más jóvenes de los Refugiados habían construido y colgado de un gran palo que clavaron en medio de la pira, se balanceaba en el extremo de la cuerda como si también él hubiera querido participar, girando por un impulso irresistible en el rápido torbellino del baile. Cuando una vez quemada la base del mástil que servía de cadalso al muñeco colgado, este se desplomó dentro del fuego, levantando nuevas llamas y millones de chispas que parecían rubíes suspendidos en la oscuridad de la noche, la gente estalló en hurras estentóreos acompañados de ensordecedores aplausos, y hasta hubo compañeros que arrebatados por el indescriptible entusiasmo empezaron a abrazar a las inglesas, a lo que estas, a su vez, correspondieron abrazándoles a ellos con no menos entusiasmo y decisión.

### *27 de agosto (1945). O' the Hill camp*

Hay a unos tres kilómetros de aquí un pueblo de unos treinta mil habitantes, con mucha industria y aires de gran capital, llamado Chorley. En los primeros días de nuestra llegada a este campo recibimos la visita de una comisión de dicho pueblo, ofreciéndose para constituir un comité pro republicanos españoles (*Spanish Republican Commitee*), con la intención de favorecer, en lo posible, la opinión del país con vistas a acelerar la caída del régimen franquista. Aceptamos la proposición, naturalmente, aunque poniendo por condición el que estuviera compuesto por cuantos partidos y organizaciones desearan formar parte de dicho comité y que no se fraguara en él ninguna clase de política.

Hasta hoy ese comité ha venido realizando una labor eficiente y honrada, siempre de acuerdo con nosotros. Paralelamente a otros trabajos que nos han favorecido en extremo, se organizó un festival exclusivamente a cargo de los Refugiados, que se celebró ayer en uno de los principales teatros de Chorley. La entrada era gratuita, pues muy lejos de lucro lo que nos inducía era agradecer a los pueblos de Adlington y Chorley la ayuda y las pruebas de amistad que nos han prodigado. Dicho festival, más que un éxito, resultó un triunfo. El programa se componía de unas cuantas canciones francesas y españolas, dos romanzas y una poesía en inglés, así como dos interpretaciones escenificadas de la zarzuela "Doña Francisquita". Todo ello fue manejado con guitarras, bandurrias, mandolinas, un violín, un acordeón y un aparato de música que hasta el mismo refugiado que lo inventó y lo construyó no supo darle un nombre. Por lo demás, todos los otros instrumentos, excepto al acordeón y el violín, fueron contruidos por los Refugiados. Desplegaron en ello tan increíble ingeniosidad que no solo por su elegancia, sino por sus condiciones de armonía, resultaron verdaderamente superiores a lo normal en esa clase de instrumentos. Un sargento del ejército inglés, que hizo nuestra guerra en las Brigadas Internacionales y se casó después con una española, nos ayudó muy acertadamente actuando de *speaker* y de intérprete.

A mitad del acto, al que asistía el presidente de los sindicatos de la región, tomó esta la palabra y pronunció un discurso muy vigoroso en nuestro favor, al que hube de contestar dándole las gracias, tanto a él como al proletariado inglés, en nombre de todos los Refugiados. Dirigiéndome después a Sam Wild, igualmente presente, le hice entrega de un pergamino con dibujos y divisa alegóricos, obra de un Refugiado y firmado por todos nosotros, al tiempo que le daba las gracias, tanto a él como al batallón inglés de las Brigadas Internacionales por su generosa participación en la guerra de España. Al recibir Sam Wild el pergamino lo hizo pasar al público para que lo pudiera examinar de cerca, pronunciando seguidamente un discurso con una energía poco común en los ingleses. A continuación entregué un segundo pergamino dedicado al Ayuntamiento de Chorley, y cuando el representante del alcalde terminó su discurso de recepción, todo el público, en pie, le saludó con una atronadora salva de aplausos. El teatro estaba abarrotado de personas, y la calle estaba llena de postulantes que no pudieron entrar por falta de sitio.

A espiar lo que hacíamos vinieron un coronel de Blackpool, un comandante de Mánchester y el capitán del *Intelligence Service* de Kirkham, los cuales intentaron suspender la representación. Afortunadamente, el comité de Chorley, previsoramente, había obtenido un permiso del Ministerio de la Guerra, por lo que

se vieron obligados a renunciar de su pretensión, contentándose con asistir al espectáculo desde el principio hasta el fin.

### *7 de septiembre (1945). O' the Hill camp*

Hace tres días el Comité de Chorley celebró una reunión a la que asistimos los amigos Cándido Barrera, Eduardo Castro, Santiago Sabater, Gregorio Segura y yo. En dicha reunión se nos dio cuenta de los considerables trabajos que se llevan realizados, asegurándonos que nuestra libertad no puede tardar en llegar.

Anteayer volvimos otra vez a Chorley con el fin de entrevistarnos con *miss*-*tress* Braddock,<sup>143</sup> Mr. Kanion<sup>144</sup> y otro señor, los tres diputados, y otras cuatro personas muy influyentes. Todos esos señores, junto con el comité de Chorley, intentaron disuadirnos de la intención, que poco a poco se va anclando en nosotros, de declarar la huelga del hambre. Nos explicaron que hace unos días interpellaron al gobierno, en sesión de la Cámara de los Comunes, en la que habían conseguido la promesa de nuestra liberación para dentro de unos días.

Hemos recibido también una extensa carta de la CNT y de la UGT, desde Londres, en la que tratan de convencernos para que aguantemos con un poco más de paciencia, pues nuestro asunto, nos dicen, está a punto de resolverse y no debemos malograr lo conseguido con algún acto de violencia que podrían aprovechar los ingleses para justificar la prolongación de esta situación que nos desespera.

A pesar de todo, la mayoría de mis compañeros, furiosos de la tragicomedia que se está jugando con nosotros, quieren acabar con ella cueste lo que cueste... En rededor de nuestro asunto, efectivamente, se ha creado un movimiento de opinión como no se ha visto otro igual en Inglaterra desde hace muchos años. Hay sectores de la política que lo aprovechan para atacar rudamente a los elementos reaccionarios, y con ellos a Churchill, a los que hacen responsables directos de todos los sinsabores que nos han hecho y nos hacen pasar aún.

Los acusados, por su parte, se defienden y contraatacan con una invencibilidad que asquea y fieles a la táctica jesuítica de calumniar tirando paletadas de cieno y un continuo chorro de inficionadas insidias contra todo el mundo, envolviéndonos a nosotros en los letrenarios improprios que unos y otros han acabado por usar para defender sus tesis respectivas con grave daño para nues-

---

<sup>143</sup> Elizabeth Margaret Braddock (1899-1970), parlamentaria y miembro del Partido Laborista.

<sup>144</sup> Tal vez Clifford Kenyon (1896-1979), político laborista británico que en 1941 fue juez de paz de Lancashire y en las elecciones generales de 1945 fue elegido miembro del Parlamento Laborista por Chorley.

tro asunto, que de esa manera sirve de trampolín y de argumento para sacar a flote todo el virus de los bajos fondos de la política, desvirtuando así la justicia de nuestra causa y, por consiguiente, perjudicarnos, unos sin querer y otros ex profeso.

Por eso, cogidos entre aquella pared y esta espada, nos desesperamos de ver que pasan las semanas sin que cambie nuestra situación de prisioneros, aunque no entre alambradas sí sometidos en todo lo demás al mismo régimen que antes, con una apariencia de libertad que por falsa nos irrita al extremo de que hay varios Refugiados que vuelven a desvariar como en los peores tiempos de Kirkham.

Estábamos, pues, pensando en declarar la huelga del hambre para acabar con toda esa farsa cuando recibimos los apaciguamientos y nuevas esperanzas reseñadas... ¡Un poco más de paciencia aún, supuesto que no hay otro remedio, hermanos Refugiados, y a ver qué pasa!

### *12 de septiembre (1945). O' the Hill camp*

Hace unos días recibí de mi hijo una postal y una carta. ¡Bien llegadas las dos, que han venido a insuflarme un poco de ese optimismo sin el cual hay momentos en que, como a mis compañeros, me ahoga el nerviosismo y también la rabia impotente que hacen estragos en nuestra moral! La postal es una vista de Alcoy, mi patria chica, evocándome el paisaje familiar del puente de San Jorge y la perspectiva de *Les Llometes*, con *el barranc del Cinc* y *Sant Cristòfol* al fondo, inundados de ese sol esplendoroso que tanto añoro en esta Inglaterra de bruma y de nubes en la naturaleza, acompañadas de esa fría cautela en el corazón que viene a ser como la niebla del alma...

Rememorando aquel paisaje, veo retrospectivamente a otro yo, una docena de años ha, sin una cana en el pelo, sin una arruga en el rostro, alegre el ánimo, sano el cuerpo y ágil el espíritu, llevando a un niño de seis años ora a cuestras, ora cogido de la mano, trepando sierras arriba entre oloroso tomillo, balsámico romero y perfumado espliego, con el cuerpo inundado por una ingente catarata de sol que vertía sobre las lomas y repechos una turbonada de vida indómita, en tanto que en las cimas y hondonadas cantaba el roto cristal del agua, que saltando de risco en breña lo cubría todo de brillantísimo verdor, festoneado con una floración de tan variados y vivos colores que ni pintores poetas, ni ceramistas geniales pudieron jamás reproducir o ni siquiera imitar. ¡Nuestra España!... ¡Nuestra tierra!... ¡Nuestro hogar!... Evocarlos, con la familia evolucionando dentro del marco habitual, es algo que nos atenaza el alma y nos hace, a todos los Refugiados, dar gritos de insoportable dolor...

Y es por eso que en estas memorias, aunque mi pensamiento va de continuo hacia la familia y el hogar, hacia la tierra que me vio nacer y los encantadores vericuetos que maravillaron mis juegos de infancia, rehúyo hablar de ellos porque me hace mal... !Ah, sí, demasiado mal!... ¡Vuélvanse, pues, a hundir en el letargo de un bienhechor olvido esas imágenes amadas a las que quizás no veremos ya, y volvamos a la prosaica realidad que con sus crueles zarpazos nos desgarrar la carne y nos extravía el espíritu!...

### *13 de septiembre (1945). O' the Hill camp*

El pasado domingo se celebró en Blackpool un congreso nacional de los *Trade-Unions*. Aprovechando esa ocasión hicimos imprimir mil ejemplares de una carta dirigida a los congresistas, en la que después de explicarles nuestra historia les pedíamos que intervinieran cerca del Gobierno en el que tienen mayoría absoluta, para que haciéndonos justicia se nos ponga inmediatamente en libertad. Una señora, cuyo marido hizo la guerra en las Brigadas Internacionales y que por tal motivo simpatiza mucho con nosotros, fue a llevar personalmente dicha carta. Al regresar nos informó que fue distribuida entre los delegados del Congreso y que el propio profesor Lasky<sup>145</sup> la leyó en voz alta desde la tribuna, añadiendo un comentario según el cual nuestra liberación va a ser inmediata. El Congreso, siempre según nuestra informante, aplaudió en pie la declaración del profesor Lasky, pronunciada en tonos enérgicos y lamentándose de que se haya podido producir en Inglaterra y en unos tiempos como estos, un caso tan torpemente bochornoso. Eso parece ser que ha dicho el profesor Lasky, cosa que de ser sincero tendría que agradecer, pero que produce náuseas si se juzga por la cantidad de maquiavelismo barato que contienen tales declaraciones hinchadas de una demagogia para uso externo, para el espectador de la galería ante el cual es preciso justificar las dilaciones que ponen para que se libere a unos hombres tan arteramente apresados como indignamente recluidos.

Todo eso son sofismas negros, cosidos con hilo blanco al manto de inocencia con el que se quieren cubrir, porque si con Churchill hubo probable premeditación en el crimen cometido con nosotros, con los laboristas la reincidencia y la mala fe son evidentes, porque para alargar nuestra detención no vacilan en emplear desde el halago hasta la calumnia, con el fin de aplacar o de desviar la opinión del pueblo inglés, que cada día que pasa se agita más a nuestro favor.

Aún a riesgo de ser pesado, voy a dar una breve muestra de cómo proceden tanto los de la derecha como los de la izquierda: aunque el grupo de los veinti-

<sup>145</sup> Harold Joseph Laski (1893-1950) politólogo, economista, escritor y conferenciante inglés que fue presidente del Partido Laborista entre 1945 y 1946.

nueve Refugiados que trajeron de Guernesey estuvo prisionero desde principios del año 1941 hasta la liberación, un periódico insinúa en forma de pregunta la sospecha sobre si esos compañeros pertenecieron a la “división azul”. Otro día también un periódico más o menos churchiliano emite la hipótesis sobre si alguno de los Refugiados que formaban el grupo de cien llevaba el uniforme alemán cuando fue cogido prisionero. Más tarde otro de esos papeluchos pregunta si será cierto que alguno de nosotros recibió dinero por supuestos servicios prestados a los alemanes como colaboracionistas...

Verdad es que solo calumnia quien puede y que les será imposible marcarnos con el estigma que nos quieren endosar. Pero en tanto llega el día en que se nos haga justicia, ellos amontonan podre sobre podre contra nosotros, y así, en tanto que sus víctimas se limpian, ellos ganan tiempo... que es toda la filosofía y toda la moral de las clases pudientes de Inglaterra. ¿Es necesario añadir que si fueron el gobierno de Churchill y sus asociados de ultra-Atlántico los que nos aprisionaron, en la actualidad es el gobierno de Attlee<sup>146</sup> el que nos mantiene rehenes? En todo caso es forzoso reconocer que este último lo hace con más disimulo y falsía, usando de la calumnia con más cautela, con la sonrisa en los labios y la navaja del apache en la escondida mano.

Un día, en efecto, agregando su voz al coro de nuestros detractores de la derecha, el muy de “izquierda” ministro de la Guerra publica en la prensa una nota asegurando que “gozamos de una libertad considerable”. Otro día afirma, por el mismo conducto, que “en alimentación y alojamiento disfrutamos de las mismas ventajas que los soldados ingleses”... Y así sucesivamente toda una larga serie de infundios propalados a conciencia, sabiendo que son falsos en su conjunto y en sus partes.

A empeorar todo eso, amargándonos la vida, vienen a contribuir los soldados que nos vigilan. El sargento sobre todo, un poco por maldad y otro poco por mandato de sus superiores, es reptante como una víbora y da una viperina sensación de repugnancia en el trato y en todas las acciones de servicio relacionadas con los Refugiados. Al llegar hoy al campo un periodista en busca de información, el citado sargento, fiel a su misión de gozque, no quiso dejarle entrar. Al observar ese manejo salimos nosotros hasta la línea que marca los límites de nuestra prisión, donde el citado reportero tomó unas fotos de los alrededores, pero ninguna del interior porque se lo impidió con amenazas el cancrbero en cuestión. Cuando explicábamos al periodista una parte de lo reseñado aquí, el sargento intervino otra vez tratando de desmentirnos. Mala inspiración tuvo en

---

<sup>146</sup> Clement Richard Attlee (1883-1967) fue, con el Partido Laborista, Primer ministro del Reino Unido entre 1945 y 1951.

hacerlo, pues entonces sacamos un montón de pruebas documentales en apoyo de nuestras afirmaciones, dejando bien informado al reportero y en el más lamentable fiasco al sargentillo. Loco de rabia dio media vuelta y se fue, momento que aprovechó el periodista, guiñándonos el ojo, para fotografiar al lacayuelo gesticulando ridículamente y el interior del campamento lleno de Refugiados que habían venido a presenciar el suceso.

### *28 de septiembre (1945). O' the Hill camp*

El pasado domingo vino desde Londres un grupo, delegado por la “Asociación de Excombatientes de la Guerra de España”, a traernos una multitud de paquetes que contenían cosas de mucha utilidad, tales como medicinas, objetos de aseo y muchos cigarrillos. También nos trajeron, lo que vale más aún, los fraternales saludos de todos los camaradas así de Londres como de toda la Gran Bretaña.

El mismo día llegó igualmente una delegación del *British Committee* que preside la gran amiga de todos los republicanos españoles, la duquesa de Atholl.<sup>147</sup> Después de explicar más detalladamente las gestiones que llevaban realizadas para conseguir nuestra liberación, nos aseguraron que el Ministerio de la Guerra se ha desentendido de nosotros y que en adelante nuestra libertad dependerá del *Home Office*,<sup>148</sup> como si dijéramos del Ministerio de la Gobernación. Para que al fin nos veamos libres, afirmaron nuestros informadores, habiendo dejado de ser prisioneros de guerra y reducido nuestro caso a un simple problema de policía, solamente faltaría la solución de unas gestiones de trámite y que unas cuantas personas solventes quisieran hacerse cargo de nosotros... Por consiguiente podemos considerarnos ya en libertad, si eso no es una nueva añagaza, pues en Inglaterra hay un millón de personas solventes que considerarían un honor albergarnos en sus casas.

También vino una delegación de las Brigadas Internacionales, así como otra en representación de un grupo de más de cien diputados, los cuales se han juramentado a remover cielo y tierra hasta conseguir nuestra liberación total. Esta última delegación, compuesta de cuatro diputados entre los que había un capitán del ejército inglés, nos aseguró, como las otras, de todas sus simpatías y del deseo que tienen de ayudarnos en todo lo que hayamos menester.

<sup>147</sup> Katharine Stewart-Murray, duquesa de Atholl (1874-1960) aristócrata y política británica. Entre 1923 y 1938 mantuvo un escaño en el Parlamento británico y fue la primera mujer que consiguió un cargo ministerial en un gobierno conservador británico. En 1937 visitó España, apoyó la causa republicana y en 1938 renunció a su escaño en el Parlamento, en señal de protesta por la política de no intervención que mantenía el gobierno de su país. Se la conoce como “la Duquesa Roja”.

<sup>148</sup> El *Home Office* o el *Home Department* es el Ministerio del Interior del Reino Unido.

También vinieron ayer Acracio Ruiz<sup>149</sup> y el compañero Soto, representantes el primero del Movimiento Libertario<sup>150</sup> y el segundo del Partido Socialista, los cuales, después de examinar con nosotros la situación, nos aconsejaron esperar confiando en la acción a fondo que ellos van a emprender para acabar de una vez con este tan traído y llevado asunto que tan amargos recuerdos habrá dejado en nosotros...

Y ahora, considerándolo un deber para con la memoria del fenecido compañero Soler, a quien sus padres creen aún en vida, voy a copiar la carta que les acabamos de enviar en contestación a la que hemos recibido de ellos, destinada a su hijo:

“Señor Don Juan Soler Miralles

Caravaca-Archivel (Murcia)

Estimado señor:

Con el corazón desgarrado de dolor, hemos leído la carta postal que en fecha 25 de julio le envió usted a su hijo.

Señor, la gloria más grande que pueda haber a un ser humano es la de haber vivido y haber muerto por sus ideales.

El destino no quiso que su hijo quedara ignorado entre tantos miles de Refugiados, sino que pasara a la inmortalidad con la aureola de los mártires de la libertad y del progreso, por lo que su hijo continúa viviendo en nuestro corazón y en nuestra memoria, como continuará viviendo en la memoria de todos aquellos que sepan apreciar lo que significaban el valor y la abnegación, así como el amor a la libertad que de un simple hombre hace un gigante y de un gigante un ser casi sobrenatural.

Hay un compañero entre nosotros, Antonio Montes, del pueblo de Archivel, el cual asistió al entierro de su hijo y al hacerse cargo de todos sus efectos se comprometió a llevárselos a usted cuando pueda regresar a esa, así como también a darles cuenta verbal de todos los pormenores de lo ocurrido.

Mientras tanto, sírvales de consuelo la certidumbre de que su hijo mereció la más alta estimación de todos nosotros y de cuantas personas le conocieron en el exilio.

<sup>149</sup> Acracio Ruiz Gutiérrez (1909-1994) es el nombre con que fue conocido el anarcosindicalista José Molina Ortega, que tras abandonar España por Gandía el último día de la guerra se exilió en el Reino Unido.

<sup>150</sup> Movimiento Libertario de España (MLE).

Con el penoso sentimiento de no haberle podido dar mejores noticias, disponga de nosotros y reciba, a la vez que el pésame, los más respetuosos saludos, por los doscientos veintiséis españoles de este campo.

Siguen las firmas, la fecha y la dirección.”

Y por hoy, aunque muchas de las cosas que quedan por consignar quizás no estarían desprovistas de interés, me veo obligado a dar por terminadas estas notas debido que me siento mortalmente fatigado y temblando de frío... ¿De frío, o de fiebre?... ¡Realmente hace frío!... ¡Siempre hace frío en este país!... Los enormes, plumizos, blancos y negros nubarrones que cubren la comba del espacio, semejan olas monstruosas debatiéndose en un mar fantástico que a través de angostas desgarraduras enseña el agua verdosa del cielo profundo, haciendo más pavoroso y lúgubre el panorama cenital. Sopla fuerte el viento y se llenan las carreteras, las zanjas y las cunetas de hojas muertas, que al dejar los árboles desnudos de las galas estivales les hacen enseñar el moño de sus miembros tiritantes... Hay *spleen*<sup>151</sup> en el paisaje... Siento que el *spleen* me invade todo el ser físico, y tengo como un regusto de *spleen* en el alma, que trato de alejar de mí sin conseguirlo...

Pienso que en mi país es septiembre, la apoteosis del año, con sus granadas abiertas remedando estuches de sangrientos rubíes, e higos que rezuman miel y olorosos melones y uvas doradas como topacios en fusión y ruiseñores que trinan sobre los chopos y acacias y chicharras que revientan cantando, borrachas de perfumes y de sol... ¿Existe el sol? ¿Hubo alguna vez sol en alguna parte del mundo?

### *11 de octubre (1945). O' the Hill camp*

Acabamos de recibir un ejemplar de *España Republicana* de Buenos Aires, con el artículo que copio a continuación:

CARTA AL EMBAJADOR DE GRAN BRETAÑA EN DEFENSA DE LOS ESPAÑOLES INTERNADOS EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN INGLÉS.

NO CARECEN DE TÍTULOS ANTE QUIENES AMEN LA LIBERTAD Y ODIEN LA TIRANÍA FASCISTA

Con fecha 24 de julio, fue enviada al embajador inglés en la Argentina la siguiente carta:

Señor embajador:

<sup>151</sup> Tal vez melancolía o angustia vital en francés; o ira, cólera en inglés.

Informes cablegráficos procedentes de Londres expresan que en campos de concentración instalados en Inglaterra se encuentran más de doscientos republicanos españoles que víctimas del hitlerismo, estaban en territorio alemán, sometidos a régimen de trabajos forzados.

Uno de estos prisioneros no ha podido soportar la amargura y la desesperación que le ha producido verse tratado así, y se ha suicidado.

Agregan estas informaciones que las autoridades británicas comprenden la injusticia de apresar y confundir con los nazis vencidos a demócratas españoles, pero no los libera porque no hay gobierno que los reclame, avale o garantice.

Como se trata de compatriotas y correligionarios nuestros, nos permitimos escribirle, señor embajador, diciéndole que esos republicanos, arrojados de su patria por la acción del fascismo, carecen en efecto de gobierno que los garantice, porque el que existe en Madrid no ha sido elegido por los españoles, sino impuesto por los hombres y las armas de Hitler y de Mussolini.

Pero no carecen de títulos ante quienes amen la libertad y odien la tiranía fascista.

Cuentan con el millón de muertos que la intervención pardofascista, con el concurso del falangismo, causó a nuestra patria; con los millares de republicanos que esa coalición fascista fusiló en tierras españolas o mantiene presos; con los quinientos mil españoles que, víctimas de la misma persecución, pudieron huir al exterior, entre los que se encuentran 2.063 profesores y maestros —de ellos 89 de la Universidad de Madrid y 48 de la de Barcelona— y 533 médicos, incluso el Dr. Trueta y sus ayudantes en Londres, que tantos millares de heridos británicos han salvado o enseñado a salvar; con los 50.000 republicanos que en Sidi-Bel-Abbès se incorporaron a los ejércitos de las Naciones Unidas; con los millares de voluntarios españoles que embarcaron en Bretaña, se organizaron en Glasgow y desembarcaron en Noruega, integrando dos de las tres columnas —la del ala izquierda y la del centro— que conquistaron Narvik, y dejaron en aquellas tierras 800 muertos de los 1.200 que en total sufrió la expedición aliada; con los que volvieron a desembarcar en Brest y lucharon en la Batalla de Dunkerque, formando entre otros núcleos de resistencia el que comandó el teniente Merlet, y llegaron a Plymouth entre los últimos que sostuvieron en el continente la bandera de la Gran Bretaña; con los que lucharon en Creta y ni siquiera fueron evacuados, cayendo en poder de los nazis yendo a morir en el campo

de concentración de Stalag III; con los que iban en la vanguardia de la columna Leclerc, que salió de Bir-Hakeim y realizó la prodigiosa marcha del desierto; con los que iban en las vanguardias de las columnas que conquistaron Abisinia, que conquistaron Eritrea, que conquistaron Libia; con los marinos españoles, citados especialmente por el Almirantazgo Británico, por su arrojo y decisión al conducir convoyes a Malta; con José Villanueva y Fernando Estévez, los dos primeros soldados del ejército aliado, invasor de Italia, que cruzaron el río Volturno y abrieron el camino a la capital italiana; con los que lucharon en la resistencia francesa y merecieron que el jefe de ella, el “coronel Roll”, tomara este nombre en homenaje al republicano español que cayó a su lado; con quienes ocuparon el tanque “Guadalajara”, que entró en la vanguardia del ejército liberador de París; con el batallón vasco que libró la última batalla de Francia para liberar Burdeos y fue objeto de especial homenaje por el general de Gaulle...

Cuentan, en fin, señor embajador, con el heroico sacrificio de nuestro pueblo en su lucha desesperada, agredido por unos y maniatado por otros, contra las fuerzas de Hitler y de Mussolini y con su contribución a la lucha por la libertad.

Quisiéramos, señor embajador, que hiciera conocer a su gobierno los títulos de esos más de doscientos republicanos españoles que tiene presos.

Le saludan atentamente:

Ángel Ossorio, ex embajador de España; Fernando Martínez Monge, general; Augusto Barcía, expresidente del Consejo de Ministros; Manuel Blasco Garzón, exministro de Justicia; Claudio Sánchez Albornoz, exministro, exrector de la Universidad de Madrid; Mariano Gómez, expresidente del Tribunal Supremo, exdirector de la Universidad de Valencia; Luis Giménez de Asúa, profesor de la Universidad de Madrid, expresidente de las Cortes; Juan Cuatrecasas, profesor de la Universidad de Barcelona; Alfonso R. Castelao, artista pintor, diputado a Cortes; Ramón de Aldasoro, consejero del Gobierno de Euskadi; Manuel Serra Moret, expresidente del Consejo de Economía de Cataluña; Tomás Álvarez Angulo, diputado a Cortes; Felipe Jiménez de Asúa, profesor de la Universidad de Zaragoza; José Benegas, periodista; Miguel Servera, presidente del Centro Republicano Español de Buenos Aires.”

Esta carta, que hemos leído emocionados a todos los Refugiados reunidos, ha sido contestada inmediatamente explicando en detalle nuestra odisea y nuestra situación actual, acompañada de esta:

“Señor director de *España Republicana*, Buenos Aires.

Desconociendo la actual dirección de cualquiera de los ilustres firmantes de la “Carta al embajador de Gran Bretaña”, le rogamos haga el favor de transmitirles nuestra respuesta, a la que agregamos esta nota.

También le suplicamos se sirva trasladar nuestro más profundo agradecimiento al eminente periodista Francisco Madrid, por el párrafo que tan certeramente nos dedicó en su charla “El Periodismo”, pronunciada en el Ateneo Pi y Margall de Buenos Aires.

Reciba así mismo usted las más sinceras felicitaciones, a la vez que por la citada dirección de *España Republicana*, por haber dado cabida en ella todo lo que antecede, de lo que no por justo le quedamos menos agradecidos.

Muy atentamente de usted, por los 226 españoles antifascistas de este campo: José Ferri, Cándido Barrera, Ramón Letamendi, Gregorio Segura, Joaquín Juliach.<sup>152</sup>

En O’ the Hill camp, a 10 de octubre de 1945.”

### *28 de octubre (1945). O’ the Hill camp*

Anteayer vino a visitarnos *miss*ress Barbara Word, una señora que es miembro de no sé cuántas asociaciones filantrópicas, la cual, con una constancia y bondad verdaderamente apostólicas, se esfuerza por aminorar las miserias de todos los que sufren. Estaba apenadísima al explicarnos las numerosas pesquisas y gestiones que ha hecho en favor nuestro, pues en sus visitas a los diversos ministerios, de donde pueda depender nuestra libertad, sacó una impresión deplorable a la vista de los montones de cartas y telegramas que nos conciernen, vagando como almas en pena de departamento en departamento sin que nadie se atreva a responsabilizarse en nuestro asunto, dándole largas con la intención de ver si mientras tanto se arregla lo de España y nos envían allí, debido a que en Inglaterra, según le han dicho confidencialmente, se niegan a admitirnos con derecho de asilo.

También vino ayer una comisión de los “Excombatientes de la Guerra de España”, entre los que se encontraba su secretario general, mi paisano Bata-

<sup>152</sup> Según la exposición “Heath Charnock’s Green Men” que Cleminson et al. realizaron en junio de 2015 en la Adlington Library, citan que Juliach era de Barcelona y trabajaba de contable en *Paramount Studios* de esa localidad.

ller.<sup>153</sup> Nos informaron de haber constituido un comité con objeto de realizar los últimos trabajos encaminados a nuestra liberación, compuesto de la CNT, de la UGT, de todos los partidos antifascistas españoles y del *British Committee* reforzados con la adhesión incondicional del señor Irujo, ministro del gobierno de la República de España en el exilio.<sup>154</sup>

Finalmente llegó también ayer a este campo el grupo de los veintidós compañeros que se llevaron de Kirkham antes de que se suicidara el amigo Soler. Dichos compañeros estaban destacados en Heysham, donde al igual que en Chorley se constituyó un comité pro republicanos españoles el cual ha desarrollado tan voluntariosa y meritoria actividad que nunca llegaremos a agradecerla en lo que vale. Ya estamos, pues, reunidos todos los Refugiados.

Debido a que, además de los festivales últimamente celebrados, habíamos organizado también un equipo de fútbol con objeto de distraer a los más jóvenes, ayer, después de la llegada del grupo mencionado, se jugó un partido en Chorley contra el equipo de la localidad. Resultó movido y muy vistoso, haciendo los Refugiados tales prodigios de valor que les valieron cinco *goals* contra otros tantos que nos metieran los *english*, no obstante estar entrenados y nosotros no. En opinión de la prensa y de los numerosos aficionados ingleses que asistieron, fue indiscutiblemente un triunfo para los Refugiados. A dicho partido asistieron los comités pro republicanos españoles de Chorley e igualmente el de Heysham, que había venido acompañando al grupo de los veintidós, más algunos periodistas y unos cuantos amigos, todos los cuales quisieron obsequiar al equipo de los Refugiados y al comité del campo con una merienda.

A continuación nos reunimos los comités de Chorley, el de Heysham, el del campo, dos periodistas de confianza y Jhon, el sargento que sirvió de intérprete en el Festival de Chorley. Veinte personas en total. Después de examinar detenidamente el estado actual de nuestro asunto y los resultados obtenidos, se convino en que era preciso cambiar de táctica intensificando la propaganda y la acción. Para ello vamos a emprender una activa campaña de prensa, dirigida especialmente al pueblo e interesando sobre todo a los sindicatos.

También se acordó invitar al centenar de diputados que declararon estar dispuestos a ayudarnos, a que hagan una interpelación en la Cámara de los Comu-

---

<sup>153</sup> Puede que se refera al valenciano José Bataller, aunque no sabemos si era natural de Alcoi, que por esas fechas fue secretario y presidente de Izquierda Republicana en Gran Bretaña y en los años 60 de Acción Republicana Democrática Española en aquel país.

<sup>154</sup> Manuel de Irujo Olo (1891-1981), abogado y dirigente del Partido Nacionalista Vasco, fue diputado y ministro durante la Segunda República. Finalizada la Guerra Civil se exilió en el Reino Unido y entre 1945 y 1947 fue ministro del gobierno republicano en el exilio.

nes en la cual deberán emplazar al Gobierno a que nos libere inmediatamente, o de lo contrario a que envíe una comisión que examine nuestro caso colectivamente o individuo por individuo, si lo prefiere. Esa interpelación deberá ser reforzada por la campaña de prensa a que me he referido, exigiendo del Gobierno nuestra liberación o que se nos juzgue, fundándonos en que nadie puede estar detenido en Inglaterra más de x días sin intervención del juez, y en que nosotros, siendo civiles, hace más de un año que nos tienen detenidos ilegalmente.

Con esas medidas pensamos salir de una vez de este más que tenebroso asunto. Tenebroso y estúpidamente cruel, en efecto, porque en tanto que diputados, comités, particulares e incluso el Gobierno nos dan promesas sobre promesas que no se cumplen, otro de los nuestros, Ceferino Medero,<sup>155</sup> se ha vuelto loco y ha debido ser trasladado a un manicomio hace ocho días. ¡Uno más y no será el último, pues hay más de treinta Refugiados que andan cazando moscas, como vulgarmente se dice, y tan fuerte es la psicosis de locura que circula entre nosotros que yo mismo me pregunto si a veces desvarío también!

### *20 de noviembre (1945). O' the Hill camp*

Ocurren cosas que valdría la pena ser contadas si no fueran tan desagradables... No quisiera, sin embargo, si es que algún día se llegan a publicar estas crónicas, cansar al paciente lector con la prolija descripción de las menudas y aun grandes tragedias que día a día se acumulan sobre nosotros. Debo lamentar aquí, sin embargo, que nos hemos visto obligados a enviar al manicomio a otro compañero completamente loco, y que el número de los Refugiados gravemente enfermos es aterrador...

A pesar de eso, y de los esfuerzos que hacemos por salir de las mallas en que nos han envuelto, nuestra situación sigue siendo incomprensiblemente la misma. Incomprensiblemente, digo, porque el gobierno inglés, tan ducho en política, ya ha perdido prestigio en un pleito que no tenía importancia al principio y que ahora, elevado a la categoría de escándalo mundial, está perjudicando incluso al buen nombre de la Gran Bretaña. De él han hablado la prensa de Buenos Aires y la mayoría de nuestros voceros de ambas Américas, los periódicos obreros y hasta la prensa burguesa de los países escandinavos, así como los de Italia, Bélgica y Suiza. De la misma manera la prensa francesa ha protestado airadamente,

<sup>155</sup> Monferrer (2007: 96) lo cita como Madera y estuvo internado en el Talgarth Mental Hospital de Monmouthshire. Según un debate parlamentario realizado el 30 de octubre de 1945 en la Cámara de los Comunes, se apunta que el republicano español Ceferino Medero fue evacuado el 6 de octubre de 1945 de Hall o' the Hill Camp al Hospital Psiquiátrico de Talgarth a consecuencia de su estado mental (Lawson, 1946). En el pergamino que los presos republicanos le entregaron a Sam Wild firma como Medero.

y en cuanto a la inglesa, diarios como el *Manchester Guardian*, el *Daily Mail*, *Daily Express*, *Daily Herald* y otros cien de todas las tendencias, sin contar los semanarios como *Reynolds News*, *New Statesmann And Nation*, con tres millones de lectores cada uno, y el *Illustrated* con otros tantos él solo, han protestado y siguen protestando, calificando de inadmisibles —y aún peor— la actitud del gobierno inglés para con nosotros.

Presionado desde todas partes por la prensa y por miles de telegramas, el ministro de la Guerra ha ordenado la liberación del compañero Antonio Cortés, uno de los 29 que trajeron de las islas, donde quedó su esposa inglesa con un hijo de catorce meses. Siendo el amigo Cortés como otro cualquiera, sin más méritos en su haber que ser un excelente muchacho, todo induce a creer que su liberación, aceptada por él a instancias nuestras, es el principio del fin... Sí, parece que sí, pero... ¿qué nuevas fechorías cometerán aún con nosotros antes de que el último se vea en libertad?

### *3 de diciembre (1945). O' the Hill camp*

El sábado día 24 de noviembre hicimos una jugarreta de la que hablo y sigue hablando toda la prensa de Inglaterra.

El sábado anterior a esa fecha, el 17, se presentó por centésima vez en nuestro campo *mister* Hennessy, secretario general de los *Trade-Unions* de Lancashire y de Cheshire. Después de explicarnos dicho señor los trabajos que había realizado para conseguir nuestra liberación sin resultado, nos confesó que estaba en posesión de una voluminosa cantidad de documentos recogidos pacientemente y que siéndonos todos favorables, creía llegado el momento de que intervinieran los sindicatos recurriendo a todos los medios para sacarnos en libertad. Nos explicó que en su plan entraba la previa convocatoria de una reunión plenaria de delegados de toda la regional, en Mánchester, a la que debía asistir una delegación nuestra, si nos atrevíamos a ir. Insistió en el peligro que corrían los comisionados que delegáramos, por hallarnos sujetos al régimen de prisioneros de guerra y estar prohibido desplazarnos, pero le respondimos que tratándose de la libertad de todos no había Refugiado que rehusarse el peligro o se espantara ante ninguna dificultad. Satisfecho con esa respuesta nos volvió a preguntar si podíamos tener lista una comisión de cuatro hombres para ocho días más tarde, y habiéndole contestado que sí, concluyó:

—El día 24 vendré con un auto a por ustedes. Me esperarán a la una de la tarde a las afueras de Adlington y traeré ropa de civil para los cuatro que hayan de venir, con el fin de que no llamen la atención por el camino con sus ropas de prisioneros.

En la fecha y hora indicadas se presentó de nuevo con un poderoso automóvil en el que montamos los compañeros Cándido Barrera, Gregorio Segura, Santiago Sabater y yo. Menos de dos horas más tarde estábamos en el lujoso local de los sindicatos, en Mánchester, ante un grupo de periodistas y más de doscientos delegados venidos de todos los pueblos de la región. El presidente, después de nuestra presentación, hizo historia de los hechos y puso a disposición de todos los presentes la voluminosa documentación que poseía, venida de todas partes por donde habíamos pasado antes, incluso de España.

Cuando nos preguntaron si deseábamos hablar, después de mis compañeros tomé la palabra yo... Tan emocionado estaba que solamente puedo recordar que mientras relataba los aventurados y extraños acontecimientos por los que habíamos pasado, las mujeres lloraban y los hombres, pálidos de cólera, crispaban los puños proyectándolos en el aire, exclamando con furia concentrada ¡*shame, shame, shame!* —vergonzoso, deshonroso, infamante—. Al terminar mi intervención, expresándoles nuestro pesar de ver a la vieja democracia inglesa censurada a causa de nuestra detención, todos los delegados puestos de pie y sin dejarme terminar pedían ir inmediatamente a la huelga general en señal de protesta.

Intervino el presidente para encauzar el debate en el que participaron casi todos los delegados, tomando por fin la decisión de emplazar al Gobierno para que nos pusiera en libertad en el término de quince días. Pasados estos, los jueces de los sindicatos, asistidos por los delegados nombrados al efecto, se constituirían en tribunal popular en nuestro propio campo y de allí, pesara al Gobierno o a quien pesara, saldríamos liberados pública y legalmente reivindicados por ellos.

Aquella misma noche, al día siguiente y sucesivos, el *Manchester Guardian* publicó en primera página a grandes titulares: FOUR SPANISH INTERNALS AT MANCHESTER MEETING; el *Sunday Chronicle*: FOUR SPANIARDS BREAK CAMP: PLEA CASE; el *Daily Worker*: SPANISH HEROES STILL IN BRITISH PRISON CAGES; el *Sunday News*: FIRST IN FIGHT FOR FREEDOM, BUT LAST FREED; el *Daily Express*: SPANISH REPUBLICAN INTERNEES BROKE OUT OF THEIR CAMP; el *News Chronicle*: FOUR SPANIARDS GET LIFT FROM CAMP; y así sucesivamente casi toda la prensa de Inglaterra, haciendo amplia reseña y añadiendo comentarios favorables, se escandalizó una vez más de nuestro caso y pidió nuestra liberación inmediata.

El señor Hennessy y otros dos delegados, después de llevarnos a comer a una de las mejor provistas fondas de Manchester, nos acompañaron de regreso, y el primero, antes de despedirse, nos dijo:

—Es muy probable que dentro de unos días sean ustedes llamados por el jefe de Kirkham, para ser juzgados por esta escapatoria. Si tal acontece, añadió,

cuenten las cosas exactamente tal y como han ocurrido, echando sobre mí toda la responsabilidad.

Al responderle que no lo haríamos porque de esa manera peligraba su libertad, se echó a reír con una risa alegre y contagiosa, porque reían en él tanto su campechana actitud como sus ojos y su boca, al tiempo que nos respondía:

—¡Mejor que mejor! Si me encierran a mí nos soltarán a todos enseguida y además saldré diputado en las próximas elecciones...

Y efectivamente, hoy, nueve días después de los acontecimientos reseñados, hemos sido conducidos a Kirkham para comparecer ante el jefe del campo, del cual dependemos aún. A la parodia de juicio que nos hicieron asistían el coronel, el capitán del *Intelligence Service* y otros oficiales. Desde el primer momento, al empezar el interrogatorio, intentaron acoquinarnos metiéndonos el miedo en el cuerpo. Pero al ver que eso no producía ningún efecto y que les respondíamos sin amilanarnos ni rehuir nuestra responsabilidad, entonces cambiaron de táctica sin duda porque no estaban autorizados para castigarnos. El coronel empezó a lamentarse, diciéndonos que él había respondido por nosotros ante sus superiores, fiándose de la palabra que le habíamos dado de no escaparnos ni cometer ningún acto reprochable. Aunque nosotros sabíamos perfectamente que todo lo que estaba diciendo era pura comedia y que la diferencia de estar en O' the Hill camp en vez de Kirkham la debíamos a...cualquiera menos a él, fingiendo creerle le invitamos, de la manera más calurosa del mundo, a que viniera a nuestro campo, nos mandara formar y nos contara a continuación, asegurándole que no hallaría a faltar ningún Refugiado, salvo los dos que se han vuelto locos y el que se suicidó. En lo demás, le añadimos, ni usted ni nadie podrá hacernos creer que un hombre injustamente detenido, como lo estamos nosotros, comete un acto reprochable cuando por medios, si no estrictamente legales sí honestos, procura poner a la justicia en el lugar que le corresponde...

El capitán del *Intelligence Service*, que desde el asunto de la bandera que aún ondea en el campo no nos puede tragar, daba pena de ver con su sonrisa de hombre rencoroso que no puede digerir la bilis que se le va acumulando hasta amenazar ahogarle. El coronel, sin parar de moverse y removerse en su poltrona, agitando velozmente el pisapapeles que tenía cogido con ambas manos, nos dijo mirándonos por encima de sus lentes y dando por terminado el remedo de juicio a que nos había sometido:

—Por el momento les dejo en libertad. Pueden retirarse, volver al campamento, pero no se muevan de allí sin mi permiso. Más adelante ya se dispondrá de ustedes con arreglo a lo que disponga el Ministerio de la Guerra...

Y aquí estamos, seguros de que no tomarán represalias, pues el coronel y sus oficiales, así como el Ministerio de la Guerra, saben perfectamente el acuerdo que han tomado los sindicatos y no se atreverán a provocar el conflicto que ciertamente se les vendría encima. Por consiguiente, aunque no les falten deseos de aplastarnos, no lo harán...

Termino hoy anotando que hace unos momentos vino *mister* Hennessy a mostrarnos un telegrama del secretario nacional de los *Trade-Unions*, en el que le informan que el señor Attlee, presidente de ministros, se ha hecho cargo personalmente de nuestro asunto y nos va a liberar de inmediato. Añade dicho telegrama que por lo tanto no tiene ya objetivo y debe retirarse el proyectado juicio público por medio de un tribunal popular.

También vino hoy la diputada *mistress* Braddock mientras nosotros estábamos en Kirkham, anunciando a los compañeros que quedaron allí que dentro de dos o tres días seremos liberados...

### *8 de diciembre (1945). O' the Hill camp*

Esta mañana llegó de improviso el capitán de la *Intelligence Service* y nos dijo que debíamos hacer inmediatamente una lista con todos los nombres de los Refugiados que desearan marcharse a Francia. Nos entregó seguidamente un formulario para que lo llenáramos, que decía lo siguiente: “El abajo firmante comprende la proposición que le expone el comandante de este campo en representación del *War Office*, para ser devuelto a Francia como hombre libre y lo acepta”. Sigue la firma del interesado y la fecha 8 de diciembre de 1945. Lo hemos firmado ciento doce Refugiados. Quedan por consiguiente, ciento once que desean permanecer en Inglaterra con derecho de asilo. Más Antonio Cortés, que se fue liberado; más Ceferino Medero y Pablo Milians,<sup>156</sup> que se encuentran en el manicomio completamente locos; más Agustín Soler que se suicidó; total doscientos veintisiete. De los que quedamos hay más de un centenar que dan muestras inequívocas de perturbación mental. Muchos de ellos no podrán escapar a la locura total y definitiva.

Mientras tanto estamos recibiendo un diluvio de cartas y telegramas de toda Inglaterra, felicitándonos por nuestra “liberación”. Las comillas las pongo yo porque la liberación aún no es un hecho y podría hacerse esperar, teniendo en cuenta que los Attlee y Churchill, como lo hicieron hasta aquí, tratarán de ganar tiempo con tretas y artimañas de averiado curial o como dogo de presa que no

<sup>156</sup> Según Monferrer (2007: 96), que lo cita como Millán, estuvo internado en Talgarth Military Hospital de Monmouthshire. Según *Dictionnaire des militants anarchistes* era natural de Murcia y estaba afiliado a la CNT. Recuperado de: <http://militants-anarchistes.info/spip.php?article8561>.

quiere soltar la carnada. Guiados por sus instintos es muy posible que intenten tirar para sí mirando de soslayo a los sindicatos y a la opinión del país, con el incontenible deseo de quedarse con la caza si apartamos un solo momento el palo que tenemos levantado sobre sus cabezas... ¿Lo harán? Si se atrevieran, creo que el palo caería y les haría aullar de dolor.

A veces me sorprendo deseando que no nos suelten, que continúen vejándonos, infiriéndonos agravios sobre infamias, como vienen haciéndolo desde hace cerca de un año y medio, aunque hayamos de terminar la mayoría en un asilo de alienados y el resto en el cementerio. ¡Sería la única manera de soliviantar al mundo y de liberar a la humanidad de esos paranoicos que, como nosotros, le hará daño, mucho daño!

### *17 de diciembre (1945). O' the Hill camp*

Han transcurrido nueve días desde que se anunció en la Cámara de los Comunes que ya estábamos libres y que nos iban a embarcar inmediatamente a Francia. Pero ahora, una vez que los hombres de la City, Attlee y Bevin<sup>157</sup> entre ellos, lograron parar el golpe que les amenazaba con la decisión que tomaron los sindicatos de liberarnos a pesar del Gobierno, dando largos al asunto como siempre.

De acuerdo con esta táctica sinuosa, anteayer volvió a presentarse en el campo el capitán del *Intelligence Service*, y pretextando que la lista anterior de los Refugiados que se apuntaron para ir a Francia no estaba bien, nos informó que debíamos dar por nula la primera y hacer otra.

También el Gobierno ha emprendido una campaña en la prensa, con el fin de coaccionar a los Refugiados que desean quedarse en Inglaterra como hombres libres y obligarles a que se alistén todos para ir a Francia. Los laboristas, según se ve, de acuerdo con las gentes reaccionarias no quieren “rojos” españoles aquí, y como el decirlo públicamente sería tanto como desenmascararse ellos mismos, recurren a sus maniobras características...

Consecuentes con eso, hemos podido leer estos días en la prensa gubernamental, dicho por sus capitostes con una impudicia que sonroja, “que estamos ya en libertad”. Lo han publicado con un inusitado aparato de publicidad, falsificado a conciencia en un tono ditirámico y glosativo que da náuseas, como si quisieran alabarse por una detención injusta, reparada con una libertad que no nos han dado. A ese ridículo trampantojo añaden la burda guiñolada de afirmar que “a pesar de que había entre nosotros muchos que pidieron quedarse en Inglaterra, ellos saben de fuentes fidedignas que en realidad estamos todos ansiosos

<sup>157</sup> Ernest Bevin (1881-1951), político y sindicalista británico perteneciente al Partido Laborista fue Ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Clement Attlee.

por dirigirnos a Francia, donde acabaremos por irnos desde el primero hasta el último, en recuerdo de lo felices que hemos sido allí...”. De ridiculeces como esas han llenado muchos periódicos de grandes titulares, con el bien premeditado propósito de hacer creer al pueblo inglés que ya estamos libres, y por otra parte de preparar el terreno con el fin de arrojarnos de aquí “democráticamente” el día que les sea imposible continuar deteniéndonos.

Debo agregar que el ministro de la Guerra, para darlo todo por liquidado y sacudirse la responsabilidad que le pueda caber, ha declarado en la Cámara de los Comunes que “cuando fuimos cogidos prisioneros llevábamos puestos el uniforme alemán, lo que excusa a nuestros apresadores y hasta cierto punto explica todo lo que ocurrió más tarde”... Eso lo ha dicho *mister* Lawson, ministro de la Guerra y laborista,<sup>158</sup> lo que demuestra que un ministro de la guerra, laborista e inglés, puede ser un cínico que MIENTE, sabiendo que MIENTE, ante un pueblo que sabe perfectamente que en este asunto el señor Lawson, ministro de la Guerra en Gran Bretaña, ha MENTIDO. Así lo acabo de comunicar a la prensa en nombre de todos los Refugiados, y ahora esperamos a que el señor Lawson se atreva a desmentirnos, cosa que no hará, pues a ello respondería toda la Inglaterra liberal con una de esas carcajadas de desprecio de las que puede morir un hombre, sobre todo cuando es político y se llama J. J. Lawson.

A causa de esa declaración hay algunos Refugiados, excitadísimos, que proponen los mayores desatinos para obligar a ese ministerio a que rectifique públicamente lo que ha dicho, pero tales compañeros no parecen darse cuenta de que detrás de esa declaración está el “prestigio” de Inglaterra y que en una lucha así, aún con toda nuestra razón, seríamos aplastados como muñecos de barro.

### *22 de diciembre (1945). O' the Hill camp*

Hace tres días, en un comunicado que tengo a la vista, el jefe de Kirkham, después de argumentar sobre una pretendida imposibilidad de llevar juntos a Francia a todos los Refugiados que lo habíamos solicitado, basando principalmente sus argumentos en que “los medios de transporte son limitados”, nos hizo saber que el día 26 del corriente saldrá la primera expedición. Dicha expedición, especificó en su comunicado, se compondrá de trece individuos y cada semana se irá repitiendo con un grupo de otros tantos...

El truco, como se ve, está bien buscado. A partir de la fecha en que salga la primera expedición, si es que sale, en cuyo caso se anunciará a bombo y platillo, los últimos en ser embarcados, suponiendo que las salidas se hagan con regula-

<sup>158</sup> John James Lawson, fue Secretario de Estado de Guerra.

ridad, continuaremos aún prisioneros durante cuatro meses y medio. ¡Esa es la libertad y el trato de favor que gozamos, a cambio de los votos y la sangre y la familia y la patria que sacrificamos en aras de una democracia fementida que no es particular a Inglaterra, sino al capitalismo mundial que hace de ella arma para asesinarla en la persona de los que lucharon y continúan luchando por la verdadera democracia, con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo, que es su auténtica expresión!

### *5 de enero de 1946. O' the Hill camp*

Este año de exilio ha sido sin lugar a dudas el más terrible de cuantos hemos pasado. En su transcurso, tanto yo como los Refugiados que han compartido mi suerte, no hemos tenido casi ninguna satisfacción y sí, en cambio, toda una serie de pesadumbres, sufrimientos y quebrantos que nos han envejecido y arruinado la salud de una manera irreparable.

Debo apuntar, sin embargo, en mi favor, la adquisición de una experiencia poco común sobre la vida y sobre los hombres, de un valor inapreciable para mí que siempre había vivido en el mundo ideal de los libros, formándome una imagen hecha de égloga y de bondad universal que no correspondía a la realidad, ni mucho menos. ¿Me servirá para algo esa experiencia? Lo dudo, a causa de mi incorregible romanticismo que me hace llevar la cabeza al espacio en tanto que mis pies chapotean en el barro. Un barro pegajoso en el que a través de raros reflejos de humanidad se arrastran a miríadas las larvas de los más abyectos apetitos, junto al egoísmo más vil y bajuno.

De todo ese amasijo de tenue claridad y de profundas tinieblas, de ese flujo y reflujo de las pasiones cuyo resultados de vicio o de virtud no deben ser buscados en la naturaleza humana, que es prodigiosamente moral, sino en los complicados resortes de la sociedad que la malea; de todas esas experiencias y enseñanzas que yo creo haber adquirido a fuerza de observar y de compartir la tragedia que consume a mis semejantes, quizás podría hacer alguna cosa que lenificara tanto el ajeno como el propio dolor.

Mas para ello debería poseer el sentido de lo oportuno, de lo reflexivo y calculador. Debería estar saturado de un autodominio cerebral que no poseo, para actuar resueltamente en dirección a lo que PUEDA SER y no a impulsos del corazón que sin tener en cuenta la cruda realidad me lleva a obrar con arreglo a lo que DEBA SER..., y para eso no creo que pueda servir yo.

Y si fuera cierto que a todos los seres humanos, tales como los ha moldeado la sociedad madrastra que padecemos, solamente se les puede canalizar en el bien llevándolos de soslayo, supuesto que atacándoles de frente reaccionan con arreglo

a sus prejuicios y se vuelven aún peores, entonces ¿dónde encontrar los hombres tenaces, justos e incorruptibles que haría falta para realizar esa tremenda labor?

Sea como fuere, hago el firme propósito, como lo hice ya tantas veces sin enmendarme, de actuar en adelante con reflexión, con arreglo a lo posible, hacia el Ideal si se quiere, pero sin perder de vista el terreno que pise. A mi edad es lógico que llegue a esa conclusión, como es normal que, con mi manera de ser, no lo haya podido hacer antes... ni llegue a poderlo realizar jamás.

Y ahora, volviendo a la realidad que nos atosiga, debo dejar constancia de estas notas que, diez días después de la fecha señalada para la salida de la primera expedición a Francia, aún no ha salido nadie y ni el jefe de Kirkham, ni ninguno de los responsables del Gobierno acierta a darnos una explicación satisfactoria de ese retraso que prueba su incapacidad... ¿o su mala fe? Debido a ello, los Refugiados, soliviantados, se han negado a ir a trabajar.

Pero como desgraciadamente entre los voluntarios para ir a Francia están los primeros de la lista, que tienen la esperanza de irse pronto, y los últimos de la lista, que tienen la seguridad de eternizarse aquí si no recurren a medios violentos, de ello se han seguido disputas —que es lo que deseaban los ingleses— en las que los primeros alegan que con protestas se puede malograr la salida de todos, en tanto que los últimos afirman que si no lo echamos todo a rodar no saldrá jamás ni uno solo. Y de esa actitud suicida, solamente excusable por la desesperación que nos devora, ha resultado que mientras unos han ido a trabajar otros se han negado a hacerlo, por lo que anteayer se llevaron a los calabozos de Kirkham a cinco compañeros, ayer a seis y hoy, viendo los ingleses que eso no asusta a nadie, se han llevado al trabajo a los pocos que han querido ir y han dejado al resto tranquilos, sin atreverse a encerrar más gente, pues han comprendido que a ese paso en unos días más nos tendrían que aprisionar a todos, y en los mencionados calabozos no hay sitio para tantos... A causa de la gravedad de lo que ocurre hemos convocado una asamblea general de todos los Refugiados, en la que con toda seguridad habremos de tomar tales decisiones que tanto los comités, como los sindicatos y la prensa van a tener que intervenir con toda energía...

## SEXTA PARTE: EL DESENLACE FINAL

*17 de enero (1946). Hospital de Chorley*

Hace unas horas que he regresado como quien dice del otro mundo... Me encuentro en el hospital de Chorley, tendido en una blanda cama y con sábanas limpias como no las había tenido desde hace siete años. Tengo la pierna izquierda destrozada, rota la tibia y el peroné por varios sitios. También tengo el rostro, el vientre y el resto del cuerpo cubiertos de considerables heridas, a causa de las cuales he estado estos últimos días entre la vida y la muerte. El accidente ocurrió el pasado domingo, día 13. Hacía un sol magnífico, como solamente suele suceder una vez cada lustro en esta época del año, por lo que resolví salir a dar un paseo. Al cruzar la carretera, en las cercanías del campo me atropelló un automóvil que marchaba a toda velocidad. Fue un accidente estúpido, como la mayoría de los accidentes. Aunque sufro aún lo que es de suponer, la fiebre ha disminuido considerablemente y mis ideas vuelven a ser relativamente lúcidas... Estoy, por consiguiente, mucho mejor y hasta quizás fuera de todo peligro.

En los cuatro días pasados vinieron a verme muchos compañeros, pero no les dejaron pasar debido a que parece ser que estaba agonizando, según me han dicho. Hoy han dejado llegar hasta mí a *mister* Rooney, un escocés que es una especie de enciclopedia viviente, muy honorable persona y gran amigo de todos los Refugiados. También han dejado pasar a Elizabeth, una solterona joven y guapa, que no sabe el inmenso bien que me ha hecho con su visita; de tal manera es grata y consoladora una presencia femenina en la habitación de una cama, aunque solamente sea a título de camarada y no esté el amor freudiano de por medio. Igualmente mis buenos camaradas Joaquín Juliach, Esteban Adelantado... y otros muchos cuyos nombres no puedo recordar a causa de la conmoción que todavía me impide todo esfuerzo mental, han venido a reanimarme con el calor de sus amistades, amistades sin hueras palabras, pero ondas en la desgracia, sensibles en el infortunio, fraternales hasta la abnegación en la adversidad. ¡Gracias amigos!

### *22 de enero (1946). Hospital de Chorley*

Hace cuatro días me practicaron la tercera operación. Debido a que perdí mucha sangre y a que mi corazón no hubiera podido soportar una vez más el cloroformo, o por otra razón que ignoro, me operaron sin anestesia de ninguna clase. Describir el espanto de dolor que hube de soportar, sería tan malsano como poco útil al objeto de estas crónicas. Pero debo hacer constar que el operarme de esa manera no fue debido a malquerencia, ni mucho menos, pues aquí estoy siendo tratado con una solicitud extraordinaria.

Hoy han venido a visitarme los doctores Banks y Tyrer, ambos del “Comité pro republicanos españoles” de Chorley. También han venido los compañeros Juan Raja,<sup>159</sup> Alberto Sala, Juan Morera<sup>160</sup> y muchos otros, cuyos nombres no pongo aquí por no hacer esta lista interminable.

### *25 de enero (1946). Hospital de Preston*

Anteayer, después de examinarme cuidadosamente con los aparatos de radiografía y constatar que mi estado general era satisfactorio, decidieron trasladarme al hospital de Preston, probablemente el mismo donde murió el camarada Agustín Soler. Lo hicieron porque los Refugiados estamos equiparados a los militares, y si el primer día me llevaron al hospital de Chorley, que es civil, fue porque era el más próximo al lugar del accidente y la cura inmediata se consideró cuestión de vida o muerte.

Por lo general, en esa clase de hospital es donde entran y salen todos los días enfermos; el que te lleven a uno o a otro constituye un accidente sin importancia que pasa desapercibido. Al llevarse a mí, sin embargo, todos los enfermos de mi sala que podían levantarse y muy particularmente las enfermeras, vinieron a saludarme y a despedirme dando muestras del mayor sentimiento y cariño.

Anoto esos detalles que parecen nimios porque es una cosa extremadamente curiosa, siempre repetida a lo largo de nuestro exilio, que en todas partes al principio somos recibidos con reticencia cuando no con desconfianza, para más tarde, apenas empiezan a conocernos, tomarnos cariño y tratarnos como si fuéramos antiguos amigos o miembros de sus propias familias...

Al llegar a este nuevo hospital, cuidadosamente tendido en una camilla, fui trasladado con toda clase de precauciones a un lecho aún mejor que el que ocupaba en Chorley. Tan pronto me dejaron los soldados que me habían

<sup>159</sup> Natural de Malgrat (Barcelona) era minero y pertenecía a la CNT. *Dictionnaire des militants anarchistes*, recuperado de <http://militants-anarchistes.info/spip.php?article7922>.

<sup>160</sup> Natural de Barcelona, era agricultor y pertenecía a la CNT. *Dictionnaire des militants anarchistes*, recuperado de <http://militants-anarchistes.info/spip.php?article9078>.

traído, me vi rodeado por media docena de enfermeras que con una solicitud y un cuidado verdaderamente a toda prueba me lavaron y pusieron emplumados almohadones en todas las curvas del cuerpo. Me hicieron tomar a continuación una taza de este té detestable sin el cual un inglés no comprende la vida, y no me dejaron tranquilo hasta que hubieron mimado y manoseado a su sabor al Refugiado español, quien por su parte no se quejó y lo encontró muy de su agrado...

Y ahora, aunque desearía hacer una descripción completa del cuerpo de enfermeras de los hospitales ingleses, me veo obligado a abstenerme porque ello requeriría un capítulo aparte en el que la más florida de las plumas no alcanzaría a elogiarlas como ellas se merecen. Todas son guapas y pulcramente limpias; van vestidas de seda negra y de lino blanco, lucen áureas cabelleras como cascos de oro viejo, tienen ojos glaucos cuando no son de un azul índigo, y antes que otra cosa parecen grandes señoras travestidas de operarias. Antes de ser admitidas pasan por severos exámenes sobre medicina y cirugía en general, así como sobre anatomía y fisiología, y por encima de todo eso aprenden hasta la perfección el arte de agradar a los enfermos. Hasta hace poco tiempo tenían que hacer una vida de monjas, siendo seglares pues les estaba prohibido contraer matrimonio o incurrir en la pena de tener que renunciar a su carrera, que más que un oficio es una vocación. Por eso son tan buenas, cariñosas y abnegadas...

Un poco mareado por la fiebre, rota mi resistencia física por los sufrimientos pasados e impresionado por las atenciones que habían tenido conmigo, mientras una de las enfermeras velaba junto a mi lecho de dolor iba yo pensando vaga y dulcemente en lo que queda descrito, y en lo agradable que era dormir cuando hacía tantas noches que no había podido pegar los ojos... Y a medida que paulatinamente perdía conciencia de mi envoltura carnal, crecía en mi subconsciente la idea de que podía descansar tranquilo, teniendo inclinada sobre mí la imagen personificada de la hermosura y de la piedad, que en un lenguaje no entendido con exactitud pero que me era familiar porque me recordaba el de todas las madres del mundo inclinadas sobre millares de lechos, me decía e iba repitiendo al tiempo que con la palma de su mano acariciaba mi frente febril: "*To sleep*" dormir... "*Asleep, asleep*" duerme, duerme.

*26 de enero (1946). Hospital de Preston*

Esta noche se ha muerto el camarada que tenía enfrente de mi cama.

*The comrade in front my bed.*

*This night is gone, he is dead!*

En mi inglés aún más detestable que el castellano del judío del campo de Gurs, le he rezado a mi manera, componiéndole el dístico que antecede desafiando al mismísimo Shakespeare para que lo entienda, pero siendo la única ofrenda que puedo hacerle la dejo tal como está, porque es testigo de un estado anímico de solidaridad sentimental profundamente sentido. ¡Pobre muchacho! Podría tener veinte o veintidós años. Era alto y bien parecido. En sus ojos claros se reflejaba con intensidad toda la flora misteriosa de su lejano Canadá. Aunque tenía dolorosos accesos de tos, nada hacía prever su trágico fin en un hospital lejos de su familia, solo... ¡como un perro sin amo!

Los tripones, los políticos averiados y los generales que le enviaron a defender su plutocracia, morirán en sus camas rodeados de familiares y aduladores, mientras tú, pobre compañero, has escupido la vida en un arranque de tos, abandonado de todos; y quizás en el último momento de lucidez ha pasado por tu mente la horrenda visión del monstruoso engaño de que te han hecho víctima. La vida, tal como la han organizado esos seres desnaturalizados, ayudados por nuestra inconsciencia y a veces cobarde complicidad, es ESO: ambición, orgullo, miseria, guerras, para ESO... ¡Ojalá en tu último instante la paz te haya visitado, aunque solamente haya sido por el contento de abandonar un mundo tan podrido y vil como el que padecemos los que hemos quedado en él! ¡Adiós, hermano en sufrimientos! ¡Que la tierra te sea leve!...

### *1 de febrero (1946). Hospital de Chester*

Ayer vino a buscarme una ambulancia militar y me trasladó al hospital de Chester, situado a un centenar de kilómetros del anterior. El viaje me resultó extremadamente penoso.

Los enfermos, como los presos, quizás a causa de la inmovilidad a que se ven obligados y a la humanísima necesidad de tomar cariño a algo, simpatizan pronto con el lugar que ocupan, con la cama que tienen, con el trozo de techo que divisan, donde la imaginación crea paisajes que varían con arreglo al mundo interior del paciente y de los objetos que le rodean. Y por ese motivo, este cambio, como el anterior, me ha afectado profundamente. ¿Qué necesidad tenían de tanto cambio? ¡Hasta en el lecho del dolor se tiene la manía de amargar la vida de los Refugiados!

### *17 de febrero (1946). Hospital de Chester*

Habiendo tenido que estar completamente inmóvil hasta hoy, cuando esta mañana intenté rectificar la posición de mi cuerpo quedé pasmado de la inutili-

dad de mis enérgicos esfuerzos, con los que solamente conseguí despertar la viva sensación de tener, en vez de la pierna en el interior del yeso que me cubre hasta la ingle, una alimaña hambrienta que me mordía a plenos dientes en mi carne, en mis huesos y en mis nervios... ¡La naturaleza humana, sin el espíritu que la anima, sería una cosa verdaderamente detestable! A pesar de encontrarme tan mal, hoy le pedí al médico permiso para levantarme.

—¡Pruebe usted! —me respondió entre admirado y burlón. Si puede, no se lo prohíbo.

Y hace un momento ha depositado a los pies de mi cama un par de muletas, lo que en inglés y en todos los idiomas del mundo es una invitación para que lo intente... ¿Podré? ¡Sí, es necesario que pueda, a cualquier precio, de cualquier manera, pues entre el montón de cartas que he recibido de sitios diferentes hay algunas de mis compañeros, en las que me informan que en el campo los asuntos van muy mal! A tal extremo mal, que el amigo Eustaquio Bustos<sup>161</sup> ha intentado suicidarse y se encuentra moribundo en el hospital de Chorley. Debo, pues, apresurar mi vuelta a O' the Hill camp, para ayudar allí en lo que pueda.

### *8 de marzo (1946). O' the Hill camp*

¡Estoy otra vez con mis compañeros! Tuve que pedir, protestar y hasta amenazar con negarme a comer en el hospital de Chester para conseguir este traslado.

Aunque mi sana y robusta naturaleza está haciendo maravillas que admiran a los médicos, en realidad no estoy restablecido y no he hecho otra cosa que cambiar la cama y buena comida del hospital por este catre y la insuficiente bazofia de mi barraca, pero aquí, por lo menos, me sentiré más tranquilo desde el punto de vista moral.

Tan pronto llegué esta mañana, conducido por la ambulancia, se apresuró a visitarme el médico de Kirkham. Y este, después de examinar detenidamente las radiografías y las notas de los diferentes galenos que me asistieron en los tres hospitales donde estuve, me dijo que todavía debo llevar la pierna enyesada por lo menos tres meses y que pasado ese tiempo se verá si se me puede quitar o no...

En el campo, como es de suponer, encontré muchas novedades. El primer proyecto de los ingleses, consistente en enviarnos a Francia por expediciones semanales compuestas de trece individuos, fue modificado por otro en el que no se envía más que una expedición cada quince días, a razón de quince com-

<sup>161</sup> Militante de la CNT nació en El Robledo, pedanía de Segura de la Sierra (Jaén). Apresado por los aliados fue trasladado a Gran Bretaña, donde estuvo internado como "prisionero de guerra" en el campo de concentración de Kirkham. *Dictionnaire des militants anarchistes*, recuperado de <http://militants-anarchistes.info/spip.php?article8827>.

pañeros cada una de ellas. Por lo tanto, si antes la situación era mala, ahora es mucho peor. Hasta la fecha de hoy han salido tres grupos. Y como los primeros que se fueron han escrito diciendo que fueron bien recibidos en Francia y que están trabajando libremente, todos los Refugiados excepto treinta y cuatro, se han alistado para irse también.

En cuanto al grupo de los que desean quedarse en Inglaterra, hay mucho que hablar. Mucho y muy desagradable. Al llegar hoy al campo encontré a esos compañeros, empeñados en una huelga del hambre que está durando desde hace tres días. Lo único que piden esos Refugiados es que el Gobierno los ponga en libertad sin más dilaciones, cosa que no se les puede negar puesto que han declarado formalmente que desean quedarse en Inglaterra; o bien que se especifique de una vez cuándo y en qué condiciones los liberará, o si es que decididamente no los quiere en este país que diga de una manera clara que los expulsa. Pero el gobierno inglés trata de conseguir a toda costa el que esos camaradas se vayan también, aunque sin emplear la fuerza bruta, porque quieren dar la impresión de que ninguno de nosotros desea quedarse y que nos vamos por nuestra propia voluntad. No hay, pues, nada de nuevo en cuanto a la vieja táctica, tan empleada contra nosotros por los ingleses de tirar la piedra y esconder el brazo. Entretanto, los treinta y cuatro huelguistas se han agrupado en una barraca, tendidos por tierra sobre jergones y hace tres días que no comen.

Yo, por mi parte, tan pronto llegué aquí esta mañana hice llevar mi jergón a la barraca de esos compañeros, decidido a tenderme a su lado y compartir la misma suerte que les pueda caer a ellos. No me dejaron llevar a cabo mi propósito.

—En esta huelga solamente debemos tomar parte los que no queremos marchar a Francia —me dijeron— y tú estás en la lista de los que se van. Además —añadieron— enfermo como estás aunque la huelga interesara a todos tampoco consentiríamos que la hicieras tú.

Tanto me conmovieron esas y otras palabras que me dijeron, que si mi pierna me lo hubiera permitido habría ido a esconderme en cualquier parte para dar rienda suelta a mi emoción. No pude hacerlo porque los otros Refugiados me llevaron en brazos de barraca en barraca, haciéndome ver y dándome explicaciones sobre todo lo que hay de nuevo sin perderme de vista ni un solo instante. Y es por encontrarme así de desvalido y sin poder aliviar ninguna de las terribles miserias que he visto en todo el campo, por lo que tengo el corazón tan acongojado que solamente espero terminar estas notas, que se acueste el último de mi barraca, que apague las luces y taparme la cabeza con las mantas y llorar, llorar...

### *9 de marzo (1946). O' the Hill camp*

Desde el primer día que se declaró la huelga del hambre venían a todas horas al campo, cuando menos se les esperaba, un numeroso grupo de oficiales del ejército acompañando al capitán médico. Y mientras este examinaba a los pacientes, sus acompañantes sondeaban los ánimos y trataban de convencer a los huelguistas para que depusieran su actitud.

Hoy, al ver que de esa manera no podían obtener ningún resultado, se han presentado, ya no como amigos o simpatizantes, sino a título de comisión enviada oficialmente por el jefe de Kirkham con el fin de encontrar un arreglo inmediato. Después de un tira y afloja de más de dos horas, tan ridículamente mezquino por parte de ellos que habría hecho reír sin el espectáculo de los huelguistas tirados por tierra y comidos por la fiebre, acabaron por retirarse sin haber llegado a ningún acuerdo.

Un poco más tarde volvieron. Contaron que habían estado hablando por teléfono con el Ministerio de la Guerra, y que allí les habían dado tales seguridades, en cuanto a dar satisfacción a lo que pedían los huelguistas, que podían considerarlo como conseguido. Dijeron que una parte de ellos emprendía inmediatamente el viaje a Londres para arreglar personalmente el asunto con los ministros, dando su palabra de que volverían con una respuesta clara y terminante sobre lo que se piensa hacer con esos treinta y cuatro compañeros. En vista de eso los huelguistas han dado por terminada su protesta, después de haber estado cuatro días sin comer.

A causa de las privaciones anteriores, que habían convertido a esos compañeros en esqueletos vivientes, estos cuatro días de ayuno les ha dejado extenuados, en la más completa depauperación, tísicos... o quizás peor.

### *16 de abril (1946). O' the Hill camp*

Se aproxima el desenlace de este episodio de nuestro drama del exilio.

Aunque los camaradas que hicieron la huelga del hambre esperan todavía una respuesta satisfactoria, nuestra situación ha mejorado de tal manera que ahora serían los ingleses los que nos arrojarían de aquí si no quisiéramos irnos. Un cambio tan radical únicamente ha sido posible porque la concordia y una buena entendida disciplina han vuelto a prevalecer entre nosotros, lo que nos ha permitido, actuando hasta lo máximo en coordinación con las diversas fuerzas de este país que nos ofrecieron su apoyo, constituir una fuerza en protesta activa que el Gobierno, con todo su poderío ha preferido no desafiar.

Desde hace cuatro semanas, en efecto, nos negamos a ir a trabajar fundando nuestra actitud en que, si era verdad que se había ordenado nuestra liberación, no tenían derecho a imponer los trabajos forzados. Los ingleses, calculando que si nos llevaban a los calabozos de Kirkham el lío sería demasiado grande, nos dejaron hacer lo que quisimos. Después, todos de común acuerdo, apoyando nuestra actitud en el hecho de que el propio ministro de la Guerra había dicho que estábamos libres ya, nos negamos en redondo a recibir el rancho de prisioneros y reclamamos el mismo racionamiento que los soldados, así como la paga correspondiente hecha en moneda normal. Esto ya fue algo más difícil de conseguir, pero viendo el Gobierno que también por ese lado se iba a meter en un callejón sin salida, tuvo que transigir.

El resultado de todo eso ha sido que en la actualidad estamos relevados de todo trabajo, tenemos una comida buena y abundante, cobramos una paga de nueve chelines por semana, nos vestimos de civil sin que nadie nos lo venga a prohibir y, sobre todo, que cada cual va donde quiere y viene cuando se le acomoda, sin que nadie se meta con él. Hemos logrado también la promesa, dada públicamente y por lo tanto segura, de que dentro de ocho o diez días nos llevarán a Francia en una sola expedición a la mitad de los que están en la lista, y al resto tan solo dos semanas más tarde. Y eso lo hemos conseguido gracias a la unidad de todos, porque es una cosa cierta que si hubieran prosperado las pungas y el desconcierto que los ingleses trataron de introducir entre nosotros, de aquí a un año, o quién sabe si por un tiempo todavía más largo, aún habría Refugiados en Inglaterra retenidos como internados.

Esa exactitud de lesa democracia, practicada por un gobierno pseudosocialista, es una exigua pero muy significativa muestra del vasto plan de represión que desde mucho antes del fin de la guerra elaboraron los gobiernos capitalistas de Londres, Washington y sus satélites, con el decidido propósito de aplastar en su fase inicial el tumultuoso movimiento de renovación, profundamente revolucionario por sus consecuencias que se hubiera producido en Europa y aún quizás en el mundo entero, desde el primer día de haberse terminado la guerra...

Y ahora, estando al llegar el final de estas crónicas, yo no quisiera molestar en ellas a ninguno de los diversos sectores de que se compone el socialismo, interpretado en su forma más amplia, porque en nuestro terrible destierro tanto los socialistas y los comunistas, como los anarquistas y los republicanos de todos los matices, hemos sufrido juntos, llorado y hasta muerto juntos. Sería una obra criminal, que no saldría además de mi convicción, si arremetiera aquí contra unos o contra otros para ensalzar a los demás. Pero a fuer de hombre idealista, que desea con toda la potencia de su sentimiento y voluntad el triunfo de una democra-

cia auténtica, lo más avanzada y socialista que la cultura de cada pueblo pueda dar de sí, yo digo a los compañeros socialistas, al estilo de los que hemos visto desfilar por estas páginas, que por el camino de componendas que han emprendido van mal. Se puede admitir, en rigor, que se tomen medidas contra ciertos extremismos o contra malintencionadas desviaciones, y hasta si se quiere contra determinadas actitudes y personales normas de actuación que no corresponden al pundonoroso altruismo que debe presidir sobre los hombres que llevan en sus conciencias y actividades el germen de lo que será el próximo futuro de la humanidad. Pero de ahí a la misión que los socialistas al estilo de Attlee y Bevin se han asignado, entre el mundo injusto que se muere y el humanamente justiciero que va a nacer, con esa misión y practicando tales procedimientos van tan errados que si no rectifican lo único que conseguirán será hundirse, ellos y sus seguidores, en la profunda zapa que están cavando. El mundo, a partir de hoy, necesita de tales reformas que una vez realizadas equivaldrán a la más grande revolución que registra la historia. Aquellos que sepan encauzar, sin pararlas, esas ansias que salen de la entraña misma de la necesidad, podrán determinar el futuro.

Los que se empeñan en sostener el muro de la reacción, aunque se sirvan de la manida excusa que es para evitar unos “cataclismos y desórdenes”, que solo pueden producirse levantando un dique contra el río caudaloso del progreso que imponen las nuevas condiciones del problema social, estos serán desbordados, rotos, pulverizados y sobre sus restos dispersos pasarán otros partidos y otras organizaciones que se adueñarán de la situación, con resultados satisfactorios... o quizá no.

### *2 de mayo (1946). Hospital de San Luis (París)*

Al anochecer del día 30 de abril salimos de O’ the Hill camp, subidos en camiones, una expedición de cuarenta y seis Refugiados. Una vez llegados a Londres lo cruzamos de parte a parte, por el lado de la City, con el fin de coger el tren en Victoria Station. Salimos de allí a las 7 de la mañana, llegamos a Douvres<sup>162</sup> a las 11, subimos en el barco que hace la travesía del Canal de la Mancha serían las 2, desembarcando en Calais a las 4 de la tarde.

Terminado el visado de los pasaportes por parte de las autoridades francesas y hecho el último de los mil vejatorios registros que a todo propósito hemos tenido que aguantar de los ingleses, nos hicieron subir una vez más en camiones y nos llevaron a la plaza principal de Calais, delante de la alcaldía, donde pararon, tiraron por tierra nuestros petates, dieron media vuelta y se despidieron a la inglesa sin saludarnos siquiera. ¡Ni falta que hacía!

---

<sup>162</sup> Dover.

De tal manera es el hombre un animal de costumbres, que al vernos dueños de nuestros actos, después de cinco años de esclavitud, nos encontramos indecisos, desamparados, como exparalíticos que hubieran desaprendido a andar, sin acertar a usar de nuestros movimientos ni saber por dónde empezar el nuevo camino hacia la libertad que se abría ante nosotros. Aquello era inverosímil. Algo que a la mayoría de los hombres que no hayan pasado por las mismas vicisitudes que nosotros parecerá digno de estudio de un alienista. Nos encontrábamos allí cuarenta y seis hombres, algunos de los cuales habían sido gente acomodada en nuestro país, otros oficiales de alta graduación en el ejército, un ingeniero y otro profesor, los demás todos muchachos animosos que se habían jugado cien veces la vida tanto en la guerra de España como después en la resistencia contra los alemanes, y que ahora, a pesar de hallarse en libertad, no sabían qué hacer con ella, ni adónde ir, sin recursos y como acobardados, tirados en medio de una plaza pública sin osar moverse de allí. ¡Hasta ese extremo tantos sufrimientos y humillaciones pasadas habían roto en nosotros, hasta las raíces, todas nuestras resistencias físicas y morales!

Alguien, empero, tuvo la idea de hacer un recuento del dinero que poseíamos entre todos, y viendo que se podía reunir el suficiente para el viaje, resolvimos irnos a París. Eran las siete de la tarde y en la estación nos encontramos que el último tren hacía una hora que había salido. Teníamos que esperar hasta el día siguiente. Estando sin recursos para pagarnos un alojamiento, pensamos acomodarnos en la sala de espera con ánimo de pasar allí la noche. Pero, al comprender nuestra intención, los empleados nos advirtieron que no podíamos realizar nuestro propósito por no haber tráfico ferroviario hasta el día siguiente y tener que cerrar a las nueve en punto. Entonces se esparcieron los compañeros por toda la ciudad en busca de un cobijo, y cuando ya había regresado la mayoría desanimados por no haber hallado lo que buscaban, llegó el último grupo diciéndonos que habían encontrado un asilo de caridad pública donde nos podíamos guarecer. Inmediatamente, todos los Refugiados cargados con los equipajes y llevándome a mí en brazos, emprendimos la marcha hacia el refugio en cuestión, donde yo recostado en un camastro y mis compañeros echados por tierra, pasamos la noche como pudimos.

Al día siguiente, o sea hoy, subimos en el tren a las seis de la mañana y llegamos a París a las doce. En la estación nos estaban esperando tres de los Refugiados de las expediciones anteriores, los cuales nos acompañaron al centro de recepción y registro de deportados, prisioneros y repatriados. Allí, después de tomar nota de nuestros nombres y andanzas, nos dieron un socorro de mil francos a cada uno, más un traje y un paquete de comida, alojando a continuación

a todos mis compañeros en los centros de acogimiento situados en Vaugirard y Montrouge, donde podrán esperar tranquilamente a encontrar trabajo y vivir honradamente de él por su propia cuenta y riesgo.

En cuanto a mí, después de haber sido examinado por los médicos, llamaron a una ambulancia y me trajeron seguidamente a este hospital, en el que estoy siendo atendido con arreglo a los más generosos principios de humanidad.

Y ahora, adiós, ingleses y americanos, que tan sádica como inútilmente derramasteis de la sangre de mis compañeros, de mis hermanos en infortunio.

No obstante el recuerdo perturbador de los cadáveres de Refugiados con que habéis sembrado el doloroso viacrucis que nos obligasteis a recorrer cargados con la cruz de todas las vergüenzas, a pesar de los Refugiados enloquecidos con que poblasteis vuestros manicomios, aunque hayáis convertido a mis compañeros y a mí, jóvenes aún, en piltrafas humanas solamente buenas para el hospital o el asilo, yo, en nombre de todos ellos, os perdono como hombres... ¡Que otros os perdonen, si pueden, como representantes de un orden social que os ha permitido cometer las reseñadas atrocidades con los Refugiados españoles, que eran ciertamente más antifascistas y demócratas que vosotros!

En París, a 24 de diciembre de 1947  
José Ferri



## BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, M. & AMORÓS, A (2005) *José Peidro de la C.N.T. Retazos del movimiento obrero y la Guerra Civil en Alcoi y Vila-Real*, Bilbao: Likiniano elkarte.
- BARBERÁ TOMÁS, Enrique (2003) *Estampas de luz. Diario de un condenado a muerte*, Barcelona: RBA Libros.
- BARRERA GUSANO, Cándido (1980) "Recordando" en *Feria y Fiestas Guadalcanal (Sevilla)*, s.p.
- BEAUMONT, Joan (2007) "Prisoners of War in the Second World War" en *Journal of Contemporary History*, 42(3), pp. 535-544.
- BENEITO LLORIS, Àngel (2010) *Álvaro Seguí. Memòries d'un comunista alcoià*, Alcoi: Centre Alcoià d'Estudis Històrics i Arqueològics.
- BENEITO, À. & BLAY, F-X. (2014) *Guerra y revolució a Alcoi: els llocs de la memòria*, Alcoi: Cubicatedicions.
- BENEITO, À., MORENO, F. & SANTONJA, J.L. (2017) *Tiempo de sombras: la represión en Alcoi desde la Guerra Civil a los años 70*, Alcoi: Ajuntament d'Alcoi.
- BERENQUER BARCELÓ, Julio (1977) *Historia de Alcoy. Vol. III*, Alcoy: Llorens distribuïdor.
- BROTONS JORDÀ, Mario (1995) *Retazos de una época de inquietudes*, Alcoy: M. Brotons.
- CASTRO, E.J. (1945) *We Also Stood Alone (A Short History of A Group of Spanish Republicans Interned at Heysham, Lancashire)*, Morecambe: Morecambe and District Spanish Aid Committee.
- CASTRO CASTEJÓN, Atanasio (2016) *Mal de muchos*, France: Auto-éditeur Inès Castro.
- CLEMINSON, Richard (2009) "Spanish anti-fascist 'prisoners of war' in Lancashire, 1944-46" en *International Journal of Iberian Studies*, vol. 22, n.º 3.
- COLOMA, Rafael (1980) *Episodios alcoyanos de la Guerra Civil de España (1936-1939)*, Alicante.
- DICTIONNAIRE DES MILITANTS ANARCHISTES, [[<militants-anarchistes.info>](#)]

- FERNÁNDEZ, Eliseo & PEREIRA, DIONISIO (2007) “Os libertarios galegos e o seu exilio” en *Actas do Congreso Internacional “O exilio Gallego” 2001*, Santiago de Compostela, pp. 162-203.
- FERRI VERDÚ, José (1945a) “Apuntes para la Historia”. Los 121 españoles Republicanos confinados en el “Hall o’ the Hill Camp”. A los camaradas: “The Volunteer for Liberty”, 7 pp. Marx Memorial Library. International Memorial Archive, Box 28/E/29a.
- (1945b): Carta a M. L. Berneri, 22 de octubre (Archivo Vernon Richards, International Institute of Social History, Amsterdam).
- (1946): Carta a M.L. Berneri, 14 de enero (Archivo Vernon Richards, International Institute of Social History, Amsterdam, ID. ARCHO 1182)
- (1946a) “Semilla a los cuatro vientos I”, *España Libre*, París, edición 7 de diciembre de 1946.
- (1947) “Semilla a los cuatro vientos II”, *España Libre*, París, edición 18 de enero de 1947.
- (1947a) “La ilusión de los hechos”, *España Libre*, París, edición 8 de febrero de 1947.
- (1947b) “¿Irreverencias?”, *España Libre*, París, edición 15 de febrero de 1947.
- (1947c) “Ni ellos quieren hacer más, ni nosotros podemos hacer menos”, *España Libre*, París, edición 8 de marzo de 1947.
- GARNER, Jason (2008) “La búsqueda de la unidad anarquista: la Federación Anarquista Ibérica antes de la II República”, en *Germinal. Revista de Estudios Libertarios*, n.º 6, pp., 49-79.
- GIRALT I ESTEVE, Olga (2013) *Inventari del Fons FP Subsèrie Daniel Arasa i Favà del CRAI Biblioteca Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona*. Recuperado de [http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/33562/6/FP\\_Arasa.pdf](http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/33562/6/FP_Arasa.pdf)
- GIL-ALBERT, Juan (1974) *Memorabilia (1934-1937)*, Barcelona: Tusquets Editor.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (2002) “La emigración política y la oposición violenta a la monarquía restaurada (1897-1931)” en *Hispania*, vol. 62, n.º 211.
- JORDÁ AGULLÓ, Salvador (2010) *Mis memorias de la guerra española (1936-1939)*, Alcoi: Centre Alcoià d’Estudis Històrics i Arqueològics (CAEHA).
- JUAN DIÓGENES DEL SERPIS (1984) *Por aquella guerra maldita*, Alicante: Técnica Gráfica.

- KAPP, Y. & MYNATT, M. (1997 [1940]) *British Policy and the Refugees 1933-1941*, London/Portland: Frank Cass.
- LAWSON, J. (1945) *Hansard*, 30 de octubre. Recuperado de <https://hansard.parliament.uk/Commons/1945-10-30/debates/f5f33e1e-9c9e-4ee8-90e6-6ad8ae9189a0/WrittenAnswers>
- LETONNELIER, Gaston (1928) “Les étrangers dans le département de l’Isère” en *Revue de géographie alpine*, tomo 16, n.º 4. Recuperado de [http://www.persee.fr/doc/rga\\_0035-1121\\_1928\\_num\\_16\\_4\\_4471](http://www.persee.fr/doc/rga_0035-1121_1928_num_16_4_4471)
- MARTÍNEZ LEAL, Juan & MORENO SÁEZ, Francisco (1991) “Alicantinos en el exilio, 1939-1975” en *Canelobre*, n.º 20-21, Alicante: Institut de Cultura Juan Gil-Albert.
- MATES, Lewis H (2007) *The Spanish Civil War and the British Left: Political Activism and the Popular Front*, London: I.B. Tauris.
- MÍNGUEZ, Joaquín (2007) “El exilio republicano perdido en el Reino Unido” en *Revista de Historia y Pensamiento Contemporáneos XIX y Veinte*, n.º 7.
- MONFERRER CATALÁN, Luis (2007) *Odisea en Albión: Los republicanos españoles exiliados en Gran Bretaña (1936-1977)*, Madrid: Ediciones La Torre.
- MORENO GÓMEZ, Francisco (2008) *1936: El genocidio franquista en Córdoba*, Barcelona: Crítica.
- ORTOLÁ GUINNOT, Pepa (2018) “Bautista Guinnot Cano (Dénia, 1907-Martigues, 1956)” en *Aguaits, repressió de guerra i postguerra a la Marina Alta*, n.º 39.
- PALACIO, Carlos (1984) *Acordes en el alma*, Alacant: Institut de Cultura Juan Gil-Albert.
- RAMOS, Vicente (1974) *La Guerra Civil en la provincia de Alicante. Vol. III*, Alicante: Ediciones Biblioteca Alicantina.
- VALDÉS, Cándido (1981) “Recordando” en *Feria y Fiestas Guadalcanal (Sevilla)*, s.p.



# ÍNDICE ALFABÉTICO

- A Coruña: 54  
Abisinia: 189  
Acción Republicana Democrática Española: 191  
Adelantado, Esteban: 147, 201  
Adlington: 5, 48, 49, 54, 171, 175, 180, 190, 193  
África: 68, 87, 97  
Agrupación Cultural: 28  
Aguiló Prats, Milagro: 26  
Albalate del Cinca: 54  
Albatera: 13  
Alcina Navarrete, José: 28  
Alcoi/Alcoy: 7, 8, 9, 10, 13, 14, 15, 16, 21, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 37, 41, 54, 55, 182, 191  
Aldasoro, Ramón de: 189  
Alderney: 40  
Alemania: 8, 41, 42, 64, 69, 83, 84, 86, 91, 105, 116, 120, 144, 160  
Alianza de Intelectuales Antifascistas: 14  
Alicante: 7, 13, 14, 15, 26, 28, 31, 32, 33, 41, 54, 93, 107  
Alonso, Miguel: 147  
Alpes: 73  
Alto Marne: 42, 115  
Altos Pirineos: 143  
Álvarez Angulo, Tomás: 189  
América: 87, 91, 92  
Amorós, A: 30  
Amorós, M: 30  
Ancerville: 124  
Anzoátegui, Estado de: 55  
Aparisi, José: 30  
Arasa i Favà, Daniel: 165  
Archivel: 168, 170, 186  
Ardèche: 54  
Arést/Arette: 80, 81  
Argelès/Argelès-sur-Mer: 54, 55, 139, 144  
Argelia: 13, 15  
Argentina: 7, 13, 26, 55, 165, 187  
Arráez Martínez, Luis: 32  
Arxiu Municipal d'Alcoi: 26  
Arxiu Municipal d'Ontinyent: 25  
Asociación de los ex Combatientes de la Guerra de España: 185  
Astugue: 17, 20, 39, 75, 76  
Asturias: 15  
Ateneo Libertario: 26  
Ateneo Pi y Margall: 190  
Ateneo Sindicalista Libertario: 18  
Atholl, duquesa de: 185  
Attlee, Clement Richard: 176, 184, 196, 197, 209  
Aura Boronat, Francisco: 38  
Austria: 83  
Avellaneda: 26, 55  
Aviación Legionaria Balear: 37  
Aznar, Paca: 30  
Bacarés: 139  
Badoglio, Pietro: 149  
Bagnères de Bigorre: 17, 20, 39, 75, 76, 78, 79, 80, 81, 86, 87, 89, 143  
Baja Sajonia: 128  
Balcanes: 65, 68, 126  
Baldó García, Ricardo: 15  
Balmes, Jaime: 65  
Banks, doctor: 202  
Banyuls: 71  
Barbacana, calle: 26, 28  
Barberá Tomás, Enrique: 14  
Barcarès: 63, 144  
Barcelona: 15, 27, 28, 29, 32, 33, 143, 165, 188, 189, 190, 202  
Barcia, Augusto: 189  
Barón, Miguel: 147  
Barrera Gusano, Cándido: 10, 165, 181, 190, 194  
Bataller, José: 191  
Beaumont, Joan: 44

- Bedat: 80  
 Belchite: 13  
 Belfort: 38  
 Bélgica: 192  
 Belsen: 128  
 Benegas, José: 189  
 Beneito, À: 10, 13, 14, 27, 28, 31, 32, 38, 41  
 Berenguer, Dámaso: 29  
 Berenguer, Julio: 7, 31  
 Bergen-Belsen: 128  
 Berneri, M.L: 8, 19, 171  
 Bevin, Ernest: 176, 197, 209  
 Bielsa: 81  
 Bigorre: 76  
 Bir-Hakeim: 189  
 Blackpool: 177, 180, 183  
 Blasco Garzón, Manuel: 189  
 Blay, F-X: 31  
 Bolton: 143  
 Borrell, José: 34  
 Botella Asensi, Evaristo: 31  
 Botella Asensi, Juan: 15  
 Botella Pastor, Virgilio: 15  
 Bouches-du-Rhône: 165  
 Boulogne /Boulogne-sur-Mer: 111, 113  
 Braddock, Elizabeth Margaret: 181, 196  
 Bram: 54  
 Brasil: 13  
 Bravo, Pedro: 165  
 Bravo, Santiago: 165  
 Brenan, Gerald: 8, 49  
 Brest: 54, 188  
 Bretaña: 188  
 Brigadas Internacionales: 49, 176, 177, 180, 183, 185  
 Brillat-Savarin: 130  
 Bristol: 162  
 British Battalion: 49  
 Brookmill: 46  
 Brotons, Mario: 14, 15  
 Broz, Josip (mariscal Tito): 149  
 Brunete: 13  
 Buchenwald: 128  
 Buenos Aires: 32, 37, 55, 165, 187, 189, 190, 192  
 Burdeos: 37, 189  
 Bustos, Eustaquio: 52, 205  
 Caffiers: 111, 113  
 Calais: 42, 53, 111, 113, 119, 120, 162, 209  
 Campo 168: 46, 54, 165  
 Campo 181: 44, 140, 142, 147, 150  
 Campo 183: 44, 45, 47, 143, 146, 147, 148, 150, 151, 153, 167  
 Campo 186: 45, 46, 154, 155, 158, 159, 160, 165, 170  
 Campo Franco (Jersey): 40, 92, 93  
 Canadá: 204  
 Canal de la Mancha: 45, 113, 139, 145, 164, 209  
 Capdenac: 144  
 Caracas: 25, 28, 54, 55  
 Caravaca de la Cruz: 168, 186  
 Carbonell Muntó, Javier: 37  
 Carentan: 136  
 Cárpatos: 164  
 Cartagena: 171  
 Casal, Antonio: 54  
 Casasempere Juan, Gregorio: 28  
 Casasempere Juan, Rafael: 28  
 Castelao, Alfonso R: 189  
 Castellarnau, Federico: 131  
 Castellón: 34  
 Castillo Domínguez, Agustina: 30  
 Castro Castejón, Atanasio: 10, 54  
 Castro del Río: 31, 33  
 Castro Viñas, Eduardo: 18, 45, 46, 47, 48, 54, 144, 181  
 Castro, Inès: 10  
 Catalá López, Emilio: 38  
 Cataluña: 25, 34, 54, 189  
 Cazalla de la Sierra: 165  
 Cerro Muriano: 13, 14, 16, 31  
 Châlons: 43, 127  
 Chamartín: 165  
 Chamouilley, 20, 42, 44, 115, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 139  
 Champagne: 127  
 Champaña-Ardenas: 42  
 Charboné, Juana Anastasia: 21, 54, 55  
 Charente Marítimo: 39

- Chartres: 43, 133, 134, 135, 136  
 Chaumont: 124  
 Checoslovaquia: 83  
 Cherbourg: 20, 43, 44, 133, 136, 137, 138  
 Chester, hospital de: 52, 204, 205  
 Chile: 13  
 Chorley: 5, 45, 46, 48, 49, 50, 52, 54, 165, 170, 175, 177, 179, 180, 181, 191, 201, 202  
 Churchill: 150, 173, 181, 183, 184, 196  
 Clairfont: 20, 39, 89  
 Cleminson, R: 9, 10, 46, 52, 54, 171, 190  
 CNT: 15, 25, 27, 28, 29, 30, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 54, 143, 147, 165, 172, 176, 181, 191, 196, 202, 205  
 Cocentaina: 26, 29  
 Col du Bédât: 39, 80  
 Colchester: 5, 45, 46, 154, 161  
 Coloma, R: 7  
 Colombia: 13  
 Comisión Interministerial para el Envío de Trabajadores a Alemania: 41  
 Comisión Técnica de Control Textil: 35  
 Comité de Ayuda a España: 45  
 Comité Revolucionario de Defensa: 31  
 Compiègne: 20, 42, 43, 119, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 144  
 Consejo Económico-Político-Social: 32  
 Consejo Provincial de Economía y Trabajo: 32  
 Cooperativa de Abastos: 33, 34, 35, 36, 37  
 Coral Polifónica Alcoyana: 28  
 Corbí, Juan Bautista: 29  
 Córdoba: 13, 14, 16, 31  
 Cortés Cantó, Enrique: 38  
 Cortés Faus, Jorge: 38  
 Cortés, Antonio: 165, 193, 196  
 Cousance-les-Forges: 120  
 Cremades Quiles, Jesús: 41  
 Creole Petroleum Corporation: 55  
 Creta: 188  
 Cruz Roja: 19, 20, 46, 155, 159  
 Cuadrado Hernández, Pedro: 18, 54, 143  
 Cuatrecasas, Juan: 189  
 Cuero, campo del: 40, 96, 98  
 Cuerpo Consular de Caracas: 25  
 Cuevas del Reylo: 30  
 Dachau: 128  
*Daily Express*: 193, 194  
*Daily Herald*: 193  
*Daily Mail*: 193  
*Daily Mirror*: 166  
*Daily Worker*: 49, 194  
 Daladier, Édouard: 63, 64, 133  
 Dante: 74  
 Danzig: 83  
 De Gaulle, Charles: 189  
 Decazeville: 144  
 Dénia: 54  
 Dieppe: 162  
 Diputación Provincial de Alicante: 32  
 División Azul: 184  
 División Littorio: 37  
 Dol-de-Bretagne: 136  
 Douvres/Dover: 209  
 Duguay-Trouin: 19, 110  
 Dunkerque, batalla de: 188  
 Ebro, batalla del: 13, 144  
 Egipto: 94  
*El Mozo de Estoques*: 28  
*El Noroeste*: 168  
 Elda: 32  
 Élinghen: 113, 116  
 Eritrea: 189  
 Escocia: 162  
*España Libre*: 19  
*España Republicana*: 187, 190  
 España: 8, 10, 13, 14, 19, 21, 25, 28, 29, 32, 37, 41, 45, 48, 49, 50, 51, 54, 64, 65, 66, 67, 80, 81, 82, 93, 95, 101, 114, 115, 122, 150, 152, 155, 156, 165, 169, 172, 178, 180, 182, 185, 186, 187, 189, 190, 194, 210  
 Espartaco: 5, 7, 23, 25, 26, 28, 29, 30, 31, 32, 36, 37  
 Espejo: 13, 14, 16, 31, 33  
 Estados Unidos: 19, 91  
 Estévez, Fernando: 189  
 Eugen: 20, 41, 111, 112

- Europa: 8, 16, 19, 47, 66, 69, 83, 87, 90, 92, 94, 100, 101, 108, 122, 124, 152, 155, 163, 172, 208  
 Falange: 37  
 Falstaff: 19, 164  
 Federación Española de Deportados e Internados Políticos Víctimas del Fascismo: 53  
 Fernández: 54  
 Ferques: 20, 42, 113, 114, 115, 116, 117  
 Ferrer, Ángel: 30, 34  
 Ferri Charboné, Antonio Pericles: 21  
 Ferri Charboné, Floreana del Carmen: 21  
 Ferri Charboné, Juana Clementina: 9, 21  
 Ferri González, José: 28  
 Ferri Martínez, Antonio: 25, 26  
 Ferri Oltra, Rafael: 26  
 Ferri Pérez, Francisco: 9, 30  
 Ferri Pérez, José: 9, 29  
 Ferri Verdú, José: 5, 7, 8, 9, 10, 11, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 97, 147, 155, 156, 165, 175, 190, 211  
 Francia: 5, 7, 8, 9, 10, 13, 15, 16, 21, 25, 27, 28, 29, 33, 34, 35, 37, 38, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 48, 51, 52, 53, 54, 55, 63, 64, 66, 67, 68, 71, 73, 74, 78, 86, 93, 101, 108, 126, 141, 143, 144, 149, 150, 151, 153, 155, 156, 158, 163, 165, 172, 189, 196, 197, 198, 200, 205, 206, 208  
 Franco, Francisco: 7, 16, 37, 40, 42, 46, 66, 75, 83, 92, 101, 122, 155, 156, 157, 158, 172, 176, 179  
*Freedom*: 49  
 Frente Popular Antifascista: 32  
 Fuente Álamo: 30  
 Fuerzas Francesas del Interior: 144  
 Fundación Pablo Iglesias: 53, 165  
 Gandia: 186  
 García Muñoz, Salvador: 15, 33  
 Garner, Jason: 29  
 Gaston-Rocaries: 33, 34, 36  
 Gauso, Pedro: 165  
 Gestapo: 41, 95, 96, 98, 110, 128  
 Gil-Albert, Juan: 13, 14, 15  
 Giménez de Asúa, Luis: 189  
 Ginebra: 15, 19, 46, 155, 156  
 Girona: 33, 147  
 Girona: 41  
 Glasgow: 188  
 Gómez, Mariano: 189  
 González, Eduardo: 29  
 Göring, Hermann: 160  
 Gran Bretaña: 9, 19, 40, 44, 51, 52, 66, 143, 150, 158, 177, 179, 185, 187, 188, 190, 191, 192, 198, 205  
 Grupo de Estudios Libertarios: 28  
 Guadalcanal: 165  
 Guardiola, Domingo: 30  
 Guernsey/Guernesey: 40, 54, 164, 165, 166, 184  
 Guinnot Cano, Bautista: 54  
 Gurs: 16, 20, 38, 63, 64, 66, 68, 69, 71, 72, 73, 75, 77, 82, 139, 144, 204  
 Gusen: 13  
 Hadjerat, campo: 15  
 Hall o' the Hill/O'the Hill camp: 5, 9, 20, 46, 48, 49, 50, 52, 53, 143, 175, 176, 177, 178, 179, 181, 182, 183, 185, 187, 190, 192, 193, 195, 196, 197, 198, 199, 205, 207, 209  
 Hartheim: 13  
 Haute Garonne: 165  
 Haute-Marne: 38  
 Hauts-de-France: 43  
 Hellenthal: 40, 99  
 Hennessy: 193, 194, 196  
 Heysham: 46, 48, 191  
 Highland Princess: 165  
 Hipódromo, campo del: 139  
 Hitler, Adolf: 66, 69, 83, 97, 133, 188, 189  
 Holanda: 153  
 Holborn Hall: 52  
 Home Department: 185  
 Home Office: 185  
 Homero: 80  
*Hora de España*: 13  
 Horthy, Nicolás: 83

- Huesca: 54  
*Humanidad*: 28  
 Hungría: 83  
 Ibi: 28  
*Illustrated*: 193  
 Imperial War Museum: 143  
 Inglaterra: 8, 9, 10, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 43, 44, 45, 51, 53, 54, 68, 87, 92, 93, 104, 108, 111, 113, 117, 137, 139, 143, 144, 150, 151, 154, 155, 156, 158, 160, 161, 162, 165, 166, 172, 175, 176, 177, 178, 179, 181, 182, 183, 184, 185, 188, 190, 192, 193, 194, 196, 197, 198, 199, 206, 208  
 Intelligence Service: 180, 195, 196, 197  
 Internacional Socialista Obrera: 53  
 Irujo Olló, Manuel de: 191  
 Italia: 126, 149, 189, 192  
 Izquierda Radical Socialista: 31  
 Izquierda Republicana: 31, 191  
 Jaén: 205  
 Japón: 178  
 Jarama: 50, 178  
 Jersey: 20, 40, 41, 92, 93, 95, 139, 145, 166  
 Jiménez de Asúa, Felipe: 189  
 Joffre: 54  
 Jordá Santamaría, José: 38  
 Jordá, Salvador: 14, 15, 34  
 Juan Diógenes del Serpis, 28, 29, 55  
 Juan Isaura/Saura, José: 170  
 Juliach, Joaquín: 190, 201  
 Juventudes Libertarias: 165  
 Juzgado Municipal de Ontinyent: 25  
 Kapp, Y: 49  
 Kenyo, Clifford: 181  
 Kirkham: 5, 20, 44, 46, 47, 48, 49, 52, 54, 143, 161, 162, 163, 164, 165, 167, 168, 170, 172, 173, 175, 177, 178, 180, 182, 191, 194, 195, 196, 198, 200, 205, 207, 208  
 L'Isle-Adam: 133  
 l'Orxa: 15  
 La Ciotat: 165  
*La Gaceta de Levante*: 28  
 La Pallice: 40, 90, 91  
*La Petite Gironde*: 37  
 La Rochelle: 20, 40, 90, 91  
 La Vallée Heureuse: 113  
*La Vanguardia*: 144, 165  
*La Voz Alcoyana*: 28  
*La Voz de Alcoy*: 28  
 Labour Party: 53  
 Lacornée, calle: 37  
 Lager Otto Weddigen: 41  
 Lahera García, Pablo: 54  
 Lancashire: 46, 54, 143, 165, 172, 181, 193  
 Langres: 38  
 Laran: 77  
 Laski, Harold Joseph: 176, 183  
 Lawson, John James: 51, 193, 198  
 Le Mans: 136  
 Le Vésinet: 53  
 Leclerc, columna: 189  
 Leningrado: 100  
 Lepe: 141  
 Letamendi, Ramón: 190  
 Letonnellier, Gaston: 27  
 Libia: 189  
 Lille: 42, 119  
 Liverpool: 177  
 Llometes, Les: 182  
 Llopis Agulló, Ramón: 26, 29, 32, 37, 55  
 Llopis Ferrando, José: 26  
 Lloret Lloret, Álvaro: 15  
 Lofoten: 84  
 Londres: 9, 20, 44, 47, 52, 104, 113, 139, 140, 142, 143, 144, 147, 149, 153, 154, 162, 165, 172, 181, 185, 188, 207, 208, 209  
 López Boix, Isidro: 25  
 López Sánchez, Juan: 49, 176  
 Lourdes: 17, 76  
 Luxemburgo: 120  
 Lyon: 43, 125  
 Madrid, Francisco: 190  
 Madrid: 13, 55, 165, 188, 189  
 Maintenon: 133, 134, 135  
 Málaga: 76, 107  
 Malgrat: 202  
 Malta: 189

- Manchester Guardian*: 172, 193, 194  
 Mánchester: 162, 175, 177, 178, 180, 193, 194  
 Mantes-la-Jolie: 133  
 Mantes-la-Ville: 133  
 Mar de Irlanda: 162, 175  
 Marnaval: 122, 124  
 Marne: 120, 124  
 Marsella: 43, 125, 165  
 Martigues: 54  
 Martínez Monge, general: 189  
 Marx Memorial House Library: 9  
 Marx, Karl: 65  
 Mates, Lewis: 49  
 Mauthausen: 13, 128  
 Medero, Ceferino: 192, 196  
 Mengual Soriano, Rafael: 28  
 Mérygnac: 54  
 Merlet, teniente: 188  
 Berlín: 141  
 Metz: 124  
 México: 13, 15, 69, 163  
 Milians, Pablo: 196  
 Mínguez, Joaquín: 9  
 Mira Pérez, José: 36  
 MLE-CNT: 143  
 Molina Ortega, José: 186  
 Mollá: 33  
 Monferrer, Luis: 9, 40, 95, 144, 165, 170, 192, 196  
 Monllor Berenguer, Rafael: 38  
 Monmouthshire: 192, 196  
 Montaud Ferrer, Vicente: 38  
 Montava, Vicente: 30  
 Montes, Antonio: 169, 170, 186  
 Montgat: 143  
 Montrouge: 211  
 Morales, Cándido: 30  
 Morand, campo: 15  
 Morecambe: 45  
 Moreno, F.: 13, 27, 31, 32, 38, 41  
 Morera, Juan: 202  
 Moscú: 100  
 Movimiento Libertario Español Regional de Levante en Francia: 53  
 Movimiento Libertario: 186  
 Murcia: 30, 168, 186, 196  
 Mussolini, Benito: 37, 66, 83, 133, 141, 149, 188, 189  
 Mynatt, M.: 49  
 Naciones Unidas: 188  
 Nancy: 120, 124  
 Narvik: 188  
 Navarra: 76  
 Navarro: 29  
*New Statesmann And Nation*: 193  
 New York: 104  
 Newcastle: 49  
*News Chronicle*: 194  
 Nordhausen: 128  
 Normandía: 42, 43, 44, 143  
 Noruega: 188  
 Nueva del Iris: 28  
 Oficina de Colocación de la Central Nacional-Sindicalista: 41  
 Oloron-Sainte-Marie: 76  
 Ontinyent: 16, 25, 26, 27  
 Orán: 7, 15  
 Orquesta Sinfónica Alcoyana: 28  
 Ortega Villalba, Fulgencio: 41, 95  
 Ortolá Guinnot, P.: 54  
 Orwell, George: 8, 49, 52  
 Ossorio, Ángel: 189  
 País Vasco: 33  
 Palacio García, Carlos: 14, 28, 55  
 Palacio, Carlos: 38  
 Paramount Studios: 190  
 París: 7, 16, 14, 15, 17, 29, 38, 41, 42, 43, 53, 54, 111, 119, 120, 125, 143, 189, 209, 210, 211  
 Partido Comunista: 165  
 Partido Laborista: 8, 49, 181, 183, 184, 197  
 Partido Socialista: 31, 165, 186  
 Pau, 76  
 Pearl Harbor, 91  
 Pereira, Dionisio: 54  
 Pérez Barrera, Dolores: 10, 165  
 Pérez Castillo, María: 29  
 Perpiñán: 54  
 Pétain, mariscal: 64, 133

- Pic du Midi: 76, 80  
 Pihen-lès-Guînes: 111  
 Pirineos: 87  
 Pla y Beltrán, Pascual: 28  
 Plymouth: 188  
 Pontoise: 133  
 Portacoeli: 13  
 Portbou: 33  
 Postigo Palacio, Antonio: 165  
 Preston: 52, 170, 177, 202, 203  
 Primo de Rivera, Miguel: 29, 33, 63  
 Provenza: 165  
 PSOE: 32, 53, 165, 168  
 Puerto Cabello: 54  
 Puerto Cristóbal Colón: 55  
 Pueyo, Andrés: 147  
 Puig, El: 28  
 Quiles Aznar, Jorge: 37  
 Rabaneda, José: 153  
 RAE: 57  
 Raja, Juan: 202  
 Ramos, Vicente: 7, 31  
 Regimiento de Infantería Vizcaya 12: 15, 30, 31  
 Registro Civil Central, Madrid: 25, 55  
 Registro Civil de Ontinyent: 25  
 Reig Abad, Juan Bautista: 29  
 Reims: 43, 127  
 Reino Unido: 9, 10, 184, 185, 186, 191  
 Relleu: 41  
 Rennes: 136  
 República de España: 191  
 República de Weimar: 83  
 Rerpina, Salvador: 18, 54, 143  
 Revigny: 20, 126  
*Revista de Feria*: 165  
 Reynerie, Parc de la: 89  
*Reynolds News*: 193  
 Ridaura Pascual, Gregorio: 36  
 Rivesaltes: 54  
 Robledo, El: 205  
 Rochefort: 20, 39, 89, 90  
 Ródano-Alpes: 27  
 Rodríguez, Simón: 55  
 Roll, coronel: 189  
 Rooney: 52, 201  
 Rovira, José: 147  
 Ruiz Gutiérrez, Acracio: 186  
 Ruiz Sánchez, Pedro: 38  
 Rusia: 83, 84, 85, 91, 97  
 Sabater Galbany, Santiago: 54, 165, 170, 181, 194  
 Saint Aubin: 99  
 Saint-Dizier: 42, 120, 121, 122, 124, 144  
 Saint-Helier: 40, 41, 92, 93, 94, 95, 97, 98, 99, 103, 104, 108  
 Saint-Malo: 20, 40, 41, 91, 108, 109, 110  
 Saint-Pol: 117  
 Saint-Quentin: 42, 119  
 Sala, Alberto: 202  
 Salieri, Antonio: 19  
 San Carlos, iglesia de: 25, 26  
 San Fernando, castillo de: 13  
 San Luis/Saint-Louis, hospital de: 16, 53, 209  
 San Mauro, iglesia de: 26  
 San Roque, calle: 29  
 Sánchez Albornoz, Claudio: 189  
 Sant Agustí, calle: 26  
 Sant Cristòfol: 182  
 Santa Bàrbara, calle: 13  
 Santo Domingo, calle: 28  
 Santonja, J. L.: 13, 27, 32, 38, 41  
 Sarandí: 55  
 Sark: 40  
 Savonnières-en-Perthois: 42, 120  
 Scarlett, doctora: 54  
 Schupke, campo: 20, 40, 97, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 106, 107  
 Sección Francesa de la Internacional Obrera: 53  
 Sedan: 120  
 Seguí Izarra, Álvaro: 14, 29  
 Segura de la Sierra: 205  
 Segura Pascual, Gregorio: 48, 169, 170, 171, 181, 190, 194  
 Segura Sánchez, Gregorio: 169  
 Sempere Pascual, Rafael: 33  
 Senlis: 133  
 Serra Moret, Manuel: 189

- Servicio de Evacuación de Refugiados  
  Españoles: 15
- Sevilla: 15, 144, 165
- Shakespeare: 19, 204
- Sidi-Bel-Abbès: 188
- Sindicato Textil y Fabril de la Federación  
  de Alcoy: 54
- Sirera Doménech, Antonio: 38
- Sísifo: 19, 93
- Sociedad de Obreros Albañiles “El Tra-  
  bajo”: 165
- Sociedad Naturista y Cultural: 28
- Soissons, 43, 127
- Soler Miralles, Juan: 168, 186
- Soler Miralles, Miguel: 168
- Soler, Agustín: 5, 47, 48, 168, 169, 170,  
  172, 173, 176, 186, 191, 196, 202
- Solidaridad Obrera*: 54
- Soto: 186
- Soulán: 82
- Southampton: 44, 139
- Spitsbergen: 94
- Stalingrado: 100
- Stewart-Murray, Katharine: 185
- Strasbourg: 120
- Sucre, Estado de: 55
- Suiza: 155, 192
- Sunday Chronicle*: 194
- Sunday News*: 194
- Surcouf: 19, 110
- Svalbard: 94
- Talance: 41
- Talgarth, hospital de: 192, 196
- Támesis: 143
- Tánger: 15
- Tarbes: 76, 143
- Tarragona: 147
- Teià: 165
- Teruel, batalla de: 144
- Teruel: 13, 14, 16
- Tigre, El: 55
- Todt, Organización: 5, 20, 39, 40, 41, 45,  
  51, 90, 99, 110, 122, 147, 164, 166
- Torquemada, Tomás de: 101
- Toulouse: 39, 43, 53, 75, 89, 125, 143, 165
- Trade-Unions: 8, 177, 183, 193, 196
- Tramezaïgues: 80, 81
- Trigo, Francisco: 18, 144, 145
- Tructa, doctor: 188
- Tyrer, doctor: 202
- U.R.S.S.: 19, 83, 84, 92
- Udet, campo: 20, 40, 94, 96, 98
- UGT: 31, 165, 172, 181, 191
- Unión Soviética: 13, 19
- Valencia: 13, 16, 25, 28, 33, 34, 76, 189
- Valle del Loira: 43
- Vañó Nicomedes, Enrique: 15, 30, 34
- Vaucluse: 63
- Vaugirard: 211
- Vendrell, El: 147
- Venezuela: 5, 9, 21, 28, 53, 54, 55
- Verdi, Giuseppe: 19
- Verdú Cortés, Rita: 26
- Verdú González, Patrocínio: 25, 26
- Verdún: 120
- Vernet: 63
- Vichy, Gobierno de: 38, 64, 155
- Vielle-Aure: 20, 39, 81, 83, 85, 86
- Vienne: 27, 29
- Vignec: 81
- Vila Joiosa, La: 15
- Villanueva, José: 189
- Vinaròs: 34
- Virgilio: 80
- Vitré: 136
- Vulturno, Río: 189
- Washington: 208
- Wild, Sam: 49, 50, 176, 177, 178, 180, 192
- Winard, Dorothy: 10
- Woodlands: 46
- Word, Barbara: 190
- Xixona: 33

## APÉNDICE FOTOGRÁFICO



Cartel que pusieron los republicanos españoles a la entrada del Campo de Chorley (Adlington) [Colección Ron Marsden]



Grupo de republicanos españoles junto al cartel [Colección Ron Marsden]



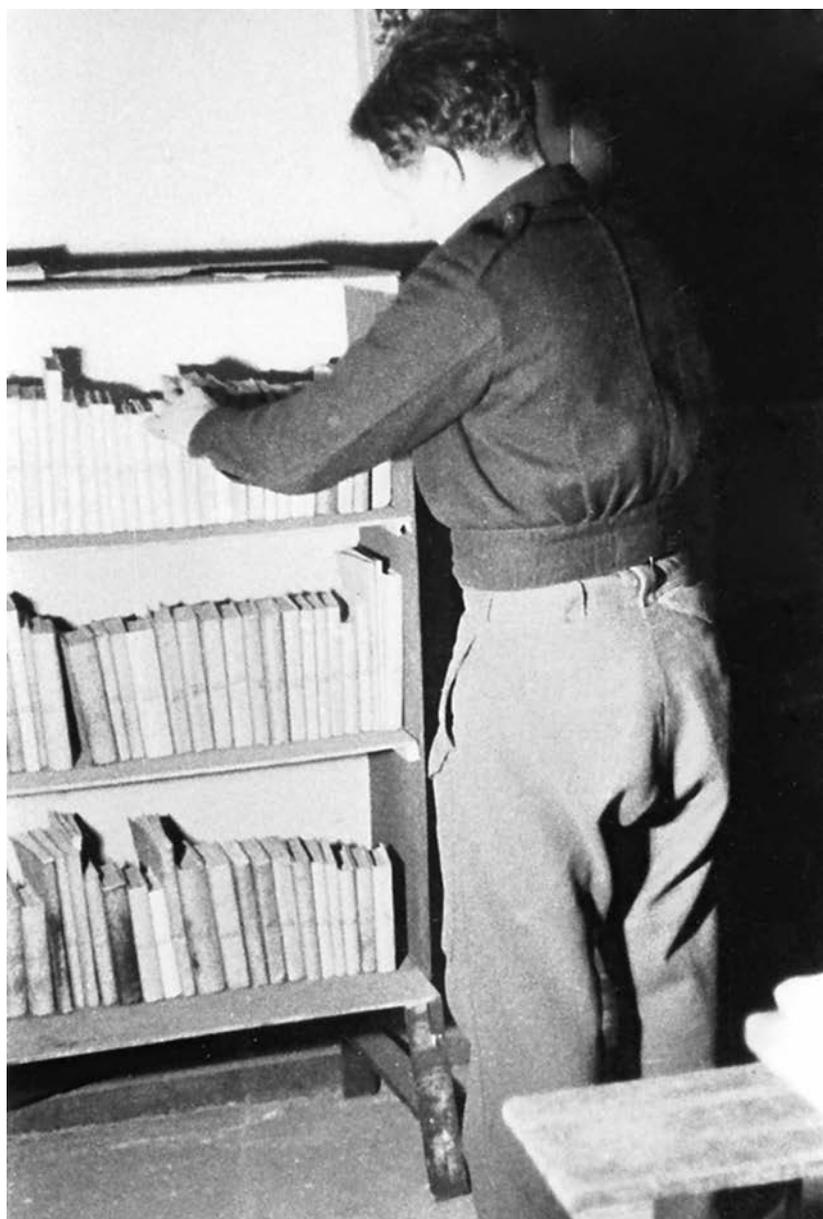
Campo de Chorley, el primero por la derecha es José Ferri [Colección Ron Marsden]



Barracones del Campo de Chorley (Adlington) [Colección Ron Marsden]



Interior de los barracones [Colección Ron Marsden]



Interior de los barracones [Colección Ron Marsden]



Interior de los barracones [Colección Ron Marsden]



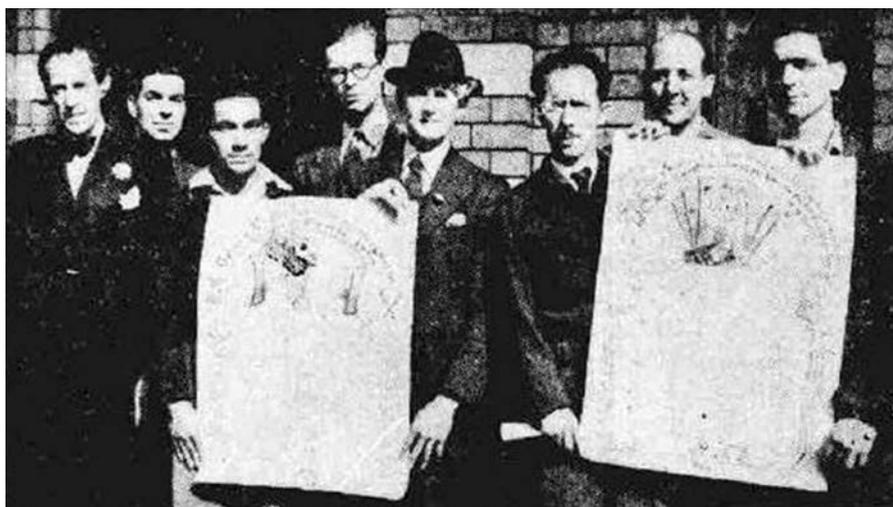
Interior de los barracones [Colección Ron Marsden]



Cartel con la firma de los republicanos retenidos. La dedicatoria reza: A los camaradas de las Brigadas Internacionales como homenaje al valor antifascista que desplegaron en la epopeya española de 1936 a 1939. Hall o' the Hill Camp, Adlington, a 26 de agosto de 1945



Marie Louise Berneri con un grupo de refugiados españoles en Chorley, 1945. A la derecha José Ferri [Marie Louise Berneri, Memorial Committee]



A la derecha Ferri con uno de los dos carteles que los republicanos elaboraron en agradecimiento a los miembros del Comité de Ayuda [*Chorley Guardian*]



Joaquín Juliach [Ilustración de Bob Mortimer, cortesía de Lisa Croft]



Santiago Sabater Galbany [Ilustración de Bob Mortimer, cortesía de Lisa Croft]



Cándido Barrera Gusano [Ilustración de Bob Mortimer, cortesía de Lisa Croft]



Gregorio Segura Sánchez [Ilustración de Bob Mortimer, cortesía de Lisa Croft]



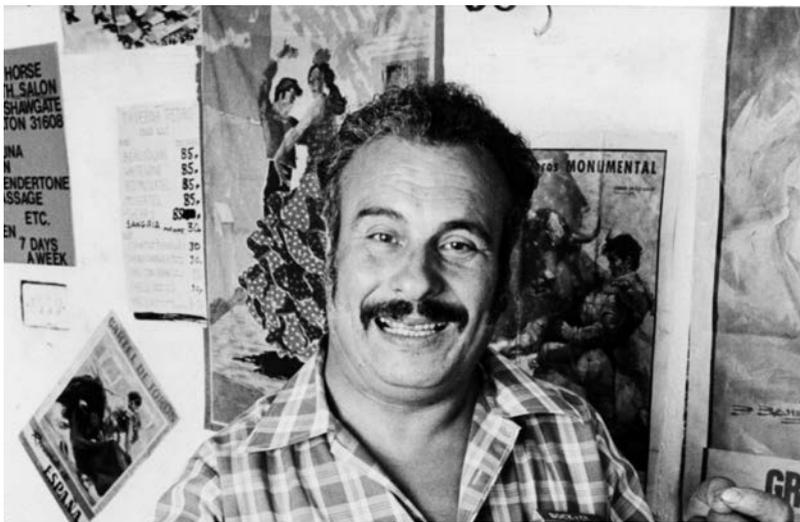
Pedro Gauso Álvarez [Ilustración de Bob Mortimer, cortesía de Lisa Croft]



José Ferri en el Campo de Chorley [Colección Ron Marsden]

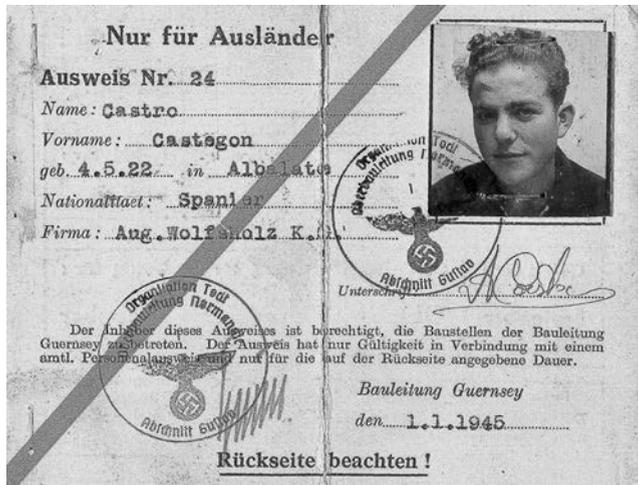


Pedro Gauso Álvarez en el interior de un barracón en el Campo de Chorley [Colección Ron Marsden]

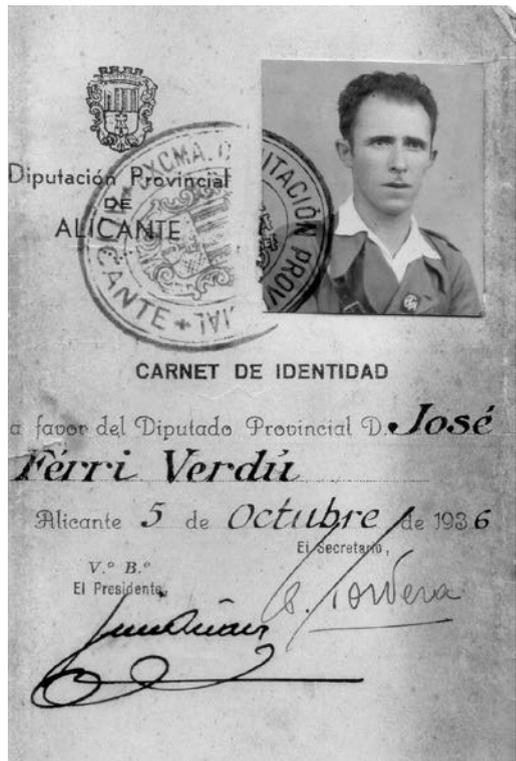


Pedro Cuadrado Hernández se estableció en Bolton donde regentó un bar llamado La Taberna de Pedro [*The Bolton News*, 3-VI-2015]

Atanasio Castro  
Castejón. Carné de tra-  
bajador extranjero  
Organización Todt [Inès  
Castro]



Carné de identidad  
de José Ferri  
[Familia Ferri Charboné]





Diferentes instantáneas de José Ferri.  
La segunda tomada en  
Ferques (Francia) el 29 de enero  
de 1944 [Familia Ferri Pérez]





Ferri en Caracas [Familia Ferri Charboné]



José Ferri y su esposa Juana Anastasia Charboné con unos amigos  
y el hijo de estos [Familia Ferri Charboné]



José Ferri con dos familiares de su esposa, las hermanas Irma  
y Luisa Añez de Rengifo [Familia Ferri Charboné]



Se acabó de imprimir el 6 de octubre de 2019,  
75 años después que Ferri y un reducido grupo  
de republicanos españoles desembarcaran como  
prisioneros en Southampton (Inglaterra)



Los autores sacan a la luz la epopeya de José Ferri Verdú (a) Espartaco, un cenetista consejero municipal de Alcoi que marchó a Francia en plena guerra civil para comprar alimentos, pero no regresó pues se quedó en ese país, según se dijo, con el dinero de la comanda, por lo que fue tildado de desertor y ladrón por sus correligionarios, sin que hasta la fecha se supiera qué había sido de él.

Junto a la reconstrucción de esta historia los autores incorporan al relato el diario inédito que Ferri fue escribiendo entre 1940 y 1946, donde enumera todos los campos por los que pasó (franceses, alemanes, americanos e ingleses), los trabajos que realizó como mano de obra esclava y su permanencia como prisionero en Inglaterra, cuando fue deportado a ese país junto con otros doscientos republicanos españoles, los cuales consiguieron la libertad tiempo después de acabada la II Guerra Mundial. Hecho que los sitúa entre los últimos exiliados republicanos que fueron liberados tiempo después de finalizada la contienda mundial.



Ajuntament d'Alcoi  
Arxiu Municipal

978-84-16186-26-6



9 788416 186266